Diario de una ninfómana

VALÉRIE TASSO



Diario de una ninfómana es el conmovedor relato de una mujer francesa, de buena familia, licenciada en dirección de empresas, que narra su evolución vital a través de las relaciones sexuales que va teniendo: con los sepultureros de un cementerio, con un árabe «muy aficionado» a la coca-cola, con un policía sin escrúpulos, con desconocidos en lugares imprevistos… Multitud de vivencias que asume con la máxima libertad que tiene cualquier persona: la que uno se concede a sí mismo y no la que se ve obligado a tener.

Esta peculiar manera de relacionarse la lleva a vivir una verdadera odisea al lado de un hombre maquiavélico empeñado en maltratarla psicológicamente. Para sobrevivir al dolor y debido a sus ilimitadas ansias de curiosidad, ejercerá la prostitución en una agencia de contactos de lujo. Allí se enfrentará a la debilidad de los hombres, a su vulnerabilidad: hombres de reconocido prestigio, hombres de negocios, políticos… Hombres que no le harán perder sus ganas de comunicarse con el lenguaje que mejor conoce: el del cuerpo y el de las palabras escritas.

Un libro que no deja indiferente a nadie. Un libro sincero, desgarrado, escrito a contracorriente de la actitud políticamente correcta respecto del sexo. Un libro que revela, en definitiva, que hasta en el propio infierno se puede encontrar el amor.

Valérie Tasso

Diario de una ninfómana

ePub r1.0

DaDa 21.08.13

Título original: *Diario de una ninfómana*
Valérie Tasso, 2003

Editor digital: DaDa
ePub base r1.0



A Giovanni

AGRADECIMIENTOS

A David Trias, mi editor, quien ha confiado en mí desde un primer momento.

A Isabel Pisano, sin quien este libro nunca hubiese existido. La quiero incondicionalmente.

A Jordi, mi amigo. Sé que me está esperando bolígrafo en mano para que le firme el primer ejemplar.

A So, quien ha aceptado mi aislamiento sin rechistar y siempre me ha brindado todo su apoyo.

A Mimi, quien, muchas veces, me ha sacado de mi mundo para transportarme al suyo.

Y finalmente a Giovanni, quien me lo ha dado todo, sin nunca pedirme nada.

Gracias a todos, de todo corazón.

NOTA DE LA AUTORA

Todos los nombres que aparecen en el libro han sido inventados, para proteger la intimidad de los personajes. Cualquier similitud en cuanto a estos nombres con la realidad es pura coincidencia.

Mi carrera maratoniana de 1.200 metros

Los encuentros se suceden pero nunca se parecen.

Perdí mi virginidad un 17 de julio de 1984, a las 02.46.50 de la madrugada. A los quince años, un momento así no se puede olvidar nunca.

Pasó durante unas vacaciones en la casa de la abuela de mi amiga Emma, en un pueblo de montaña.

Enseguida me encantó aquel lugar, que olía a eternidad, y el grupo de chicos con quien salíamos. Pero sólo uno me había llamado la atención: Edouard.

La casa de la abuela tenía un jardín precioso y estaba situada justo al lado de un pequeño río que daba frescura al ambiente veraniego. Enfrente había un campo con hierba de más de un metro de altura, propia de los lugares donde suele llover mucho. Emma y yo pasábamos tardes enteras escondidas allí, acostadas, charlando con los chicos, y aplastando la hierba con el peso de nuestros cuerpos, hinchados por la pubertad. Por la noche, escalábamos los muros de la casa para volver a juntarnos con los chicos y flirtear.

Nunca le dije nada a Emma de lo sucedido. Una noche, Edouard me llevó a su casa. Me acuerdo que no sentí nada, sólo una inmensa vergüenza por no haber sangrado, a la vez que esa extraña sensación de haberme hecho pipí en la cama. Me fui de su casa camuflada por el ruido de la cadena del baño, de la que había tirado para disimular mis pasos en la escalera.

A Edouard le volví a ver once años más tarde, en París, en una conferencia organizada en un hotel. Nos encerramos en el baño de caballeros, intentando vivir de nuevo esa pulsión que habíamos sentido más de una década antes, quizá por miedo a crecer o por nostalgia. Pero ya no era lo mismo y, una vez más, el ruido de la cadena del baño público anunció mi salida, esta vez para siempre, de su vida.

Después de mi primera vez, llegó el sentimiento de culpabilidad, que intenté olvidar o al menos mitigar repitiendo la experiencia hasta cumplir la mayoría de edad. No porque tuviera muchos deseos prematuros, sino más bien porque quería experimentar, por pura curiosidad.

Al principio, achaqué esos impulsos a que la Madre Naturaleza me había dotado de una sensibilidad especial, a la cual respondía con el cuerpo. Hasta que me inscribí en la universidad a finales de la década de los ochenta.

Durante esos años de estudios, estaba más concentrada en mi carrera que en pensar en los chicos. Quería ser diplomático. Al final, tuve que cambiar mi orientación universitaria, y me licencié en Empresariales y Lenguas Extranjeras Aplicadas, sin demasiados esfuerzos.

Mi familia me inculcó las buenas maneras, el saber estar y una educación bastante tradicional, todo impregnado por una falta de comunicación que me hizo interiorizar cada vez más mis sentimientos. Una chica bien como yo no podía comentar a sus padres que se había iniciado tan joven en la vida.

En mi último año de carrera, reinicié mi actividad sexual. Me había dado cuenta de que tenía algo especial que atraía a tipos de mi misma condición. Yo era una hechicera y me puse a buscar a Merlines encantadores en todos los rincones de la ciudad, gente con chispa, amantes, cuyas pequeñas venas marcándose bajo la piel tenían siempre algo sexy. Hombres en los que pudiese sentir el pulso de sus muñecas. Seres capaces de oír el bolígrafo sobre el papel y de emocionarse ante la amplitud de una mancha de tinta en una hoja blanca. Varones que veían, como yo, las partículas que componen el aire, y podían percibir sus diferentes colores. Gente a quien el olor del baño obstruido en una discoteca a las cuatro de la mañana le hacía recordar la fragilidad del ser humano.

Gente que me hacia sentir viva.

Sé que, en el fondo, esa búsqueda era la manifestación de una terrible enfermedad: el silencio, la soledad, la falta de comunicación. Por ello, decidí plasmar mis experiencias en un diario. Era la única forma de entregarme y comunicar. Ya lo había intentado varias veces, de la manera más natural: utilizando el lenguaje; pero era muy torpe porque mis palabras siempre salían sin la debida consciencia de lo que iba a decir. ¡Algo imposible y un mal comienzo para un diplomático!

Mi comunicación verdadera empezó con el cuerpo, el movimiento de las caderas, la mirada. Cuando obtuve un «sí» por mojar mis labios con la lengua, o por una mirada, y un «no» por cruzar las manos, entonces comprendí.

A algunos hombres les encanta, mientras hacen el amor, que una hable. Nunca lo he sabido hacer muy bien y eso me ha valido muchos disgustos. Algunos han desaparecido después de la primera cita, reconociendo que era, de todas formas, una buena amante; pero les faltaba la comunicación.

—¿Qué sabes tú de comunicación? —les decía yo, haciéndoles salir y dándoles un portazo en plena nariz.

Comprendí que la gente tiene necesidad de poner nombres a las cosas, de simplificarlas con palabras, pensando así, equivocadamente, que las puede comprender. Yo, en cambio, me puse a comunicar cada vez menos con las palabras, y más con el cuerpo.



Si queréis ponerme un nombre, ¡adelante! ¡No me importa! Pero sabed que lo que soy en realidad es una ninfa. Una nereida, una dríada. Una ninfa, sencillamente.

El poder afrodisíaco de la Coca-Cola

20 de marzo de 1997

Hoy he recibido una llamada de Hassan en la oficina. Hassan… Hace dos años que no sé nada de él.

«Cabrona —es lo primero que me ha dicho—, desapareciste del mapa. Pero ves cómo sé donde encontrarte. Tengo que ir a Barcelona esta semana, para mi periódico. Me gustaría verte». Hassan…

Tuve una relación de dos años (no seguidos) con Hassan. Tenía (¿tiene todavía?) una predilección especial por introducirme en la vagina botellas vacías de Coca-Cola de 25 cl. Primero me las hacía beber y luego… No sé a qué se debe esa obsesión por la Coca-Cola, mejor dicho, por la botellita. Creo que debe de tener complejo con su pene que, la verdad sea dicha, no tiene grandes cualidades ni morfológicas ni artísticas.

Aparte del sexo, hablábamos poco, pero compartíamos los textos de El *Principito* de Saint-Exupéry, y sueños sobre lo que debía ser una verdadera historia de amor, suspirándonos el uno al otro. Pero siempre he sabido que no era mi historia de amor. Él es marroquí y yo francesa. Y de alguna forma me tenía como amante para sentir que jodía a toda Francia y su colonialismo.

Así que hoy, nada de sexo, pero una llamada y buenas perspectivas…

22 de marzo de 1997

Hoy, cuando he salido de mi casa, he visto a un tipo en la calle, y sólo con dos miradas, decidimos hacer el amor. Una vez en la habitación de un apartahotel de la Vía Augusta, me coge en sus brazos y me lleva hasta la cocina donde me deposita encima del mármol de la encimera, con sumo cuidado, como si fuera una muñequita de porcelana. Al principio, no se atreve a tocarme. Pero luego, me quita la camiseta de algodón, mojada de sudor, y se la acerca a la cara. De repente, se ha puesto a respirar muy profundamente y a oler la camiseta poco a poco, cada centímetro de tejido, cada milímetro de hilo. Inspira intensamente. Yo no he podido evitar mirarle, divertida al descubrir este principio de fetichismo que no había sospechado. Tiene gotitas de sudor en la frente que brillan como perlas y se mueren a la entrada de sus cejas. Me acerco a él, suavemente, y empiezo a pasar delicadamente mi lengua sobre cada una de ellas, bebiendo de él. Puedo sentir su respiración cerca de mi mejilla; su ritmo no es constante. La excitación me aprieta el vientre y mis muslos se contraen inevitablemente. Ya no tengo control sobre mi cuerpo. Me siento de repente perturbada, mi cuerpo pide a gritos que le arranquen la piel para poder fundirse con este desconocido. Se agacha un poco, y empieza a buscar debajo de mi falda, hasta encontrar el elástico de mis bragas. Pienso enseguida que su intención es quitármelas, obviamente. Pero no es así. Levanta la falda y aparta las bragas de un lado. Me toma así, buscando en cada momento mis ojos, analizando todas las reacciones de mi cara, todas las expresiones de mi rostro.

Cuando nos separamos en la calle, no le quiero pedir su número de teléfono. Tampoco él tiene intención de dármelo. No suelo comprometer un encuentro como éste con promesas de volver a ver a un hombre. Repetir con un desconocido no me interesa. Prefiero encontrar a otro en la calle.

23 de marzo de 1997

Hoy llega Hassan a Barcelona. Nos citamos en el hotel Majestic.

—Ven a las siete de la tarde. Pide la llave en recepción y sube directamente. Yo llegaré un poco más tarde. Por favor, discreción. Iré con mis guardaespaldas. Así que, bueno, tú ya sabes —me dice por teléfono durante la mañana.

Cinco minutos antes de la hora prevista, estoy ya en el hotel. Pido la llave y subo en el ascensor, donde unos hombres de negocios extranjeros y obesos me hacen bailar hasta encontrar un rincón donde colocarme y casi me aplastan una vez dentro. La sola imagen de tanta carne llena de colesterol me provoca náuseas. Seguro que no pueden tener una vida sexual plena. Además, este tipo de personajes suele dejarte toda empapada de sudor porque transpiran como cerdos.

Al llegar al piso salgo del ascensor, no sin antes sentir por parte de los cerdos un completo repaso visual de la cintura para abajo, con insistencia descarada en el trasero. Si siguen así, me los llevo a todos a la habitación, aunque tengo algo mejor que hacer.

Abro la puerta del cuarto, tiro de las cortinas para dejar pasar un poco de luz natural y, acto seguido, me dirijo hacia el minibar con la firme intención de retirar todas las botellas de Coca-Cola de 25 cl. Hoy no estoy de humor para una nueva sesión sadomaso, aunque sea *light*. En cambio, estoy dispuesta a hacerle mi mejor *striptease*, con una sofisticada danza del vientre, pero sin velos.

Los momentos previos a una cita me ponen muy nerviosa. Enciendo el televisor y me pongo a hacer zapping al ritmo de los latidos de mi corazón, hasta quedarme dormida. Me despierta el ruido de la puerta. Es él.

—¿Todavía no estás desnuda? —me pregunta con tono de reproche.

El *striptease* que había planeado se fue al carajo. Me hace el amor en silencio como jamás me lo había hecho antes, en la alfombra de la habitación. Cambiamos muchas veces de postura, como 22 para compartir la incomodidad del suelo, las cosquillas que producen los pelos de la alfombra. Me vienen a la mente los millones de ácaros que estaremos aplastando; sólo ese pensamiento me hace estornudar durante unos minutos. Hassan me saca de ese zoo microscópico lamiéndome todo el cuerpo y me sorprende el tiempo que se toma para verme gozar, olvidándose de él por completo. Es su particular manera de reencontrarnos, sin tener que hablar, después de tanto tiempo. Empiezo a creer que es cierto que determinadas personas, como el buen vino, van mejorando con los años.

—Me recuerdas a una amiga actriz, con quien mantuve una relación —me dice, acariciándome el pelo, después de haberme mojado toda la barriga con su semen—. Siempre me decía: «¡Tú no sabes la de kilómetros de pollas que me he comido para poder hacerme famosa!».

Y se echa a reír.

—¿Una actriz marroquí?

Me confirma que sí con la cabeza, mientras aspira una calada del cigarrillo que acaba de encender. Me lo pone luego entre los labios, aunque nunca me ha gustado sentir el filtro mojado por otro. Lo acepto de todos modos.

—¡Qué fuerte! En Europa, lo puedo entender, pero en Marruecos. ¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pregunto, entre seria y sonriente, apoyada en el codo izquierdo.

—Nada. Sólo que me recuerdas a ella. No sé. Me ha venido su cara a la cabeza.

Después de una felación improvisada, calculo que si la media del miembro de los hombres es de doce centímetros, para superar el kilómetro y alcanzar unos miserables 1,2 kilómetros, tengo que hacerlo con diez mil hombres. O bien, diez mil veces con el mismo hombre. Esta segunda opción no me gusta demasiado. Tiene más mérito hacerlo con diez mil hombres. Me quedaré con esta hipótesis.

—¡Joder con tu amiga, Hassan!

—¿Qué pasa con ella? —pregunta, todavía con las piernas abiertas y las manos reposando sobre los testículos.

Me encojo de hombros y me levanto para ir al baño. Me siento pegajosa, quiero quitarme el semen que llevo encima del cuerpo con papel higiénico, y luego, pegarme una ducha.

No quiero quedarme a dormir con él esta noche. Tengo que levantarme pronto y cambiarme de ropa porque debo asistir a una reunión importante. Cuando mi amante cae dormido, me marcho sin hacer ruido. Siempre me voy como un gato.

Diez mil hombres. Un día, haré mi propio recuento.

25 de marzo de 1997

—¿Vienes conmigo a Madrid? —me pregunta Hassan—. No puedo perderme ese encuentro en La Zarzuela. Y me gustaría que me ayudaras, al menos, con la traducción de los periódicos sobre el acontecimiento.

Con un poco de reticencia, decido acompañarle. He reservado una habitación en el hotel Miguel Ángel y cogemos el avión a última hora de la tarde. En pleno vuelo, se pone a tocarme las piernas, descaradamente, mientras lee la prensa del día. Noto que la gente de al lado está incómoda, así que abro un poco más las piernas, para que pase mejor su mano hacia el interior de mi muslo. La gente, escandalizada, vuelve la cabeza hacia el otro lado. Alguna que otra maruja intenta mirarnos de reojo, sin ser vista. Pero se encuentra con mis ojos, y de nuevo vuelve la cabeza furtivamente. Siempre me ha asombrado la hipocresía de las personas. Levantan a menudo los brazos al cielo, escandalizadas y, sin embargo, demuestran muchas veces una curiosidad morbosa.

Cuando llegamos al hotel, Hassan me hace entender que quiere tomarme en la ducha. Me encanta la idea. Una vez en la bañera, detrás de mí, con el agua corriendo sobre mi espalda y sus piernas, agarra el jabón y empieza a rozarlo contra mi pubis. Luego, me arropa con su brazo hasta que el jabón alcanza mis pezones. Juega con ellos, con movimientos circulares, intentando dibujar no sé muy bien el qué. El contacto deslizante del agua y la espuma jabonosa tienen un efecto inmediato sobre mi cuerpo. Hassan acelera la cadencia de su movimiento hasta que paso mi mano por detrás y oriento su pene hacia su hábitat natural. Me penetra fuertemente y nos corremos juntos a los cinco minutos.

26 de marzo de 1997

Mientras Hassan está en el encuentro con su heredero al trono, intento localizar a Víctor López, que trabaja en unas oficinas no muy lejos de mi hotel. Víctor y yo nos conocimos en Santo Domingo, donde hacíamos el amor en Playa Bávaro los fines de semana, a merced de las miradas ajenas, sin pudor. Durante la semana, yo estaba en Santo Domingo y él en Santiago de los Caballeros. Cuatrocientos kilómetros de distancia nos separaban. Me gustaría verlo hora, porque me estoy aburriendo sola en la habitación.

—¿De parte de quién? —me pregunta la secretaria, de mala manera. Seguramente, como muchas, está enamorada de su jefe y se muestra reticente a pasar la llamada de una mujer. Y menos aún si es agradable.

—Soy una amiga de Víctor —contesto dulcemente, para contrarrestar su mal humor.

—No está disponible ahora mismo. Pero déjeme su teléfono, y le devolverá la llamada en cuanto pueda.

Como no le pases mi recado, te mato, pienso.

Una hora después, Víctor me llama.

—¡No me lo puedo creer! ¿En qué parte del mundo andas ahora? —me pregunta, loco de alegría.

—Bueno, le di el número de móvil a tu secretaria para despistarla, pero estoy muy cerca de ti, Víctor —mi tono misterioso le intriga.

—¿Ah, sí?

Noto por su voz que está ansioso por saber donde me encuentro ahora mismo.

—¡Venga!, dime dónde estás.

—Estoy en Madrid. En el Miguel Ángel. Pero vengo acompañada. Así que puedo tomarme un café contigo, pero rápido.

—Joder, ¡no me hagas eso! Necesito invitarte a cenar. Tú siempre apareces y desapareces así. ¿Cuándo tendré la suerte de tenerte más de una hora?

Víctor está visiblemente decepcionado.

—Quizá pueda ir a cenar contigo, pero eso no depende de mi, sino de que la persona con la que estoy tenga una cena de trabajo esta noche. Vamos a tomar un café y luego vemos qué pasa, ¿OK?

Tras colgar, me voy corriendo al baño para retocarme un poco, cojo una chaqueta bajo el brazo y, espontáneamente, enciendo un cigarrillo. Mientras fumo, sentada en el

sofá —tengo que hacer tiempo, odio llegar la primera—, me pongo a pensar en el aparato de Víctor. ¿A qué olía? ¿Cómo hacía Víctor el amor? Repaso unas cuantas escenas mentales de nuestros encuentros. ¡Ya está! Misionero, ante todo. Bueno, de todos modos, dudo que pueda acostarme con él ahora.

Me acabo el cigarro y decido bajar. Ya ha pasado suficiente tiempo. Una vez en el lobby voy mirando por todos los lados, a ver si ya ha llegado.

De improviso, una mano me estrecha de repente la cintura y me impide darme la vuelta para verle la cara. Ya me está cogiendo en sus brazos. Nos quedamos así unos minutos delante de las recepcionistas que reprimen unas risitas y bajan la cabeza, simulando estar trabajando. Después de ese eterno abrazo, me coge la barbilla y me levanta la cabeza, mirándome a los ojos antes de darme dos besos en las mejillas.

—¡Cómo me alegro de verte! Pensaba que estabas en algún país lejano, firmando contratos. ¿Sigues trabajando en la misma empresa?

—Sí. Pero hay muchos cambios en el grupo así que no sé lo que me va a deparar el futuro. De todas formas, de aquí a seis meses, tengo dos viajes que no puedo desatender. Dentro de una semana me voy a Francia por unos días a ver a mi abuela. Y luego rumbo hacia Perú y México. No quiero comerme demasiado la cabeza por problemas de organización interna. Me voy y ¡a ver qué pasa cuando vuelva!

—¿Y qué te trae por Madrid? ¿Asuntos de trabajo?

—No realmente. Me tomé unos días para acompañar a un amigo, el director de un periódico, que viene a cubrir un encuentro diplomático.

Veo que mi respuesta no parece convencerle mucho.

—Seguro que hay algo más. ¡Venga!, dime la verdad.

Prosigo con mi explicación.

—Bueno, lo que no te he dicho es que este señor es un amigo mío con derecho a roce. Pero eso no te sorprende, ¿verdad?

—¡Ésta es la amiga que yo conocí! ¡Sí señor! ¡Así me gusta! Cuenta, cuenta. Eres la única persona con quien puedo hablar de estas cosas sin preocuparme por los tabúes y prejuicios. ¿Qué tal ron él?

Ya le he picado la curiosidad. Sé que Víctor siempre ha sido un reprimido en el fondo, y que sólo se ha soltado cuando hemos estado juntos.

—No entraré en detalles. Sólo te diré que bien, aunque podría estar mejor.

—¿Mejor? ¿Cómo? Bueno, ven. Te invito a tomar algo en el bar y me cuentas —me suelta, con la clara intención de saberlo todo acerca de mi relación con Hassan.

Sin embargo, no ha podido sonsacarme nada. Nunca me ha gustado alardear de mis relaciones sexuales. Sobre todo tratándose de una persona como Hassan. Nunca se sabe. He contado detalles sobre gente desconocida, pero de Hassan no.

Nos hemos despedido después de dos horas, durante las cuales tuve la suficiente habilidad como para que la conversación se centrara en él y su vida.

Cuando vuelvo a la habitación, Hassan, para mi gran sorpresa, está en el baño.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —le pregunto.

Me responde con otra pregunta, visiblemente enfadado.

—¿Dónde estabas tú?

Por la noche, no hicimos el amor. Dijo que estaba cansado, pero era su particular manera de castigarme por haber centrado mi atención sobre alguien o algo que no tenía nada que ver con él.

27 de marzo de 1997

Hoy, Hassan ha salido pronto del hotel. Había una rueda de prensa en el palacio de La Zarzuela, y mientras se estaba vistiendo, estuvo repasando las preguntas escritas sobre un trozo de papel reciclado. Yo, mientras tanto, estuve elucubrando sobre qué hacer y cómo organizar mi jornada. Ni *shopping*, ni Museo del Prado ni nada. Hoy he tenido cuatro relaciones sexuales. Dos por la mañana y dos por la tarde. El equilibrio perfecto.

La primera fue en el metro. Un hombre me tocó el trasero con el pretexto de que el vagón estaba repleto de gente y no sabía dónde poner las manos. Bajamos en la siguiente estación y, en un fotomatón, trabajé con gula su sexo caliente.

La segunda sobre la una de la tarde, después de comprar un bocadillo. Estaba comiéndomelo en el Retiro, cerca del Palacio de Cristal, detrás de un árbol y en medio de las ardillas —más que ardillas, parecían pequeños humanos peludos encogidos—, cuando un tipo se ha acercado y me ha preguntado si por dinero me acostaría con él. He rechazado el dinero, pero he aceptado darle alegría al cuerpo. Me importa tres pepinos el dinero. Mi curiosidad siempre ha rechazado este tipo de trato comercial. Además, considero que no tengo precio. No ha habido mucho contacto físico entre nosotros. A pesar de mi concentración en la ardua labor, he estado más pendiente de la gente que paseaba por el parque. No quería acabar en una comisaría, escoltada por dos policías.

Por la tarde, me he citado otra vez con Víctor, quien ha subido hasta mi habitación del hotel. Sabía que Hassan no volvería hasta muy tarde así que me he concedido un poco de tiempo para gozar de la compañía de mi amigo. Hemos vuelto a rememorar los momentos pasados en Santo Domingo, y sin pedirme permiso, me ha cogido en sus brazos, me ha estrechado fuertemente y nos hemos fundido en un beso que decía mucho sobre lo que iba a suceder. Le he quitado delicadamente la camisa y he dejado al descubierto un torso fuerte, recubierto de un precioso bosque denso, que desprendía un calor sofocante, reflejo de su deseo por mí. Imitando mi gesto, me ha quitado la camisa, ha acercado sus manos a mi pecho, prisionero en un sostén demasiado pequeño, que estrangula y levanta mis pequeñas tetas para que parezcan menos caídas y, poco a poco, se ha puesto a dibujar con sus manos la forma de la ropa. Luego, me ha hecho caer delicadamente sobre la cama, reteniendo mi nuca con una mano, para que no se fuera hacia atrás en un movimiento brusco. Ha ido besando mis piernas, rozándolas ron sus labios ligeramente húmedos, y la habitación,

silenciosa, se ha llenado con los pequeños ruidos de su boca ávida sobre mi piel. Mi excitación ha llegado al máximo cuando su boca ha rodeado mi sexo, sin nunca dar en el blanco. Después de nuestro abandono mutuo, hemos querido repetir. Y esta vez, he tomado yo la iniciativa. Sabía que le iba a gustar y de hecho, no se ha hecho de rogar.

Al volver Hassan al final del día, me encuentra tendida en la una, mirando la televisión. No ve ni parece sospechar nada. Pero sigue con el mismo humor que la víspera. Me anuncia que se tiene que ir a la mañana siguiente a Marruecos y que nos despediremos en el aeropuerto.

Encuentro con Cristian

28 de marzo de 1997

A primera hora estamos ya en Barajas. Hassan se despide de mí, rápida y fríamente, porque no le gusta mostrar emociones en público. Cuestión de cultura. No sé cuándo le volveré a ver. Tampoco se lo he preguntado. Luego, cojo el puente aéreo que me lleva hacia un ajetreado día en Barcelona. Después, por la noche, tengo una cita: el director de una oficina de banco a quien, un día, entregué mi tarjeta con mi teléfono personal apuntado a mano en el dorso, me ha invitado a cenar. Nunca pensé que me iba a llamar, sin embargo lo ha hecho. Así que esta noche tendré que ir más que preparada.

Después de la jornada laboral, empiezo el ritual previo a una cita y me voy a duchar. Utilizó mi gel de sándalo de Cabtree and Evelyn, apropiado para este tipo de circunstancias. Me encanta el olor porque dicen que el sándalo despierta el deseo, es decir, que es afrodisíaco. Su suave aroma a madera me hipnotiza, y deseo que también emborrache mi piel. Vierto el gel en la palma de la mano antes de extenderlo en los pies y las piernas. Cuando tengo todo el cuerpo cubierto, aprovecho para fumarme un cigarro, el tiempo justo para que el perfume a sándalo se quede impregnado en la piel. Luego, después de enjuagarme, me paso la loción corporal del mismo perfume.

Mientras me estoy vistiendo —he elegido un vestido de noche verde esmeralda con medias transparentes y zapatos de tacón alto— me pongo a pensar en los momentos previos al encuentro, cargados de emoción y de deseo. Éstos son, en definitiva, los mejores momentos. Por eso, hoy no tengo la menor intención de entregarme fácilmente. Quiero que dure. Primero, iremos a cenar. Durante la cena, le provocaré y le entregaré mis bragas y las medias para que sepa lo que puede pasar luego. Que se imagine cada poro de mi piel sin el contacto de la fibra. Que pueda oler mi deseo sin el filtro de la ropa. Haré eso: entregarle la lencería. Que imagine a qué sabe mi sexo, mientras está masticando un trozo de entrecot a la pimienta.

Me he maquillado un poco, no demasiado. No quiero acabar con el rímel corrido en las mejillas al primer contacto físico. Este defecto le puede dar a cualquiera un aire de puta barata que es detestable. Gloss en los labios. Blush en las mejillas. He dibujado una suave línea blanca en la parte interna de los ojos. Es suficiente.

Han llamado a la puerta a la hora acordada y, tras bajar, me he encontrado con un hombre realmente muy atractivo. Es curioso, porque no lo recordaba así. Lleva una corbata de seda azul marino con pequeños reflejos violeta, muy sutiles. El traje es de corte clásico, azul marino también, y su camisa blanca le da un toque de elegancia que le hace irresistible. El reflejo de sus zapatos me dice que los ha limpiado justo antes de venir y ese detalle me confirma que debe poner mucho empeño en todo lo que se propone.

Cristian tiene la sonrisa de los actores americanos de los años cincuenta, con dos pequeños hoyuelos en la comisura de los labios. El primer día que le vi percibí una gran sensibilidad en él. Seguro que debe de ser buen amante.

Sin embargo, no pasa absolutamente nada entre él y yo esta noche. A pesar de no tener mucho que decirnos, no me he atrevido a ejecutar el plan que tenía previsto para llenar el silencio. Nada de medias entregadas furtivamente debajo de la mesa, nada de insinuaciones por mi parte. Me ha pedido volver a verme otro día, y, haciendo una excepción en mi propio reglamento, le he dicho que sí.

Noche del 29 de marzo de 1997

He ido a visitar a Franco, un amigo italiano, y a su familia a su casa de campo. Por la noche me ha resultado fácil conciliar el sueño, entre otras cosas porque el aire puro me ha agotado. He tenido un sueño curioso del que lo que más recuerdo, porque ha quedado grabado en mi memoria, ha sido mi cambio de imagen. Tenía el pelo teñido de negro, como una japonesa, la melena cortada un poco más arriba de los hombros, y una franja que casi me caía sobre los ojos. Era una peluca. Me aterró verme así, porque parecía que me habían impuesto esta imagen a la fuerza. Pero para el tipo de trabajo que se me ofrecía era perfecta. Recuerdo estar en una especie de convento, con muchas chicas. Por la noche íbamos a trabajar al primer piso, que era, sencillamente, una casa de geishas. Me he despertado sudada y he encendido una vela aromatizada para relajarme. Después de haber inhalado el dulce perfume de la vela, me he puesto boca arriba, con las manos hacia atrás, debajo de las almohadas. He comenzado a emprender una especie de viaje en el espacio. Parecerá raro, pero he visto a mi alma levantarse de mi cuerpo y volar. De repente, he sentido que alguien desde atrás (creo que era un hombre) cogía mis manos y tiraba hacia atrás, para llevarme con él. Yo le daba puñetazos, pero mi postura me impedía moverme con total libertad. Al no conseguir arrastrarme, se levantó de repente y se dejó caer sobre mi cuerpo con la intención de fundirse en mí. Tenía una túnica de color oscuro, y para evitar que entrara en mi cuerpo, he encendido nuevamente la luz y me he fumado un cigarro. Tengo la sensación de no estar sola en la habitación. Tengo miedo.

Mi amiga Sonia me ha hecho su particular interpretación del sueño, explicándome que el hombre con la túnica negra representa todas mis fobias y energías negativas, y que es buena señal que haya podido librarme de él.

—Es el anuncio del principio de una nueva etapa en tu vida —me ha dicho, orgullosa de ser clarividente por un día.

30 de marzo de 1997

Por fin me voy a Francia con mi abuela, mi querida Mami. Tras los Achuchones eternos y muchos besos húmedos en ambas mejillas, voy a deshacer mi maleta en el cuarto que cuidadosamente me ha preparado. Cenamos tranquilas las dos y luego salgo a dar una vuelta por el pueblo y los alrededores. Llovió mucho la víspera, y el aire huele a limpio esta noche. He decidido ir al cementerio. Para mí es un lugar especial, y más aún cuando todo está oscuro y silencioso. Necesito meditar. Cuando llego, el olor de la tierra empieza a cosquillearme la nariz, como si todos aquellos cadáveres la hubiesen alimentado con sus carnes y huesos, adquiriendo así más carácter y personalidad. Una tumba enorme, preciosa, de mármol, me llama de repente poderosamente la atención, y no puedo evitar acercarme a ella y ponerme a acariciar el mármol frío. Este contacto es muy singular pero me procura inmediatamente consuelo y paz. Y me imagino que el colmo de esta situación sería burlar a la muerte practicando la vida misma, es decir, hacer el amor aquí mismo.

Unas ramas que crujen o alguien que pisa las hojas caídas me arrancan de repente de mi abstracción. Podría ser mi imaginación, que me juega uno de sus trucos, y decido no inmutarme hasta discernir una luz. Estoy asustada, pero también siento curiosidad, y voy acercándome hacia la luz, cada vez más grande, como una luna grande caída del cielo. Parece una linterna. El saber que no estoy sola me hace temblar un poco, y noto que mis manos se van poniendo húmedas, no sé si por el miedo o por la excitación. Súbitamente, llegan hasta mí unas voces. Las siluetas de dos hombres se vuelven cada vez más nítidas y constato que están excavando en medio del cementerio. Uno de ellos ha notado mi presencia:

—¿Hay alguien ahí?

Me acerco un poco más y me pongo justo enfrente de la linterna.

—Perdone. He oído ruidos y he venido hasta aquí para ver lo que pasaba.

—No son horas para visitar un cementerio, señorita —me hace notar uno de ellos, apuntándome de arriba abajo con la linterna—. ¡No es supersticiosa!

—¿Por qué me dice eso? No creo en los muertos vivientes, ¿sabe?

Los dos hombres se echan a reír.

—Mañana hay un entierro y por eso estamos excavando una fosa a estas horas —me dice el otro.

Al fijarme en sus pantalones veo que están abultados. Él nota mi mirada y comenta:

—La naturaleza humana no se calma nunca, incluso en estos lugares.

Me observa minuciosamente y como mis ojos ya se han ido acostumbrando a la oscuridad, puedo entrever cómo cambia su expresión, aunque no distingo muy bien su rostro.

Llevo una falda larga, negra, un top ajustado de manga corta pero con cuello alto, del mismo color, y unas sandalias. A pesar de estar totalmente tapada, la tela de mi ropa es muy fina, y un poco de aire picarón invade mi cuerpo. Mis pezones se contraen de repente y noto cómo mi respiración se va acelerando cada vez más. Por el silencio que pesa en este lugar, tengo la sensación de que los dos hombres la pueden oír, y pueden apreciar mis pechos encerrados en aquel top.

Uno de ellos se acerca de repente, empieza a tocarme suavemente el pelo, a acariciarme la cara, y me introduce dos dedos en la boca.

—¡Chúpamelos! —me va susurrando.

Obedezco. El otro se ha puesto detrás de mí, meneándome el trasero con las manos sucias de barro; la tierra está mojada por la Inerte lluvia de la víspera. Me sube la falda y me quita las bragas, llevándoselas a la cara para olerlas.

—Tú sí que hueles a vida, cariño —dice, excitado.

Se agacha para coger un poco más de la tierra que han ido sacando a medida que excavaban. Empieza a masajearme el trasero con ella, con más energía. Yo sigo chupando los dedos de su compañero, pasando mi lengua entre cada uno de ellos. Sus manos tienen un olor curioso, son manos de trabajador; la rugosidad de su piel le ha traicionado.

El otro se baja los pantalones, coge su pene con la mano derecha v empieza a masturbarse, mirándome el trasero con la linterna.

—¡Tienes un culo de vicio, nena!

Yo, a pesar de no verle la cara, puedo sentir el frenesí con el cual se menea y eso me excita un poco más. A partir de ese momento, me atan las manos con una cuerda, luego, uno de ellos me tumba en el suelo, al lado del agujero que han hecho para el entierro, y mi cabeza queda suelta en el vacío, de modo que puedo ver el fondo de la tumba. Noto que uno se libera cuando un enorme calor inunda mi vientre. El otro me pone la linterna en plena cara, como si de un interrogatorio se tratara.

—¡Seguro que le gusta!

El de la linterna me coge de repente la cabeza, con violencia y me pone su sexo en la boca. El contacto con mi saliva le hace correrse enseguida, mojándome el paladar y

las encías. Pierdo el conocimiento.

No sé cuánto tiempo pasa después, minutos, quizá horas. Me levanto, todo el cuerpo me duele. Parece un sueño. Estoy totalmente sola y sucia. Aparte de eso, no quedan huellas de nada y la cuerda ha desaparecido. Decido volver a casa.

31 de marzo de 1997

Me he pasado todo el día reflexionando sobre lo que ocurrió ayer, mientras Mami está haciendo punto, echándome ojeadas de vez en cuando, intrigada por el aire serio que he adoptado para escribir mi diario. Estoy sentada en un pequeño sillón, cubierto por una manta que ella ha puesto encima para no estropearlo, ya que a Bigudí, el gato, le encanta echarse allí y asearse. Bigudí está delante de mí, mirándome con recelo por haberle robado su sitio preferido. Le cojo en mis brazos, le doy besitos en la cabeza y le acaricio el pelo, para que entone mi melodía favorita, cargada de placer y satisfacción. Cierro mi diario para que pueda acomodarse mejor encima de mis piernas, pero el gato, que es muy cabezota, se queda sentado, mirándome.

—Va a llover otra vez hoy —le digo a Mami, mientras observo cómo el gato se limpia detrás de las orejas.

—Eso está bien para el jardín —me contesta, con una pequeña sonrisa que se queda colgada de sus labios.

Mami siempre sonríe. Es una abuela simpática de un metro ochenta, que colaboró con la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, cruzando bosques para pasar mensajes escondidos en un carrito de bebé. La admiro por ello.

La observo detenidamente mientras va cruzando una y otra vez la lana. No conozco a Mami con otra cara que la que tiene ahora. Es como si hubiese tenido amnesia toda la vida o como si yo hubiese perdido la memoria.

—¿Alguna vez tuviste un amante antes de conocer a Papi?

Mi pregunta no parece sorprenderla. Me contesta tranquilamente, sin dejar de concentrarse en el punto.

—Tu abuelo ha sido el único hombre de mi vida. Me casé con él porque otra cosa no podía hacer. Pero aprendí a quererle. Recuerda: como decían en una película, una mujer sin estudios tiene dos opciones en la vida, o el matrimonio o la prostitución, que, en definitiva, es lo mismo, ¿no? Nunca me he pegado un revolcón con otro hombre, si a eso te refieres, ni antes de conocer a tu abuelo.

—Y si pudieras volver a empezar, ¿qué harías?

—Pues pegarme todos los revolcones del mundo, hijita —me contesta riéndose.

Ahora ya sé de dónde me viene este carácter tan liberal. Me levanto y le doy dos besos como agradecimiento a su sinceridad y a la complicidad que me acaba de brindar.

—¡Ah!, y estás autorizada a escribirme y contarme con todo detalle tus

revolcones, hijita mía.

—Te lo prometo.

1 de abril de 1997

Esperanza, Esperanza, sólo sabe bailar chachachá.
Esperanza, Esperanza, sólo sabe bailar chachachá.

La radio del taxi que he cogido en el aeropuerto de Barcelona está a pleno volumen. Hasta he tenido que chillarle varias veces al taxista para que entendiera la dirección. Ni se le ha ocurrido bajar el volumen. El coche está lleno de objetos religiosos con la foto de no se qué santo colgada en el retrovisor interior. En la parte de atrás, incluso el perrito articulado de los años sesenta, que mueve la cabeza y saluda sin cansarse a los coches que nos están siguiendo, y que tiene una cruz colgada al cuello.

—¿De la *France* es usted? Ya me di cuenta enseguida, señorita. ¿Qué? ¿De vacaciones por aquí?

No es su culpa, pobre hombre, pero no tengo ninguna gana de darle conversación, así que le contesto sólo con un gesto afirmativo de la cabeza. No parece entender y sigue hablando.

—Yo hablo un *petit peu* el francés. Y también *speankin inglis*.

—*Speaking english* —le corrijo.

—¿Cómo? Pues eso, *speankin inglis* —repite orgulloso—. De joven me fui a Inglaterra a trabajar de cocinero, ¿sabe usted?, y allí aprendí un poco el idioma. Pero han pasado muchos años y no me acuerdo de gran cosa. Lo que sí sigo haciendo es cocinar para mi mujer. No se puede quejar. Todos los domingos le preparo una fideuá, ¿sabe usted? No es fácil hacer una buena fideuá como Dios manda.

Después de contarme todo sobre los gustos culinarios de su mujer, la profesión de sus hijos, los buenos chicos que son, ¿sabe usted?, y lo bien que han aceptado a sus nueras en el pueblo, me despido del taxista, dejándole una buena propina.

Es tarde pero, a lo mejor, encuentro todavía al director del banco de la otra noche. Tengo ganas de verle y empezar lo que no quise hacer durante la cena del otro día. Al llamarle por teléfono responde el buzón de voz, y, ni corta ni perezosa, le dejo un mensaje.

—Llámame al 644 44 44 42, a cualquier hora.

¿A cualquier hora? Va a pensar que me pasa algo, o bien que estoy como una cabra. Es igual. Así veré si le intereso de verdad.

La una de la mañana, nada. Las dos, todavía nada. Las tres, no puedo más, y me voy a dormir. Las cuatro y media, todavía estoy dando vueltas en la cama sin pegar

ojo. Las cinco menos cuarto, me voy a hacer pipí. Las cinco, ¡por Dios!, no hay manera de dormir. Las cinco y cuarto, me como unas natillas de chocolate ¿repetimos? Nada de nada. Esta noche no puedo dormir, así que me levanto con mala cara y unas ganas de sexo que ni mi mano va a poder apaciguar hoy.

2 de abril de 1997

Mi día ha transcurrido bastante mal por el cansancio de no haber dormido nada anoche. Por la mañana, he estado de mal humor, y además, he tenido que preparar mi viaje a Perú con todas las gestiones necesarias que eso supone. Mis compañeros no me han preguntado nada, no se han atrevido, pero he estado tan pálida que Marta, la secretaria, me ha preguntado si necesitaba algo de glucosa, tipo Coca-Cola, para reponer fuerzas.

—¡La odio! —le digo, sin desviar la cabeza de mi ordenador.

Estoy redactando un fax solicitando una reunión a una compañía peruana. «A la espera de nuestra Coca-Cola, le saludo muy atentamente». Al releerlo me doy cuenta de que tengo que corregirlo.

—Marta, por favor, no me molestes más, que luego hago tonterías —le reprocho a la pobre Marta, que se va suspirando y cerrando, sin hacer ruido, la puerta de mi despacho.

No hay manera de que pase el fax. Compruebo los números, para averiguar que no me he equivocado, y vuelvo a mandarlo. Al final, lo consigo. Espero recibir una respuesta pronto. Ya tengo unas cuantas citas previstas pero no quiero irme de España sin tener todo planificado y concretado antes.

Por la tarde, Andrés, mi jefe, me convoca en su despacho para repasar mi *planning*.

—Entonces, hijita mía, ¿cómo te sientes con tu próximo viaje?

¿Por qué se empeña en llamarme hijita mía? Andrés tiene unos sesenta años, y yo más de treinta menos, pero solamente trabajamos juntos. Su actitud hacia mí me hace sentir muchas veces como una niña pequeña. Tiene una melena bastante larga, con muchas canas, y apostaría que, unos cuantos años atrás, debió de ser un faldero de mucho cuidado. Ahora, seguro que el caracol ha vuelto a su caparazón. Por eso, sólo le queda adoptar esta figura paternalista.

—¿Qué te pasa hoy? —me pregunta, sacándose las gafas y cerrando sus pequeños ojos.

—No me pasa nada, Andrés. He tenido una mala noche, nada más. ¿Por qué hoy os habéis puesto todos de acuerdo para estar en contra mía?

—Bueno, dejémoslo aquí. Recuerda, hijita, que necesito que veas a todo el mundo allí.

—Sí, sí. No te preocupes. Venderé mi alma al diablo si hace falta. Ya sabes cómo

soy. —Intento tranquilizarle con esta frase que ni yo me creo.

—Si las cosas se ponen muy difíciles, te mando a alguien para echarte una mano.

Salgo de su despacho como un cohete, porque la tarde se me está echando encima y me quedan muchas cosas que hacer. Al salir, casi estoy a punto de caerme encima de la mesa de Marta, al chocarme con un montón de archivos tirados en el suelo. En ese mismo momento, suena mi móvil.

Sin aliento, y visiblemente de mal humor —Marta lo ha notado y bucea en sus papeles para no cruzarse con mi mirada—, llego a mi despacho. Demasiado tarde. «Llame 123, mensajes recibidos: 1», me indica la pantalla del móvil. Nerviosísima, llamo a mi buzón de voz, sin conseguirlo a la primera. Los nervios me juegan malas pasadas muchas veces. Cálmate, me digo a mí misma. Cálmate, que así no vas a conseguir nada.

«Soy Cristian. Me dejaste un mensaje en mi móvil ayer por la noche. Sólo te devolvía la llamada».

Es mi director de banco. Cierro inmediatamente las puertas correderas de mi despacho y marco su número.

—Hola, Cristian. Soy yo.

—¡Qué rapidez! —me dice sorprendido.

Si tú supieras las ganas que tengo de pegarte un revolcón, pienso.

—Verás, ayer volví de Francia y quería saber de ti. ¿Cómo estás?

—Bien, mucho trabajo, pero afortunadamente soy un privilegiado. Acabo siempre a mitad de la tarde.

—¡Qué suerte! ¿Y qué haces toda la tarde? Debes de tener mucho tiempo libre, ¿no?

Me interesa saber más de él, y si me puede hacer un hueco en su agenda.

—Hago deporte. Voy de compras. A veces, me voy a tomar una copa en un bar con una bella amiga, por ejemplo. ¿Qué haces mañana al final de la tarde?

Bien, pienso. Tiene ganas de verme.

—Si quieres quedamos. No sé a qué hora acabaré, pero te llamo en cuanto salga del despacho. ¿Te parece bien? —le pregunto.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Cuando salgo del despacho, un diluvio empieza a caer sobre la ciudad. No he traído paraguas porque el tiempo ha sido bueno todo el día, y justo al salir es cuando me tengo que transformar en un pequeño Noé sin barco. Siempre me pasa lo mismo.

Todo el mundo en la calle se pone a correr como locos, saltando los charcos de agua y barro que se han ido acumulando encima de la acera. Yo decido andar. No sirve de nada correr, sin paraguas y visto el grosor de las gotas, me voy a empapar igual. Además, me gusta la sensación de pelo mojado cuando hace calor, y este olor de asfalto húmedo. Esta lluvia me recuerda mis fines de semana en el campo, con mis abuelos, cuando era pequeña. Y también aquellas vacaciones de verano pasadas con mi amiga Emma.

Estoy completamente mojada al abrir la cerradura de mi puerta. Un baño caliente, con muchas sales, se impone.

En el pasillo me quito toda la ropa —hasta el sostén está goteando—, luego me voy desnuda al salón para poner un CD de Loreena McKennitt, *The visit*, me sirvo una copa de vino tinto y enciendo varias velas perfumadas en todo el baño. Mientras suena un poema de Shakespeare, cantado con acompañamiento de arpa, me voy sumergiendo en un baño de una hora, el cual me dejará las extremidades completamente arrugadas. ¡Qué maravilla! Me gustaría morirme así. Confieso que he imaginado varias veces cómo sería. Creo que se parece a un largo sueño hacia un viaje interno de nuestra alma. El dolor es sin duda lo que debe de asustar a la gente. Pero la muerte no puede ser dolor, si el dolor es físico y la muerte, el estado definitivo en el que perdemos nuestra envoltura. Tengo mi propia teoría acerca de lo que debe de pasar cuando una muere. Somos pura energía, y al morir, todos nuestros átomos se irán mezclando con el resto del Universo. Nuestra energía propia acabará mezclándose con la energía del Cosmos. Ni Paraíso, ni Infierno. Somos una unidad del Cosmos, o sencillamente el Cosmos entero. Así me siento yo cuando hago el amor. Siento una mezcla de energía con la otra persona, que me hace viajar y fundirme con el Cosmos. La energía de mi orgasmo es una pequeña parte de mí misma que se va y acaba mezclándose con el Universo, y cuando acabo rendida, vuelvo a mi estado humano. Es un viaje sideral de mis células que se quedan dispersas para siempre, prisioneras de un tumulto energético, el cual no sé gestionar y que me llama permanentemente. Por eso siempre queremos repetir esta experiencia. Para comprenderla mejor. Sin embargo, yo nunca consigo comprender nada. Es una pequeña muerte que intento domesticar cada vez. Además, es la expresión que nosotros, los franceses, utilizamos para denominar poéticamente al orgasmo. Cada acto amoroso es una manera de acercarme a este estado de éxtasis. Pero no lo puedo nunca atrapar y estoy condenada a repetirlo una y otra vez para discernirlo mejor. En otros términos, es una montaña,

con un gran abismo, al cual no caigo nunca, un pie en la tierra, otro en el vacío. Y mi cuerpo se balancea entre la humanidad y lo divino como un autómata.

Son las once de la noche. Cuando salgo del baño, tengo un SMS de Cristian.

«Lluvia, champán, tu piel… ¿por qué me siento tan excitado?».

Cristian sabe, indudablemente, provocar a través de mensajes sugerentes.

«Cuando nos veamos, tengo la firme intención de saberlo todo acerca de los puntos suspensivos», le escribo a modo de respuesta.

«Buenas noches…», me responde, utilizando de nuevo los puntos suspensivos para que hagan su efecto en mi mente.

Es un hombre listo, no cabe duda.

Me acuesto y tengo problemas para conciliar el sueño. Sus mensajes han trastornado todas mis hormonas, y no sé si tendré la paciencia de esperar hasta mañana.

3 de abril de 1997

Me he citado al final de la tarde con Cristian en un bar, ya sabiendo que no puede pasar nada porque tengo la regla. Mierda. Me ha llegado esta mañana, sin previo aviso. Se ha adelantado, como para hacerme entender que mi cuerpo necesita un poco de descanso y que ya está bien. Tenía que haber anulado nuestro encuentro esta misma mañana pero no he podido hacerlo. Tengo demasiadas ganas de verle.

Después de una conversación interesante en torno a un vino tinto francés y unas tapas, me invita a bailar en la discoteca de moda del momento. Cuando veo bailar a alguien, me basta una mirada para saber si es sensual o no. En el caso de Cristian, no hay lugar a duda. Baila muy bien. Y… Lluvia, champán, su piel… Y desaparezco.

Desaparezco en un lugar paralelo, *huit-clos* sin sueño, donde mi cuerpo se funde eternamente en un abrigo de terciopelo, donde el placer supera el límite de lo soportable, y se transforma en gotitas adiamantadas en los rincones de los ojos, donde el roce de sus manos es igual a las alas de una mariposa, donde las agujas del reloj dan veinticuatro horas la vuelta, y yo me quedo suspendida en ellas.

Todo empieza por un baile frenético, entre risas y coqueteo con unos amigos que encontramos en la discoteca; las copas de ron con Coca-Cola o lima están más fuertes que la música que sale de los altavoces del local. Yo bailo sobre un hilo finito de seda como un pequeño funámbulo, atrapada entre su sexo que me roza, hinchado debajo de los calzoncillos y sus pantalones de corte italiano, y la mirada de un desconocido que contempla mi balanceo demasiado provocador. Y voy cayendo. Pierdo el control. Quiero sentirme viva.

—¡Domestícame! —le susurro con los ojos.

Yo, irónica, busco a una persona especial, a un hombre capaz de expresar sentimientos en el sexo. En su casa, ante una infusión de frutas tropicales, pierdo el sentido y acabo abierta de piernas frente a un sexo demasiado gordo para mis entrañas, pero exquisito. Tres largas horas tardo en recorrer con mi boca lo ancho v lo largo de este vibrador carnoso. Transformada en un fantasma de cómic, con las sábanas cubriendo todo mi cuerpo, dejo que me diga que le vuelvo loco de placer, y le como hasta sentir que me baña cada uno de los empastes que voy coleccionando desde niña.

Tengo dos obturadores en mi sensualidad escondida. Uno que quito rápidamente, avergonzada, sentada encima del bidé, y otro que me pone él, ayudado de su mano experta. Me dejo manejar, como una muñeca desarticulada frente a la decisión de un

poder superior, demasiado excitada.

No me molesta la rugosidad de su barba cuando baja, en un acto de generosidad, hasta el centro de gravedad del placer femenino, olvidándose de que lo íntimo se tiene que ganar, y no se roba nunca porque sí. Pero él tiene un don extrasensorial, que le hace ser peligroso, y mis ojos sólo pueden aprobar todo lo que está sucediendo.

A él tampoco le molesta mi depilación imperfecta, testimonio de que nada está planificado, de que todo fluye porque así tiene que ser. El olor que desprende toda la habitación es sin igual.

—Es esencia de rosa —me dice, leyendo mi pensamiento.

Y todo se va mezclando. Ron de la noche anterior, infusión de madrugada, esencia de rosa al amanecer, Armani botella negra en cada una de mis visitas al baño, la muestra del *bagnoschiuma* de un hotel Meliá de Italia que impregna mi piel en una ducha dada furtivamente, para no perder ni un momento de su presencia: estos olores-sabores corren por mis venas y, mientras tanto, se van reproduciendo maliciosamente y a una velocidad infernal los leucocitos de mi sangre.

Me está mortificando los labios porque no me sabe besar de otra manera, lo que me ha valido una pequeña herida en la parte interna de la boca. Porque me chupa los labios como un perro que hace la fiesta a su amo, después de reencontrarlo y constatar que nunca le ha abandonado. Me muerde el cuello como un gato en celo que sólo sabe reconocer la reproducción animal con este acto tan ritual que tienen los felinos. Y yo tengo la piel de gallina. Pelos erguidos horas y horas y alterados en su crecimiento.

Por la mañana, estoy yaciendo, abandonada a los placeres carnales, sobre su alfombra de pelos tan negros que van contrastando con la palidez de mi cuerpo.

Me ha dejado pronto debajo de mi casa, he subido como un zombi y me he convertido de repente, sin quererlo, en una Duras improvisada, obsesionada de por vida con un amante que la volvió loca a los quince años, condenada a escribir esa pasión que la fijó para siempre en ese momento adolescente.

Me voy de viaje

4 de abril de 1997

Querida Mami:

Te escribo esta carta para decirte que ayer por la noche he visto las estrellas. De cerca. Sí. De cerca. Hasta casi toco una con la mano, pero era fugaz y se fue volando. En fin, Mami, lo que te quiero decir es que ayer he tenido uno de los mejores revolcones de mi vida. Pensé que te haría ilusión saberlo. Me metí en la cama con un hombre que sólo había visto dos veces, y que conocí por casualidad en un banco. Pero ha sido mágico. La primera vez, no pasó nada. Creo que fue porque ninguno de los dos queríamos. Y ayer me acosté con él. Salimos a tomar algo y luego de marcha. Y entonces, me llevó a su casa. Tiene un piso precioso, un ático, con una terraza enorme que lo rodea por completo, como a mí me gusta. Sólo faltaba un gato bien gordo paseándose de una a otra habitación, como Bigudí. Yo le había advertido que no estaba preparada para eso, precisamente esa noche, porque me acababa de llegar la regla. Ha sido todo menos higiénico… ¡Qué vergüenza! Pero él me dijo que, a veces, la excitación es superior a las circunstancias, y que hay que dejarse llevar. Entonces accedí. ¿Erais así de guarros en tu época de jovencita? Me ha roto los esquemas. Y no paro de pensar en él desde entonces. Con lo frívola que soy, ¿no me estaré enamorando de un tío porque folla de maravilla? La verdad es que no me gusta la idea, Mami. ¿Qué tengo que hacer? Si me vuelve a llamar, ¿crees que tengo que volver a verle? Dime algo, por favor. Necesito tus consejos.

Te mando un beso gordísimo. Cuídate mucho.

TU HIJITA

PD. Me voy la semana que viene a Perú. Te mandaré un fax desde allí con mis datos por si quieres escribirme. Y una postal del Machu Picchu, que sé que te hace



mucha ilusión.

6 de abril de 1997

Son las cuatro de la tarde y Cristian no me ha llamado ni me ha mandado mensajes. ¡Joder! No paro de pensar en él durante todo el día. ¿Me estaré enamorando? ¿Por qué pasa de mí de esta forma? ¿Acaso no le ha gustado pasar la noche conmigo? Pero entonces, ¿por qué me ha dicho que ha sido sublime? ¿Solamente palabras…?

Mi cerebro va a mil por hora, y no paro de divagar sobre lo que estará haciendo él en un día tan soleado. ¿Estará en la playa con los mismos amigos que encontramos en la discoteca, riéndose de mi manera de abrir los dedos de los pies cuando me he corrido? Solamente de pensar en esta posibilidad, me deja la autoestima por los suelos. Me podía haber llamado para repetirme que le ha gustado mucho pasar la noche conmigo. A las mujeres nos encanta que nos vayan diciendo una y otra vez estas cosas. Y yo, soy una de ellas. Cristian no es para nada psicólogo y me está decepcionando. Tampoco le estoy pidiendo que sea el padre de mis hijos, pero al menos, que tenga el detalle de manifestarse. Es igual. Si no llama, es porque no valla la pena.

Por si acaso, busco en un mueble del salón un libro muy útil en casos de emergencia como éstos. Se titula *Cómo romper con su adicción a una persona*, de Howard M. Alpern. En el índice, leo: «Algunas personas mueren a causa de relaciones perjudiciales. ¿Quiere ser uno de ellos?».

¿Qué estoy haciendo? Solamente le he visto dos veces. A lo mejor lo único que pretendía era hacer el amor con alguien, sin complicaciones, y he aparecido yo. ¿Por qué me estoy comiendo la cabeza de esta manera con este hombre?

Me cuesta decirlo, pero quiero claramente volver a acostarme con él. Voy a leer este libro, y repetir los aforismos de las últimas páginas. No me estoy enamorando, no estoy enamorada para nada, ni un poquito.

A la una de la mañana, estoy despatarrada encima de mi sofá, con el libro encima de la nariz; me he quedado dormida en una mala postura y me duele todo el cuerpo. Arrastrando mis pies dentro de las zapatillas, me voy hacia el baño, todavía aturdida, para limpiarme los dientes. Tengo las páginas del libro literalmente marcadas en la mejilla derecha. De muy mal humor, me voy a la cama con la intención de borrar mañana, definitivamente, el teléfono de Cristian de mi agenda. Ha sido sencillamente eso: una estrella fugaz.

10 de abril de 1997

—¡Tienes que salir ya! ¡Pero ya! —me grita Andrés, con las gafas en la mano.

Cada vez que adopta su miserable aire serio, mi jefe cierra los ojos como para no dar la cara a la persona que tiene enfrente. Chilla, pero no quiere hacerse responsable de las caras de estupefacción que le van poniendo.

Hoy está sentado en la mesa de su despacho, dibujando un montón de figuras en las esquinas de los papeles que tiene enfrente, espirales, cubos en tres dimensiones, y margaritas. Al final, las hojas quedan convertidas en una masa negra sin sentido, porque pasa una y otra vez el bolígrafo sobre las líneas trazadas. ¡Interesante para un examen psiquiátrico!, pienso.

—Pero si ni siquiera me han respondido acerca de la reunión que solicité —le rebato.

—Me da igual. No me importa que no tengas hecha la maleta, ni si tienes el *planning* completado. Y menos aún que tengas la regla. Ya hemos aplazado este viaje varias veces. Al aceptar este puesto, sabías que hay que estar preparada para improvisar. ¿Por qué coño he contratado a una mujer? ¿Por qué? —le pregunta a Marta, que acaba de aparecer en el despacho para hacerle firmar unos papeles.

Marta está temblando y no se atreve ni a acercarse hasta la mesa. Andrés está muy enfadado, no hay duda, porque su rostro se está coloreando de un rojo púrpura a la altura de las aletas de la nariz y parece un dragón a punto de echar fuego y carbonizarnos a las dos. Yo, evidentemente, quiero esfumarme cuanto antes y voy dando pequeños pasos hacia atrás hasta la puerta, pero Andrés tiene el propósito de pegarme la bronca de mi vida.

—No he acabado contigo. Cuando llegues allí, persigue a Prinsa. Son lentos y si no les llamas todos los días, te van a olvidar. No importa si pareces pesada, ¿me entiendes, hijita?

—Sí, Andrés —refunfuño, siguiendo su mano temblorosa agitar el bolígrafo Bic encima de la hoja de papel.

Se mueve con tanta fuerza que ya van apareciendo agujeros en la página.

—Y ahora, ¡corre! Haz la maleta, y vete al aeropuerto. Tu vuelo sale a las cinco de la tarde. Marta tiene los billetes. Mándame un fax cuando llegues. ¡Buena suerte, hijita!

Tomo un taxi por los pelos al salir de la oficina, y me deja en la puerta de mi casa. Hay gente amontonada delante de la puerta del edificio y para poder hacerme paso,

tengo que pedir permiso varias veces a la docena de personas que aguardan delante de las escaleras.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto a una rubia teñida, con un pendiente en la nariz y un pintalabios color fucsia, quien parece formar parte del grupo.

—Estamos esperando a Felipe, del local A. Pero todavía no ha llegado, así que tenemos que esperarle aquí en la calle.

Felipe es uno de mis vecinos. No puedo decir con exactitud a qué se dedica, pero el local es donde tiene montada su empresa. Le he visto en varias ocasiones, pero sólo nos hemos saludado. Después de subir de cuatro en cuatro las escaleras, abro rápidamente la puerta de mi casa y me pongo a hacer la maleta. ¡Cómo odio eso! A pesar de saber desde hace un mes que voy a viajar, no sé todavía lo que me voy a llevar. Revuelvo todos mis trajes y en la cómoda voy contando los pares de tangas y sostenes que necesito llevarme. A la vez, marco el teléfono de Taxi Mercedes para que me vengan a recoger delante de mi casa, la cual se transforma inmediatamente en una tienda de ropa de marca, mal organizada. Odio preparar un viaje en el último minuto. Y para colmo, para poder cerrar mi maleta, tengo que sentarme varias veces encima. ¿Y la combinación secreta? ¿Cuál es la combinación de la cerradura? ¡No me acuerdo! Al borde del desfallecimiento, y con el taxista llamando al interfono, saco toda la ropa de la maleta. No tengo otro remedio que coger otra, porque no me acuerdo de la maldita combinación. Me odio por ello. Soy un desastre para estas cosas, y siempre tiene que pasarme cuando más prisa tengo.

Reventada por los nervios, me pongo delante del espejo del baño y con mi cara de pequeño Buda poco inspirado voy haciendo unos ejercicios de respiración abdominal que, se supone, tendrían que relajarme en el acto. Siempre suele funcionar. Mientras busco unos preservativos para meterlos en la maleta, me encuentro un fax de mi amiga Sonia que no he tenido tiempo de leer hasta ahora. Lo haré en el avión. Bajo por el ascensor; subir las escaleras es bueno para trabajar los glúteos, pero bajarlas no tiene ningún sentido. Me tropiezo de nuevo con el grupo de antes que sigue reunido delante de la puerta. Mientras el taxista está poniendo mis cosas en el maletero, no puedo evitar preguntarle a la misma rubia:

—¿Tenéis una entrevista de trabajo? ¿Os ha citado a todos a la vez? —Quiero saber más acerca de Felipe.

—No, no. Venimos a repetir. Pero sólo él tiene las llaves —me replica, como si fuera obvia la razón de su espera.

De repente los asuntos de Felipe me interesan mucho y le sigo preguntando, al subir al taxi:

—¿Y a qué os dedicáis?

El rostro de la rubia se ilumina de satisfacción. Un chico del grupo, altísimo, se acerca a nosotras para participar en la conversación, mientras yo entro en el taxi, cierro la puerta y abro la ventana.

—Somos actores profesionales —explica la rubia, levantando orgullosa su pequeño mentón.

Y añade, como para satisfacer mi curiosidad que ya no puedo esconder, o quizá para provocarla más:

—Felipe vende trozos de vida.

El taxista me echa un vistazo de impaciencia por el retrovisor, luciéndome entender que está mal aparcado, y salimos disparados.

Justo antes de embarcar, y a punto de apagar definitivamente mi móvil, recibo un mensaje. Es Cristian. «¿Quieres cenar conmigo esta noche?». ¡Por Dios! Me voy de territorio español con dos incógnitas: ¿qué era eso de los trozos de vida de Felipe?, y ¿qué hago ahora con Cristian? Con lo curiosa e impaciente que soy, no sé si podré esperar las respuestas a tantas preguntas hasta mi vuelta.

Ya llevamos unas cuantas horas volando y, con la mano en una bolsa de plástico, repaso todas las compras que he hecho en el *duty-free* mientras aguanto el ronquido de un paquidermo medio calvo y sudoroso que está sentado a mi lado. Con cara de asco me vuelvo hacia él para observarle, y constato con horror que su cabeza se está yendo hacia mi hombro. ¡Que ni se le ocurra apoyarse sobre mí!

Intento distraerme, pues con cada nuevo vuelo me entra más miedo a volar. Me he acordado del fax de Sonia y me pongo a leerlo.

Querida Val,

Es vulgar, horroroso, pero al menos te pondrá de buen humor hoy… Sonia.

No cambiará nunca. Sonia es mi amiga desde hace unos tres años, y me ha demostrado que siempre tiene el mensaje justo en el momento preciso. Trabaja como jefa de producto en unos laboratorios farmacéuticos y se pasa la vida obsesionada por conseguir un ascenso. Cuando la vi por primera vez, me recordó inmediatamente a la heroína de unos dibujos animados japoneses, Candy, que echaban en la televisión francesa cuando era pequeña. Candy siempre llevaba minifaldas y botas hasta las

rodillas. Sonia es igualita. Tiene la piel de color porcelana, unos grandísimos ojos bordeados de pestañas negras infinitas y una nariz muy respingona, con miles de pecas. Tiene el rostro completamente liso, sin arruga alguna. Siempre lleva faldas de niña buena con zapatos planos, que le dan un aire de palillo a su cuerpo sin forma. Pero por dentro, Sonia ha demostrado ser fuego puro. Y lleva una eternidad buscando desesperadamente al amor de su vida. Como no lo encuentra sufre muchas depresiones que le suelen durar largas temporadas. Y cuando se cansa de verse en ese estado, se dedica a hacer reír a la gente. Luego, vuelve a recaer.

Empiezo a contar las páginas recibidas, hay casi cinco. No me puedo creer que tenga el tiempo para redactar este tipo de mensaje en la oficina. Se trata de un fax con chistes acerca de los hombres, una especie de decálogo de los principales errores masculinos en la cama. Como hay demasiada paja, utilizo la técnica de lectura rápida que me han enseñado en la universidad para captar lo más divertido.

Al cabo de un rato, prefiero dejarlo. Sonia ya no sabe qué inventar para ser graciosa. Pero al menos me ha ayudado a olvidar la presencia del gordo de al lado, que se ha despertado de repente y está mirando, por encima de mi hombro, lo que estoy leyendo. Nuestras miradas se cruzan y se dibuja sobre sus labios morados una pequeña sonrisa cómplice, a la cual no respondo porque no me da la gana.

Me pongo a seguir con mucha atención las indicaciones de una pantalla en la que aparece el mapa del mundo y la situación de nuestro avión. Ya estamos en el continente americano, y con esta imagen, consigo dejar atrás la angustia de los últimos días, entre los nervios de Andrés y mi obsesión por Cristian. Otra aventura me está esperando.

El aeropuerto de Lima se parece a un mercado de frutas y verduras. Es un caos que me deja aturdida apenas pongo el pie en territorio peruano, hasta que consigo pasar el control de pasaportes, cambiar soles peruanos y arrastrar mi maleta hasta la salida. Cuando las puertas del aeropuerto se abren sobre el exterior, me invade un calor húmedo, desagradable, que me anuncia ya noches de sudor y enfermedades gástricas. Me cuesta respirar, y un olor horrible a fruta podrida contamina el ambiente. Busco desesperadamente un taxi que tenga aire acondicionado, y me decanto por el coche de un hombre pequeñito, vestido con una camisa de lino crudo y unos pantalones verde militar. Se está quitando las gotas de sudor de la frente con un pañuelo y no para de mirarlo después como si hubiese descubierto un tesoro. Al verme, me hace una señal con la mano para indicarme que está libre. No dudo ni un

minuto y me acerco a él.

—Voy al hotel Pardo, en Miraflores. ¿Tiene aire acondicionado en su coche?

—Claro, señorita. Suba, la llevo rápido —me contesta, mientras me quita literalmente la maleta de las manos.

El aire acondicionado del taxi consiste en unas pequeñas hélices colocadas en la cabeza del asiento del conductor, en dirección a los pasajeros, y que no paran de girar con dificultad, produciendo el ronroneo de un avispón en pleno vuelo. Me abstengo de cualquier comentario. Mejor eso que nada.

La ciudad de Lima es una gigantesca chabola donde muchas casas, a punto de derrumbarse, tienen bolsas de plástico a modo de techo. No me había imaginado esto. Busco con avidez una casa bonita, algún edificio residencial, niños con uniformes azul marino y calcetines largos saliendo de la escuela, pero no los veo. En su lugar, aparecen pequeñas caras sucias, con mocos secos. El taxista me señala con su dedo el mar y las playas de la ciudad. En un semáforo, se da la vuelta y me comenta:

—No vaya nunca a bañarse allí, señorita. Todas las playas de Lima están contaminadas. Tendrá que salir de la ciudad para poder bañarse sin riesgo.

Miro aterrorizada a unos basureros inmensos que cubren las playas, y constato con horror que hay gente allí, con los bajos de los pantalones levantados hasta la rodilla, rebuscando entre la porquería que otros han depositado. Me entran náuseas, y tengo que volver la cabeza repentinamente para no ponerme a vomitar en el taxi. Instintivamente, busco en el bolso mi carné internacional de vacunación y me pongo a repasar todos los nombres escritos a mano con la fecha de las inyecciones. El viaje en taxi se me hace eterno, y no me atrevo a mirar de nuevo por la ventana, por miedo a ver el horror justo delante de mis narices. Por fin, llegamos a un hotel cuya fachada anuncia habitaciones de lujo, y después de despedirme del taxista, aparece a toda prisa un botones, vestido con un traje rojo y negro, y zapatos relucientes.

—Bienvenida al hotel Pardo, señorita —me dice muy amablemente.

En la recepción del hotel ya están avisados de mi llegada, y me entregan la llave de una suite que da directamente a la parte interior del edificio, tal como había solicitado. Por fin pienso encontrar tranquilidad. La habitación es de color beis, con un sofá de cuero marrón en el rincón. La cama, inmensa, está recién hecha, y me acuesto un momento para renovar la energía que he ido perdiendo durante el viaje en avión y el interminable trayecto en taxi. Pero me viene de repente a la mente la primera misión que tengo que cumplir, y que es urgente: llamar a Prinsa.

No encuentro a mi interlocutor, así que dejo un mensaje. Decido bajar nuevamente a recepción y la chica que me atendió al llegar, una morenaza que no para de sonreír y dice llamarse Eva, me ofrece la posibilidad de contratar a un guía para visitar la ciudad.

—Tenemos a muchos y todos muy bien de precio.

Me saca una lista antes de que pueda reaccionar y me la pone debajo de los ojos. Yo no tengo ninguna intención de contratar a un guía turístico pero un nombre me llama la atención, por tener el mismo apellido que aquel escritor español:

Rafael Mendoza
Guía turístico
Fotógrafo de Prensa y Cámara
Telf. 58 58 63
Bipper: 359357934

—¿Conoce usted a Rafael Mendoza? —le pregunto a Eva.

—Rafael es un óptimo profesional y además un excelente fotógrafo. ¿Quizá le gustaría tener fotos del Perú?

Su rostro se ha iluminado al pronunciar su nombre, y de nuevo sin preguntarme nada ya está marcando su número de teléfono.

Oigo que deja un mensaje en el contestador.

—Rafa, soy Eva, del hotel Pardo, es urgente. Hay trabajo para ti.

Con la promesa de Eva de que conoceré a Rafa al día siguiente, cojo el ascensor con unas ganas de sexo que no sé explicar. Quizá por la tensión de tantas horas de vuelo. Al llegar al piso de mi habitación, mientras busco las llaves en el bolso, escucho una voz.

—Buenas tardes, señorita. ¡Qué casualidad que estemos en el mismo hotel!

Todavía no le he visto la cara, pero mi mirada se para a la altura de sus labios y no hace falta ver nada más. Ya he reconocido la sonrisa cómplice en esa boca pequeña, cínica, que babeaba unas horas antes sobre mis piernas, mientras estaba en el avión. El paquidermo medio calvo ya ha introducido las llaves en la cerradura de la puerta de su habitación. Me paro un momento para mirarle y él aprovecha para decirme:

—¿Quiere pasar un momento y tomar algo conmigo?

Me sorprendo al responderle que sí, que muy amable de su parte, que qué curioso que estemos alojados en el mismo hotel, hasta que la puerta se cierra a mi espalda. Me

invita a tomar asiento en el sofá, que es igualito al que tengo en mi habitación. Tan sólo se distinguen por el color de las paredes, que son de un amarillo chillón con cortinas a juego.

—¿Qué desea tomar? ¿Champán, vino tinto…?

—Whisky —contesto sin pensarlo.

—¿Solo o con hielo?

—Con hielo, por favor.

El paquidermo pide hielo al servicio de habitaciones, y, mientras se sirve una copa de champán, comienza un interrogatorio sobre las razones de mi presencia en el Perú.

—Trabajo para una empresa de publicidad —le explico, intentando adoptar un aire amable.

En el fondo, parece ser buena persona; ha sido su gordura lo que me ha hecho rechazarlo en cuanto le he visto. Me siento culpable durante unos segundos.

—¿Y usted?

—Trabajo para una compañía telefónica. Soy informático, y vengo a poner a punto unos programas en nuestra filial peruana. ¿Sabía usted que nuestra compañía ha invertido dos mil millones de pesetas en el Perú? —me pregunta, como un profesor que quiere averiguar si su alumno está bien preparado para un examen.

—Si, es cierto. Desde la desaparición de Sendero Luminoso, cada vez más empresas extranjeras están invirtiendo aquí. Eso es muy bueno para el país. Creo que la inversión de su compañía representa ella sola el cincuenta por ciento del total de inversiones extranjeras, si las estadísticas son ciertas.

Su mirada me ha aprobado con sobresaliente. Llaman a la habitación. El paquidermo coge la cubitera de las manos del camarero, y cierra la puerta con un golpecito de la pierna izquierda. Parece ágil, a pesar de su sobrepeso.

Me tiende un vaso con whisky sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar aquí? —Quiere saberlo todo.

—Creo que estaré unos quince días. Dependerá de lo que tarde en visitar a todos nuestros clientes. A veces, algunos anulan las citas y las posponen, lo que hace que todo mi *planning* se tambalee.

Pido otro whisky. El paquidermo, que se llama Roberto —así lo indica su tarjeta de visita, que me ha regalado como si fuera el más precioso de los tesoros—, me sirve otra copa, que voy bebiendo rápido pero a pequeños sorbos.

La segunda copa empieza a hacer su efecto y voy notando un hormigueo que me

sube desde las piernas y se va concentrando a la altura del pubis. Un calor invade mi espina dorsal y escala mi espalda hasta la nuca. Mientras me sigue hablando, me quito el top y el sostén, y Roberto detiene de repente su monólogo, visiblemente sorprendido. Sin avisar, se tira bruscamente sobre mis pezones y me los aprieta como si estuviera intentando deshinchar un globo. Me siento convertida de repente en un hueso de goma para cachorros. Luego, babeando, me coge el pezón izquierdo entre el pulgar y el dedo como quien intenta encontrar la estación de radio de los cuarenta principales. Odio eso, pero le dejo hacer. Seré sincera: todo me lo he buscado cuando acepté entrar en su habitación.

Su torpeza manual en la región de mi pubis acaba en una conclusión de sus dedos gordos en los elásticos de mis braguitas. Le ayudo y las saco yo misma, y, tomando eso como una invitación indirecta hacia la entrada de mi sexo, su mano baja en mi entrepierna e intenta introducir sus cinco dedos en mi vulva como si estuviera escondiendo en una chimenea el botín robado a un banco. Es muy torpe, la verdad, y su rostro está cubierto de un sudor glacial, pienso que no me da perspectivas de un polvo inolvidable. Se pone por fin a quitarse la ropa. Pero, digno de un principiante en la materia, se quita todo salvo los calcetines. Esta sola visión me da ganas de reír a carcajadas, pero me contengo. Busco con cara de desánimo su pene, pero las toneladas de carne que forman su barriga recubren justamente esa parte de su anatomía. Tendría que levantarse la grasa para poder tener una relación sexual; si no, el asunto se anuncia desastroso. Sin más preliminares, introduce sin ternura su pequeño objeto que el slip demasiado estrecho, de un color blanco dudoso, ha estrangulado y empieza a moverse como un pistón. A pesar de su torpeza, yo tengo que darle una oportunidad. Tiene la cara escondida en la almohada y las manos debajo de mis nalgas. Mi cuerpo se estremece pero estoy a la vez preocupada por acabar asfixiada de tanto peso.

Decido tomar la iniciativa. Me retiro de debajo de él con un movimiento de hombros hacia atrás y él me lanza una mirada que pocas veces me he encontrado: la de un asesino a sueldo. Ni me pregunta si me pasa algo.

—¿Qué haces? Me iba a correr —me reprocha.

—Ponte boca arriba —le ordeno.

Mi tono no parece gustarle, pero obedece, se da la vuelta y se pone de piernas abiertas y un poquito levantadas, como un animal moviendo la cola a la espera de una caricia.

«Veo que te gusta que te manden, gordito mío, pienso, con una sonrisa en los labios. Ibas de macho, pero lo que verdaderamente te pone son las mujeres dominantes. Sólo tenías que pedírmelo».

Me pongo de pie encima de la cama, me doy la vuelta de tal forma que se encuentra mi trasero en plena cara, y me siento encima de su pequeño punto de exclamación. Se pone a gritar para motivarme, como un entrenador de fútbol en un estadio.

—¡Sííí! ¡Sigue! ¡Qué bueno! —ladra mi gordito.

—Te vas a enterar de lo que vale una francesa —le digo, volviendo la cabeza para que vea mi expresión.

—¡Sííí! ¡Sí, sí! —la mueca que se dibuja en su rostro me hace pensar que ya se ha corrido.

Al poco rato, me corro yo también.

Salto inmediatamente de la cama, me voy al baño para ver en qué estado se ha quedado mi pelo y el maquillaje que llevaba, y vuelvo a la habitación enseguida para vestirme. Mi gordito yace sin fuerzas encima del cubrecama. No era para tanto, pienso. Una vez vestida, busco mi paquete de tabaco en el bolso y me enciendo un cigarro, mirándole y preguntándome cómo este hombre me puede haber dado placer.

—¡Qué maravilla! —resopla Roberto.

Tiene los pelitos de cada lado de su cabeza, y los únicos que le quedan de hecho, completamente mojados.

—Espero que volvamos a repetirlo.

Le sonrío a modo de respuesta y me voy de su habitación. Desde luego, el cuerpo habla por sí solo. Y es mi manera de expresarme con la gente. Además, hoy, he hecho una buena acción. Este señor acaba de perder seguramente quinientos gramos, y yo estoy siempre más cerca de la línea de los vencedores del maratón.

Hago el indio

12 de abril de 1997

Cuando al abrir la puerta de mi habitación le veo con su camisa a cuadros blancos y negros, imitación de la marca Façonnable, deseo convertirme de repente en una pequeña ficha del juego de las damas para recorrer todo su torso y espalda. Me está inspirando inmediatamente un juego con reglas más violables unas que otras.

Rafael es guapo como un dios. Tiene una melena negra, larga y fina, que recoge con una goma elástica, y no para de colocar unas mechas rebeldes detrás de las orejas, a medida que va hablando. Su piel tiene un color aceituna azulada que daría envidia a más de una mujer cuarentona que se pasa la vida bronceando su cuerpo al sol en las playas de medio mundo.

A Rafa no le importa el color de la piel. A mí tampoco. Debo admitir, al contrario, que sus orígenes indios me han atraído enseguida. Sus dientes parecen de marfil, y me siento momentáneamente parte de un safari frente a un elefante africano.

Después de hablar del presupuesto para trabajar unas horas al día de guía, y hacer unas fotos de lo más interesante del país, le he invitado a un fin de semana loco donde su integridad física corre muchísimo peligro. Y él lo sabe, pero creo que quiere correr el riesgo. No necesito a ningún guía, pero ya está contratado.

14de abril de 1997

Me encanta la intensidad de nuestros encuentros. Me da una felicidad que él ni siquiera sospecha. Me motiva y me inspira.

La primera vez que nos encontramos, me pregunté si su piel estaba salada o no. Luego, descubrí que olía a palito de vainilla, de los que se utilizan para dar sabor a los alimentos.

Cuando hacemos el amor esta mañana, él me habla en español, no en quechua. Este detalle revela una cierta timidez bien escondida, quiere tomar distancia para consigo mismo, pronunciando palabras en otra lengua para negar esas ganas locas de poseerme; el ruido de su discurso resbala sobre las paredes de la habitación y sus palabras asaltan mi cuerpo, que se contrae cada vez que una de ellas me penetra en los oídos y cosquillea mi trompa de Eustaquio. Y me va debilitando poco a poco. Nunca le puedo decir que no. Después del amor, acabo siempre pigmentada de frases, mi boca se llena de restos imaginarios de hojas de coca masticadas entre los dos y mi pelo brilla como nunca. El suyo también. Durante el amor, lo lleva siempre suelto y es como una gamuza suave de proteínas orgánicas que va lustrando mi cuerpo.

Me gusta la sensualidad de sus labios y, mientras le estoy chupando el dedo gordo del pie, observo, divertida, cómo lo retuerce medio de placer, medio de risa, y cómo su cuerpo se estremece encima de las sábanas inmaculadas de la cama. Le como los talones, como un cachorro que hinca sus dientes en una zapatilla. El ruidito de la madera de la cama contra la pared debe revelarle al vecino de al lado una actividad reproductora envidiable para muchas parejas; pero no se trata del fuerte sonido de una posesión loca, como la de un Cro-Magnon con su hembra, sino de algo más sutil, que pone la piel de gallina. En muchas de estas ocasiones pienso en Roberto, mi gordito.

Rafa ha jugado muchas veces a untarme el cuerpo con mermelada de naranja amarga, la que sobra del desayuno, pues nunca me ha gustado, y que conservamos en la nevera del minibar. Me lame primero, suavemente con su pequeña lengua puntiaguda, y luego me la introduce en la boca. Y el calor que desprende la suya contrasta con la temperatura de la mermelada. Su piel es más suave que el mármol italiano, y es la primera vez que tengo a mi merced un cuerpo completamente imberbe. Me siento orgullosa de tener a tal espécimen en mi cama.

Después de muchos mimos y momentos de placer, él se quita el preservativo, a punto de reventar de lo lleno que está, y lo deja al lado de la cama. Me acuerdo de repente del error que cometen muchos hombres al dejar el condón usado a la vista de

todos, pero se lo perdono esta vez. Al contrario, le agradezco con una mirada complaciente el darme en ofrenda su semen cristalino. Recojo el condón con dos dedos y acerco mi nariz al pequeño depósito, buscando el aroma del agua de mar mezclada con clara de huevo, pero el único olor que capto es el del látex recubierto de una sustancia llamada SK70, que, según el prospecto de la caja, aumenta la sensibilidad.

Cuando salgo de la ducha, enrollada en una toalla de color azul eléctrico, recién estrenada, que deja un montón de bolitas enganchadas a todo el cuerpo, me pongo delante del espejo y constato con horror que algunas se han camuflado en mis partes más íntimas. Al verme así, Rafa introduce, entre risas, sus dedos por todos los rincones escondidos, con toda la seguridad de un cirujano plástico empeñado a remoldearme completamente, y me va quitando delicadamente una a una esas pelusillas viciosas, como si estuviera sacándome espinas de la piel. Hoy me siento Fort Apache frente al jefe de los indios, cuyo apodo es Toro Sentado.

—Eres muy rica, jefa —me dice, suavemente.

Y tú eres mi tótem particular, pienso.

18 de abril de 1997

Es de noche y Rafa está conduciendo hacia los cerros más peligrosos de Lima. Cuando le he pedido ir allí, me ha mirado fijamente y me ha dicho:

—De acuerdo, jefa, pero con la condición de que te ates el pelo, lo escondas para que no vean que eres extranjera. Además, llevaré un arma por si acaso, y cerraremos las puertas. Ni se te ocurra salir del carro. ¿Comprendido?

—Comprendido —le contesto, con aire serio.

No me gusta ir con el pelo recogido. Nunca me ha gustado hacerme coletas, ni trenzas, ni nada de nada. Tengo un complejo con mis orejas. En la escuela me llamaban Jumbo, porque sobresalían entre mi precioso pelo largo. Dios sabe cuan crueles son los niños. Afortunadamente, mi madre se dio cuenta y me hizo operar a los diez años. Me pasé todo un verano en la Costa Azul con una banda que me cubría toda la cabeza. Y la gente le preguntaba a mi madre si había tenido un traumatismo craneal o si estaba enferma de cáncer. Mamá cruzaba los dedos todo el día, como para excretar tantas enfermedades, por si se les ocurría aparecer de repente. Creo que el cirujano no era muy bueno porque mis orejas se parecen todavía a hojas de col, lo que sigue acomplejándome.

La carretera —si se le puede llamar así— consiste en un terreno salpicado de tierra, parecida a la arena, con huellas de un tráfico intenso. Nuestro coche se está moviendo como un barco en plena tempestad, pero yo, curiosamente, no tengo mucho miedo. Al contrario, me gustan estas subidas de adrenalina. Además, me excita saber que tengo a mi lado a un hombre armado.

Vemos a lo lejos unas luces que parecen venir de unas casas. Asentadas en lo alto de la colina.

—¡Para el coche! —le digo a Rafa.

—¿Cómo? —desacelera un poco y vuelve su cabeza hacia mí.

—¡Que pares el coche ya! —Estoy casi gritando y, en la oscuridad, no puedo ver su cara de desconcierto, pero me la imagino.

—Si me paro ahora, no podré volver a arrancar el carro, jefa. Rafa intenta dar mucho énfasis a su explicación.

—Entonces lo empujaremos.

Mi solución al problema no parece convencerle y no me hace caso. Entonces cojo el freno de mano, y con un movimiento seco y seguro, levanto sin pensar en las consecuencias que puede llegar a tener esa maniobra temeraria.

—¡Estás loca, jefa, podemos tener un accidente! —me grita.

Su brazo me empuja, impidiendo que mi mano pueda levantar por completo el freno. El coche se para bruscamente.

—¿Qué te pasa? —me pregunta, casi enfadado por mi atrevimiento.

—Deseo que me quieras ahora mismo.

—¿Qué? —está casi riéndose.

Veo que comprende lo que quiero decir pero no se atreve a pensar que pueda llegar a tener tanta cara.

—Ámame ahora mismo, aquí, en medio de la carretera —digo, esforzándome en abrir la puerta del coche.

Me es difícil porque el auto está inclinado en una pendiente. Tras empujarla varias veces lo consigo. Salto del asiento como si estuviera en un estado de ingravidez y me pongo delante de los faros para que Rafa me pueda ver mejor. Quizá le despierte la libido. El paisaje es un poco hostil, y para más inri todo está silencioso. Ni un ruido. Ni pájaros que cantan. Al poco rato, Rafa sale también del coche y se sitúa detrás de mí. Con una mano, me empuja contra el capó y me levanta la camisa. Empiezo a sentir el roce de la punta de sus dedos, dibujando sobre mi espalda pequeños ochos. El signo del infinito. Comunicación de las abejas. De vez en cuando, moja con su lengua un dedo, y vuelve a dibujar esas acuarelas hasta llegar al principio de mis nalgas. Desabrocha, impaciente, el botón de mis pantalones que se van cayendo y recubren mis bambas. Con sus dos manos, levanta mis glúteos para que mi sexo hambriento esté a la altura de su falo, que se erige en la oscuridad como la reivindicación del todopoderoso. En este mismo momento, se me pasa por la cabeza unas imágenes de un film de terror que vi con unos amigos de universidad. Se llamaba *El mito de Kzulu*. ¡Escalofriante! Era la historia de un monstruo que, dotado de un miembro de dimensiones extraordinarias, violaba a todas las vírgenes que encontraba. Todas morían empaladas sobre esa verga gigantesca. Solíamos ver películas de terror antes de los exámenes parciales, para desahogarnos de tanta presión. Esta noche, en el fondo, estoy aprensiva, por eso quiero provocar a Rafa.

Rafa empieza su vaivén y entre dos gemidos míos, noto que está a punto de dejarse llevar. No se lo impido. Me gusta que no pueda resistir. Y se deja. Al poco rato, inicio yo mi ascensión. Me acuerdo de la estrella fugaz en la que se convirtió Cristian, y de los demás hombres que han pasado por mi vida, incluso de los que están aún por llegar. Nunca he tenido la memoria tan clara. Dejo escapar un grito que

seguramente se ha oído en las chabolas construidas apaciblemente sobre la colina.

—Hazme fotos, así, con los pantalones bajados.

Rafa no se hace de rogar, y armando su potente flash, dispara su tercer ojo sobre mi silueta.

—Sonríe —me pide, mientras se va acercando un poco más a mí.

Adopto distintas poses, orgullosa de ser modelo improvisada de una noche.

—¡Vámonos ya! —le ordeno cuando ya estoy cansada.

Subimos los dos al coche y, después de pisar varias veces el acelerador, conseguimos seguir nuestro camino. Cuando llegamos a la pequeña población encima de la colina, la vista de Lima es inigualable. Un montón de niños rodean el coche y siguen nuestro paso, corriendo detrás de nosotros. Paramos un momento.

—Toma fotos de la ciudad —le pido a Rafa—. Y de los niños. ¿Puede ser?

—Sí, jefa. Pero quédate quieta, ¡por favor! No quiero tener problemas con esta gente. ¡Fíjate cómo nos miran!

Se está amontonando gente que va saliendo de unos bares construidos con cartones y madera, curiosos por saber quiénes son los que se han aventurado en un territorio solamente reservado a los pobres, a los sin nada.

Veo parabólicas encima de las chabolas.

—¿Cómo pueden tener antenas parabólicas? ¡Ni siquiera yo tengo una en mi casa en España! —pregunto, completamente desconcertada.

—El gobierno les ha hecho llegar electricidad y agua. Parece increíble, pero es así. Hasta hay autobuses que llegan hasta aquí. Son guaguas privadas. Por medio sol, pueden subir o bajar a la ciudad. Muchos venden fruta en el centro de la ciudad durante el día, y luego vuelven a sus casas —me explica mientras enfoca a los niños con su cámara.

Éstos se divierten haciendo muecas raras y sacándonos la lengua.

—Toma una foto, Rafa.

—Es lo que intento hacer.

En aquel mismo instante, me doy cuenta de que todavía tengo la bragueta de mis pantalones abierta. Con dificultad intento subirla, pero unos golpes tremendos contra el coche me lo impiden. Al levantar la cabeza, me doy cuenta de que la gente, con cara de pocos amigos, está intentando volcar el auto.

—Agárrate, jefa, que nos vamos de aquí pitando —me grita Rafa.

Tira la cámara sobre mis piernas y mete primera con gran nerviosismo.

La gente se va dispersando y, poco a poco, lo único que vemos es el polvo de la tierra que se va levantando detrás de nosotros.

—¿Has conseguido hacer fotos? —rompo el silencio sólo cuando ya estamos llegando al hotel.

—Sí, jefa. Pero que sepas que ha sido una locura ir allí. Podía haber acabado mal.

—Claro, Rafa. Podía.

Disgustos

19 de abril de 1997

A pesar del susto tremendo que nos llevamos ayer, hoy estoy llena de vitalidad y buen humor… y calambres de estómago. Una llamada de la compañía que tengo que visitar ha cambiado por completo mi jornada, y el director de marketing me está esperando en Trujillo, una ciudad a unos quinientos kilómetros de Lima. Para llegar allí tengo que tomar un avión.

—El doctor la recibirá a las dos de la tarde —me ha dicho su secretaria.

Apenas tengo tiempo de llegar al aeropuerto, tomar el vuelo y acudir puntual a la cita.

Quiero llevarme a Rafa, pero él tiene un mal loco a levantarse. Después de darle varios codazos para que se ponga en pie, y una ducha que dura una eternidad, volamos en taxi hasta el aeropuerto. El taxista se asusta y debe pensar que estoy loca cuando le digo que tengo mucha prisa. El tiempo, para él, tiene otro sentido.

—No me importa si hay otros coches delante de nosotros. Conduzca por la acera. No se preocupe por la policía. Está todo controlado. Así que… ¡vuele!

En el aeropuerto tenemos que hacer cola. Pienso que no vamos a poder salir a tiempo. Al final, conseguirnos un vuelo y me tranquilizo.

Después del despegue, se acerca una azafata monísima para ofrecernos un almuerzo, que ni Rafa ni yo conseguimos tragar.

—¿Te molesta si hacemos unas fotografías en el avión? —le comento a Rafa.

—¿Usted es fotógrafo? —le pregunta la azafata, que viene con su carrito a retirar las bandejas que ni hemos tocado.

—Sí.

La azafata le sonríe tímidamente.

—Le gustas —le digo a Rafa al oído.

—¿Cómo lo sabes?

Parece que se ha molestado. Es normal que Rafa guste a las mujeres. Es un hombre muy guapo, pero también un poco tímido.

—Intuición femenina.

—¿No te molesta?

¿Por qué me iba a molestar? Yo no soy precisamente una mujer celosa. Al contrario. Me parece halagador que otra mujer pueda sentirse atraída por el hombre que está conmigo. Y además, ¿cómo puedo pedirle a un hombre que me sea fiel si yo me acuesto con todos los que quiero? Tengo ganas de comentarle lo que sucedió con Roberto el primer día de mi llegada a Lima. Pero no lo voy a hacer por respeto. No sé cómo se lo podría tomar, temo su reacción y entiendo que no todo el mundo está preparado para escuchar mi propia filosofía de la vida.

—¡Para nada! No soy una mujer celosa, ya lo sabes —es la única explicación que le doy.

Llegamos a Trujillo después de casi una hora de vuelo. Rafa y la azafata han intercambiado al final sus teléfonos porque, según ella, está buscando a un fotógrafo profesional para la comunión de su sobrino.

Lo primero que nos advierten unos carteles puestos en el aeropuerto es que hay una plaga de cólera. Este virus me persigue allá donde vaya pero, según mi médico especialista en enfermedades tropicales, no puede afectarnos a los europeos, porque no tenemos problemas de malnutrición, y nuestros jugos gástricos matan las bacterias del cólera. Pero mejor evitar beber agua del grifo o pedir hielo.

Vamos directamente a mi cita, que no sale todo lo bien que hubiese esperado y después, para intentar calmar mis nervios, visitamos la ciudad. En las afueras, descubro que Trujillo es un desierto lleno de campos de espárragos. La mayoría de ellos se exportan a España. Delante de esas dunas fértiles, siento rabia y tristeza. Sé que la reunión con el director de marketing de Prinsa significa acortar mi viaje a Perú. He conseguido la cita que quería, y quedarme un poco más no tiene sentido ahora. Pero Rafa todavía no lo sabe. Tengo miedo de decírselo. Siempre el mismo defecto: retraso las cosas importantes. Evidentemente, no estoy enamorada de él, pero le he cogido mucho cariño.

Noche del 21 de abril de 1997

—¿Hay alguien ahí? ¡Estoy aquí! Por favor, ¡que alguien me saque de aquííí! Me ahogo.

En medio de una oscuridad total, busco desesperadamente un punto de luz para orientarme. Me duele todo el cuerpo, las piernas sobre todo. No puedo emitir ningún sonido. Tengo la mandíbula completamente abierta y paralizada.

—¡Que alguien me ayude!

No puedo moverme. Ahora ya no siento mis miembros. Parece que me han enterrado en un ataúd. Pero no estoy muerta.

Tal vez sea un secuestro y me han metido en un zulo, como los de ETA. ¿Por qué? No puede ser real. Yo no tengo nada que ver con el problema vasco. ¡Pero qué coño! Estoy en Perú, no en España. Acabo de tener una entrevista con el director de marketing de Prinsa S.A. Entonces, ¿qué está pasando? ¿Es Sendero Luminoso?

—Soy ciudadana francesa, con residencia en España.

Hago memoria: Guzmán está en la cárcel, los líderes de la organización han caído, no ha habido más atentados desde hace un tiempo. Por lo tanto, no puede ser. No tiene sentido. Quizá son los niños de los cerros que me retienen como rehén. Pero eso no es posible, si mi memoria no me falla, hemos salido indemnes de allí. Entonces, seguro que es un castigo de Dios por los muchos pecados que he cometido en mi vida. Pero si no he hecho nunca daño a nadie. Solamente buscaba un poco de placer.

—¡Sacarme de aquí! ¿Lo harán si me calmo? Que alguien responda, no puedo más.

Me está faltando el aire, empiezo a sentir claustrofobia y me encuentro muy mal. Seguro que me han drogado porque me siento muy mareada. Tengo ganas de rascarme la nariz pero no puedo levantar ni el dedo pequeño. Intento mover los ojos, pero parezco un viejo caballo ciego.

He oído un ruido. Pasos, voces. Me siento tan mal que ya no sé si es mi imaginación o realmente alguien se acerca.

—¡Estoy aquí!

Presto atención un instante. Parece que me hacen caso. Pero ¿qué ocurre? Siento un ruido tremendo, y sacudidas que no sé explicar. ¿Un terremoto? Ya he encontrado la explicación. Estoy escondida debajo de los escombros de un edificio derrumbado por culpa de un terremoto.

—¡Socorro!

Seguro que saben que hay sobrevivientes. Y tendrán un equipo de rescate con perros, seguramente, porque en Perú, un terremoto es algo normal y corriente.

Intento tranquilizarme. Pero siento un repentino terror: ¿y si me he quedado paralítica?, apenas noto mi cuerpo. Me pongo a rezar.

—Padre Nuestro que estás en el cielo, que tu nombre sea santificado, que llegue tu Reino, que tu voluntad se haga en la Tierra como en el Cielo, danos hoy nuestro pan de cada día, perdónanos nuestras ofensas…

¡Luz! Ya la veo. Mi plegaria ha resultado. La luz me está haciendo daño a los ojos pero percibo a alguien. ¿Alguien?

Es Roberto, ¡mi gordito!

—¡Roberto! ¡Estoy aquí! ¡Ayúdame, por favor! ¡Qué contenta estoy de verte! ¿Qué te pasa? Tienes cara de canalla.

Roberto se está acercando a mí con un aire amenazador que intento descifrar. Coge violentamente mi cabeza con sus dos manos y la baja hasta su bragueta abierta. No tengo ni tiempo de suspirar.

—¡Toma, toma, toma, muñeca hinchable de mierda! —dice mi gordito, poniéndome su pene sifilítico en mi boca de caucho.

22 de abril de 1997

Me despierto con fiebre y sobresaltos en mi cama del hotel Pardo con una pregunta: ¿Tendré síndrome de Estocolmo por mi secuestrador de sex-shop?

Esa pesadilla me persigue buena parte de la mañana, y las décimas de fiebre también. Pero debo concentrarme porque tengo varias gestiones que hacer hoy. Entre otras, encontrar un vuelo de vuelta para España y comprar una postal de Machu Picchu para Mami, se lo he prometido.

En las oficinas de Iberia me consiguen lo imposible: un asiento para el vuelo del día siguiente por la noche. Me quedan por lo tanto veinticuatro horas. En el centro de la ciudad, encuentro a un viejo vendedor ambulante con todo tipo de libros y postales. Es muy simpático, y me hace gracia verle con su cigarrillo de maíz consumiéndose solo, sin darle ninguna calada. Está a punto de quemarse los labios, pero no parece preocuparse por ello. Cuando le pregunto por el Machu Picchu, me saca toneladas de imágenes de la famosa montaña, a color, en blanco y negro, con varias vistas, y leyendas en todos los idiomas. Aquí, seguro que encontraré mi felicidad. Parece que las va coleccionando desde que nació, porque muchas tienen un color amarillento y ese olor típico de los libros que han permanecido muchos años en vetustas bibliotecas. Me decido por una postal a color, le pago el doble del precio —me da pena, pobre hombre, además lo que me cobra en soles representa una miseria— y, contenta con mi adquisición, y tras los agradecimientos y reverencias del buen hombre, que parecen las de un diplomático japonés, vuelvo al hotel.

Querida Mami,

Te envío tu pequeña postal, como prometí, pero te confieso que no he visto el Machu Picchu. No he tenido tiempo. Ya acudí a la reunión con la empresa y vuelvo a España mañana por la noche. Te llamo cuando llegue a casa. Besos gordísimos. Tu hijita.

Dejo la postal en recepción, insistiendo en que la envíen cuanto antes. Eva me dice que no me preocupe. Llegará a buen puerto, pero me advierte que puede tardar un poco.

Llamo luego a Rafa, que está rodando para la televisión peruana el programa de aeróbic en la playa de todas las mañanas, y me cito con él en el bar Mojito para el mediodía. Me ha dejado esta mañana muy pronto con un beso inocente en los labios y

se ha ido corriendo, no sin antes preocuparse por mi estado de salud. Tengo un poco de tiempo para pensar en cómo anunciarle que he de irme al día siguiente.

Vuelvo a tomarme la temperatura: 37,7. Ha bajado un poco, pero sigo sin encontrarme bien, así que me echo un rato.

¿Qué le voy a decir a Rafa? ¿Cómo se lo va a tomar? ¿Me reprochará no habérselo dicho antes y encontrarse con dos besos de despedida en las mejillas, sin perspectivas de un nuevo encuentro? Mis pensamientos duran toda la mañana, y cuando se acerca la hora del almuerzo, me levanto y me vuelvo a maquillar un poco, para esconder las líneas azuladas que se han instalado debajo de mis ojos. Tengo, desde luego, una imagen pésima. Cojo una chaqueta y me voy corriendo.

El Mojito está lleno de la *beautiful people* y de la *jet-set* de Lima. Es el sitio de moda para comer y tomar algo. El restaurante tiene dos plantas. Abajo hay mesas y sillas de color verde jardín, y se accede a la parte de arriba por unas escaleras de madera, como en los bares de los westerns americanos, donde siempre aparece una cortesana, con faldas de cancán, lasciva y llena de plumas en la cabeza, echando miradas amenazadoras a todos los cow-boys apoyados en la barra. El segundo piso del Mojito sólo se abre al público por las noches. Tiene una parte interior y una serie de terrazas que constan de una sola mesa, donde se puede tomar algo mientras se escucha música. Voy buscando a Rafa, y me lo encuentro bebiendo una Corona, al estilo mexicano. Está chupando el pequeño trozo de limón, mirando de vez en cuando las huellas que van dejando sus dientes en la pulpa.

—¡No tienes muy buen aspecto, jefa! —me dice, levantándose para acercarme una silla.

—Creo que el viaje a Trujillo no me ha sentado muy bien —le digo, evitando sus ojos.

Hago un signo con la mano para llamar al camarero.

—¿Estás segura de que no hay otra cosa?

Noto que sospecha algo. Está muy nervioso, no para de quitar la etiqueta mojada de la cerveza, y va arrancando trocitos hasta que la botella está totalmente limpia.

—La carta y otra Corona, por favor —le pido al camarero.

Enciendo un cigarro y empiezo a temblar. Rafa se percata de ello, pero no hace ningún comentario.

Pedirnos unas enchiladas de queso, burritos, pero sin picante para mí, y una botella de vino tinto de la casa. ¡Una comida muy peruana!

—No sé si te conviene mucho beber alcohol.

Ahora, Rafa se ha puesto serio.

—Tomaré sólo un poco. Creo que no me encuentro bien por el día tan agotador que pasé ayer. Estoy muy nerviosa y disgustada por culpa de esos carteles que anunciaban lo del cólera en Trujillo. Siento un poco de asco pero no he perdido el apetito, eso es buena señal, ¿no?

No consigo convencerle. La comida transcurre en un inmenso silencio, interrumpido de vez en cuando por las miradas que Rafa lanza con disimulo, por su relato de cómo le ha ido en el trabajo, por las fotos que hemos hecho y que me ha entregado, y por el maldito camarero que nos trae las cosas como un cuentagotas.

Al terminar la comida, nos levantamos y le anuncio a Rafa que me vuelvo al hotel. Quiero estar sola y si no desciende la fiebre, tengo la intención de llamar a un médico. Sacude la cabeza para aprobar mi decisión y cuando estoy a punto de subir en un taxi, deja caer en mi bolso un pequeño sobre acartonado de color amarillo.

—Prométeme que seguirás las indicaciones que están escritas en el sobre.

Estoy muy sorprendida, pero mi estado no me permite reaccionar y preguntar lo que significa todo eso. Le digo que sí con la cabeza y cierro la puerta. En un semáforo, me vuelvo y veo a Rafa a lo lejos, con un aire triste. Está levantando febrilmente la mano en señal de despedida. No sé por qué pero intuyo que no lo volveré a ver nunca más. Y él también lo sabe.

23 de abril de 1997

Vino el médico ayer y me diagnosticó una gastroenteritis. Me aconsejó también, una vez en España, ir al hospital para hacer pruebas y descartar una posible salmonela. Luego, dormí toda la tarde, y más adelante, intenté ponerme en contacto con Rafa, pero su móvil estaba permanentemente fuera de cobertura. Me levanté varias veces por la noche, a vaciarme o porque sudaba mucho y deliraba. Me volvió a la cabeza el encuentro con Roberto y la pesadilla que tuve la noche anterior. El aire del ambiente se hizo muy pesado y estuvo presionando todo mi cuerpo, hasta tal punto que pensé que iba a acabar sepultada. Reinaba en toda la habitación un olor a huevo podrido que era, ni más ni menos, que el efecto boomerang contra las paredes de mis eructos de disgusto.

Esta mañana, sin embargo, me siento mejor. La fiebre ha desaparecido a la misma velocidad que había llegado, y tengo ganas de desayunar y preparar la maleta. Intento marcar el número de Rafa una vez más, pero sin éxito. O está enfadado conmigo, o sabe que me voy y quiere ahorrarse las despedidas dramáticas. No le guardo rencor por eso. Me pongo todo el día a trabajar sobre los informes de los clientes con los que me he reunido, para no pensar.

Un taxi me está esperando a la puerta del hotel, y me despido de Eva, que me ha caído muy bien desde el primer momento. La echaré de menos. No puedo ocultar mi tristeza y tengo ganas de llorar. En el taxi, no me puedo contener más y frente a la mirada preocupada del taxista en el retrovisor, no paro de sonarme con un trozo de papel higiénico que he encontrado en mi bolso. Cuando no tengo kleenex, siempre me llevo un trozo de papel higiénico de los baños públicos, que utilizo para secarme las lágrimas inoportunas, como ahora, o para quitarme el exceso de grasa de la frente y las aletas de la nariz.

En el mostrador de Iberia, buscando mi billete y mi pasaporte, encuentro el pequeño sobre rectangular que me ha dado Rafa. Es muy singular, cerrado por un sello de cera roja, con las iniciales: R.M. Reconozco la letra de Rafa, con las siguientes indicaciones: «Abrir sólo durante el vuelo». Palpo el sobre para intentar descubrir su contenido. Está durísimo. Lo abriré dentro del avión, no antes, aunque me muera de curiosidad. Se lo he prometido.

Hay bastantes turbulencias esta noche, más que a mi llegada, siempre pasa cuando las azafatas están sirviendo la comida. Parece a posta. Estoy vigilando el vaso de zumo que no para de dar pequeños movimientos de derecha a izquierda o viceversa, como

en una sesión de espiritismo.

La señal luminosa del cinturón de seguridad se enciende de repente, y mi corazón se pone a latir más fuerte que de costumbre. Aguanto cada vez menos los viajes en avión. Necesito tranquilizarme fumando un cigarro, pero me arriesgo a una bronca monumental de parte de las azafatas y de los demás pasajeros, y a la frustración de haber dado solamente dos caladas al cigarro. ¡Lo que daría por dos caladas! Entonces es cuando me acuerdo del sobre de Rafa, y lo saco nuevamente con la delicadeza de quien tiene en las manos un diamante de un millón de dólares.

Al abrir el sobre, descubro una cajita preciosa con un papelito doblado en su interior. Contiene un mensaje muy corto pero contundente:

Querida jefa,
El tesoro del amor viene en cofres pequeños.

RAFA

Rafa, ¿por qué has escrito un mensaje tan corto? Tengo bulimia de leer tus palabras, ¿no tenías nada más que decirme? Vuelvo a releer el mensaje una y otra vez y me doy cuenta del significado tan profundo que encierra esta cajita. Las lágrimas que caen de mis ojos no tienen nada que ver con las que he vertido en el taxi al venir al aeropuerto. Son lágrimas entrecortadas de sollozos cálidos, que han decidido liberarse al fin como un río furioso. Son lágrimas que brotan de un corazón demasiado húmedo de tristeza. No recuerdo haber llorado así por ningún hombre en mi vida. ¿Pero lloro realmente por él, o por los momentos de felicidad que siempre son únicos y no vuelven a repetirse?

Un giro de 180 grados

24 de abril de 1997

Nadie me está esperando en el aeropuerto. Es muy pronto todavía. Llego con la nariz completamente congestionada por haber llorado durante siete de las doce horas del vuelo, y los ojos hinchados, como si me hubiesen picado dos abejas en cada lado de los párpados. He intentado consolarme pensando que he dejado a Rafa en buenas manos. Sin duda, se va a liar con la azafata que encontró en el vuelo a Trujillo. Y este mismo pensamiento me ha hecho sonreír.

Lo primero que hago es encender un cigarro. Mientras estoy esperando un taxi a la salida de la terminal, vuelvo a introducir la tarjeta SIM de mi teléfono, que saqué antes de viajar a Perú. Mi buzón debe de estar lleno de mensajes, pero ya tendré tiempo de escucharlos todos al llegar a casa.

He quedado con Andrés por la tarde, para hacerle un resumen de mi trabajo. Después iré a casa, me echaré un rato y luego, a mitad de la tarde, me pasaré por la oficina.

De camino, vuelvo a descubrir la civilización que dejé atrás hace unos días, y me pongo a observar cada movimiento de la ciudad. En un semáforo, veo a un hombre que está delante de la vitrina de Gucci, mirando detenidamente el precio de unos zapatos de tacón altísimo. Está hablando solo y tiene un tic, su labio inferior cubre sin cesar el labio superior. En un salón de té hay un ejecutivo señalando con el dedo a la dependienta el pastel más grande, con crema inglesa que desborda por todos los lados; con la punta de la lengua se humedece el borde izquierdo de sus labios. Me siento bien. Todo va muy deprisa y vuelvo a encontrar mi ritmo.

Nunca he ido tan rápido del aeropuerto a mi casa, la ciudad no se ha puesto todavía en marcha. Sin embargo, la atmósfera empieza a cargarse con una neblina grisácea y espesa de contaminación, que se ha levantado antes que todos los ruidos de la urbe, y la humedad ya amenaza con llegar a sus niveles más altos. La sirena de una

ambulancia me recuerda que estoy de nuevo en España, y que todo lo demás se ha quedado atrás. En cada país estas sirenas son diferentes, y convierten en un extraño a quien las oye. Y hoy me siento bien, pero extraña.

Mi buzón está repleto de cartas. Entre todas, dos me llaman la atención: una con mi dirección escrita a mano, y la otra es un acuse de recibo, con un *sticker* azul donde pone que, al no encontrarme en casa, han entregado el paquete al local A. Ya me encargaré de recuperarlo.

Abro la otra carta y miro instintivamente quién la ha firmado. Es Cristian. ¿Qué hace Cristian escribiéndome cartas? No me apetece leerla ahora. Además, después de pasar de mí cuando más lo necesitaba, le tengo todavía un poco de rencor.

Estoy contenta de llegar a mi casa. Saludo a cada uno de mis muebles. Para mí, tienen vida propia. No son muchos, pero tienen un gran valor sentimental. Especialmente un cuadro, que es la reproducción de un rostro que pintó Modigliani. Todas las personas que han pasado por mi casa me han preguntado si era yo.

—¿Yo? —dije una vez, muy sorprendida, y con una mueca de disgusto.

—¡Sí! Te aseguro que te pareces mucho a esa mujer con la melena castaña lisa, los labios finos y rosados que no se sabe si sonríen o no, una nariz larga y potente, el cuello que no se acaba nunca, y los ojos que te persiguen en cualquier rincón de la casa.

La chica del cuadro no es guapa pero sí ¡Misteriosa!

—¡Es como la Jocunda! —exclamó Sonia, la primera vez.

Me dejo caer en el sofá, con la maleta al lado, y repaso todas las facturas que me han llegado: Telefónica, Fecsa, publicidad de un nuevo centro de estética que hace uñas de porcelana… Vuelvo a retomar la carta de Cristian.

Hola, Val,

Te he llamado varias veces a tu móvil pero está desconectado. Y ya no sé cómo localizarte. Por eso me he permitido enviarte esta carta. Por favor, contéstame, aunque sea para mandarme a paseo. Yo, en cambio, tengo ganas de verte.

CRISTIÁN

¡Que sufra! Arrugo enérgicamente la carta entre mis manos y decido tirarla directamente a la basura. No quiero volver a España y empezar otra vez a comerme la cabeza con él. Instintivamente, y para superar el mal trago de Cristian, me veo bajar

las escaleras hasta el local de Felipe y llamar a la puerta. Enseguida me abre.

—¡Hola! Soy tu vecina del primero. ¿Te acuerdas de mí? —le pregunto, con una amplia sonrisa.

Todavía no sé que mi encuentro con Felipe va a resultar de lo más oportuno. Nos encontramos cuando, irónicamente, mi destino me hace cambiar de camino, como lo hace él con sus clientes.

Felipe es un tipo extraño. Bajito, paticorto, y con unas piernas que forman ligeramente la letra O cuando anda. Tiene las uñas largas, como las de un guitarrista de música clásica, el pelo rizado, espeso, y una perilla que se deja crecer a posta para darse un aire interesante. Siempre va vestido de gris o de negro y lleva unas eternas bambas blancas. Es un tipo aparentemente muy apagado, con el rostro pálido, algo tímido, e incapaz de decir una frase sin utilizar la expresión «Claro, claro» y tropezar al menos una vez sobre una palabra. Sus ojos son pequeños y muy oscuros y se parece a un pequeño zorro. En resumidas cuentas, es feísimo.

—¡Claro, claro! Han dejado un paquete para ti, y como no estabas, firmé yo la entrega. Espera, que lo voy a buscar. ¡Pasa, pasa! No te quedes en la entrada —me dice intimidado.

Se dirige hacia una mesa de cuyo cajón saca el dichoso paquete.

—No sé cómo agradecértelo. Si no hubieses estado aquí para recogerlo, seguramente lo habrían mandado de vuelta al remitente, y hubiera tenido que esperar un montón de tiempo para recibirlo de nuevo —le agradezco, mientras estoy leyendo lo que contiene.

—Entre vecinos hay que ayudarse. Además, yo ya te conocía. Nos hemos cruzado alguna vez. Eres francesa, ¿no?

Me sorprende que todavía no haya dicho «claro, claro».

—Sí, soy francesa. Pero ya llevo unos cuantos años aquí —le respondo, contenta al ver que ya ha llegado mi aparato de gimnasia pasiva, que compré en La Tienda en Casa una noche que no conseguía pegar ojo. Luego le pregunto—: ¿Y tú? Catalán, de pura cepa, me imagino.

—Sí. Claro, claro. Se me nota en el acento, ¿verdad? —dice, bajando los ojos.

Intrigada, miro también hacia el suelo, pero no encuentro nada.

—¿Y qué haces aquí? —pregunta, moviendo la suela del pie derecho, como si estuviera apagando un cigarro.

—Trabajo para una agencia de publicidad —le contesto, mirándole directo a los

ojos y esperando alguna reacción de su parte.

Felipe no se inmuta.

—Una agencia de publicidad. Claro, claro. Debe de ser apasionante, ¿no?

Ha hundido las dos manos en los bolsillos de sus pantalones. Le noto incómodo, porque sigue con la mirada clavada en el suelo.

—Sí. A veces lo es. Pero creo que lo tuyo es muchísimo más apasionante.

Levanta de repente la cabeza.

—Hace diez días, cuando me iba de viaje, me encontré a un grupo de gente delante de tu empresa, y una chica me dijo que eran actores y que tú vendías trozos de vida. ¿Es verdad?

Estoy decidida a sacarle información y comprender eso de los trozos de vida.

Felipe me replica muy seriamente:

—Claro, claro. Curioso lo mío, ¿verdad? Vendo trozos de vida, como lo oyes. Es innovador. Creo historias y vendo un personaje durante un tiempo determinado. Como un juego de rol. La gente sueña mucho. Les gustaría ser espías, pop star, modelos o secuestrados, por ejemplo.

—¿Secuestrados? —digo sorprendida.

—Sí. Yo hago esos sueños realidad. Creo una situación, unos personajes. Tengo muy buenos actores, un guión y todo parece real. ¡Como la vida misma!

—¡Eso es muy interesante! —exclamo—. ¿Y cómo funciona?

—Te podría explicar cómo funciona pero necesitaría un poco de tiempo. ¿Por qué no te pasas mañana por la tarde y lo hablamos con más tranquilidad?

—OK! Vendré sobre las ocho, porque antes estoy trabajando. ¿Te va bien esa hora? —pregunto excitada, esperando que me diga que sí.

—Claro, claro que me va bien. Mañana, ensayamos toda la tarde. Si acabamos antes de lo previsto, te esperaré.

Nos despedimos con una sonrisa y subo a casa. Estoy cansada del viaje pero a la vez, vuelvo a tener la adrenalina a tope. Felipe me ha picado la curiosidad, y una cierta euforia embarga todo mi cuerpo.

Intento descansar un poco, y a mitad de la tarde me voy al despacho con ganas de comerme el mundo.

Andrés ya me está esperando, sentado en su trono de rey, ansioso por conocer los detalles de mis visitas. Charlo un rato con mis compañeros y, entusiasmada por ver a mí jefe, pues a pesar de todo me cae bien, llamo a su puerta enérgicamente.

—¡Pasa, hijita!

Cada vez que vuelvo de un viaje, Andrés se levanta y me da dos besos. Es una costumbre y también la única ocasión en la que puedo apreciar en él cierta ternura que suele disimular a toda costa. Las demás veces, es el hombre más frío que he conocido jamás. En esta ocasión no me abraza, y me quedo instintivamente con la mejilla tendida hacia él, ridícula. El ambiente está cargado, aunque Andrés está visiblemente contento de verme.

—Hola, Andrés —le digo, optando ya por sentarme—. Aquí estoy, con unos cuantos contratos, pero Prinsa se lo tiene que pensar todavía.

—Se te ve cansada, hijita. ¿Has tenido un buen viaje? —me pregunta preocupado, mientras hojea los informes que le acabo de entregar.

—Más o menos. Tantas horas en un avión, más el *jet lag*, acaban con cualquiera. Pero no te preocupes, estoy muy bien. ¿Qué te parece el trabajo?

—Está bien, hijita. Ya insistiremos con Prinsa desde aquí.

—¿Y para cuándo el próximo viaje? —mientras formulo la pregunta, me doy cuenta de que acabo de poner el dedo en la llaga.

Andrés deja a un lado los papeles que tiene en las manos, coge su cuaderno de dibujos neuróticos, y empieza a esbozar cuadrados en tres dimensiones cuyos lados va coloreando con el lápiz. Se quita las gafas, y, no sé por qué, ese gesto tan familiar me hace intuir que va a anunciarme algo malo. Tiene los ojos cansados y unos pliegues enormes cuelgan de ellos.

Todo el mundo en la oficina lo sabe ya, pero nadie me ha dicho nada. Me siento de repente como una esposa cuyo marido le va poniendo los cuernos, y siempre es la última en enterarse. Maquinalmente, me toco la cabeza para alisar mi pelo, pero en realidad estoy comprobando si mis cuernos invisibles ya tienen punta. Me está doliendo de pronto la cabeza y la euforia de la mañana se va diluyendo peligrosamente en una suerte de náuseas que están invadiendo mi estómago y mi garganta. Me quedo colgada de los labios temblorosos de Andrés, impaciente, pero no sale nada de su boca.

—¡Venga!, ¡dímelo ya! —casi le estoy gritando.

Andrés tiene que coger aire para poder pronunciar lo que ya me temo. Estamos frente a frente, yo, sin aliento, y él, visiblemente embarazado por lo que tiene que soltarme.

—Lo siento muchísimo, hijita, pero estás despedida.

Ya sabía que había una reestructuración en la empresa, pero nunca se me había pasado por la *cabeza* que me iban a despedir así, sin más. No pido explicaciones a Andrés porque estoy demasiado cansada para entrar en discusiones. Quedamos para firmar otro día el finiquito, me da los dos besos de despedida y salgo de su despacho hipnotizada. Voy directamente a recoger mis cosas personales, ayudada por Marta, que no para de susurrar lo injusta que es esta situación y que tengo que demandar a la empresa porque se trata de un despido improcedente. Sabemos todos que van a rodar más cabezas, pero la mía ha sido la primera, y eso me duele más que otra cosa.

Vuelvo a casa como una drogadicta, sin tener todavía plena conciencia de lo que me acaba de ocurrir. Necesito escribir porque sigo todavía bajo los efectos de las palabras tóxicas de Andrés. Cojo mi diario para intentar describir la situación y entenderla. Pero no puedo. Ahora tengo una necesidad loca de estar con Cristian para descubrir la inspiración que me está fallando.

Recuerdo que, después de hacer el amor con él la primera vez, sentí la necesidad de poner en el papel todos los ruidos que había hecho nuestra ropa al caerse, explicar el trayecto de su lengua recorriendo todo mi cuerpo, el juego de sus manos sobre mi pecho, la ternura de sus caricias en mi vientre, el olor de su aliento que soplaba sobre mi rostro, como un pequeño viento familiar que llegaba siempre cuando el cuerpo tiene fiebre de lujuria, la alegría compartida durante nuestros orgasmos, nuestro reposo, entrelazados, los golpecitos cómplices de los dedos de sus pies contra los míos cuando intentábamos encontrar el sueño, y su manera de agarrarme para no dejarme escapar a la otra punta de la cama. Había intentado recordar todo lo que pasó por mi cabeza cuando entró en mí la primera vez. Pero no me acuerdo ya. Imágenes confusas bailan en mi mente. Estoy cansada y mi vida acaba de dar un giro de 180 grados.

Trozos de vida

25 de abril de 1997

He pasado la mañana fumando cigarro tras cigarro —todo el piso huele a nicotina y mi pelo también, pero no tengo ganas de ducharme—, repasando unos papeles y haciendo tiempo hasta mi cita con Felipe. Podía haberla adelantado pero no quiero tener que darle explicaciones. Quien tiene que hablar hoy es él. Quiero saberlo todo acerca de los trozos de vida y si le anuncio que acabo de perder mi trabajo, quizá no me cuente nada.

Una hora antes de la cita, salto en la ducha y dejo caer el agua en plena cara, como lo suelo hacer los días lluviosos, saltando sobre los charcos. Adiós, charcos de camino a la oficina; adiós, Marta; adiós, Andrés. Os echaré de menos.

Tengo que reponerme. Primero, he de ir a ver a Felipe. Luego, llamaré a Sonia para organizar una salida loca este fin de semana, entre mujeres. Finalmente, intentaré localizar a Cristian y pasar la noche con él.

Cuando me voy dirigiendo hacia el local A, parece que me siento un poco más animada. Felipe está visiblemente contento de verme. Me hace pasar y me deja de pie en medio de la habitación.

—Creo que lo mejor será que visitemos primero el local y luego te explico todo. Ven, sígueme.

Hay tres niveles, unidos por unas escaleras en forma de caracol. En la planta baja, donde nos encontramos, hay una mesa para un ordenador, un fax y un montón de estanterías llenas de archivos. Me hace subir a la primera planta, que es una especie de despacho para recibir a los clientes. Es muy bonito, todo de mimbre, y de las paredes cuelgan varios cuadros exóticos y fotografías de gente sentada en una silla, atada por cuerdas, imágenes de cementerios habitados por zombis… Diviso un cartel que anuncia una película en la cual sale Michael Douglas: The *Game*.

—Me encanta Michael Douglas —exclamo.

—¿Te gustó la película? —me pregunta Felipe, sonriendo.

—No la he visto —le confieso, muy a mi pesar.

—Pues tienes que verla. Ocho años antes de su estreno, yo ya había diseñado los trozos de vida. Ahora, la gente piensa que me he inspirado en la película para montar mi empresa y no es así, sino al revés —me declara Felipe, un poco mosqueado—. Lo que sale en la película, es lo que yo hago. *The Game* es la historia de un multimillonario aburrido que lo tiene todo en la vida. Su hermano, para su cumpleaños, no sabe qué regalarle. Entonces decide contratar a una empresa para un juego de rol, cuyo protagonista era Michael Douglas. Éste, obviamente, no lo sabe. Pero resulta que el juego se está volviendo peligroso. Yo hago exactamente eso, pero sin que la integridad de mis clientes corra peligro, ¿comprendes?

Asiento. Realmente, esta historia me está excitando. Bajamos al sótano, donde descubro un lugar bastante lúgubre y enorme, sin ventanas, como una suerte de bunker que encierra historias inconfesables. La habitación sólo cuenta con una mesa de reunión es Dantesca, veinte sillas alrededor y un maniquí de plástico, recubierto de un atuendo militar y una máscara de gas. El lugar da escalofríos, las piedras de las paredes son visibles y el cemento también. Parece un agujero en el subsuelo que amenaza con derrumbarse sobre nosotros de un momento a otro.

—Aquí es donde reúno a mis actores para repetir cada escena. Por eso es tan grande. Necesitamos espacio, espacio —dice el eco de su voz.

—Claro, claro —le contesto, dándome cuenta de que ahora soy yo la que ha adoptado su muletilla.

Felipe no se da cuenta y prosigue con sus explicaciones.

—Invento historias de todo tipo, de espionaje, de terror, de amor… con varios niveles de peligrosidad, suspense y miedo. La gente elige la historia que quiere, y pasa a ser la protagonista durante unas horas: veinticuatro, cuarenta y ocho, depende. Todos mis actores llevan una chapa con el nombre de la empresa por si se hace insoportable la situación y para que el cliente pueda volver de alguna manera a la realidad. Con echar una ojeada a la chapa, ya se tranquilizan porque saben que no es más que un juego. En caso de que quieran detener el juego, se les proporciona un código que pueden utilizar en cualquier momento. Antes de empezar, la persona ha de asistir al psicólogo para saber en qué estado mental se encuentra, y también le recomiendo hacerse un chequeo médico. Los cardiacos están excluidos. No quiero correr ningún riesgo. Somos una empresa de ocio seria. Como ves, he pensado en

todo.

—Comprendo —le digo intrigada—. Cuéntame un poco más acerca de los clientes que contratan este tipo de servicios, los precios, las historias…

—¡Claro, claro! Los clientes son personas de alto nivel socioeconómico. Los precios dependen de la complejidad y el tiempo que dure la historia, pero es un servicio bastante caro. Hago ocio vanguardista. En cuanto a las historias, las hay de todo tipo, incluso algunos clientes me piden que les invente una personalizada.

—¿Ah, sí?

—Claro, claro. Mira, mi último cliente era un abogado que quería ser secuestrado durante cuarenta y ocho horas por dos mujeres, en un zulo. Esa historia la hice especialmente para él. Le encantó.

—¿En un zulo? Desde luego, la gente está como una cabra. Con todos los secuestrados que hay en el mundo, y va ese tío y pide un secuestro. ¡No me lo puedo creer! —le digo un poco indignada.

—Lo que no te he dicho es que quería a dos mujeres lesbianas que hicieran el amor delante de él cada vez que bajaban al zulo. Así pues, tuve que contratar a dos prostitutas. Ninguna de mis actrices quería hacer el papel.

Su sonrisa tiene de repente algo diabólico y perverso, que me atrae poderosamente. Felipe ya no parece el tipo frágil y tímido que conocí la víspera.

—Vaya, dos lesbianas —es lo único que se me ocurre decir.

Él me observa y, luego, sigue con sus explicaciones como si no hubiese pasado nada.

—Una vez organizamos, para un grupo de cuatro personas, un fin de semana medieval en un castillo en el que el conde Drácula aparecía por las noches. Casi se mueren de miedo —dice, riéndose a carcajadas.

—La verdad es que me encantaría vivir ese tipo de historias. Debe de ser genial. Pero seguro que es demasiado caro —reconozco.

—¿De verdad te gustaría?

Me está mirando fijamente, con su sonrisa perversa colgada de la boca. Me parece, de nuevo, muy atractivo.

—Sí, claro. ¡Debe de ser muy excitante!

—¡No te preocupes! Tu trozo de vida llegará, y para ti lo haré gratis. Pero recuerda bien lo que te voy a decir: cuando el cliente da su visto bueno, no sabe nunca en qué momento comenzará a vivir su historia. Aun así, ¿aceptas?

—Sí —le digo, sin tomármelo demasiado en serio.

¿Qué coño estoy haciendo? No conozco a este tipo y ya le estoy diciendo que sí sin saber siquiera de qué va. Aunque supongo que debe de ser la típica historieta que se inventa para impactar a la gente.

—Entonces, recuerda: cuando menos te lo esperes… —vuelve a repetir, acompañándome hasta la puerta.

—OK! Buenas tardes, Felipe —le saludo rápidamente y me voy corriendo a casa. Esta conversación me ha excitado y estoy sorprendida de que un tipo aparentemente insignificante se haya vuelto tan atractivo a mis ojos.

Tengo fuego en el cuerpo, y necesito apagarlo. Marco el número de teléfono de Cristian, pero no me contesta y le dejo un mensaje explicando mi ausencia durante diez días. A los veinte minutos, me devuelve la llamada y nos citamos directamente en su casa.

Sin más contemplaciones, Cristian y yo nos metemos directamente en la cama, en silencio. Me coge la cabeza entre sus dos manos y me da lametazos sobre la boca, la nariz, los ojos, el cuello. Las sensaciones de placer son como golpecitos en plena cara, de un corazón que late demasiado fuerte. De vez en cuando baja y luego sube, ofreciéndome mi propio néctar, besándome a bocados.

—¿Te gusta? —me pregunta, muy excitado.

—Sí, me gusta. ¿Y a ti?

—Me encanta. Tiene un sabor ligeramente dulce. Como una lluvia de verano.

Otra vez caigo rendida de placer, y cojo con mi mano su glande mojado que voy bajando y subiendo, mientras él está explorando con un dedo mi caverna hostil. Me gusta, y le gusta a él también. Nos corremos los dos a la vez, extenuados por las posturas rocambolescas, como si de eso dependiera la intensidad de nuestro deseo.

Pasadas unas horas —no sé si fue real o un sueño— noto las nalgas de Cristian en plena cara y mientras permanezco inmóvil, veo cómo se va abriendo un agujero todavía sin descubrir, mientras una voz lasciva me susurra:

—Penétrame tú ahora.

Mi sorpresa es tal que me quedo paralizada. Cristian se da la vuelta y añade:

—Las hormonas masculinas, a veces, hacen quedar como un cerdo a quien no lo es.

El recuerdo de las sensaciones del encuentro con Felipe me está gastando una broma de mal gusto.

11 de junio de 1997

Bigudí está dando vueltas por el piso, reconociendo su nuevo hogar. Mami ha muerto. Un infarto, a su avanzada edad, se la ha llevado, y no ha habido manera de salvarla. Siento que he perdido una parte de mí, justo cuando se estaba estableciendo algo muy bonito entre ella y yo. Y se ha ido sin poder recibir mi postal de Perú. Siento que la vida está siendo muy injusta y no logro dejar de pensar en si he hecho algo malo para merecer este palo. La muerte es horrible no para los que se van, sino para los que se quedan.

10 de julio de 1997

—¡En tu oficina son todos unos inútiles! —grita Hassan en el teléfono como si hubiera interferencias y estuviera en la China—. Me ha dicho una señorita, seguramente en prácticas, que ninguna Val trabaja allí.

He olvidado el carácter tan autoritario que tiene Hassan. Le gusta obtener las cosas enseguida, como a un niño caprichoso. Por eso seguimos en contacto. Porque en el fondo, le doy todo lo que quiere una mujer, sobre todo sexo, juventud y pocas preguntas.

Cuando le conocí, sentí enseguida mucho respeto, ternura y temas sexuales de experimentar con un hombre mucho mayor que yo. Él estaba sentado en el sofá del bar del Hyatt, y yo estaba cenando con mi colaborador en el restaurante del hotel, incómoda porque intentaba esquivar las miradas impertinentes del cocinero italiano, Luca, que se había encaprichado conmigo. Luca tenía la apariencia de un marinero drogadicto que acababa de salir de la cárcel, y llevaba tatuado en ambos brazos los nombres de las mujeres con quienes había estado. Todas las noches, después de su trabajo, venía a rogarme detrás de mi puerta que le dejara pasar, y que mandaba poemas en un francés vulgar y lleno de faltas de ortografía, que había aprendido seguramente de carceleros galos. No me gustaba nada. Aquella noche, Hassan entendió rápidamente lo que estaba pasando y vino a rescatarme, invitándome a una copa. Tenía, en aquella época, ademanes de ministro, llevaba trajes elegantísimos de Yves Saint-Laurent, y tenía a medio hotel en el bolsillo. Cada vez que los camareros pasaban delante de él, le hacían reverencias o le saludaban como si fuera el dueño del país. Yo estaba en el cielo con ese hombre a mi lado, y fue cuando entendí el significado de lo que llamamos «la erótica del poder». Quería experimentar lo que a muchas mujeres les vuelve locas: estar al lado de un hombre rico y poderoso. Porque la verdad es que no es particularmente guapo. Pero eso, para mí, no tiene ninguna importancia. Hassan me gustó enseguida, porque entre otras cosas, tiene la mandíbula desencajada a lo Klaus Kinsky, y en esa pequeña característica física reside todo su carisma. Además, su elocuencia, junto con su apariencia física, me cautivaron inmediatamente.

Me sedujo su serenidad al hablar, mezclada con esa vehemencia que a veces demostraba cuando daba órdenes a sus súbditos, quienes sólo podían obedecer. Hasta para subir a mi habitación no tuvimos problemas, en un país donde estaba prohibido acompañar a una mujer a su cuarto si era soltera. De hecho, habíamos iniciado nuestra

relación después de que, una noche, se atreviera a esconderse, con una ramo de rosas, en mi habitación. En fin, había superado todos los obstáculos para acceder a mí, y avanzaba a pasos gigantescos cada vez más subconscientemente subyugado.

—Mira, Hassan, me sorprende que en mi oficina no te hayan explicado nada. Me despidieron el pasado mes de abril —le explico malhumorada por su tono y por la vergüenza de estar inscrita en el paro.

—¿Alguna cosa habrás hecho para que te echen a la calle de la noche a la mañana? —me espeta.

—¡Pues no! —exclamo entre enfadada y escandalizada—. Sencillamente, estaban recortando plantilla, y fui la primera en salir. ¿Qué piensas? ¿Que lo he provocado todo para meterme en follones cuando ya tenía una vida más o menos organizada y tranquila?

Hassan, que siempre alardea de su condición de musulmán liberal educado a la occidental, no lo quiere admitir, pero el simple hecho de ser mujer ya es un problema de por sí.

—Bueno, ¡tranquilízate! —la voz de Hassan se va suavizando porque se acaba de dar cuenta de que no tiene ninguna razón para ponerse así—. ¿Qué piensas hacer ahora?

Ha pronunciado esta última frase con cariño y deduzco que algo está tramando.

—Pues buscar trabajo. ¿Qué crees que tengo que hacer?

—¿Por qué no vienes unos días a Marruecos y lo hablamos? Necesito a una mujer francófona en el periódico, como tú. Y así Aprovechas para descansar un poco de esa vida loca europea.

La simple idea de que Hassan me pueda echar una mano a nivel profesional me atrae y me produce rechazo a la vez, y no acepo ir a Marruecos, pese a lo desesperada que estoy por tener que quedarme en casa de brazos cruzados. La inactividad repentina me angustia más que las razones estrictamente económicas, porque durante mis años de trabajo con Andrés, he ganado suficiente dinero como para haber ahorrado una suma bastante cuantiosa, que me permitirá vivir tranquilamente sin preocupaciones durante una larga temporada. Siempre he sido más hormiguita que cigarra.

—Piénsalo bien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Hassan. Y muchas gracias.

—No me des la gracias —dice, antes de terminar la conversación.


Colgamos el teléfono casi los dos a la vez.

25 de julio de 1997

Son las once de la noche, y he llegado la primera al bar en el que había quedado con Sonia para tomar una copa. Cuando aparece, con quince minutos de retraso, la veo entrar ligera, su pelo flotando en el aire, y su pequeño cuerpo que parece levantarse del suelo. Sonia camina con la fluidez de una bailarina de ballet clásico.

—Estoy pensando en poner un anuncio para encontrar novio, ¡fíjate lo que te digo! —me comenta llorando.

—¿Tú? ¿Un anuncio? Creo que es un poco fuerte lo que me estás diciendo, Sonia. ¿No me digas que no puedes encontrar a un hombre sin pasar por los clasificados? Si tuvieras sesenta años y estuvieras soltera, lo entendería, ¡pero a tu edad!

—No pretendo que me entiendas. Pero te juro que estoy por tirar la toalla. Me encuentro otra vez deprimida. Tengo taquicardia y no consigo dormir por las noches.

—¡Venga! No te mortifiques por no tener novio. Ya llegará. Pero sólo si dejas de obsesionarte. Además, no sales. ¿Cómo quieres encontrar a tu alma gemela si no sales nunca a la calle?

—Ya lo sé, pero nunca me ha gustado salir para ir de caza.

—No te estoy hablando de ir de caza sino de salir y de pasarlo bien, sencillamente.

—Pero con la pinta que tengo, nadie se va a fijar en mí.

—¿No me acabas de decir que no querías ir de caza? Por favor, Sonia, ¡anímate! No quiero que estés así cuando nos veamos.

—Además, no concibo relaciones de una sola noche —continúa Sonia.

—¿Quién ha hablado de una sola noche? ¡Repite con la misma persona varias noches seguidas, si quieres!

—Es que no comprendes lo que te estoy diciendo. Yo no concibo el sexo sin amor.

—¡Qué pesada eres con eso del sexo sin amor! Antes de enamorarte, tendrás que probar, digo yo. Déjate de prejuicios y no te sientas culpable si te gusta alguien y te acuestas la primera noche con él.

Las dos tenemos opiniones opuestas acerca del sexo y del amor. De hecho, yo no sé lo que es enamorarme, ni tampoco me preocupa el tema. Me considero una privilegiada al poder gozar a mi antojo de mi instinto animal sin comprometerme. Intento explicárselo a Sonia mientras ella niega con la cabeza. Dice que no puede porque la han educado a la antigua.

—A mí también —le contesto, intentando hacerle comprender que no tiene nada

que ver, mientras voy pensando en los anuncios en el periódico. Sonia me acaba de dar una idea.

—Bueno, déjalo. Lo de los anuncios es una gilipollez, la verdad —me dice, acabando su copa.

La acompaño hasta su casa y consigo dejarla con ánimos renovados. Sonia desaparece en las escaleras como una sombra, más liberal que un hilo de algodón. Ya sé lo que voy a hacer: en septiembre, voy a poner un anuncio para encontrar un trabajo. Si Mahoma no va a la Montaña, la Montaña irá a Mahoma.

El policía

28 de julio de 1997

Por la tarde me llama Cristian. Quiere confesarme que tiene novia.

—¿Y qué? No estoy celosa.

Se ha quedado tan mudo al oír mi sosegada respuesta que hasta he tenido que preguntarle si seguía al teléfono.

—Sí, estoy aquí —me comenta con la voz bajísima—. No pensaba que ibas a reaccionar así.

—¿Por qué no? ¿Qué hubieses preferido? ¿Que me pusiera a gritar y llorar, pidiéndote que dejaras a tu novia por mí?

—Pues sí, algo por el estilo. Todo menos la reacción que acabas de tener.

Está decepcionado. A cualquier persona le gusta saber que alguien se ha enamorado de ella, incluso si no es recíproco, pero mi reacción no ha sido la propia de una mujer loca de amor.

—Pues no lo voy a hacer. Jamás te pregunté si estabas libre. Es tu problema, no el mío.

—Es que no quiero depender sexualmente de alguien, y me da miedo que nos veamos cada vez más. Yo estoy enamorado de mi novia, y no quiero perderla.

No puedo contener la risa.

—Estás enamorado pero follas con otra.

—Sí, ¡lo sé, lo sé! Por eso me siento mal y prefiero poner fin a esto. En el fondo, me das miedo.

Acaba de anunciarme que ha decidido dejar de verme. Comprendo que lo que le da miedo no soy yo, sino sus propios impulsos. No quiere enfrentarse con lo que es realmente, y después de su pequeño desliz conmigo ha elegido dejar de lado sus aventuras.

Respeto su decisión, lo que no apruebo es la manera que ha utilizado para


anunciármela. Es miserable hacer eso por teléfono.

30 de julio de 1997

Me da igual lo de Cristian, porque me he fijado en un agente de policía que hace guardia delante de la comisaría al lado de mi casa. Ya me ha regalado su mejor sonrisa y cada vez que paso me observa, tan elegante con su uniforme, el cuello apretado por los dos botones de una camisa demasiado estrecha. Creo que le gusto y que le despierto algo. El agente, que dice llamarse Toni, es un tipo más pequeño que yo, con el pelo moreno cortísimo. Está siempre muy erguido delante de la puerta, y su caja torácica parece poner de relieve, debajo del uniforme, un cuerpo potente y fibroso. La única muestra de debilidad de Toni es una divertida peca que se ha colocado cómodamente al lado de su labio superior derecho.

Cuando le dejo mi número de teléfono, la pequita del agente se levanta, desplazada por las líneas que expresan una sonrisa sincera.

8 de agosto de 1997

Esta noche, me llevo al policía a la cama. Paso toda la noche con él, hacemos el amor varias veces, en su pequeña habitación sin muebles, pero provista con una preciosa alfombra sobre la que Toni deja sus pesas de musculación. De vez en cuando, cierra los ojos para no ser testigo de su propio pecado, y se tapa hasta las orejas. Sobre las cinco de la mañana, me despierta el agua del grifo del cuarto de baño. Me doy la vuelta en la cama y, al encontrarme sola, levanto la cabeza y distingo una luz debajo de la puerta y la sombra de Toni encerrado dentro. No me muevo. Sale, intentando no hacer ruido, y cuando se vuelve a acostar a mi lado llega hasta mi nariz el olor del esperma que se ha derramado encima de las sábanas. Ese olor insistente que yo he probado con la puntita de mi lengua. Ese mismo olor que se ha puesto a quemar mi esófago. Invadida por una especie de vergüenza repentina que no sé disimular, retengo mi respiración y me pongo a bucear entre las sábanas, hasta despertarme por la mañana al final de la cama, enrollada como un salchichón.

10 de septiembre de 1997

He pasado todo el verano con Toni, pero nuestra historia ya se ha acabado porque le han trasladado a Málaga. Había hecho su solicitud hace unos cuantos meses para estar cerca de su familia, que es de Andalucía, y se la han aceptado. Me alegro mucho por él. Ya he encontrado un trabajo un poco aburrido de traductora *free lance* a través de un anuncio que he puesto, el cual me permite salir adelante sin tener que tocar mis ahorros. Es mejor que nada, pero me gustarla encontrar otra cosa. Empiezo a tener ganas de moverme.

La discusión

20 de septiembre de 1997

Hoy, al salir de casa, me encuentro a Felipe, que llega en moto a su oficina. Hace mucho tiempo que no hemos coincidido y estoy muy contenta de verle. Confieso que ha desaparecido la atracción que sentí por él la primera vez que nos encontramos. A mis ojos, Felipe ha vuelto a ser el chico insignificante y tímido de siempre.

—¡Hola! —dice, mientras va aparcando su moto—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¡Hola, Felipe! Sí, he estado bastante ocupada. ¿Cómo te va todo?

—Podría ir mejor. Estoy preparando un dossier de prensa para entregárselo a unas revistas extranjeras. Así me hago un poco de publicidad. Hasta me han llamado de una revista de Sudáfrica.

—¡Uau! Te vas a hacer muy famoso.

—Lo único que quiero es que esta compañía acabe funcionando de una vez.

—Seguro que te van a ir bien las cosas. Ya verás.

—¿Tú crees? —parece muy poco seguro de sí mismo.

—Claro que sí. Si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela. Quizá pueda serte útil, nunca se sabe.

—¡Claro, claro! Gracias de todos modos —me dice.

Tras despedirnos, se va con el casco debajo del brazo y mientras estoy intentando cruzar la calle para ir al otro lado de la acera, me interpela nuevamente.

—¡Oye, Val! Hablas idiomas, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—¿Hablas inglés?

—Sí, bastante bien.

—Necesitaría que me echaras una mano con el informe. Lo tengo que redactar en inglés, y mis conocimientos no son muy buenos. ¿Te molestaría echarle un vistazo cuando tengas tiempo?

—Por supuesto, cuenta con ello. Me pasaré por tu oficina, ¿de acuerdo?

—Vale. Gracias de nuevo.

Y cruzo la calle.

25de septiembre de 1997

Me he pasado por la oficina de Felipe para ver el dossier de prensa. La redacción que ha hecho al inglés es tan mala que hay que volver a escribirlo por completo y se lo comento sin contemplaciones.

—Tienes que empezar de nuevo. Te lo puedo redactar si quieres, con tu ayuda. Pero no puedes mandar eso. Está lleno de barbarismos y faltas de ortografía.

Felipe se ha molestado. Hay que recalcar que no he utilizado guantes para decirle las cosas como son.

Al final, me he ido después de que Felipe me dijese que por quién le he tomado. El asunto ha acabado en discusión y me he jurado que no volvería a ver a ese desagradecido nunca más en la vida.

Por la tarde, Sonia me llama asegurándome que ha encontrado a su alma gemela: un músico guapísimo de veintitrés años con el que se topó de la forma más inesperada. En el metro, cuando salía del trabajo. Se le cayó el violín encima de sus pies, y ella le ayudó a levantarlo. Luego, iniciaron una conversación sobre música y le dio unos pases para ir a verle a un concierto.

—¿Ves?, ya te había dicho que cuando menos te lo esperas, encuentras a alguien. Pero tiene que ser si no lo buscas desesperadamente. Cuando vas como una loca pidiendo a gritos que se enamoren de ti, los hombres se van corriendo.

Me ha dado la razón. Pero ahora me encuentro sin amante y sin amiga, ya que Sonia ha decidido pasar la mayoría del tiempo arrullada a su tórtolo. Y yo sigo condenada a diluir mi lucidez en los encuentros esporádicos.

Duermo con mi enemigo

Hay amores que matan…

Lo peor que le puede pasar a uno en la vida es que tenga a su más feroz y peor enemigo metido en casa, sin saberlo.

Mi aburrimiento por tener una vida sexual descabellada, pasando de una cama a otra, para luego estar una temporada completamente sola, me pesaba en el fondo. No es que quisiera encontrar al amor de mi vida y cambiar de la noche a la mañana, pero sí me apetecía encontrar a alguien especial que me hiciera vibrar de verdad, y que me correspondiera. Empezaba a pensar que Sonia estaba en lo cierto, y que mi momento había llegado.

Después de la muerte de Mami, me fui a Francia para asistir al entierro y recoger lo que me había dejado antes de irse: un almanaque que llevaba colocado en el baño desde que lo había comprado en los años cincuenta y a Bigudí, el gato, que nadie quería quedarse porque era bastante asocial y no soportaba ni a los humanos ni a los animales.

Bigudí me había adoptado de alguna forma, pues era la única que podía acercarse a él sin que se pusiera a emitir ruiditos más propios de un perro que de un felino.

Un fatídico día, me enamoré.

Me acordaré toda la vida de ese momento. Jaime tenía el físico de Imanol Arias. Era un hombre menudo pero alto, de mejillas descarnadas y con una potente nariz que gozaba de una pequeña verruga en su puntita. Lejos de acomplejarle, esa característica física le servía de pretexto para centrar la conversación en él, con cualquiera que hiciera una reflexión al respecto.

En el momento de nuestro encuentro, me fijé primero en sus manos, de largos dedos finos que podían perfectamente haber pertenecido a un gran virtuoso del piano. Tenía el gesto cansino, la mirada sibilina y una facilidad de palabra que hacía que tanto los hombres como las mujeres cayeran extasiados a sus pies, enamorados. De hecho, se jactaba siempre de conseguir a todas las mujeres que quisiera, y yo, viendo que en el fondo éramos iguales, me enamoré. Pensé al principio que Jaime era un personaje creado a mi medida por Felipe. Al final, esa impresión desapareció, porque por muchas discusiones que hubiésemos tenido Felipe y yo, nadie podía ser tan cruel y retorcido, incluso por venganza, como para inventarse a una persona tan vil y maquiavélica.

Jaime era, en el fondo, un perdedor resentido, un desecho humano. Nunca había conseguido su sueño de ser un empresario prestigioso, y, en sus múltiples intentos, se inventó a otra persona. De hecho, nunca entendí por qué no había llegado a ser un

gran hombre de negocios pues, la verdad sea dicha, era absolutamente brillante y tenía todas las cartas a su favor: economista de formación y un largo y brillante curriculum. Se ve que las fuerzas del mal, en su caso, pudieron más que la bondad que cada ser humano lleva dentro. Y Jaime canalizó su potencialidad en destruir todo lo que le rodeaba y, particularmente, a la gente de éxito. Nunca podía soportar que alguien consiguiera las cosas en su lugar.

La primera vez que me acosté con Jaime, descubrí que tenía en el lateral del tobillo derecho una larga mancha de piel muerta que se quitaba con un escalpelo, para evitar que se acumulara y cojeara. La mancha tenía un color violáceo que me asustó la primera vez. Ese defecto físico, más que mermar sus encantos, como la verruga en la nariz, contribuía a dar más misterio a ese personaje que resultó ser un monstruo. Sabía convertir los defectos, que podían haber sido repulsivos para muchos, en ventajas a su favor.

Fue un amor a primera vista sin lugar a dudas. Al menos, por mi parte. Para él, fue sencillamente un juego, y había decidido jugar conmigo hasta las últimas consecuencias.

La entrevista

Después de haber redactado un anuncio para encontrar trabajo, recibí varias ofertas, pero ninguna me atrajo lo suficiente como para contactar con esas empresas y concertar una cita. Hasta que un día recibí una carta de un tal Jaime Rijas, consultor en empresas, que buscaba a una asistente de dirección. En la carta, me informaba de que le podía llamar a su teléfono móvil para concertar una entrevista. La primera vez que traté de hablar con él no tuve suerte. Su móvil estaba permanentemente desconectado. Al final lo conseguí, y la persona que me respondió al otro lado del teléfono me dio una impresión excelente. Era muy profesional y, como tal, buscaba a una persona muy profesional también. Decidimos vernos después del almuerzo, en su despacho.

6 de mayo de 1998

Las oficinas de Jaime se encuentran en pleno corazón de Barcelona, en el barrio del Eixample, en un edificio de fachada rosa pálido con amplios balcones. Llego a la hora concertada, y un señor de unos cincuenta años, de mirada vivaracha y con una pipa en la boca, me abre la puerta. Se ve que las secretarias no han vuelto del almuerzo, y a ese señor, que parece ser más bien un ejecutivo que un administrativo, le ha tocado atenderme. Apenas intercambiamos unas palabras y Jaime aparece, cojeando ligeramente, desde el fondo del pasillo donde se encuentra su despacho. El hombre de la pipa desaparece enseguida, y Jaime me saluda dándome un fuerte apretón de manos.

—¿Le ha pasado algo en la pierna? —le pregunto, con la única intención de ser amable.

—No, no es nada. Me he dado un tirón jugando al *paddle* este fin de semana —me responde, con un tono muy esnob y quitando importancia al asunto.

Me invita inmediatamente a entrar en su despacho. El cuarto no es muy grande, da al otro lado del edificio, a un patio interior, y es bastante oscuro. Enciende una lámpara halógena y me resulta extraño ver tan pocas cosas en el despacho de una persona que se supone que es el director general de la compañía. Una vez más, Jaime, que ha visto que estoy observando mucho a mi alrededor, vuelve a quitarle importancia al asunto y me da la siguiente explicación:

—No haga caso de cómo tengo el despacho, señorita. Nos acabamos de mudar y el traslado no se ha acabado todavía. Está aún todo por llegar.

El cuarto, de cuatro metros de ancho, dispone sólo de una mesa President, larguísima y rallada, y de un sillón negro con ruedas. Dos o tres libros sobre normas ISO yacen encima de la mesa, y poco más. Se inicia la entrevista de trabajo.

—Soy Jaime Rijas, socio de esta compañía y director general. La persona que la ha recibido es mi socio, el señor Joaquín Blanco. Estamos buscando a una persona de confianza que pueda organizar todo el trabajo de la oficina y, además, que sea capaz de establecer una excelente relación con nuestros clientes. Es decir, que sea una especie de relaciones públicas. ¿Me ha traído su curriculum?

Jaime habla con la seriedad y solemnidad de un profesor de universidad. Supongo que está muy en su papel para imponer respeto. No parece ser una persona de trato fácil.

Le tiendo enseguida mi historial, el cual se pone a leer en silencio. Cuando levanta

la cabeza es para intimidarme más.

—Espero que las referencias que me pone usted aquí sean ciertas, porque tengo la costumbre de llamar para hacer mis averiguaciones. ¿Tiene algún inconveniente en que llame a sus antiguas empresas para saber cómo fue su trabajo con ellos?

—No, señor, al contrario —le contesto, con la certeza de que nadie puede reprocharme nada.

—¿Por qué se fue de su último empleo?

—Porque me despidieron. No sé si está bien que lo diga así, en realidad estaban recortando personal y me tocó a mí, señor…

—Rijas.

—¿Cómo?

—Jaime Rijas —y se pone a buscar en un cajón hasta sacar una tarjeta de visita y entregármela—. Bueno, de todas formas ya hablaré con ellos.

—Se puede dirigir al señor Andrés Martínez. Era mi jefe.

—Bien. —Y apunta el nombre de Andrés bajo mi historial—. Obviamente —añade—, debo confesarle que usted no es la única candidata que postula para el puesto. Ya he visto a unas cuantas personas y todavía me quedan tres aparte de usted. Como comprenderá, no quiero equivocarme y pretendo hacer la elección adecuada.

—Sí, entiendo, pero creo que me he equivocado en acudir a la entrevista. Si le digo la verdad, no sé si el puesto que usted me propone me resulta conveniente. Siempre he trabajado en publicidad. Tendría que pensármelo. ¿De qué retribución estamos hablando?

—Unas doscientas cincuenta mil pesetas brutas al mes.

—Bueno, la verdad, señor Rijas, es que ese sueldo no es lo mejor que me han ofrecido.

—Es el dinero que estamos dispuestos a pagar para unos meses de prueba, y que revalorizaremos al firmar el contrato definitivo, señorita. Evidentemente, no incluyo las dietas ni la pequeña comisión que le podríamos ofrecer si su gestión con los clientes influye en la firma de un contrato.

—Comprendo. Bueno, le agradezco que me haya recibido y me haya brindado la oportunidad de postularme para este puesto.

—¿Le puedo hacer otra pregunta, señorita?

Acaba de reincorporarse en su sillón con un aire mucho más serio que al principio de la entrevista.

—Sí, por supuesto.

—¿Está casada?

No me sorprende demasiado que me pregunte eso. Muchos lo suelen hacer.

—No, señor. No estoy casada ni tengo hijos.

—¿Tiene novio?

Se queda mirándome fijamente a los ojos, lo cual me incomoda bastante.

—Creo que esa pregunta es irrelevante, señor Rijas —exclamo, un poco ofendida.

Mi respuesta no parece molestarle. Al contrario, adopta inmediatamente una actitud comprensiva.

—Ya sé que la pregunta puede parecerle rara. Pero necesito a una persona que no tenga ningún compromiso familiar. Es muy probable que quien obtenga el puesto deba viajar a menudo. Así que preferiría a una mujer que no tuviese compromisos amorosos.

Su clarificación no me convence pero le respondo igual.

—Entiendo. En mi caso, no hay ningún compromiso familiar ni amoroso.

—Bien. Era lo único que quería saber.

La conversación empieza a distenderse un poco, y nos ponemos a hablar de mi vida en España, del porqué he dejado mi país y de las posibilidades de promoción que yo pueda tener dentro de la empresa. El final del encuentro es muy cordial y nos despedimos formalmente, con su promesa de que me llamará dentro de una semana para informarme de la decisión que ha tomado, después de acabar todas las entrevistas que le quedan por hacer.

No estoy muy convencida de que este trabajo sea lo mío pero, en el fondo, no pierdo nada. Jaime ha tenido sobre mí un efecto contradictorio. Me ha dado una impresión muy profesional y seria, pero sus indagaciones descaradas sobre mi vida personal me han roto los esquemas. Esta misma mezcla de solemnidad y atrevimiento me ha seducido. Jaime es, ante todo, un gran psicólogo de mujeres.

14 de mayo de 1998

Lo he pensado muy bien y he decidido no aceptar la oferta del señor Rijas, en caso de que me llame para decirme que han retenido mi candidatura. El puesto que me ha ofrecido no es del todo acorde con lo que estoy buscando, por lo que voy a seguir tratando de encontrar un trabajo dando por hecho, de todas formas, que existen pocas posibilidades de que me vuelva a llamar.

Me he equivocado, y esta mañana me llama su secretaria para informarme de que me han seleccionado y me insta a presentarme nuevamente por la tarde, para volver a hablar con Jaime.

Sin demasiado entusiasmo, me presento en la oficina, más por profesionalismo y para quedar bien con esa gente que por ganas de empezar a trabajar con ellos.

Encuentro a Jaime Rijas más distendido y amable que la primera vez, y me sorprende con qué convicción da por hecho que voy a aceptar la oferta.

—Es un trabajo de mucho prestigio, señorita. Me he quedado con su candidatura y la de otra chica que acaba de salir de ESADE. En caso de que sea usted la elegida, va a aprender los entresijos de las empresas y entenderá los trucos de la viabilidad o el fracaso de algunas de ellas. Nosotros vendemos consultoría para establecer normas de calidad ISO, entre otras. ¡Es apasionante!

—No lo dudo, señor Rijas. No digo que no sea interesante, sólo que no me parece acorde con lo que estoy buscando. No tengo ni idea de normas de calidad, para serle sincera. Creo que una persona con un título de ESADE en el bolsillo está más preparada para desempeñar una función en una consultoría de empresas que yo.

Me estoy echando piedras a mí misma. Sin embargo, Jaime insiste en convencerme de que va a ser el puesto de mi vida.

—Entre usted y yo, seamos sinceros, los títulos no valen gran cosa. Yo valoro sobre todo a las personas y su potencial.

—Sí. En eso estoy de acuerdo.

—Empezamos a entendernos —dice, con una sonrisa—. Bueno, quizá si le ofreciera un sueldo más elevado, aceptaría.

—No lo sé, señor. No se trata solamente de un tema de dinero.

—Piénselo otra vez. Piense también en su proyección profesional.

—Lo haré, señor Rijas.

Nos despedimos y me promete llamarme dentro de dos días.

La trampa

16 de mayo de 1998

A pesar de lo poco interesada que estoy en el puesto, el señor Rijas ejerce sobre mí una atracción difícilmente comprensible. Me ha gustado su físico, pero sobre todo su manera de ser, esa seguridad en sí mismo que parece hacerle indestructible, y su poco temor frente a las adversidades. Pienso que, en el fondo, se crece ante un no rotundo, y lo toma como algo muy personal y se siente satisfecho de poder transformarlo en un sí convencido. Eso es lo que da sal a la vida. Yo soy un no del principio al final y está empeñado a hacerme cambiar de idea a toda costa, utilizando los medios que hagan falta.

Hoy me llama personalmente, tal como ha prometido. Pero su conversación toma otro giro que no tiene nada que ver con el asunto profesional.

—Ya nos hemos decidido mi socio y yo. Pero tengo un problema y necesito hablarlo con usted.

—¿Qué clase de problema? —pregunto intrigada, y dudando seriamente de que yo le pueda ayudar.

Jaime adopta el tono de quien hace una confidencia, sin darme ninguna explicación satisfactoria.

—Creo que usted es una persona con quien se puede hablar abiertamente. Pero para eso necesito verla. ¿Tiene algún inconveniente en que nos veamos y hablemos?

Me parece todo muy curioso, pero acepto. En el fondo, tengo ganas de volver a verle. Todavía no acabo de entender por qué estoy cayendo tan rápido en esa telaraña, que, vista desde fuera, resultaría mortal para cualquiera. Yo siempre he tenido un temperamento bastante indómito, y los retos me atraen.

—Entonces, la paso a recoger mañana sobre las siete de la tarde, ¿qué le parece?

—¿Y no sería mejor hablarlo en su oficina? —pregunto, presintiendo que hay algo muy personal en su proposición.

—Preferiría que no fuera en mi despacho. Necesito un sitio más neutro para exponerle lo que está pasando. Aquí no tengo tranquilidad. Entran y salen los consultores. Me solicitan permanentemente. Es normal, ¿sabe? Prefiero un lugar más tranquilo. La invito a tomar una copa, sin dobles intenciones, obviamente.

—Bueno, de acuerdo.

Y no puedo evitar quedarme extrañada por su aclaración sobre las dobles intenciones. Él tiene mi dirección en el curriculum y quedamos delante de la puerta de mi casa a las siete de la tarde del día siguiente.

17 de mayo de 1998

Subo en su coche y empezamos a dar vueltas por el centro de Barcelona, buscando un sitio para aparcar. He hablado poco hasta ahora, escuchando su resumen del día y lo que piensan facturar este mes. La empresa va de maravilla, según él, está entusiasmado y me pregunto qué tipo de problemas puede tener este hombre a quien parece sonreírle todo. Me propone ir al Maremágnum, donde podríamos aparcar sin problemas y sin la amenaza de que la grúa se lleve el vehículo. Acepto.

Subimos hasta el último piso del centro comercial, que está descubierto, y donde hay una cantidad increíble de bares que se disputan a una clientela más que suficiente para llenar un estadio de fútbol. Después de hacernos sitio para poder pasar, conseguimos una mesa en una terraza, al lado de un minigolf. Pedimos dos gin-tonic.

—¿Qué es eso tan importante que tenía que decirme y por lo que me ha traído a este sitio?

Veo que Jaime está un poco sorprendido de mi insolencia, pero quiere disipar enseguida la poca confianza que le demuestro y se apresura a contestarme.

—Bueno, primero me puede llamar Jaime. Y preferiría tutearla si no ve ningún inconveniente en ello.

Accedo con un gesto de la cabeza. Supongo que es el paso previo y necesario antes de una confidencia. El «usted» nunca me ha gustado. Además, ¡me lo ha pedido con tanta educación!

—Bien. Mira, soy economista, tengo cuarenta y nueve años y toda la vida he sido empresario, con las ideas claras sobre lo que debía hacer y lo que no. En todos esos años, nunca me había pasado una cosa igual y pensé que era importante hablarlo con una persona que no tuviera prejuicios, y creo que tú eres la persona adecuada.

—¿Yo? —exclamo mientras mezclo mi gin-tonic.

La noche está curiosamente muy fresca, y Jaime se pone a hablar frotándose las manos para entrar en calor. Lo hace con tanta intensidad que parece que está dando un discurso ante miles de personas.

—Sí, ¡tú! —repite, apuntándome con su dedo al corazón.

—¿Y por qué yo? Si solamente nos vimos para una entrevista de trabajo y no nos conocemos de nada. ¿Cómo puedes pensar que yo soy la persona adecuada para escuchar un problema ajeno?

—Porque, justamente, no nos conocemos. Así, tu opinión me resultará más objetiva. Algo me dice que tu ayuda me puede ser muy valiosa. No me pidas que te lo

explique, porque no sabría decir por qué. Pero estoy convencido de que me puedes ayudar.

—Bueno. Depende de lo que se trate. ¿En qué te puedo ayudar? —vuelvo a preguntar, a punto de perder la paciencia.

Está tan tranquilo que no parece preocupado por un problema, y me dice con toda la serenidad del mundo:

—He conocido a una persona dentro del ámbito laboral y, dada mi condición de director general de la empresa, no sé cómo comportarme con ella. Siempre he sido capaz de controlar mis impulsos, sobre todo cuando está el trabajo de por medio. Por ética, más que nada. Siempre he actuado de esta forma. Pero ahora, este asunto me está desbordando y no sé qué hacer.

—¿Y en qué te puedo ayudar yo?

No acabo de entender lo que pretende este hombre de mí. Se toma su tiempo, bebe de la copa, y cuando la deposita encima de la mesa se pone a jugar con el palito que hay dentro del vaso.

—¿Qué me aconsejarías que hiciese?

—¡Yo qué sé! ¿Quién es esa persona? ¿Forma parte de tu empresa?

—No, pero tengo un trato indirecto con ella. No la conozco mucho. Trabaja para otra compañía. Lo peor de todo es que me he enamorado locamente de ella.

—¿Ella lo sabe?

—Creo que es una mujer lista y que tendría que haberse dado cuenta ya de que hay algo más. Pero, hasta ahora, no me ha hecho ningún comentario al respecto. Tampoco le he dicho nada acerca de mis sentimientos. Pero hay actitudes que no engañan, ¿sabes? Creo que en el fondo no quiere ver la realidad, porque tiene miedo también.

—Bueno, si quieres mi opinión, creo que tendrías que hablar con ella primero. A lo mejor, ni se ha dado cuenta.

—No. Creo que sabe perfectamente lo que está pasando. Pero es una situación muy delicada. Si fueras ella, ¿cómo reaccionarías?

—Hombre, si estuviera en esta situación y si me gustase la persona, no lo dudaría ni un segundo. Depende de la implicación laboral que tienes realmente con ella. Es difícil y complicado para serte sincera. No todo el mundo se lanzaría como yo.

—Ya. Te agradezco tu sinceridad.

Parece realmente agradecido.

—¿Por qué no hablas con ella?

—Lo he intentado pero no encuentro las palabras y siempre que estoy a punto de lanzarme, me corto y hablo sólo de trabajo.

—¿De qué tienes miedo?

—De que me diga que no siente lo mismo por mí.

Me sorprende esa respuesta formulada sin pensar. Las pocas veces que le he visto, siempre ha dado la impresión de controlar la situación y de demostrar una gran seguridad en si mismo. Ahora, está claro que ya no es así.

—Bueno, pero si no le hablas claramente, estarás siempre en el mismo punto. No vas a hacer evolucionar las cosas, ni para delante ni para atrás.

—Tienes razón, y por eso quería hablar contigo. Sabía que tu opinión me iba a ser de gran ayuda.

Me halaga de alguna forma que recurra a mí. A todas las mujeres nos gusta. Pero no acabo de entender todavía de dónde sale esta confianza hacia mí.

—Bueno, ¿te molesta si vamos a cenar algo? Tengo hambre y, ya que estamos hablando, ¿por qué no hacerlo alrededor de una buena mesa? Conozco un restaurante no muy lejos de aquí donde se come un marisco fresquísimo.

Su invitación podría ser la de un amigo, así que, una vez más, acepto su propuesta. Lo que en realidad pretende Jaime es hacerme bajar la guardia, intentando una relación amistosa, ya que cada vez que nos hemos visto en su empresa, yo he sido muy distante.

Paga las dos copas y nos vamos andando hasta el restaurante, que se encuentra a unos quinientos metros del Maremágnum, en dirección a la Villa Olímpica. El propietario del local, que parece conocerle, le saluda calurosamente y nos encuentra rápidamente una mesa, a pesar de lo repleto que está el sitio. Nos ofrece un aperitivo, y Jaime me pide permiso para pedir una mariscada.

—Una mariscada para dos, para levantar los ánimos, ¿te apetece?

Me encanta el marisco y me parece una óptima idea. Tenemos aparentemente los mismos gustos. Pide una botella de champán del mejorcito y se pone a brindar por la amistad. En realidad, parece estar cortejándome, y lo hace intentando impresionarme. Nos ponemos a hablar de trivialidades, hasta que empieza a hacerme más preguntas personales.

—¿Realmente te molestó que te preguntara el otro día si tenías novio?

—Me chocó un poco —soy muy sincera—. Que esté casada o no, lo puedo

entender. Pero que tenga novio, ¿qué más da?

—Para mí era muy importante saberlo.

—Ya lo sé. Me explicaste que querías que la persona que contratases estuviera libre. Si ésos son tus requisitos, dudo que la encuentres.

—No, la verdad es que no fue por eso.

Bajo el tenedor antes de que llegue a mi boca.

—¿Cómo que no? ¿Y por qué fue entonces?

—Fue para ver si podía salir contigo esta noche —contesta, mientras sigue comiendo—. Si me hubieses dicho que tenías novio, habría buscado otra estrategia.

—¿Cómo?

No puedo reaccionar. Esta revelación me ha dejado sin poder articular palabra.

—Pues sí. Si hubieses tenido novio, habría ido a por ti hasta las últimas consecuencias.

Hemos bebido bastante y achaco su comentario al alcohol. Los nervios empiezan a traicionarme y me pongo a reír de inmediato.

—¿No te hubiese molestado que tuviera novio?

—Al contrario, habría hecho todo lo posible para que lo dejaras —dice, con la seguridad que mostró durante nuestra primera entrevista.

—Pero ¿qué dices? —prosigo, sin poder quitarme la risa nerviosa—. ¿No me acabas de contar que estás enamorado de una mujer?

Como no estoy entendiendo nada, empiezo a pensar que este tipo está completamente loco.

—Sí, y es verdad. Estoy loco por una mujer.

—Ya veo —digo, perdiéndole un poco el respeto—. Estás enamorado y vas ligando por ahí.

Se pone a reír a carcajadas.

—¡Qué tonta eres! —exclama con cariño—. ¡No entiendes nada!

—Pues no. No te entiendo. Eres como todos. Tienes a una mujer, de la cual estás enamorado, y sigues mirando a las demás. No te entiendo.

Me da igual lo que piense de mí. Después de esa conversación, he decidido que nunca lo volveré a ver en la vida. Es un presumido de mucho cuidado. Jaime se pone de repente serio, llama al camarero y pide otra botella de champán. No abre la boca hasta que están nuevamente llenas nuestras dos copas. Levanta la suya y anuncia:

—Brindo por ti, Val, la mujer de la cual estoy enamoradísimo. Mira mi copa y

espera que yo la levante también para acompañarle en el brindis. Pero estoy paralizada y me he quedado sin habla. No me esperaba nada de eso y soy la primera sorprendida. Me invita nuevamente a coger la copa y brindar, lo que hago al final de manera automática.

—Es lo que te quería decir. Por eso te invité a cenar. Estoy loco por ti —murmura estirando el cuello, para acercarse a mi rostro—. Tú eres la mujer de quien estoy enamorado.

Me estoy quedando boquiabierta, mientras él se bebe la copa entera. Yo, en cambio, no puedo tragar nada.

—¡Ya está! —dice aliviado—. Ya lo he soltado. Tenías razón. Debía hablar contigo. Me acabo de quitar un gran peso de encima.

No consigo creer lo que estoy escuchando y me quedo con la copa llena en la mano, medio temblando, mirando las burbujas subiendo hasta la superficie.

Jaime se pone triste de repente y comenta:

—Lo siento. No quería que te sintieras incómoda. Lo siento de verdad.

Pide inmediatamente la cuenta. Me siento rara porque no estoy acostumbrada a que alguien, casi un desconocido, me declare su amor de esta manera. Paga y salimos en silencio.

—Te acompaño a tu casa. Espero que no te moleste. Cuando salgo con una persona, siempre me gusta acompañarla a su casa.

La cabeza me empieza a doler. He bebido demasiado y no sé qué decirle. Pero decido dejar que me lleve. Cuando estamos delante de la puerta de mi edificio, me sorprende dándome las buenas noches y marchándose sin más. No pienso hacer nada para impedirle que se vaya porque estoy asombrada con su repentina declaración de amor y necesito un tiempo para digerirlo y reponerme.

20 de junio de 1998

Ha pasado casi un mes hasta que empezamos a salir juntos. Desde aquella declaración, Jaime no volvió a llamarme, excepto una vez para decirme que si lo quería, el puesto que me ofreció era mío, sin compromiso amoroso con él. Lo rechacé, porque después de aquella cena quedó claro que no iba a trabajar en su empresa, y porque voy a buscar otro empleo pues he decidido salir con él. Es una cosa o la otra. Debo admitir que me ha gustado la osadía que ha tenido al declararme que está enamorado de mí, pero también valoro mucho la discreción que me ha demostrado hasta hoy. Ha entendido perfectamente que no me gusta sentirme agobiada, y está creando, en realidad, un clima propicio para que me enamore de él. También ha visto claramente desde un principio que el trabajo no me interesa. Debe de pensar que soy una mujer autosuficiente, con ideas claras, y que sólo se puede enamorar si no están permanentemente encima. Vamos, soy la presa ideal para cualquier cazador ambicioso.

Nos hemos ido viendo en unas cuantas ocasiones, durante las cuales, él ha dado por hecho que al final voy a caer en sus brazos. Quiere que tenga muy claro que está seguro de sí mismo en este aspecto, y que tarde o temprano va a suceder. Me empieza a gustar cada vez más y más, pero no me he ido todavía a la cama con él, como suelo hacer con los demás. Quiero esperar.

Hoy hemos quedado para charlar. Jaime dice que desea contármelo todo acerca de su vida, porque no quiere tener secretos conmigo. Me va relatando la historia de su matrimonio con su ex mujer, que tiene actualmente un cáncer de mama, y me confiesa lo mucho que la ha amado, pero me explica también que nunca ha conseguido serle fiel y que ella, un día, se cansó y le dejó.

Quiere mostrarme sus debilidades como quien lee un libro abierto, de principio a final. Eso también forma parte de su elaborada estrategia. Además, su manera de contar las cosas hace que una no pueda quedarse de piedra. Con seguridad, pero también admitiendo que se siente muy arrepentido de su actitud. Me seduce su personalidad, día tras día, su lado cabrón en el fondo, y sus infidelidades con las mujeres, que se van mezclando con una ternura paterna invisible. Me va explicando que ha mantenido una relación de siete años con una ex modelo, Carolina, con quien ha tenido una pasión sin límites y que aquella relación también ha acabado por sus infidelidades con otra mujer, que era, ni más ni menos, que la mejor amiga de Carolina. En realidad, sé que me está transmitiendo un mensaje con cada palabra que utiliza: ¿Serás capaz de domarme? Así me ha enganchado. Ahora, es él quien

representa un reto para mí.

Me habla extensamente de sus dos hijos, a quienes sólo ve los fines de semana, y su orgullo de padre me enternece. Supongo que es debido a una de sus facetas que desconozco todavía, y también a que mis hormonas de mujer casi a punto de cumplir los treinta, me empujan a la maternidad.

25 de junio de 1998

Por primera vez desde que le conozco, me he acostado con Jaime. Ha venido a mi casa, que le he abierto como si fuera suya, y me hace el amor encima de la mesa de la cocina. No ha sido nada del otro mundo, parecía muy cansado y entiendo que a veces uno no está al cien por cien por muchas ganas que tenga. Debo admitir que estoy un poco decepcionada. Pensaba que iba a ser más romántico. Ha durado cinco minutos, y me he pasado cuatro convenciéndole de que utilice un preservativo.

—¿Tú crees que un señor de mi edad utiliza un condón? ¡Eso es una mierda!

Al final, ha aceptado. Pero sé que no le ha hecho mucha gracia.

Nuestro nido de amor

3 de julio de 1998

Jaime se está comportando como un verdadero caballero durante los primeros meses de nuestra relación. Todo está yendo a las mil maravillas. Sin embargo, de vez en cuando, veo y noto cosas raras. Quizá es mi imaginación. Yo, que nunca he hurgado en las cosas de los demás, me he puesto a controlar su agenda, no sin sentimiento de culpa. Me he encontrado con mensajes codificados, indicios de que algo me está escondiendo, pero no consigo recabar pruebas de nada. En fin, prefiero optar por no comerme la cabeza demasiado, y hemos seguido viéndonos hasta que hoy, al mediodía, me ha pedido que vaya a vivir con él.

15 de julio de 1998

Tenemos que encontrar un piso donde vivir. Ya nos hemos puesto de acuerdo sobre el sitio donde queremos buscarlo: la Villa Olímpica de Barcelona. Sobre todo, porque desde allí se ve el mar. Los dos adoramos el mar. Siempre he soñado con vivir en un ático inmenso con el mar y la playa enfrente, y este sueño está a punto de hacerse realidad con él. Hemos encontrado, no sin dificultad, uno de ciento veinte metros cuadrados enfrente de la playa, con aparcamiento privado y vigilancia las veinticuatro horas del día. Un lujo. He insistido en que tenga como mínimo tres habitaciones, para poder recibir a sus hijos. En cuanto he argumentado el motivo para tener tantas habitaciones, Jaime ha estado totalmente de acuerdo, pero me resulta extraño que no haya salido espontáneamente de él. Creo que, en el fondo, quiere consolidar la relación antes de mezclar a su familia en ella.

Hoy por la mañana, hemos ido a firmar los papeles de arrendamiento del piso con una exigente agencia inmobiliaria, y Jaime ha venido con medio millón de pesetas en efectivo para pagar la fianza y el alquiler. Le he acompañado porque hemos hablado de poner el contrato de alquiler a nombre de los dos —parece que ha quedado claro —, hasta que, en el último minuto, Jaime cambia de opinión y me pregunta si tengo algún inconveniente en poner el contrato sólo a mi nombre.

—Pensaba que lo íbamos a poner a nombre de los dos. ¿Pasa algo?

—No, tranquila. No te preocupes. Pago yo el alquiler, pero si no te molesta, preferiría no figurar en el contrato. No quiero que mi ex mujer se entere. Si no, me va a pedir más dinero para la pensión de los niños.

En este momento, he reparado en un detalle importante. Los niños, como dice él, son mayores de edad, y cada uno vive con sus respectivas parejas, trabajan y están totalmente independizados. La pensión de los hijos ha sido fijada hace más de diez años y su explicación no tiene mucho sentido.

Pero, ante la ilusión de irme a vivir con él, en este maravilloso piso, y por miedo a poner trabas a este sueño, acepto ser la única persona que aparece en el contrato.

Se lo hemos comunicado a la agencia, pese a no tener yo nómina fija en ninguna empresa, aunque sí dinero de sobra como para pagar dos años de alquiler. La agencia nos informa que el propietario no quiere alquilar a nadie que no tenga nómina. Yo estoy destrozada, porque veo que no vamos a poder conseguir este piso.

Una vez más, Jaime se encarga de todo y por la tarde volvemos a la agencia, les entrega unos papeles y firmo el contrato. Estoy sorprendida de cómo se han resuelto

las cosas. Jaime me dice al salir que les ha convencido, a través de mis informes bancarios, y que no hace falta ninguna nómina. Luego he descubierto que les ha entregado mi última «nómina», que ha confeccionado él mismo, sin decirme nada, en su despacho, poniendo una firma y el sello de su empresa.

20 de julio de 1998

Me siento feliz porque esta mañana nos hemos mudado. El traslado ha sido rápido, en media mañana, ya que yo tengo poca cosa. Jaime ha traído solamente ropa de casa de su madre, donde se aloja, y unos cuadros que, según él, le ha regalado su padre de su colección privada, y que son valiosísimos. Es poca cosa para un piso tan grande y necesitamos sin duda muchos muebles.

Por la tarde, ya estamos visitando todas las tiendas de muebles del barrio, y cuando nos hemos decidido sobre lo que queremos, Jaime insiste en pagarlo todo, pese a mi negativa, ya que quiero compartir los gastos.

25 y 26 de julio de 1998

Jaime me ha comentado que tiene un chalé en las afueras de Madrid, y que los fines de semana se reúne allí con sus hijos. Me encanta la idea de pasar los fines de semana allí pero me comenta que me llevará en cuanto les haya explicado a sus hijos que tiene una relación seria. ¡Eso sí!, tengo que tener paciencia porque, aunque su hijo tiene casi la misma edad que yo, está muy celoso de ver a su padre con otras mujeres que no sean su madre. Yo lo comprendo y me convenzo de que tengo que demostrar mucha comprensión y paciencia. Quiero ante todo que me acepten. Voy a ser, en definitiva, la madrastra de un chico y de una chica, que ya son adultos.

Hoy viernes, Jaime coge el puente aéreo para reunirse con sus hijos en Madrid. Desde allí, me hace una llamada rápida para saber de mí, y nuestra conversación al teléfono es muy cariñosa. Nuestro futuro se anuncia maravilloso y feliz. Curiosamente, a la larga, nos vamos a ver menos que cuando estábamos viviendo cada uno por separado.

Veo a Sonia sólo de vez en cuando. Ella está al tanto de mi relación con Jaime, pero considera que me he precipitado en irme a vivir con él.

—¡Apenas lo conoces! Además, no pasa ni un fin de semana contigo. ¿No te parece curioso?

—¡Mira quién habla! —le comento irónica—. ¡La que buscaba desesperadamente a su Príncipe Azul me está diciendo ahora que yo me precipité en encontrar al mío!

—¡No te estoy diciendo eso, Val! Sólo creo que te has precipitado en dejar tu piso e ir a vivir con un señor que no conoces de nada. ¿Acaso te ha presentado a su familia?

—Todavía no, Sonia. Necesita un poco de tiempo. Creo que es comprensible, ¿no te parece? Tiene dos hijos y una ex mujer enferma de cáncer. Visto el panorama familiar, imagínate si yo hago mi entrada así, de la noche a la mañana, sin más. Sería llegar como un pelo en la sopa. No lo veo correcto. Al menos, por ahora.

—Vale. ¡De acuerdo! Digamos que tienes razón, es demasiado pronto. Pero ¿no te parece curioso que tenga un chalé de lujo en Madrid y que viviera, antes de conocerte, con su madre?

Sonia está empezando a ponerme muy nerviosa. Al principio, achaco su desconfianza a la envidia que todas las mujeres sentimos cuando una de nosotras consigue lo que la otra siempre ha soñado. Es humano.

—Compró ese chalé cuando salía con Carolina, una ex novia que tuvo y que

conoció en Madrid. Se fueron a vivir allí. En aquella época, Jaime tenía también un despacho montado en Madrid. Cuando venía a Barcelona, se quedaba en casa de su madre. Lo veo normal y lógico. No hay nada raro o misterioso en querer estar con su madre.

—Entonces, explícame ¿por qué no ve a sus hijos en Barcelona en lugar de ir todos a Madrid, si ellos viven aquí?

A esa pregunta, no soy capaz de responderle. Noto que Sonia está muy preocupada por mí y por esa nueva vida que he elegido. También está un poco enfadada porque, desde mi encuentro con Jaime, nos hemos ido viendo cada vez menos.

—Tienes razón, Sonia. Pero tú también estabas con tu novio. De todas formas, te prometo que te llamaré más a menudo a partir de ahora. Con lo del piso, más la mudanza, no he levantado *cabeza*. Te ruego que lo entiendas. Mira, pensaba hacer una pequeña cena en casa el próximo jueves para presentarte a Jaime. ¿Te apetece?

—Sí, claro. Me encantaría.

—Y así haces las paces con él —le digo riendo.

—Bueno, vale.

—Puedes traer a tu novio si quieres.

Me pone de repente una cara de entierro.

—Lo dejamos hace una semana.

Acabo de meter la pata. Ahora entiendo por qué sospecha tanto de Jaime. Otro hombre la acaba de dejar plantada, y está enfadada con todo el género masculino.

—Tenía otra novia y no me lo había dicho. Pero lo descubrí por casualidad y entonces lo dejé.

—Entiendo, corazón. Lo siento mucho. Pero mira, no porque te ha pasado eso con ese impresentable significa que todos los hombres sean iguales, Sonia.

—No te preocupes. Saldré de ésta. Por cierto, Bigudí te echa mucho de menos, ¿sabes?

Esta noticia me apena de verdad. Quiero a toda costa recuperar a mi Bigudí, pero he tenido que dejarlo en casa de Sonia porque Jaime no soporta a los gatos. Y de momento, el pobre animal no es bienvenido en casa.

Encuentro empleo

27 de julio de 1998

Cuando vuelve Jaime de su fin de semana en familia, le comento la cena prevista el jueves con Sonia.

—Me encantaría, cariño, pero tengo que estar toda la semana en Málaga, con Joaquín, para visitar a unos clientes. Salgo mañana temprano, y el viernes voy directamente a Madrid en coche.

No me hace ninguna gracia este programa, pero intento disimular mi disgusto como puedo.

—Así que, ¿no nos vamos a ver hasta el próximo domingo?

—Cariño, es mi trabajo. ¡Entiéndelo! Tenemos unos contratos con clientes en el sur de España, y debemos ir esta semana. Ya estuve aplazando este viaje demasiado tiempo. Luego estaremos juntos.

Me coge en sus brazos y fijamos otra fecha para la cena con Sonia.

Después de sus confesiones sobre sus infidelidades, esta noche le voy contando mis relaciones esporádicas y la facilidad que he tenido todos estos años para llevarme a todos los hombres que me han gustado a la cama. Quiero ser transparente con él, no esconderle nada. Jaime me ha advertido que, ahora que estamos viviendo juntos, he de abandonar a todos los novios que tengo por ahí, palabras textuales. No es difícil aceptar eso, no tengo ninguno desde hace bastante tiempo, pero me cuesta convencerle. Jaime es tremendamente celoso. Él me ha prometido serme fiel. Yo, con veintinueve años y él con veinte más, nos hemos cruzado en el mismo punto, pero a edades diferentes. Estamos hartos de la vida que llevamos. De hecho, yo ya no me fijo en nadie. Esa transformación me ha sorprendido bastante, pero creo que es porque estoy enamorada de verdad por primera vez en mi vida y todo deseo sexual por otro hombre que no sea Jaime ha desaparecido. Le voy a ser fiel, del principio al final, incluso durante meses después, si acaso se rompe nuestra relación.

Esta noche hacemos el amor. Nuestras relaciones han mejorado bastante desde que ya no utilizamos preservativos, pero Jaime tiene una extraña manera de pensar solamente en él. No espera a que yo esté satisfecha. A veces, parece un animal. Pero me da igual. No es lo que más valoro en nuestra relación. El sexo, para mí, ha pasado curiosamente a un segundo plano.

28 de julio de 1998

Jaime se ha ido a Málaga con Joaquín como habían planeado. Me he despedido de él tiernamente, pidiéndole que tenga cuidado en la carretera. Voy a estar varios días totalmente sola, y he decidido ocuparlos en buscar nuevamente un empleo.

Ya he recibido varias ofertas (mi anuncio sigue apareciendo de vez en cuando en el periódico) y hay una muy interesante que parece prometedora. Se trata de una multinacional extranjera, con base en Barcelona, especializada en ropa, que está buscando a una mujer que se encargue de las últimas tendencias. Esto va a suponer viajar a las ferias más importantes del sector en el mundo, olfatear el mercado y ver las novedades para cada temporada. Aunque no está relacionado con la publicidad, la perspectiva de trabajar en este sector es bastante atractiva. Además, viajar no me parece un inconveniente, si tengo en cuenta que Jaime viajará también muy a menudo.

Así que me he presentado a la entrevista. Todo ha sido muy rápido y me anuncian que, en una semana, puedo empezar ya. Estoy muy feliz, porque eso supone que van a aumentar nuestros ingresos. No sé lo que gana Jaime, ni me lo ha comentado, pero parece llevar un gran tren de vida. Lleva siempre mucho efectivo encima y nunca repara en gastos ni pone pegas a nada en lo relativo al tema económico, ni para alquilar un piso en un edificio de tan alto *standing*. Al contrario, siempre me demuestra que quiere lo mejor. Aun así, yo quiero participar en los gastos de la casa.

Jaime me ha llamado sólo dos veces, diciéndome que está muy ocupado. Yo he intentado hablar con él en varias ocasiones, aunque sin éxito porque su móvil siempre está apagado. Por no parecer desconfiada, no le he pedido el número de teléfono del hotel.

30 de julio de 1998

Cuando llega hoy, le noto muy cansado y tenso. Se encierra en el baño en cuanto se quita los zapatos, y durante poco más de una hora permanece allí. Trato de escuchar algún ruido desde detrás de la puerta, y al no oír nada le pregunto:

—¿Te pasa algo, Jaime?

—¡Déjame en paz!

Su respuesta es corta y seca.

—¿Puedo hacer algo por ti?, cariño. Quizá te iría bien hablar. No sé. ¿Tienes problemas?

—¡Déjame en paz! —me repite—. ¡No tienes ni puta idea de los problemas que tengo!

A la hora, sale tan cansado como ha entrado, con los ojos hinchadísimos y se pasa toda la tarde y parte de la noche fumando cigarro tras cigarro, sin hablarme.

Cuando viene a la cama, ni me toca. Cada vez que hemos pasado noches juntos, hemos hecho el amor. Es la primera vez que dice no al sexo.

2 de agosto de 1998

Jaime se ha marchado temprano por la mañana al despacho. Ni he podido anunciarle que empiezo a trabajar hoy mismo, cuando todo el mundo se va de vacaciones, así que le dejo una nota en la cocina por si llega antes que yo a casa al final del día. Y así sucede. Cuando vuelvo de mi jornada laboral, un poco angustiada por lo de ayer y su reacción, él está en el salón mirando la televisión.

—Me podías haber dicho que hoy ibas a trabajar —me reprocha enseguida.

—Lo sé, Jaime, pero ayer estabas insoportable. No querías hablar y te habías encerrado de tal forma que parecías tener un bloqueo.

—Tuve un problema y no me apetecía hablar del tema. ¿Qué es eso de tu trabajo?

Le explico cómo lo he encontrado y en qué consiste.

—¿Vas a tener que viajar?

Leo en su mirada que está enfadado.

—Sí. De vez en cuando.

—¿Sola?

—No. Con mi jefe. Es americano. En septiembre tenemos que ir a una feria en Italia y…

—¿Americano? ¡Otro que va a querer follarte!

Me quedo sin habla ante este comentario inesperado. Sigue con el mismo humor que ayer.

—Pero ¿qué dices?

—¡Lo que oyes! Te hace viajar con él porque quiere follarte. Ya verás como tengo razón. Eres demasiado joven todavía. No sabes cómo funciona la vida.

Estoy desconcertada. Me parece injusto que piense eso de una persona que no conoce para nada.

—Da igual. Ve allí, a Italia. Viaja con el gilipollas ese. Pero si se pasa un pelo contigo, coges el primer avión y vuelves aquí, ¿de acuerdo?

No me queda otro remedio que decirle que sí, porque si no lo hago creo que me va a pegar.

—Sí, claro.

—¿Me lo prometes?

—¡Claro, Jaime!, te lo prometo.

Tras cinco minutos en silencio, pienso que el tema ha quedado olvidado.

—¿Y tú? Tienes ganas de follártelo, ¿verdad?

Me quedo otra vez boquiabierta. No entiendo por qué, de repente, me hace este tipo de preguntas.

—No. No tengo ganas de follármelo —contesto, repitiendo tristemente sus palabras.

Y me voy a llorar al baño. Esta vez se ha pasado, tiene de repente un aire endemoniado y está buscando el conflicto para pelearse conmigo. Ha cambiado tanto en unos días, que parece otra persona. En el baño me encuentro un pote que no había visto hasta hoy, con unos cien gramos de polvo blanco y una etiqueta que describe los ingredientes de un preparado de farmacia. Mientras lo voy cogiendo entre mis manos, Jaime llega por detrás, en silencio, y me pone una mano sobre el hombro. Del susto, casi dejo caer el pote.

—Son polvos para la herida que tengo en el tobillo. Me lo tienen que preparar especialmente en una farmacia. Cuesta mucho, así que ¡déjalo en su sitio!

Deposito el pote encima del lavabo y no le digo nada.

Jaime utiliza, cada mañana, una especie de escalpelo para cortar las pieles muertas que le recubren el tobillo. De no hacerlo así, no podría ponerse el zapato y andar normalmente. Ya ha ido a ver a varios especialistas y, según él, es un fenómeno rarísimo que no tiene cura. Nunca antes se habían encontrado con un caso semejante.

Platos rotos

6 de agosto de 1998

Hoy viene Sonia a cenar. Jaime se ha quedado toda la tarde trabajando en casa, en una habitación en la que hemos colocado una mesa de despacho, y yo estoy preparando la cena en la cocina. Nunca me ha gustado cocinar, pero he aprendido leyendo libros sobre ello, ya que a Jaime le gusta comer y cenar bien. Nada de bocadillos o de tapeo, me ha advertido.

Mientras Sonia está tomándose un aperitivo en el salón, voy a buscar a Jaime para decirle que nuestra invitada ha llegado. Se ha encerrado con llave, como si el cuarto contuviera un tesoro inestimable cuya existencia nadie, aparte de él, debe conocer.

—¿Vienes a cenar, cariño? —le pregunto suavemente, por miedo a molestarle—. Sonia ya está en el salón.

Me contesta sin abrir la puerta y me dice que en diez minutos estará con nosotras, el tiempo que tarda en darse una ducha rápida y de cambiarse de ropa. Vuelvo al salón con Sonia.

—Te veo con mala cara, Val. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No quiero hablar con mi amiga de las peleas que Jaime y yo hemos tenido últimamente. Decido darle una explicación muy diferente.

—Es que estoy cansada, corazón. Es mi nuevo trabajo. Hay mucho por hacer y me tengo que acostumbrar. No te olvides de que hacia meses que no trabajaba a tiempo completo.

He adelgazado bastante últimamente y ella insiste en que hay algo más.

—¡Si sólo llevas una semana trabajando! Y ya has perdido cuatro kilos. ¿Seguro que no hay otra cosa que no me quieres decir?

—No, te lo aseguro, Sonia. No te preocupes.

Me esfuerzo en esbozar mi mejor sonrisa y tranquilizar a mi amiga que, últimamente, se ha vuelto demasiado curiosa y está cuestionando todo lo que hago.

Cuando llega Jaime, está radiante, perfumado y guapísimo. Se ha puesto sus mejores galas y cuando le presento a Sonia, leo en los ojos de mi amiga que se ha quedado asombrada por su atractivo. Me lo esperaba.

—¡La famosa Sonia! Por fin te conozco —le dice Jaime, besándole la mano.

Esta práctica antigua y pasada de moda siempre nos ha gustado a las mujeres a quienes nos atraen los caballeros. Sonia está en el cielo.

—Yo también tenía ganas de conocerte, Jaime. Para llegar a robar el corazón de Val, tienes que ser una persona especial.

Y Sonia se queda observándole, pensando, seguramente, que no aparenta los años que tiene.

Pasamos una velada muy agradable durante la cual Jaime es absolutamente encantador y divertido con Sonia y conmigo. Tiene un brillo especial en los ojos esta noche, acentuado seguramente por las botellas de vino que va abriendo, alegando que cada plato necesita el vino adecuado. Noto que Jaime está bebiendo mucho, pero parece sentarle muy bien, y no le digo nada porque está de tan buen humor que no quiero romper el encanto y la magia que reinan en la mesa. La conversación se centra esencialmente sobre Sonia, su vida y nuestra larga amistad. Habla luego un poco de él, y de las ganas locas que tiene de casarse conmigo una vez superado el cáncer de su ex esposa. Me sorprende esa confesión pública, porque nunca hasta ahora me ha hablado de que tuviera esa intención.

—Si todo va bien, nos casaremos el 2 de mayo de 1999 —le aclara a Sonia.

Al final de la velada, que se ha prolongado hasta bien entrada la noche, y después de unas copas, Sonia quiere irse a casa.

—¿Cómo has venido hasta aquí? —le pregunta Jaime.

—En taxi —contesta ella, acabándose la copa de Bailey’s que se ha servido.

—No voy a dejar que una mujer tan guapa como tú vuelva a su casa en taxi a estas horas. Así que te llevo yo. Me pongo una chaqueta y… listos.

No veo nada malo en eso, solamente la intención de Jaime de ser amable con mi amiga. Es una deferencia hacia Sonia, pero también hacia mí y me gusta su gesto. Desde luego, Sonia parece haber cambiado de opinión sobre Jaime. Él ha hecho todo para que esta noche sea inolvidable. Y lo está consiguiendo. Sonia me echa una mirada y, al ver que yo sonrío en señal de aprobación, acepta el ofrecimiento de Jaime.

Cuando se van, me pongo a recoger los platos que dejo en la cocina, ya que no

tengo ninguna gana de ponerme a fregar a estas horas. Pasa más de una hora desde que se han ido y decido acostarme.

Me despierta de repente un terrible ruido que proviene de la cocina. Me levanto con un sobresalto y voy corriendo hacia allí. Parece que algo se ha caído. Todas las luces están apagadas, y no me fijo en si Jaime se ha acostado ya. Cuando enciendo la de la cocina, encuentro todos los platos y los vasos sucios rotos sobre el mármol, junto a restos de comida esparcidos en el suelo. Mi primera reacción al ver este panorama es ponerme una mano en la boca para evitar gritar. La vista de todo eso es espantosa. Al final de la cocina, en el cuarto dispuesto para el fregadero que da directamente a la calle, está Jaime, dándome la espalda, fumando un cigarro y mirando por la ventana.

Me agacho para recoger unos trozos de platos rotos, pero me detiene una frase suya:

—Si no has fregado los platos mientras estaba fuera, no quites los trozos ahora. Ya lo harás mañana. Ibas a fregar mañana, ¿no? —dice irónicamente.

No me atrevo a responder nada porque no entiendo todavía lo que está sucediendo.

Jaime sigue dándome la espalda, y se pone a gritar como un loco, apagando enérgicamente con el zapato el cigarro en el suelo.

—Si hubieses fregado los platos esta noche, nunca hubiese ocurrido esto, ¿me oyes?

La cocina apesta a alcohol. Jaime ha bebido, hasta el punto de perder la razón, y, al volver a casa, en un acto de locura, ha tirado todos los platos al suelo. Ahora está intentando provocarme, y me pongo a llorar, pero mi actitud, lejos de hacerle sentir algún tipo de remordimiento, le pone más furioso.

—¡Y no te pongas a llorar ahora!, se te hincha la cara y luego tienes un aspecto horroroso.

No puedo más. No aguanto este estado de locura y la angustia en la que me está haciendo caer. Salgo de la cocina y me voy al cuarto de baño, donde me encierro para llorar libremente. Con la cabeza sobre el lavabo, mojándome la cara con agua fría, le oigo dar un portazo y marcharse. Es mejor. Creo que si no, habría podido acabar muy mal.

7 de agosto de 1998

Cuando me voy a trabajar esta mañana, Jaime no ha vuelto a casa. Ha pasado toda la noche fuera y no ha dado señal de vida. En la oficina, me siento muy angustiada y llamo a Sonia.

—¡Hola, corazón! —le digo, y estallo en sollozos antes de escuchar su voz.

—Val, ¿qué te sucede?

Al principio, no puedo articular ni una palabra pero finalmente consigo, a duras penas, explicarle lo sucedido.

—Es Jaime.

—Te noto muy mal. ¿Qué ha pasado, cariño?

—Sonia, ¿qué hicisteis ayer? Jaime volvió completamente borracho y estaba como loco.

—¿Qué? No lo entiendo. Me llevó a casa, charlamos cinco minutos delante de mi puerta y se fue. Eso es todo lo que pasó. Parecía estar bien. Ayer bebimos todos pero no hasta el punto de estar en ese estado. Jaime habrá tenido que beber algo más para ponerse tan borracho. Cuando nos despedimos ayer, estaba encantador.

—Sí, lo sé, Sonia. Por eso no entiendo nada. Debió de pasar algo más porque se puso como una furia. Cuando volvió, no era la misma persona. Me asusté tanto. No sé qué hacer ahora. Tengo miedo. Es la segunda vez que se pone violento y…

—¿Te ha puesto la mano encima? —me pregunta, sin esperar el final de mi frase.

—No. Es una violencia verbal contra mí y contra todo lo que se le cruza por el camino. Ayer rompió toda la vajilla.

—No me lo puedo creer…

—Sí, y luego me dijo que si hubiese fregado los platos no habría pasado eso. Era como si quisiese castigarme por ello. Y después se fue. Desde entonces no sé nada de él.

Le he contado todo a Sonia, a pesar de mi orgullo, pensando que ella podría aclararme lo que le había podido pasar a Jaime. Pero al no darme ninguna explicación válida, me siento aún más confusa.

Paso todo el día con grandes dificultades para concentrarme y tengo miedo de volver a casa. Me marché sin recoger nada, y empiezo a plantearme la conveniencia de irme unos días a casa de Sonia para recapacitar. Esta relación con Jaime es cada vez más rara, y dudo que pueda ser feliz al lado de un hombre así. Algo le está pasando pero no sé el qué. Y él se niega a hablar conmigo.

Vuelvo a casa tarde, y cuando abro la puerta me doy cuenta de que Jaime ya ha regresado, porque la cerradura ya no tiene las dos vueltas que le he dado por la mañana. Me pongo a temblar pensando en lo que me está esperando.

La puerta de la cocina se encuentra justo a la izquierda de la de la entrada así que, cuando paso el umbral, veo que todo está recogido y limpio.

Jaime sale del salón con un ramo de rosas enormes en los brazos y al verle con cara de arrepentido, me tiro literalmente a su cuello llorando.

—¡Lo siento tanto! —me dice.

Y me tiende el ramo de rosas. Estoy llorando, por el estupor de seguir sin entender nada y por la felicidad de verle con remordimientos.

—Es igual, Jaime —le digo entre sollozos—. Supongo que tienes problemas y no quieres contármelos.

—Sí, es cierto que tengo problemas. Y no te los quería contar para no preocuparte. Pero veo que te estoy haciendo daño. Así que te lo voy a contar todo.

Me lleva de la mano al salón y nos sentamos el uno frente al otro, lo cual me parece un presagio de que algo grave está pasando.

—Hay cosas de las cuales uno no se enorgullece, por eso no las cuenta. Pensaba que lo podía arreglar solo, pero veo que me está afectando.

Y empieza a explicarme su situación económica, que le supone una lucha diaria. Me comenta que ha contraído deudas por culpa de Joaquín, su socio, quien pidió un préstamo al banco unos meses atrás por el cual Jaime le ha avalado. Pero Joaquín ha dejado de pagar al banco desde hace una temporada y le están reclamando a Jaime el dinero. Debe todavía unos cinco millones de pesetas y, aunque Jaime mueve gran cantidad de dinero cada mes, no ha podido reunir tal importe y están a punto de embargarle su chalé de Madrid.

—Me van a embargar lo que conseguí con tanto trabajo y sudor. Lo que pagué durante años y años y eso, ¡por culpa de mi socio!

No doy crédito a lo que me está contando. Pero, por otra parte, hay tanta sinceridad en él, y tanto dolor, que no cuestiono la verosimilitud de los hechos.

—¿Y por qué has avalado a Joaquín? —pregunto tímidamente.

—¿Cómo no iba a hacer eso por él? Aparte de ser socios, somos amigos, Val, ¿comprendes? Al menos, es lo que creía hasta ahora. ¿No harías tú lo mismo por Sonia? Jamás hubiese pensado que él iba a dejar de pagar y ponerme en esta situación.

—Sí, pero ¿por qué dejó de pagar al banco?

—Hace unos años que su matrimonio va mal. Bebe mucho desde hace unos cuantos meses y se gasta cada vez más dinero en mujeres. Hay días que llego a la oficina y me lo encuentro durmiendo sobre la alfombra de su despacho, sucio, borracho y sin dinero, tras haberlo gastado durante toda la noche en un club de ésos.

Ahora empiezo a comprender por qué Jaime se ha comportado así conmigo. Se debe sentir acorralado y los nervios le han hecho perder los papeles.

—Aquel domingo que volví de mal humor, ¿te acuerdas? —hago un gesto afirmativo con la cabeza, mientras cojo sus manos entre las mías—, fue porque los del banco me hablan estado buscado durante el tiempo que pasé en Málaga. El viernes tuve que ir a Madrid y me enteré de la situación real de la petición de embargo.

—¿Y no hay manera de parar ese proceso?

—Sí, claro.

—¿Cómo?

—Pagando.

Jaime está tan desesperado que se pone a llorar como un niño. Él, siempre tan apuesto y orgulloso, se ha derrumbado ahora como un chiquillo, con su cabeza entre mis manos, y yo no sé cómo consolarle.

—¿Y sabes qué es lo peor? —añade.

—No.

—Que lo estoy pagando contigo. ¡Me siento tan acorralado que se lo hago pagar a la persona que más quiero en este mundo!

Le acaricio las mejillas, intentando secar sus lágrimas. Me ha emocionado su comentario. Jaime prosigue:

—Trabajo como un loco para vivir bien, y para que a mi familia no le falte nunca de nada. Mis hijos tienen todo lo que quieren. Estoy echando una mano a mi ex mujer porque está muy enferma y lo pasa mal económicamente. ¡Y ahora, esto!

No hay quien pare sus lágrimas. Estoy conmocionada y me siento impotente, pero le agradezco que me haya contado toda la verdad.

—Tengo una semana para pagar y levantar el embargo. Si no, me quitan la casa.

Nos quedamos gran parte de la noche acurrucados en el sofá, debajo de una mantita que he colocado después de que le asaltasen unos escalofríos espeluznantes. Jaime parece extenuado y yo le estoy dando vueltas y vueltas al asunto. No puedo permitir que algo así le suceda a mi pareja. Si yo le quiero y estoy viviendo con él, tengo que compartir sus problemas. No concibo la felicidad sabiendo que Jaime lo

está pasando mal. Algo tengo que hacer. Dispongo de la cantidad de dinero que le hace falta. Decido sacar los cinco millones de pesetas de mi cuenta y dárselos para que pueda recuperar su casa de Madrid.

El embargo

12 de agosto de 1998

No le he dicho nada a Jaime, pero me he ido al banco a retirar el importe. Tenía miedo de llevar tanto dinero encima, así que lo he hecho en tres veces. El director del banco, con quien mantengo una muy buena relación, me ha convocado en su despacho para saber si estoy descontenta con los servicios de la entidad. Le sorprende mucho que retire todos mis ahorros. Le aseguro que no pasa nada y que no tengo nada que reprocharles. Al contrario. Y me invento una excusa diciendo que me ha surgido un imprevisto, el cual tengo que atender imperiosamente.

Esta tarde es miércoles y Jaime está más nervioso que de costumbre. El termómetro para medir su nerviosismo es la cantidad de tiempo que pasa encerrado en el baño por la mañana. Cuanto más nervioso más tiempo, quitándose las pieles muertas del tobillo y dejando el lavabo hecho un asco con restos de piel y polvos blancos.

Jaime tiene que salir al día siguiente por la noche hacia Madrid, para intentar negociar una última vez con el banco. Así me lo ha anunciado. Yo he pensado no decirle nada sobre mi decisión de echarle una mano hasta el último minuto.

Cuando llego a casa me lo encuentro preparando su maleta para viajar al día siguiente y pasar el fin de semana con sus hijos. Con tristeza en los ojos, me dice:

—Quizá sea el último que pueda pasar allí con ellos.

Se queda un rato en silencio y añade:

—¿Cómo les voy a explicar que su casa ya no es su casa?

—No tendrás que explicarles nada —le anuncio alegre—. ¡Toma!, esto es para ti.

Y le tiendo un sobre que recibe con mucha cautela, sorprendido. Cuando lo abre, no puede creer lo que está viendo.

—¿De dónde has sacado esto? —me pregunta suspicaz.

—De mi cuenta. Hay lo que necesitas.

—¿Estás loca o qué? ¿Cómo piensas que voy a aceptar este dinero? ¡Seguro que has pedido un préstamo al banco!

—No, no te preocupes. No he pedido ningún préstamo. Este dinero es mío.

Deja caer el sobre encima de la cama.

—No, no puedo aceptar. ¡Lo siento!

—¡Por favor, Jaime! ¡No seas tonto! Este dinero es mío, y soy tu pareja. Por lo tanto es de los dos. ¡Para eso sirve! Cógelo, ¡por favor! Paga al banco y recupera la casa.

La cara de alegría que pone Jaime en aquel momento no se puede pagar con ningún dinero del mundo. Está tan contento y me abraza con tal fuerza que está a punto de ahogarme.

—No sabes lo que significa esto para mí, mi amor. Me acabas de devolver la vida. ¡Gracias!, ¡mil gracias! No sé cómo agradecértelo, no sé cómo, la verdad.

—Pues, invitándome cuanto antes a esa fabulosa casa que tienes en Madrid.

Al pronunciar estas palabras, su mirada se pierde un instante en el vacío y, luego, me vuelve a mirar y a abrazar tiernamente.

—¡Claro que sí!

Esta noche, Jaime me hace el amor tiernamente. Pero no hay manera de que se aguante y acabamos antes de que yo pueda sentir un orgasmo.

Una suite para dos

7 de septiembre de 1998

Estoy lejos de imaginar que Jaime ha mirado en mis papeles y mis cosas personales y que sabe exactamente el dinero del cual dispongo. Nunca hemos hablado de dinero, para él es un tema tabú y, realmente, no hace falta. Yo no tengo nada que esconder pero tampoco he contado detalles de mi situación económica. Lo cierto es que, cuando pasó el famoso episodio del embargo, el dinero que necesitaba Jaime era justo el que yo disponía en mi cuenta. Jaime, en realidad, conoce hasta los dos dígitos detrás de la coma del importe que he ahorrado.

Se van calmando las cosas y él continúa viajando por trabajo o por motivos familiares. Yo ya no tengo ahorros, pero entre su trabajo y el mío vivimos bien. Además, Jaime cumple con los gastos y me está dando rigurosamente todos los meses el dinero del alquiler. Estamos viviendo una nueva luna de miel y este problema, al fin y al cabo, nos ha acercado más y ha hecho nuestro amor más fuerte. Al menos, es lo que yo pienso.

Hoy voy a Italia para asistir a una feria de moda muy famosa, donde tenemos que estar presentes mi empresa y yo. Sé que el viaje no le hace ninguna gracia a Jaime, sobre todo después de aquella discusión acerca de las supuestas malas intenciones de mi jefe. Pero me ha dejado ir. Hasta ahora, no le he dado ningún motivo para estar celoso. Veo a través de sus ojos y vivo única y exclusivamente por él. He dejado de lado mi escabrosa vida sexual y no tengo ya ningún contacto con amigos masculinos.

Cuando aterrizamos en Milán, un socio de Harry, mi jefe, viene a recogernos para conducirnos a nuestro hotel. Durante el trayecto nos anuncia que hay un pequeño problema de disponibilidad de habitaciones, ya que todos los hoteles de la ciudad están llenos y lo único que nos ha encontrado es una suite grandísima que tenemos que compartir. No me produce reparo compartir una habitación, siempre y cuando haya dos camas en cuartos diferentes. Y parece que es así pues, al llegar al hotel,

Harry y yo nos damos cuenta de que podemos compartirla sin tener que interferir en el espacio del otro, salvo para usar el baño. Es sólo una cuestión de organización.

Tengo clarísimo que no voy a decirle nada de esta pequeña anécdota a Jaime, porque sé que no lo va a entender. Pero le llamo igualmente para contarle que todo marcha bien.

—¿En qué hotel estás? —me pregunta de repente.

—En el Westin Palace. ¿Por qué?

—Para saberlo. Dame el teléfono y el número de habitación, que te llamo yo, porque te va a costar muy caro. Veo que tu jefe te está tratando como una reina. ¡Estáis en un hotel muy bonito! —me comenta.

Le digo inmediatamente a Harry que mi novio está a punto de llamar y que no coja el teléfono. No quiero tener que explicarle el porqué Harry está contestando en mi lugar. Afortunadamente es un jefe fantástico, que entiende muy bien estas cuestiones domésticas.

A los quince minutos, vuelve a llamar Jaime.

—¿Quién ha tenido la idea primero? —pregunta, sin venir a cuento.

—¿Cómo? —no entiendo nada, y empiezo a temerme lo peor.

—Te lo voy a preguntar de otra manera. ¿Quién ha follado a quién? —añade, con un aire irónico.

Me quedo muda.

—¿Piensas que soy tonto o qué? He hablado con el recepcionista y le he pedido que me pusiera con tu jefe. Da la casualidad que tiene el mismo número de habitación que tú. Luego, he vuelto a llamar y me han confirmado que compartís la misma habitación.

Mi corazón se pone a latir extremadamente fuerte. ¿Cómo le demuestro que no es lo que parece?

—Te lo puedo explicar Jaime. Es que…

—No quiero tus explicaciones. Quiero las suyas. ¡Pásamelo!

—¡No, Jaime! Prefiero que lo hablemos tú y yo. Él no tiene la culpa…

—¡Pásamelo!

Levanta tanto el tono de voz que Harry, que está a mi lado, entiende enseguida lo que está sucediendo y me pide con la mano que le pase el aparato.

Oigo gritar a Jaime por el auricular y no sé dónde meterme de tan avergonzada como me siento. Harry me mira, luego se concentra en la conversación y en todo lo

que le está diciendo Jaime y, de vez en cuando, le contesta con un sí. Es un jefe como pocos hay en este mundo: comprensivo, caballeroso… Me está demostrando que puede llegar a entenderlo todo y creo incluso que se está sintiendo peor que yo. Está escuchando todo lo que tiene que decirle Jaime, fumando plácidamente un Habanos y, cuando acaba la conversación, en la cual casi no ha participado, me tiende el teléfono. Jaime quiere darme instrucciones precisas.

—Tu querido jefe te va a enviar a otro hotel. Cuando te hayas trasladado, me llamas y me comunicas tu nuevo número de habitación y el teléfono. Si es un señor te encontrará un sitio, por muy llenos que estén los hoteles en Milán. Espero tu llamada.

Y cuelga. Unas lágrimas empiezan a caer sobre la moqueta de color púrpura, y me pongo a balbucir disculpas por el mal rato que le acabo de hacer pasar a Harry. Él no deja de masticar el extremo del puro, tras apagarlo me dice:

—No te preocupes. Ahora mismo arreglamos la situación.

Hace unas cuantas llamadas, y una hora después su socio me traslada a otro hotel, a quinientos metros del Westin. No llamo a Jaime enseguida, y cuando lo hago está furioso de impaciencia. Le doy los números del hotel y de la habitación y a los pocos minutos me devuelve la llamada.

—¿Qué le has dicho a Harry? —le pregunto rabiosa.

—Las cosas adecuadas para que se comporte de una vez como un señor. De todas formas, tendré que hablar cara a cara con él cuando volváis del viaje, para que no se le ocurra una vez más intentar cualquier cosa contigo.

Le escucho indignada, sin poder responderle y profundamente triste. Lo peor es que me siento culpable de la situación. Pasamos gran parte de la noche al teléfono, él filosofando sobre las cosas de la vida, del amor, y sobre lo mucho que me queda por aprender, y yo escuchándole sin decir nada. Cuando colgamos, no puedo conciliar el sueño. Me pongo a llorar por la humillación y por la vergüenza que siento hacia Harry. Lloro por no tener la fuerza de replicarle a Jaime.

11 de septiembre de 1998

Vuelvo a Barcelona sola, Harry ha cogido otro vuelo desde Milán para Inglaterra. Jaime ha venido a buscarme al aeropuerto con un ramo de flores y cuando me ve, me abraza fuertemente como si acabaran de soltarme después de un secuestro. Me dice lo mucho que me quiere y explica que, si ha actuado así, es evidentemente por mi bien. Durante una larga temporada, siento que no voy a ser capaz de mirar a Harry a los ojos, todavía avergonzada por este episodio.

Ha muerto mi padre

9 de diciembre de 1998

Creo que en algunos momentos de lucidez, Jaime se está dando cuenta de su comportamiento conmigo. Me propone que nos vayamos un fin de semana a Menorca, quizá porque quiere que le perdone por lo ocurrido. Un premio a mi paciencia, me merezco un descanso, son sus palabras. Me dice que se va a encargar de todo y que sacará él los billetes. Esta semana ha estado fuera, en el norte de España, y tenemos que salir hoy viernes, por la noche, para Mahón. La idea es que, en cuanto vuelva por la tarde, pasará a recogerme a casa, para irnos directamente al aeropuerto en coche.

Yo estoy esperando entusiasmada porque es la primera vez que paso con él un fin de semana fuera de la ciudad, y aguardo en el salón con mi maleta. Jaime me ha llamado anoche, diciéndome que llegará a Barcelona sobre las cinco de la tarde, y pidiéndome que esté lista ya que nuestro avión sale a las siete y media. No me ha dado detalles del hotel donde nos vamos a alojar. Es una sorpresa.

A las seis, todavía no sé nada de él. Le llamo al móvil y, como siempre, está apagado. Le dejo un mensaje, un poco angustiada, esperando que esté bloqueado en un atasco, lo que suele suceder muy a menudo siendo viernes. A las seis y media llamo al despacho, pero su secretaria tampoco ha recibido noticias suyas. Ya es tarde para coger el avión a la hora prevista pero yo estoy más bien preocupada por si ha tenido un accidente. Estoy pensando en lo peor. Jaime ha viajado con su socio y llamo a su móvil, pero está apagado también. No me da un infarto por poco, ya que me paso toda la noche llamando a todos los hospitales de Barcelona y de la provincia para saber si han ingresado a un tal señor Rijas. Cada vez, resoplo de alivio cuando la enfermera de turno me dice «no». Pero estoy también más confusa sobre lo que ha podido pasar.

Esta noche me quedo dormida en el salón, y, por la mañana, el timbre del teléfono,

que he puesto a todo volumen, me despierta enseguida. Es Jaime.

—Mi padre murió de un infarto ayer por la tarde —me anuncia con voz grave y visiblemente afectado.

Me derrumbo al oír la noticia.

—¡Dios mío! ¿Dónde estás?

—En el tanatorio, con mi madre. Voy a estar un tiempo con ella. Siento haberte dejado tirada pero…

—No, no te preocupes. ¿Puedo hacer algo por ti, Jaime? ¿Quieres que vaya? ¿En qué tanatorio estás?

—No. Mejor que no. Esto es un drama, no sé cómo voy a poder superarlo. Déjame un poco de tiempo para estar con mi madre, y luego para estar solo. Estoy muy mal.

Le repito que lo siento y que voy a esperarle aquí, en casa, el tiempo que haga falta. Si estar solo es lo que quiere y necesita, respetaré su decisión.

15 de diciembre de 1998

Cada día voy como un robot a trabajar. No consigo concentrarme para nada en lo que estoy haciendo y mi jefe me pregunta qué me sucede. Le hablo vagamente de la muerte de un familiar mío, pero sin entrar en detalles y, viendo mi malestar, Harry tiene la deferencia de darme unos días aparte de los que me corresponden para Navidad.

No sé cuántos días estará Jaime ausente. Pero una cosa está clara: le echo mucho de menos y lamento sinceramente todo lo que le está ocurriendo. Voy a esperarle y confío en que me dará noticias antes de Navidad. Se supone que estaremos juntos ya que sus hijos la van a celebrar con su madre. Pero no tengo ninguna novedad de él por el momento.

Semana del 24 de diciembre de 1998 al 31 de diciembre de 1998

Son las peores Navidades de mi vida. Sola, en casa, con el teléfono que me sigue a todas partes, esperando en vano que Jaime me dé la sorpresa de aparecer en el último minuto. Pero no pasa nada de eso. Confieso que tengo mucho tiempo para pensar y, en algún momento, he llegado a creer que todos esos dramas son demasiado raros para ser verdaderos. Pero luego, me siento culpable de poner en entredicho un tema tan grave como la muerte de una persona querida.

2 de enero de 1999

Para Año Nuevo, Sonia ha intentado hacerme salir de casa, invitándome a una fiesta que organizó un ex suyo. Pero he rechazado la propuesta. Ha vuelto a llamarme para saber de mí y verme pero, al oír mi tono de voz, ha desistido en convencerme para que vaya a visitarla.

Jaime acaba de aparecer, tres semanas después del drama. Ha perdido cinco kilos al menos, que dan a su rostro un aspecto de cadáver andante. Sus largos dedos finos, sin embargo, están hinchados y tiene hasta dificultad para cerrar las manos. En el andar, no le he reconocido. Está cojeando más que nunca y apenas me ha dirigido la palabra. Yo no me atrevo a hablarle. Comprendo que está de luto y tengo que respetarlo. Sin embargo, me muero de ganas por estrecharle, darle besitos y reconfortarle, pero al final, él se está convirtiendo —queriendo o sin querer, no lo sé— en un mueble más de la casa. Su locura ya está alcanzando niveles jamás sospechados. Creo que es el dolor lo que le pone así. Este acontecimiento está precipitando aún más las cosas y empiezo seriamente a sospechar que el hombre del cual me enamoré no tiene nada que ver con quien es en realidad.

Jaime está empezando a pasar las noches fuera. Al principio, lo achaco al dolor por la pérdida de su padre y no me atrevo a decirle nada. Pero cuando se le ocurre volver en plena noche, lo hace siempre totalmente ebrio, buscando pelearse sin cesar conmigo. Así que la mayoría de las veces, al final, finjo estar durmiendo, y él se encierra en el baño, como de costumbre, desde donde oigo al escalpelo funcionar a pleno rendimiento. Me escondo entre las sábanas, muerta de miedo y con escalofríos.

Cuando se queda en casa de noche, es Joaquín, su socio, quien aparece sin avisar, y ambos se encierran en el despacho de Jaime. Joaquín siempre llega medio borracho y acaban peleándose porque, según una conversación que he escuchado entre los dos, viene a pedirle dinero para gastárselo en prostitutas de clubes o con los travestis de la Ciutadella.

Obsesiones alrededor del tiempo

3 de enero de 1999

Esta noche Jaime ha recibido una llamada que me ha despertado, y le he visto salir apresurado sin decirme nada. La única explicación que me ha dado al volver es que su ex mujer ha estado muy mal y su hijo le ha llamado, requiriendo su presencia.

Es el segundo mes que Jaime se olvida de darme el dinero del alquiler, que yo voy pagando igualmente de manera rigurosa. Se lo he recordado y me ha pedido que espere un poco, pero sé que ha dejado definitivamente de hacerse cargo de ello. Me da la impresión de que está cayendo en una profunda depresión, de la cual aparentemente no quiere hablar.

4 de enero de 1999

Ya casi no tenemos relaciones sexuales, salvo hoy. Jaime ha contratado los servicios de una prostituta que ha metido en nuestra casa, sin mi permiso.

Cuando vuelvo del trabajo, está charlando tranquilamente con una mujer, de aspecto dudoso, en el salón. Entiendo enseguida de qué va el asunto.

—Es un regalo para ti, cariño. Como últimamente te hago poco caso…

Su frase tiene una mezcla de ironía y destellos de ternura y, para ver si esto le devuelve el deseo que parece haber perdido, accedo a que esa mujer se quede una hora.

Ha sido un desastre por mi parte. He estado cortada, mientras Jaime se ha sentido como un pez en el agua. Sin embargo, después de que la prostituta se fuese tras haberla pagado yo, se ha excitado y ha comenzado a tocarme.

—Y de paso, ¡a ver si te hago un hijo! —exclama, mientras se encierra en el baño para tomar una ducha.

5 de enero de 1999

Jaime me está preocupando. Sus manías son cada día más extrañas. Siempre le han gustado las agendas pero nunca habla sospechado hasta qué punto. Va comprando agendas de todo tipo, de piel o simplemente de papel acartonado, y cuando ya ha llenado su última adquisición con todos sus números personales de teléfono escritos con su mejor letra, la cambia por otra y traspasa toda la información. ¡Qué pérdida de tiempo! Además, no tiene ningún sentido. Aun así, trato de justificarlo diciéndome que mejor que una persona tenga un hobby, a que no le interese nada. Al menos, es una manera de conservar su salud mental en buen estado. Hay gente que colecciona sellos, pues Jaime colecciona agendas.

Hoy le he comprado una, para hacerme perdonar que me voy otra vez de viaje. Es de piel marrón clara, con anillas, muy moderna y he colocado cuidadosamente una foto mía para que se sienta bien cada vez que la abre.

La agenda parece haberle gustado y la va paseando aquí y allá.

6 de enero de 1999

Hoy he encontrado la agenda de piel en la bolsa de la basura cuando iba a bajarla al contenedor. Jaime la ha abierto cuando ya estaba precintada y ha tirado la agenda, para que no me dé cuenta. He sentido un pequeño pinchazo en el corazón, la he cogido y la he abierto. Están todos sus números personales de teléfono, pero hay un error en uno de ellos. Lo ha tachado y parece que le ha dejado de gustar la agenda. Mi único consuelo es que mi foto no está. Al menos la ha conservado, seguramente en su monedero. ¡Cómo le quiero!

Los relojes son también su pasión. El otro día compró unas cajitas monísimas de madera que apiló en su armario; dentro de ellas, guarda todos los relojes que ha ido acumulando con el paso de los años. Hoy los he contado. Hay más de doscientos. Me encanta comprobar lo organizado que es.

Empiezo a sentirme muy mal, tanto psicológica como físicamente, ya que estoy con náuseas todo el día. En la oficina no han notado nada, porque tengo la cara radiante. Creo que estas náuseas están provocadas por el malestar que hay en casa, porque Jaime no acaba de reponerse del todo de la muerte de su padre.

7 de enero de 1999

Me siento fatal. Hoy he hecho venir a un fontanero porque el baño estaba estropeado. Ya llevaba unos días funcionando mal, y el agua iba llenando el váter hasta amenazar con desbordarlo. La conclusión del fontanero ha sido que algo está obstruyendo el inodoro. Después de desmontar piezas durante una hora, he encontrado los trozos de la foto que le habla colocado en la agenda flotando en la superficie.

Quiero investigar sobre Jaime. He vuelto a hurgar en sus cosas, no sin sentimiento de culpabilidad. Pero he de encontrar una pista que me haga entender lo que le está sucediendo.

He encontrado avisos de devolución de cheques, que Jaime habla emitido para pagar a las tiendas de muebles cuando nos mudamos. También hay facturas de teléfono que él va pagando, colocadas en un archivo que ha escondido cuidadosamente entre los demás de la oficina. Los importes son tan elevados, que no ha podido pagar las últimas y las cartas de reclamación se han ido acumulando. Todos los números aparecen detallados, en particular uno, de Madrid, que se repite todos los días a cualquier hora pero, casualmente, no aparece los fines de semana cuando se supone que él está allí.

He decidido llamar a ese número. Quiero aclarar, una vez por todas, lo que está sucediendo. Sé que no está bien lo que voy a hacer, pero siento que debo hacerlo.

Me ha contestado la voz dulce de una mujer joven y, sin cortarme, le he preguntado si puedo hablar con Jaime Rijas.

—No está durante la semana, pero vendrá el viernes. ¿De parte de quién?

—De su mujer —contesto sin pensarlo.

La mujer, al otro lado del teléfono, se ha quedado en silencio. Pero luego me comenta:

—Mire, no sé quién es usted. Pero yo soy Carolina, su novia.

Acaba de pronunciar estas palabras con toda la tranquilidad del mundo y me sorprende un poco. Creo que debe pensar que le están gastando una broma. O quizá, también sospecha, como yo, que Jaime está llevando una doble vida y no se ha sorprendido demasiado por lo que le he dicho. Carolina y yo congeniamos desde el primer momento. Parece una persona inteligente que nunca manifiesta los típicos rencores de las mujeres que comparten a un mismo hombre.

—Carolina, lo siento. Me llamo Val y soy la novia que Jaime tiene en Barcelona. Vivimos juntos desde hace unos cuantos meses.

Suena a chiste y tengo miedo de que Carolina no me tome en serio.

De repente, me estoy sintiendo muy mal, todo está dando vueltas en mi cabeza y creo que me voy a desmayar. Son estas malditas náuseas, que vuelven a manifestarse, y tengo que colgar el teléfono y echarme un momento.

Ha pasado una hora y ya me siento mucho mejor. Vuelvo a llamar a Carolina.

—Disculpe. Me encontraba muy mal y tuve que colgar. Siento entrar así en su vida. No pretendo nada, pero Jaime está tan raro que quería saber lo que pasaba. Ahora comprendo. Lo siento.

Carolina no parece estar enfadada conmigo e intenta tranquilizarme.

—No te preocupes —dice tuteándome—. Jaime es una persona que siempre ha tenido muchos problemas. Pero no pensaba que iba a hacer esto, la verdad.

Su serenidad al otro lado del aparato me está asombrando Carolina prosigue:

—Jaime y yo estamos juntos sólo los fines de semana, porque tiene sus negocios en Barcelona. No sabía que vivía con otra persona.

Le doy mi teléfono y nos despedimos. Ella me ha rogado que no le diga nada a Jaime y decidimos «vengarnos» a nuestra manera, provocando un encuentro los tres, sin que él se entere. Carolina me ha comentado que Jaime tiene intención de pasar San Valentín en Madrid, ¿cómo me puede hacer eso? Y si yo quiero, puedo ir y aprovechar para ver con mis propios ojos lo que él siempre me ha escondido.

Debo decir que Carolina siempre ha sido muy cortés conmigo No nos hemos peleado ni ella me ha reprochado nada. Al fin y al cabo, estamos las dos «en el mismo saco». El único culpable de esta situación es Jaime, y nosotras somos simplemente dos pobres victimas, enamoradas hasta los huesos del mismo hombre, intento esconder mi descubrimiento, no sin dificultad, hasta la fecha acordada con Carolina.

Mientras tanto, mis náuseas se van acentuando cada vez más por las mañanas, y empiezo a temerme lo peor.

El contrato

8 de enero de 1999

Jaime me está torturando cada vez más. Quizá se huela algo. Esta noche, tiene una cena de trabajo con su socio y un cliente potencial, y ha insistido en que le acompañe y en que me ponga muy sexy.

—¿Para una cena de trabajo?

—Sí. Es un cliente muy especial y pido tu colaboración, por una vez.

—¿En qué sentido?

—Que seas amable con él, ¿vale? ¿Es mucho pedir que me hagas ese favor?

Otra vez se está poniendo furioso y decido ir a la cena para evitar un enfrentamiento con él. En el coche, de camino, me va dando explicaciones sobre el cliente.

—Hace mucho tiempo que voy detrás de él y siempre me ha cerrado las puertas. Aceptar una cena con nosotros significa que hay posibilidades de firmar un contrato.

Jaime y Joaquín se han citado antes en un bar para ponerse de acuerdo en lo que tienen que decir, y en cómo orientar la cena para convencer al cliente de que firme un contrato de tres millones de pesetas.

El bar es un sitio muy exclusivo y pequeño que tiene una entrada similar a la de un barco. Al abrir la puerta, unas estrechas escaleras se adentran hacia un local pequeño donde una barra de bar de caoba llena más de la mitad del espacio. Muchas personas se han citado antes que nosotros y hay muy poco sitio. No me siento a gusto aquí y creo que mi malestar se nota, porque Jaime me pide que sonría en varias ocasiones.

Joaquín ya se encuentra en un rincón de la barra, charlando acaloradamente con dos señoritas de aspecto demasiado llamativo. Al aparecer Jaime, las dos mujeres le saludan de una forma muy familiar, como si le conocieran de toda la vida y luego, me miran con desdén y deciden serme totalmente indiferentes, como si no existiera. Me he colocado detrás de Jaime, por falta de sitio primero y también por timidez ante esas

mujeres. De esta forma, no participaré en la conversación. Me percato de las miradas y sonrisas cómplices que Joaquín le está echando a Jaime. Parecen estar diciéndose algo que sólo ellos pueden entender. No comprendo la actitud de Jaime, sobre todo después de confiarme que Joaquín se ha aprovechado del aval bancario que le firmó. Este hecho no parece haber enturbiado su relación con él. Joaquín no me gusta. Nunca me ha resultado simpático, ni siquiera el primer día que le vi. Es un hombre alto, de pelo totalmente canoso, que lleva siempre corbatas de colorines y unas gafas grandes de pasta marrón al estilo Onassis. ¡Lúgubre! Su olor a pipa se percibe a un kilómetro de distancia, la tenga encendida entre los labios o no. Joaquín pertenece a la alta burguesía catalana decadente, y vive en las afueras de Barcelona en una mansión preciosa que es de su esposa. Lleva unos meses viviendo de noche y hoy está coqueteando descaradamente con las dos mujeres de la barra. Se va volviendo de repente hacia mí y, al ver mi cara de mal humor, me suelta:

—Eres demasiado joven para entender ciertas cosas. Todavía tienes mucho que aprender.

No vale la pena contestarle. Pero empiezo a sentir un odio terrible hacia Jaime por no defenderme y ponerle en su sitio.

Después de la copa, nos encaminamos hacia el restaurante, donde ya nos está esperando el cliente. Jaime me coge aparte y me dice:

—Joaquín ya está borracho. Así que no tiene que hablar demasiado. El trato con el cliente lo haremos tú y yo, ¿de acuerdo?

—¿Yo?

—Sí. Me vas a ayudar. Eres más inteligente de lo que te imaginas, ya verás.

¿Qué quiere decir con eso? El cliente está aguardando en una mesa para cuatro personas apartada en un rincón, mientras fuma un cigarrillo. Nos saludamos y Jaime me presenta como una colaboradora de su despacho. No quiero rectificar, porque me imagino que forma parte de alguna estrategia de Jaime para no mezclar los negocios con la intimidad. Jaime me insta a sentarme al lado del cliente.

La cena se desarrolla con grandes discusiones en las que no me atrevo a participar y el cliente, un hombre pequeño y baboso, no para de beber y de mirarme las piernas. Empiezo a sentirme ofendida, porque Jaime ha notado lo que está sucediendo, pero no hace nada al respecto. Siempre ha sido celoso, pero ahora no abre la boca porque está en juego un contrato de tres millones.

Después del postre, el cliente se pone a acariciarme las piernas debajo de la mesa,

mientras sigue hablando con Jaime. Yo estoy petrificada y observo que Joaquín, ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor, está sólo concentrado en encender su pipa. No me puedo creer lo que está pasando cuando Jaime me mira y hace pequeños gestos de aprobación con la cabeza. Inconscientemente, voy apretando todos mis músculos, y cuando el cliente se pone a deslizar una mano en el interior de mi muslo, me levanto de un golpe y tiro la servilleta violentamente encima de la mesa. No puedo contenerme más al ver que Jaime no piensa reaccionar.

—¿Sólo valgo tres millones de pesetas a tus ojos? —le lanzo mientras todo el mundo en el restaurante se está fijando en mí.

Jaime adopta un aire de sorpresa.

—¿Qué te pasa?

—¿No piensas hacer nada para que este grosero me quite sus manos de encima?

Jaime se pone a mirar al cliente, que ha parado de mover las manos.

—¡Compórtate! —me contesta, dejándome totalmente decepcionada.

Joaquín da plácidas caladas a su pipa con un ademán burlón.

—¿Qué? —insisto.

—¡Te he dicho que te comportes! —me ordena Jaime—. ¡Lo estás echando todo a perder!

No sé lo que más me duele: si la grosería del cliente o la actitud de Jaime. Indignada, abandono la mesa, pido mi abrigo al camarero y salgo del restaurante corriendo. Jaime estaba dispuesto a compartirme esa noche con un desconocido. Me dan ganas de vomitar.

Vuelvo a casa llorando. Cuando Jaime aparece sobre las cinco de la mañana, tranquilo, como si no hubiese pasado nada, ya tengo más que claro que no me quiere y que nunca, de hecho, me ha querido.

Antes de acostarse a mi lado, mientras estoy fingiendo dormir, dice en un murmullo:

—Eres todavía muy joven. Tienes mucho que aprender.

Siento verdadero asco de que esté acostado a mi lado. No voy a poder soportar esta situación más tiempo.

Lo peor está por llegar

9 de enero de 1999

La farmacia está repleta de gente, y me he sentado en una silla que han colocado al lado del mostrador. Tengo una semana de retraso y antes de hacer el test ya sé que estoy embarazada, pero he intentado convencerme de que no es así. Lo noto por los pequeños latidos de un corazón a la altura de mi ovario derecho, y, pese a las protestas de Sonia, que dice que es imposible sentir eso antes de unos meses, yo ya sé que hay algo que está creciendo en mí. No le he comentado nada a Jaime, tengo miedo de su reacción aunque es obvio que podía suceder ya que llevamos un tiempo sin tomar medidas. Es más, un día me dijo que le encantaría ser padre de nuevo ahora que está en la madurez, y que debía ser en este momento o nunca ya que, dada su edad, no quiere ser padre-abuelo. Desde luego, ha dado en el blanco. El Predictor no ha necesitado esperar ni el tiempo indicado para cambiar de color. En el mismo instante en que sumergí el bastoncito en la orina, ya marcaba positivo. Estoy «embarazadísima».

Se lo anuncio por la noche y él se me queda mirando como si hubiese visto a un fantasma. Espero cualquier reacción: alegría o rabia, pero nunca imaginé que me diría: «¡Es imposible!».

—¿Cómo que es imposible? Aquí tienes la prueba del test.

Le doy el Predictor, que he guardado en su embalaje de aluminio.

—¡Te repito que es imposible! —me dice, sin hacer caso de la evidencia. Su voz tiene un aire burlón que me da escalofríos—. No dudo de que estés embarazada. De lo que dudo es de que sea mío.

No salto sobre él por poco. Además, seguramente está esperando ese tipo de reacción. Me quedo sentada tranquilamente, con el corazón a punto de salirse de mi pecho.

—Jaime, ¿cómo me puedes decir eso? El único con quien me he acostado desde

que te conozco eres tú.

—Lo dudo —se ha puesto muy serio y ya empieza a enfadarse.

—Pero ¿cómo me puedes decir eso?

—Sencillamente, porque soy estéril.

En muchas ocasiones lo he pasado muy mal con Jaime. A veces le he odiado con toda mi alma, he sentido rabia, impotencia, pero hoy, se me está derrumbando el mundo encima. Sólo puede tratarse de una gran farsa. No veo otra explicación. Me voy corriendo al baño a vomitar y me quedo allí, la cara en el váter, intentando aclarar mis ideas, cuando de repente aparece por detrás y sigue con su discurso.

—Soy estéril desde hace muchos años. He tenido la gran suerte de poder concebir a dos hijos, pero nunca más podré tener uno. Así que ¡quítate la máscara y confiesa que te has acostado con otro!

Soy incapaz de contestarle. Se acaba de convertir en un monstruo ante mis ojos y no quiero ni dirigirle la palabra.

—No me extrañaría que te acostaras con tu jefe, y que ahora quisieras que yo cargara con el muerto.

Cada palabra que pronuncia es como un golpe en plena mandíbula. Vuelvo a vomitar.

—Y tampoco me extrañaría que lo hicieras con mi socio. Claro, ya entiendo por qué Joaquín viene cada vez más a menudo a casa. ¡No debí confiar en ti!

Quiero protestar pero mi disgusto es tal que me pongo a gritar.

—Eres una histérica. ¡Mírate! ¡Además, yo qué sé lo que haces cuando estoy en Madrid los fines de semana!

Podría hablarle de Carolina y decirle que he descubierto su doble juego, pero no puedo articular ninguna palabra. Me he vuelto completamente muda, y eso le está animando a ser más cruel.

—¡Quien calla otorga! ¡Me das asco!

Todavía con estas palabras en la boca, se va de casa.

Mi regalo de San Valentín

14 de febrero de 1999

He abortado, sola, en silencio, a pesar de que un bebé es lo que más quiero tener en el mundo. El día en que le anuncié a Jaime mi estado, después de que se fuese de casa, encontré entre sus papeles un informe psiquiátrico con una serie de preguntas a las que Jaime había contestado. En una de sus respuestas decía que lo que más feliz le haría sería vivir toda la semana con Carolina, pero que ella ya no le soporta y que él ha vuelto a caer en la cocaína. Hay otras respuestas que prefiero olvidar por lo duras que son. Sin embargo, me llamó la atención lo que pensaba sobre las mujeres: dice que las odia a todas salvo a su madre. La conclusión del psiquiatra es que Jaime es esquizofrénico, que padece un síndrome de bipolaridad por tener las neuronas podridas de tanto consumir cocaína. Necesitaría un tratamiento en un centro durante una temporada.

No puedo admitir dar a luz a un niño concebido en un ambiente de locura, con un padre completamente loco y drogadicto. Temo que el niño resulte perjudicado por todo eso y me aterra tener que seguir en contacto con un loco furioso, que podría llegar a hacernos daño al niño o a mí.

Anteayer, Jaime me llamó amenazándome con que si no abortaba, haría todo lo posible para «joderme» la vida. Le creo. Es capaz de cualquier cosa con tal de sobrevivir.

Hoy cojo el puente aéreo para conocer a Carolina. Ya le he contado lo del bebé por teléfono y se ha sentido muy mal, pues Jaime le hizo lo mismo a ella. De eso hace unos cuantos años. No es estéril. Se ha inventado esa barbaridad para disuadir a cualquiera que pretenda hacerle chantaje emocional con una criatura. Desde luego, ése no es mi caso. Lo único que deseo es deshacerme de esta cruz que llevo, de este amor que siento por él, y empezar una nueva vida. Para ello, tengo que exorcizarlo hablando con la persona que mejor le conoce y con quien comparte su vida.

Carolina me ha citado en un bar, a solas, y estoy nerviosa por verle la cara. Nos reconocemos desde el primer momento, por instinto; la desgracia se reconoce enseguida en los rostros, y, durante los primeros minutos, me siento muy incómoda. Carolina es mucho mayor que yo, e increíblemente guapa y dulce. Me siento halagada de que Jaime le haya puesto los cuernos conmigo pero, luego, me quito esa gilipollez de la cabeza y me voy centrando en la triste realidad: él me ha manipulado y nunca me ha querido.

Carolina y yo necesitamos una copa de algo fuerte para poder decirnos todo lo que sabemos sobre Jaime. Yo le comento vagamente cómo nos conocimos, los problemas a los que nos enfrentamos con el embargo de su casa, la muerte de su padre y sus borracheras nocturnas y desapariciones repentinas.

Carolina me está escuchando con mucha atención, y abre sus grandísimos ojos negros cada vez que se reconoce en mi historia.

—La única vez que oí hablar de ti fue cuando Jaime me explicó que había contratado a una chica francesa —me dice cuando se asegura de que yo he acabado de contarlo todo.

—Jamás he trabajado con él. Nunca quise.

—El entierro de su padre nunca existió. Él no ha muerto, sino que malvive en una choza sin electricidad. Jaime proviene de una familia muy pobre, y no se habla con su padre desde hace años. Cuando lo conocí, también utilizó la treta del entierro, hasta que descubrí la verdad. Seguramente necesitaba una coartada para desaparecer unos días con una chica y me contó esa mentira horrible. Jaime es un mentiroso compulsivo. Antes de Navidades, estábamos de viaje en Canarias. Por eso se inventó la muerte de su padre. ¡Lo siento!

Las palabras resuenan en mi cabeza como un eco.

—En cuanto al chalé, no es suyo. Mi marido lo compró cuando nos casamos. Cuando murió, heredé esa casa. Jaime se vino a vivir conmigo allí. Pero el chalé es mío y nunca ha habido ningún embargo sobre él. En eso también te ha mentido.

No puedo creerme que haya caído tan bajo.

—¿Y sus hijos? Me dijo que pasaba todos los fines de semana con sus hijos, aquí.

—Sus hijos no quieren ni verle. Hace meses que apenas se hablan, sólo lo justo y necesario.

—Y entonces, los cinco millones de pesetas que le dejé. ¿Para qué eran?

Carolina pone cara de no saber nada del asunto.

—¡Le dejé cinco millones para evitar el supuesto embargo de la casa! —grito.

—Me parece que lo único que pretendía era sacarte dinero.

Además de mentiroso, descubro que es un estafador.

—Jaime siempre ha tenido problemas de dinero. Se lo gasta sin mirar. Lleva una vida de príncipe. Yo le estuve manteniendo durante muchos años, hasta que me cansé. Hace dos años que ya no le ayudo. Desde entonces, le empezaron a caer demandas encima, de sus colaboradores, de mucha gente. Yo no quiero saber nada. Me imagino que ahora necesitaba que alguien le proveyera de fondos. Pasó lo mismo con su ex mujer. Al final, se cansó y lo echó de casa. Ella pretende vivir tranquilamente sin ese impresentable. Siento contarte las cosas así, pero es lo único que se me ocurre decir.

—Su ex mujer está muy enferma, ¿verdad?

—Para nada. Carmen está perfecta de salud. Ya veo que también te ha hecho creer que tenía un cáncer, ¿verdad? Pues no. Está muy bien y lo único que quiere es borrar de su memoria los años vividos con ese señor. Yo también estoy intentando hacerlo, pero continúo muy enamorada de él y no lo consigo.

Quiero morirme aquí mismo. Soy una cornuda, engañada, arruinada, destrozada física y psicológicamente. Y tengo enfrente a una mujer en las mismas condiciones, pero que le ha perdonado casi todas las humillaciones. Carolina me dice que ha quedado con Jaime en el bar de enfrente y que tiene que marcharse porque puede llegar de un momento a otro. En aquel momento, suena mi móvil. Es Jaime.

—A pesar de no estar a tu lado, te quiero desear un feliz día de San Valentín —me dice.

¿Cómo se puede ser tan cínico? Tengo que aguantarme para no desvelarle dónde me encuentro.

—¿Dónde estás? —le pregunto destrozada.

—Este fin de semana estoy con mi madre, en Barcelona.

No le digo dónde estoy yo. Él no sospecha para nada que me pueda encontrar en Madrid con Carolina. Nos despedimos y Carolina me comenta:

—¿Ves cómo miente? Está de camino hacia el bar.

Su móvil se pone ahora a vibrar. Me mira sorprendida, y comprendemos que es Jaime nuevamente.

—De acuerdo —dice ella—. Te espero en diez minutos.

Y cuelga. Le acaba de decir que está saliendo del metro, a punto de llegar a su cita. Nos volvemos a mirar, sin poder creernos que un hombre pueda tener tanta cara.

No sé de dónde saco las fuerzas para aparecer veinte minutos más tarde en el bar. Estoy dividida entre las ganas de irme corriendo, o quedarme y explicarle que ya he descubierto qué tipo de persona es en realidad. Por otra parte, sigo enamorada de él, pero le quiero dar una lección por todo el mal que me ha hecho, y que le está haciendo a Carolina.

Aparezco como una muerta viviente, y Jaime está tan sorprendido de verme allí que necesita unos minutos para reaccionar. Yo me siento fatal, con la extraña sensación de entrar sin permiso en la intimidad de una pareja desconocida. Carolina me acerca una silla y, acto seguido, le pregunta a Jaime si sabe quién soy yo. Él no puede ni contestar. Se ha puesto verde, por primera vez en la vida le han «ganado», quitándole la máscara. Intenta levantarse en varias ocasiones, como para escapar de ese triángulo, pero yo le obligo a sentarse tirándole fuertemente de la manga. La gente del bar está observando, entre el estupor y la diversión, el culebrón que estamos protagonizando, pero nadie se atreve a intervenir. Al final, Jaime consigue irse corriendo, y Carolina me propone que vaya a su casa, que se encuentra en una famosa urbanización residencial a unos veinte kilómetros de Madrid. Quiere enseñarme dónde vive y me propone incluso pasar la noche en su casa, ya que Jaime no va a atreverse a volver.

Acepto su invitación, a pesar de sentirme como una intrusa, pensando que seguramente Carolina me necesita para no sentirse sola. Parece que se ha establecido una especie de complicidad involuntaria. Le debo al menos eso, gratitud por su comportamiento conmigo.

En casa, las dos nos hemos emborrachado con ginebra, y Carolina decide enseñarme su dormitorio.

Quizá acepto quedarme a dormir allí para familiarizarme con el entorno de Jaime, para entenderle mejor. Pero ¿qué hay que entender en realidad? No lo sé. La casa está llena de fotos de ella y Jaime.

—Recuerdos de momentos felices pasados juntos —me dice nostálgica—. Desde luego, hace muchos años que no he vuelto a sentirme feliz con él. No consigo deshacerme de Jaime. Por teléfono, logro decirle que no quiero saber nada, pero cuando reaparece vuelvo a caer. Eso no es vida. Al menos, no es la vida que yo quería, ni para mí ni para mis hijos.

En un momento de la noche, mientras seguimos bebiendo para soportar el dolor de un amor entregado a un ser malsano, Jaime vuelve a llamar al móvil de Carolina.

Quiere pedirle perdón. Pero no sabe que estamos las dos en su casa. Ella le comenta tan sólo que quiere que se vaya de su casa definitivamente, pero Jaime le está suplicando que no haga eso, que no le abandone, ya que nunca me ha querido. Que lo mío ha sido un error. A los diez minutos, me llama a mí diciendo lo mismo, que nunca ha querido a Carolina, que es una pobre viuda sola en el mundo con sus hijos, por quien siente lástima y que quiere volver conmigo. Me pide disculpas por todo el daño que me ha hecho. Yo no escucho la mitad de sus disculpas y prefiero colgarle. Carolina y yo estamos borrachas pero no menos indignadas por lo que acaba de hacer. ¿Hasta dónde es capaz de llegar?

—Tengo una idea —me dice de repente con malicia en los ojos, cuando estoy a punto de caer en un coma etílico—. Tocar las cosas de Jaime es lo peor que le puedes hacer. Ya verás…

Me lleva a su cuarto, donde Jaime ha dejado todas sus cosas. En su armario encuentro, sorprendida, las mismas cajitas de madera que tiene en nuestro piso de Barcelona para poner sus relojes. Ha recreado en nuestra casa el mismo ambiente que el que tiene en Madrid. Con rabia, sacamos toda su ropa y, usando unas tijeras, Carolina se pone a cortar todos los trajes en trocitos. Yo hago lo mismo con sus corbatas de seda, las cuales ha colocado cuidadosamente sobre varias perchas y, luego, metemos todos los trocitos en una bolsa de plástico. Carolina saca una maleta dentro de la cual pone las bolsas de plástico y coloca una etiqueta adhesiva donde escribe las señas de Jaime. Nos acabamos de convertir en dos cómplices de un acto de vandalismo sin quererlo. Llama a un hotel para reservar una habitación a nombre de Rijas, y le explica al recepcionista que le van a llevar una maleta con sus efectos personales que le tienen que entregar en cuanto llegue. Cogemos el coche y nos vamos directamente al hotel para dejar la maleta. Luego, Carolina le manda un mensaje para darle la dirección del hotel donde ha dejado todo lo suyo. Jaime no le contesta, no se atreve. Este momento no se me olvidará nunca en la vida. A causa de la tensión que llevamos padeciendo desde hace veinticuatro horas, Carolina y yo nos ponemos a reír a carcajadas al imaginarnos la cara que Jaime pondrá cuando vea lo que acabamos de hacer con su ropa.

Un final infeliz

15 de febrero de 1999

Me despido de Carolina, pidiéndole disculpas por haberme entrometido en su vida. Lo único que he pretendido ha sido entender a ese hombre para deshacer el hechizo amoroso que me ha lanzado. No quiero de ninguna manera hacerle daño a ella, que se ha convertido en la esclava de un monstruo que tan sólo siente egoísmo y rabia hacia el género femenino.

Supongo que, con el tiempo, Carolina me odiará por haber hecho eso.

3 de marzo de 1999

Tengo que deshacerme del piso porque no puedo seguir pagando un alquiler y unos gastos tan elevados, aparte de que ya no puedo seguir viviendo aquí. Cada habitación me recuerda a Jaime y, sobre todo, sus crisis de locura. Me decido a escribir una carta a la agencia inmobiliaria para decirles que les vamos a entregar el piso debido a nuestra separación. Según el contrato, yo tengo que indemnizarles porque no ha pasado ni un año desde que he firmado. Y la única responsable soy yo, la arrendataria. Me está costando unos esfuerzos tremendos hacer todas estas pequeñas gestiones. Por las noches, empiezo a sufrir insomnio y a estar cada vez más nerviosa. Todavía mantengo algo de contacto con Carolina, quien me llama a menudo para informarme de que Jaime la está siguiendo todos los días al trabajo, pidiéndole disculpas y rogándole que le deje volver. Hasta ahora ella se ha negado. Pero sé que volverá a caer en sus brazos. Es difícil resistirse a Jaime, ella volverá con él porque tiene miedo de acabar sola y él, porque está completamente perdido y Carolina es la única persona que realmente le conoce bien.

Abril de 1999

Me he mudado bastante rápido a un piso muchísimo más pequeño, en la parte opuesta a la Villa Olímpica. He llamado a la empresa de transporte para que vengan por la mañana, y, la víspera, ha aparecido Jaime a escondidas, cuando yo estaba fuera, para sacar del piso las cosas más valiosas que teníamos en casa. Es decir, que me ha dejado con casi nada. Se lo agradezco de alguna forma ya que, en donde me voy a alojar, no va a caber todo. He pasado de ciento veinte metros a un modesto apartamento de cincuenta metros cuadrados, escondido del mundo, que he encontrado por casualidad en uno de mis varios paseos por Barcelona. También, a modo de venganza, Jaime ha destrozado —no sé cómo todavía— el mármol de la cocina. Lo que me ha supuesto un problema gravísimo con el propietario, que me está pidiendo, obviamente, que pague las reparaciones. Mi situación es absolutamente catastrófica. Ya no tengo ahorros, estoy llena de deudas por las barbaridades de Jaime con el piso y he dejado mi trabajo con Harry. He renunciado porque no puedo atender el trabajo estando tan mal. Sería una falta de profesionalidad por mi parte. Pero, por encima de todo, estoy destruida, sin nada más en el mundo que el amargo recuerdo de haberme enamorado de una persona que nunca me ha querido, que sólo se ha reído y aprovechado de mí, y que me ha estafado en todos los sentidos.

Curiosamente, no siento celos de Carolina. Creo más bien que nos solidarizamos la una con la otra desde el momento en que nos conocimos; nunca ha puesto en duda lo que yo le conté acerca de mi relación con Jaime y le agradeceré siempre el haberme abierto su casa. En definitiva, no soy más que una extraña para ella, que se ha impuesto a la fuerza en su vida y le ha hecho tambalear una parte de su mundo.

Jaime ha intentado en varias ocasiones hablar conmigo. Sabe dónde me he mudado, porque me ha seguido también a mí. Una noche, ha llamado a mi puerta, y, en un arrebato de amor, que todavía siento por él, le he hecho pasar. Ha venido borracho, pidiéndome perdón, y diciendo que ha acabado su relación con Carolina. Sé que Jaime sigue mintiendo ya que Carolina y yo continuamos en contacto. También me ha confesado que su empresa se está disolviendo y que necesita dinero. Ha vuelto a mí para intentar otra vez engañarme y le he echado a duras penas de patitas a la calle.

Todavía no entiendo realmente por qué Jaime me ha hecho eso, a mí precisamente. Tiene a todas las mujeres a sus pies, y muchas, con mucho más dinero que yo.

He descubierto que aquel pote que supuestamente provenía de una farmacia, contenía cocaína pura, y confieso que he estado tratando de justificarle durante unos días. Porque le quiero. A partir de ahora tengo que luchar contra dos enemigos: contra él y su recuerdo, en primer lugar, pero también contra mí, para no recaer.

Agosto de 1999

Han pasado unos largos meses de letargo, de los que no tengo memoria. Me he encerrado en mi casa, con todos los muebles de la mudanza colocados sin orden contra las paredes. No como, no llamo a nadie, no me aseo, me dejo sencillamente llevar. Me quiero anular. Me estoy dejando morir e incluso una noche, he suplicado con todas las fuerzas que aún me quedan que mi fin no se haga esperar demasiado.

La casa

Un lugar donde la vulnerabilidad y la fragilidad de los seres humanos están siempre a la orden del día



Tenía treinta años cuando tomé la decisión de entrar en la casa. Fue a raíz de mi ruptura con Jaime, a quien no perdonaba haberme dejado una cuenta corriente vacía y deudas de por vida y haberme abandonado con una tripita que nunca llegó a crecer. Estaba destrozada porque se habían esfumado de repente mis creencias sobre el amor verdadero.

Había estado madurando esta posibilidad durante medio año, cada día, cada noche. Ya lo había pensado antes, pero nunca pude concretarlo. Supongo que hacía falta algo más para poder darme el valor de hacer tal cosa. Las mujeres, sea cual sea nuestro nivel socioeconómico —lo sé por haberlo hablado con amigas mías—, en algún momento de nuestra vida hemos pensado en ello. Pero raramente se lleva a cabo porque forma parte, tan sólo, de nuestro repertorio de fantasías eróticas, y no pasa de ahí. Ciertamente yo había tenido fantasías acerca de ello. Pero miraba con miedo a esas mujeres. Siempre las veía en un mundo gris y violento, como víctimas de un chulo que las vigilaba veinticuatro horas.

Justo después del drama, había querido morir. Pero, ¡una ya no se podía suicidar en paz! Por A o por B, siempre algo o alguien interfería, sin saberlo ni quererlo la mayoría de las veces, en ese acto tan íntimo que es el darse derecho a morir.

En una ocasión en la que intenté tirarme por la ventana, Bigudí, al que había recuperado, apareció maullando para pedirme comida, con toda la fuerza de su pequeña garganta y arañándome los bajos de mis pantalones.

En otra oportunidad, intenté tomarme dos cajas enteras de un potente somnífero, y a la hora de tragar los comprimidos habían cortado el agua. Busqué desesperadamente agua mineral, o un poco de alcohol, pero ese día no había ni una gota de líquido en casa. Decidí, entonces, posponerlo para el día siguiente. Pero al final, el viejo dicho «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» resultó cierto.

Luego, las ganas de morir se diluyeron con el tiempo, dejando sitio a la apatía, la tristeza, y una depresión de caballo.

Pasaron seis meses, durante los cuales me encerré literalmente en mi casa, con las persianas cerradas, yendo de la cama al baño y del baño a la cama, sin sentir nada de hambre, sólo sed, porque me emborrachaba pensando que beber no era malo, pues te daba otra realidad y no hacías daño a nadie.

Siempre había sido una mujer fuerte y triunfadora, pero a raíz de mi ruptura renuncié a mi puesto en la empresa de Harry. Y, por falta de dinero, tuve que mudarme a un submundo que poco tenía que ver conmigo. Dejé mi ático de la Villa

Olímpica y, antes de instalarme en mi apartamento de cincuenta metros cuadrados, me fui una semana a una pensión del Paralelo con lo puesto. Bigudí por un lado, una maleta llena de recuerdos por otro, y un parte médico de una clínica abortiva de Barcelona en el bolsillo. Las mujeres viven traumas sólo por amor, o por la pérdida de un hijo. Pero saben superar los demás dramas. Y por amor, ahora me encontraba perdida, sola en el mundo, con vecinos de habitación muy dudosos, prostitutas vulgares bajo la pensión, y rodeada de bares llenos de «sin techo». Observaba a esos indigentes cada día desde la ventana, pero sobre todo a las prostitutas, y me alegraba cuando al día siguiente veía la cara conocida de una chica. Me familiaricé con ellas, sin nunca hablarles —me moría de vergüenza—, pero allí estaban y me hacían compañía. De alguna forma, las entendía. Siempre habla pensado que, para llegar a final de mes, era mejor vender tu cuerpo que hacer extras los fines de semana en un bar como una esclava, doce horas al día, por una miseria de sueldo. Cuando cursaba mis estudios de Empresariales en la universidad, muchos compañeros se mataban trabajando de camareros para poder vivir dignamente y seguir estudiando. Yo, en cambio, había recibido una Beca de Honor además de la ayuda económica que me pasaban mis padres cada mes.

Cuando me cansé de vivir como una rata de cloaca en la pensión, empecé a salir a la calle, eso sí, pocas veces, y me adentraba en el mundo real bajando las escaleras. Nunca cogía el ascensor porque me provocaba claustrofobia en aquella época, con sus paredes revestidas de moqueta rosa. Temía quedarme encerrada sin poder respirar, y verme absorbida por esas paredes color chicle, haciendo círculos con mis brazos para deshacerme de esa masa viscosa que me mantenía secuestrada.

Al final logré el propósito que me había fijado justo después de mi ruptura. Maté a una persona. Maté a la persona formal, estudiosa, ambiciosa, que estaba dentro de mí. La maté porque sabía instintivamente que, al hacer eso, iba a liberar a otra, mucho más humana, más sensible aún, y con más curiosidad por la vida.

Siempre hay una primera vez

1 de septiembre de 1999

El primer contacto que he tenido con la casa ha sido a causa de un último arrebato de supervivencia o autodestrucción, depende de cómo se mire. No lo sé con exactitud, pero entiendo que siempre tendemos hacia la vida. Así que prefiero pensar en la primera opción.

Lo que me encontré allí estaba muy lejos de la imagen glamurosa que tenía en mente. Las chicas resultaron ser pequeñas cenicientas, pero nunca perdían zapatos de cristal, sino una parte de sí mismas. La inocencia de algunas contrastaba con su manera de hacer el amor con los clientes y estos anacronismos físicos me dejaban alucinada.

Yo era una de las más «viejas» y sabía lo que estaba haciendo. Muchas venían aquí para ganar mucho dinero, no por necesidad, sino porque eran alérgicas a la pobreza y pensaban que la felicidad sólo se puede encontrar en un billete de banco. Yo buscaba cariño ante todo, y revalorizarme como mujer, pero en el fondo, teníamos el mismo propósito: amar.

Dos y media de la tarde.

Por fin voy andando por la calle, contando las losas del pavimento, incapaz de fijar mi mente sobre cualquier impresión o sentimiento.

He comprado el periódico por la mañana, y he recortado el anuncio de una casa de lujo que promete las chicas más elegantes y guapas de la ciudad. Sin pensarlo dos veces, he llamado para preguntar si necesitaban renovar el personal, ya que estaba interesada en trabajar con ellos. Me han dado la dirección y una cita para la tarde.

Quiero llegar lo antes posible, para descubrir ese mundo que me he imaginado tantas veces. Me veo en un sitio lujoso, vestida con un traje de noche transparente, rodeada de cortinas de seda y habitaciones temáticas con bañeras con *jacuzzi*.

Tres menos diez de la tarde.

Cuando Susana me abre la puerta, le pido disculpas porque creo que me he equivocado de piso. Ella, sin embargo, me hace pasar asegurándome que es la dirección correcta.

Susana es pelirroja, gordita, pequeña y muy fea. Tiene un cigarro en la mano, y los dedos completamente manchados de nicotina. Pero lo peor de todo es que sus dientes parecen rocas negras a punto de derribarse.

«Va a espantar a los clientes», es lo primero que pienso.

—¿Fumas? —me pregunta, tendiéndome el paquete de cigarros.

Ni buenos días ni nada.

—Sí, gracias —le contesto, cogiendo uno nerviosamente. Las manos me tiemblan. Será la primera y última vez que me ofrecerá un cigarro, ya que me convertiré luego en su proveedora preferida de alquitrán y nicotina.

A pesar de saber claramente dónde me estoy metiendo, todavía no sé muy bien si he venido por venganza, por asco hacia los hombres y a lo que tienen colgado entre las piernas, o más bien por falta de cariño y autoestima y mis problemones económicos. Es una mezcla de todas estas razones y, además, como siempre me he considerado una persona liberal, no me causa demasiados traumas ni me asusta.

—Un momentito —me dice Susana, mirándome de arriba abajo— que ahora viene la jefa, así va a poder conocerte en persona. Yo soy Susana, la encargada de día.

Me percato rápidamente de una cosa que se encuentra en el suelo, al lado de la puerta de entrada. Es un limón, pinchado con cerillas y un cigarro encendido.

—Atrae a los clientes —me explica riendo—. Es un truco de brujas. Me lo enseñó Cindy.

—¿Cindy?

—Una chica portuguesa que trabaja aquí. Ya te la presentaré. Tiene un montón de trucos y todos funcionan —Susana parece muy convencida.

Mientras me hace pasar a un cuartito, donde sólo hay una cama y un espejo mural rodeado de luces, me entra miedo, como si algo espantoso me estuviera esperando en aquella habitación. Tengo un nudo en el estómago, y la extraña impresión de que me falta el aire y de que mi boca se está deshidratando.

—¿No tendrías un vaso de agua? —le pido a Susana.

—Sí, cariño, siéntate encima de la cama, que ahora llega la jefa. Yo te traigo el vaso, ¿vale?

No me cae tan mal esta chica. Tiene una pésima imagen, pero pienso que, si está

aquí, por algo será.

La habitación es horrenda y no tiene nada que ver con lo que me había imaginado. Las paredes están recubiertas de un papel amarillo, arrancado en algunas partes, y en el techo hay una tela rosa que cae colgando para dar un aire de intimidad mezclada con un lujo pasado de moda, que deja mucho que desear. El espejo tiene unas cuantas bombillas fundidas y absorbe de repente mis ojos. Entonces me doy cuenta de que estoy cayendo en una dulce esquizofrenia que me está transportando hacia otros mundos, donde el lenguaje de las palabras no tiene sentido, donde sólo importa la dimensión corporal y las sensaciones. La imagen que se está reflejando en el espejo es la de una persona todavía desconocida por mí. Es el rostro de una mujer que ha aterrizado en un lugar que no es para ella, pero que quiere hacer suyo, pese a todo, obstinada en reivindicar esta elección a toda costa.

—Toma el vaso de agua —me dice Susana al entrar nuevamente sin hacer ruido, con un vaso en la mano y un cigarro en la otra. El filtro ya le está quemando los dedos.

Yo sigo mirándome en el espejo, totalmente hipnotizada y la irrupción de Susana me hace volver repentinamente a la realidad.

—¡Hola, buenos días! —exclama una voz detrás de Susana, con un suave acento anglosajón.

—¡Buenos días! —contesto, curiosa por conocer el rostro que corresponde a esa voz tan dulce.

Una señora morena, pequeña y embarazada, me tiende la mano para saludarme. Me quedo sorprendida. Una mujer embarazada y muy agradable actuando de chula en una casa de citas; acaban de romperse todos mis esquemas. No me esperaba esto, hasta estoy casi decepcionada por no encontrarme a un hombre con pinta de camionero y tatuajes por todas partes. Esta dulzura y fragilidad no pegan con este ambiente decadente.

—Soy Cristina, la propietaria de la casa.

—¡Hola! Yo soy Val.

—Me ha dicho Susana que quieres trabajar con nosotros.

—Sí, la verdad es que me gustaría.

—¿Dónde has trabajado antes?

—Quiere decir, ¿de eso?

—Sí, claro. ¿Para qué otra casa has trabajado antes? —insiste Cristina.

No sé si mentir o decir la verdad.

—Nunca he hecho este trabajo. Es la primera vez.

Cristina y Susana me miran fijamente y veo en sus ojos que no se creen nada de lo que acabo de decir.

—¿Estás segura de que lo podrás hacer? —pregunta Cristina—. Aquí trabajan muchas chicas muy profesionales.

—Basta probarlo —le contesto.

Mi tono es tan decidido que Cristina parece convencida enseguida.

—De acuerdo —dice—. Susana, ¿hay algún vestido de noche en el guardarropa que se pueda poner la chica?

—Si, pero creo que es de Estefanía. Si se entera de que se lo hemos cogido, me va a pegar la bronca, Cristina.

—Vete a buscarlo. Bajo mi responsabilidad. Yo hablaré con Estefanía. Esta chica no se puede presentar vestida con esa ropa ante ningún cliente.

—¿Es que voy a empezar ya mismo? —me siento un poco presa del pánico.

—¿No querías trabajar? —comenta Cristina con una amplia sonrisa.

—¡Claro que quiero trabajar!, pero no pensaba que iba a hacerlo tan pronto.

—Es lo mejor, ¿sabes? Si no, ¿hasta cuándo vas a esperar? Tengo en el salón a un muy buen cliente que viene cada semana. Si la chica le gusta, pasa dos horas con ella. Así que aprovecha. Paga cien mil pesetas y te llevarás cincuenta mil.

—OK!

Susana reaparece con un vestido rojo largo y transparente, de escote generosísimo, y la lencería a juego.

—Pruébate esto, cariño, y date prisa que el cliente está esperando —me insta Cristina—. Le he dicho que teníamos a una chica nueva, una modelo que está de paso por Barcelona y que se marchará dentro de unos pocos días. Tiene ganas de conocerte.

—Bien —le contesto, quitándome ya sin pensar los vaqueros—. ¿Qué tengo que hacer con él?

—Tú sabrás —responde Susana—. Es un poco pesado porque va colocado. Pero, en general, no quiere una relación completa, porque no puede. Una buena masturbación le hará feliz.

—¿Una masturbación de dos horas? —pregunto ingenua.

—Hombre, ¡dos horas no! —exclama Cristina riendo—. Juegos, masaje, no sé.

Depende de ti inspirarle. Vamos, vístete y no te preocupes, que todo saldrá bien. Y maquíllate un poco, que estás muy pálida. A los clientes les encantan las mujeres muy arregladas. Todo lo contrario de lo que tienen en casa. ¿Para qué van a pagar a una mujer que se parece a su esposa?

—Claro —le digo, mientras me estoy ajustando el vestido.

La imagen que me ofrece el espejo ya no es tan diferente de la de una persona que se suele arreglar cuando va a una cita con un desconocido. Me siento más conforme conmigo misma, pero mi corazón sigue latiendo fuertemente contra mi pecho, como si tuviera miedo.

—¡Mira lo preciosa que está con este vestido! —anuncia Susana, llamando la atención de la propietaria.

—¡Está divina! —recalca Cristina—. Tienes un cuerpo muy bonito y debes aprovecharlo. Quizá te falte un poco de pecho, pero cuando ganes el primer millón, ¡ya te operarás!

Este comentario sobre mi pecho no me gusta nada, pero no pienso dejarlo entrever. No es el momento de discutir.

—Puedes ganar muchísimo dinero si te lo montas bien. Ya verás, estarás muy a gusto con nosotros. Me pareces una mujer muy dulce y simpática. Anda, vete y luego hablamos.

Susana me coge de la mano como a una niña pequeña, me repasa el maquillaje, con un aire que parece aprobador, y me lleva a un salón que no conozco todavía. La decoración sigue la misma tendencia que la de la habitación donde he estado primero. Hay un sofá grande de tela con flores dibujadas en todos los colores y enfrente una mesa de vidrio, con patas de cobre, que tienen forma de hojas de vid, con algunas revistas de *Playboy* sobre ella, abiertas como si alguien las hubiese estado hojeando. Un sillón a juego con el sofá yace, solo, en un rincón. Dos puertas comunican con el salón. Una pintada de blanco y otra corredera, que es de madera. Deduzco que esta última da paso a otra habitación.

—Ahí hay una suite —me explica Susana, orgullosa, como si fuera la dueña—. El cliente está dentro. Luego la verás. Aquí está el baño —y abre la puerta pintada de blanco para mostrármelo—. Ahora siéntate, que voy a ver al cliente.

Llama suavemente a la puerta de madera y la entreabre para que yo no pueda ver lo que hay dentro. Desaparece, tragada literalmente por esa habitación misteriosa. Oigo susurros y ya empiezo a notar la presencia masculina del desconocido, y su voz

impaciente por haber esperado demasiado tiempo. Tengo el pulso a mil.

Después de unos minutos, reaparece Susana, con colores en las mejillas.

—No me gusta entrar en esa habitación —declara, riéndose y tapándose la boca con la mano—. El cliente está desnudo. Entra cuando quieras cariño, me acaba de pagar.

Y me enseña el dinero que lleva en la mano.

—Luego te doy lo tuyo.

Al salir del salón, me echa una mirada cómplice y me quedo sorprendida cuando me espeta:

—Pásatelo bien, cariño.

Permanezco inmóvil unos segundos antes de llamar a la puerta, conteniendo la respiración. No tengo miedo de acostarme con un extraño. Lo que me asusta en realidad es el no ser del agrado del cliente, no gustarle; mi autoestima está realmente tocada. Para mí, supondría un fracaso terrible ser rechazada la primera vez. Ya decidida, me apresuro a llamar a la puerta, y la voz del desconocido me grita:

—¡Entra ya!, que si no pasa el tiempo y no hacemos nada.

Está acostado boca arriba encima del cubrecama, completamente desnudo, cuando paso el umbral de la puerta. No distingo bien sus genitales, la habitación está muy oscura. Parece un hombre joven, de unos treinta y cinco años como mucho. Lo que Susana llama la suite, consiste en una habitación con terciopelo rojo en las paredes, cortinas espesas que no dejan pasar nada de luz natural y una cama *king size*. A ambos lados de la cama, hay mesillas parecidas a la mesa del salón, decoradas con dos figuritas de bronce que representan a mujeres desnudas comiendo uvas. La pared enfrente de la cama es todo espejo, y da inequívocamente la impresión de estar en una de estas *maisons-closes* parisinas. Pensaba que los tiempos habían cambiado y que estas casas eran más modernas, dejando atrás el gusto tan dudoso que las caracterizaba.

—Déjame que te vea mejor —me dice el cliente, levantándose de la cama—. Eres nueva, ¿verdad?

—Sí. Acabo de llegar.

—Todas dicen eso, y también que nunca han trabajado en esto. Pero luego, las encuentras en todas las agencias de Barcelona. Aunque me parece que tú dices la verdad. No te conozco de nada. Al menos, no estás trabajando en otro sitio, si no te hubiese visto. ¿Tomamos un baño?

El cliente se acerca al jacuzzi que hay en un rincón de la suite, y abre los grifos.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta, mientras va pasando la mano debajo del agua para probar la temperatura.

—Val —respondo, sin moverme de mi sitio.

—¡Qué bonito! Nunca lo había oído antes. Extranjera, ¿verdad? —Y añade, casi de una manera imperceptible—: Como todas, de todas formas.

—Sí. Soy francesa.

—Francesa y poco habladora. Está bien. En general, las chicas hablan demasiado y dicen tonterías. Yo soy Alberto. ¡Venga!, acércate para que te vea mejor. Pareces supertímida.

—No. No soy tímida. Es tan sólo que el sitio me resulta extraño.

—Entiendo —dice Alberto con aire complaciente y colocándose en la bañera—. Quítate la ropa y entra en la bañera conmigo.

Confieso que tomar un baño con un desconocido, en un sitio tan visitado, me da un poco de asco, pero ¿qué otra opción tengo? Si he decidido hacer esto, tengo que hacerlo hasta las últimas consecuencias.

Me quito rápidamente la ropa, balanceando suavemente mi cuerpo pálido prisionero de la lencería roja prestada, para animarme frente a este desconocido, que no me cae mal, pero que, de momento, no me inspira deseo para nada.

—¡Uau! Las francesas siempre sois calientes. Hazme ese balanceo en el agua.

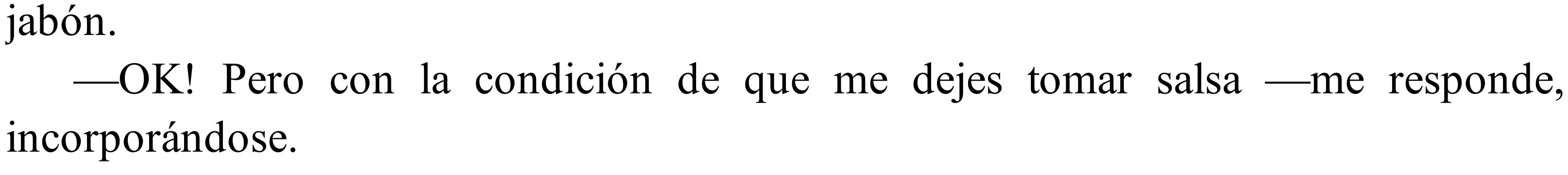
Entro en el agua con él. Está muy caliente y me cuesta un poco sumergirme. Pero Alberto me coge por la cintura y me atrae hacia él.

—Ven aquí. Quiero sentirte cerca de mí.

Se pone a tocarme las tetas, mojándolas con la espuma del gel de baño que ha echado en el jacuzzi y, luego, bajo el agua, sus dedos empiezan a buscar mi pubis. No sé todavía cómo funciona este tipo de relación a pesar de mi manera liberal de ver las cosas. Me resulta un poco violenta esta situación: he pasado de elegir yo a los hombres que quiero a que, ahora, mi opinión ya no cuente para nada. Son ellos quienes lo harán de aquí en adelante y pagarán por ello. Lo más difícil de tragar es eso: que mi opinión no cuente para nada.

La luz es muy tenue pero la excitación de Alberto se puede leer en su rostro. Para mí, es todo lo contrario.

—¿Por qué no salimos de la bañera y vamos a la cama? —le suelto de repente para acabar de una vez, poniéndome de pie y quitando de mis brazos la espuma del



jabón.

—OK! Pero con la condición de que me dejes tomar salsa —me responde, incorporándose.

—¿Salsa?

—Sí. Como lo oyes: salsa…

—Sí, claro. ¿Te gusta bailar?

—¡No!

—¡Ah…! —exclamo, y sin pedirle más explicaciones me voy a buscar a Susana, enrollándome en una toalla, para que ponga un CD de salsa.

Tras apenas una hora de haberme presentado en esta casa, ya estoy con un putero de mucho cuidado que además es cocainómano perdido.

Nunca me han atraído las drogas, ninguna de ellas. Pero durante mi estancia en la agencia, casi a diario he tenido que cohabitar con ellas.

Susana pone el disco que he pedido y, cuando comprendo a qué se refería Alberto, nos vamos a la cama. Como ocurrirá en muchas otras ocasiones, no retiramos el cubrecama. Alberto empieza a esnifar la coca mientras se termina el Whisky que le ha servido Susana al llegar. ¡Bonita mezcla explosiva!, pienso un poco angustiada. Tiene los ojos desorbitados por el polvo blanco y está boca arriba encima de la cama, inerte.

Al cabo de un rato, me pide que comience mi trabajo, pero como no tiene erección ninguna, es imposible colocarle un condón. Yo tengo las ideas muy claras. No pienso hacer nada con un desconocido sin preservativo.

—No te va a servir de nada —me dice, refiriéndose a los preservativos que he colocado encima de la mesilla—. Follar no me pone. Sólo quiero que me la chupes, no hay riesgo.

—Vamos a ver lo que se puede hacer —le digo, con aire embarazoso.

Desaparezco un momento en el baño, al lado de la suite, pretextando unas ganas terribles de hacer pipi, con un condón escondido en la mano. Una vez allí, lo saco delicadamente de su envoltorio y me lo coloco en la puntita de la lengua. Lo mojo poco a poco para que coja la temperatura de la saliva, cuidando mucho de no romperlo con los dientes. Tengo la sensación de haber hecho eso toda la vida. En realidad, mi cerebro está funcionando a tope, para encontrar una solución al problema de la protección. No quiero tener un conflicto con mi primer cliente. Sería un mal comienzo. Espero que esta estrategia pase inadvertida.

Oigo de repente que grita mi nombre y me apresuro a volver a la suite. Definitivamente no me hace ninguna gracia tener que pasar dos horas con este individuo.

—¿Qué estabas haciendo? El tiempo está corriendo. Y yo he pagado por algo —me recuerda, con voz de reproche.

No me atrevo a contestarle por miedo a que note que tengo algo en la boca. Me contento con sonreírle, y se suaviza.

Casi dos horas estuve cumpliendo con mi labor sin que se diera cuenta del secreto que encerraban mis labios. ¡Funciona, funciona!, me digo interiormente, contenta de mi invento de última hora.

Al final, Alberto se va como ha venido: colocado y sin haber conseguido una erección completa. Y yo, con cincuenta mil pesetas en el bolsillo, ¡así de fácil!

—¿Qué sueles hacer? —me pregunta la propietaria, con un bolígrafo en la mano y un pequeño cuaderno donde ha escrito mi nombre.

Nos encontramos en la cocina porque la pequeña habitación está ocupada por un cliente y Susana está limpiando la suite.

—¿A qué te refieres? —la pregunta es una gilipollez.

—¿Relaciones sexuales con hombres, mujeres, francés con o sin? ¿Dúplex, griego? Es importante para mi. Cuantas más cosas sueles hacer, más trabajo tendrás.

—¿Ah? Pues…, con mujeres no tengo problemas. El francés, siempre con preservativo. Y el griego no lo hago.

—¡Qué pena! El griego se paga el doble de precio. Cien mil pesetas una hora. Cincuenta para ti. ¿Y el dúplex?

—¿Dúplex?

—Sí. Cuando el cliente pide dos chicas.

—¿Lo llamáis así?

—Sí. Hay clientes que piden dos chicas de una casa. Para ti es menos trabajo porque sois dos.

—Tampoco tengo problemas. Pero no conozco todavía a las chicas. Me imagino que es mejor estar con una chica con quien te llevas bien, ¿no?

—Exactamente. Aunque a veces no puedes elegir. En cuanto al horario, hay varios turnos. O trabajas de día, o de noche. O si lo prefieres, puedes estar disponible las veinticuatro horas del día. Si trabajas de noche, tienes que llegar a la casa antes de la medianoche, si no, Susana no te abrirá. De día, puedes llegar sobre las ocho. Y las

veinticuatro horas, puedes venir cuando quieras, y cuando estás fuera de la agencia, tener conectado tu móvil para que te llamemos. Eso significa que tienes que estar siempre disponible. Si te llamamos para un servicio, y no puedes venir, daremos preferencia a otra chica y ya sabremos que no podemos contar más contigo.

—Comprendo. Es normal.

—Si necesitas días de descanso, nos avisas y ya está.

—OK! Y cuando tengo la regla, ¿qué hago?

Nuestra conversación se ve interrumpida por una negra color ébano que entra en la cocina con aire altivo, tapada por una toalla minúscula que deja ver unas nalgas respingonas.

—Cristina, dice el cliente que quiere otro tipo de música —anuncia la chica.

—De acuerdo, Isa. Ahora te pongo otro CD.

Isa es guapísima, silicona pura, eso sí. Con sólo mirarme me doy cuenta de cómo me ha recibido; me está, literalmente, fusilando. Le suelto:

—Hola, soy nueva, me llamo Val.

Isa vuelve la cabeza hacia el otro lado y sale de la cocina sin decirme nada.

—No hagas caso —me avisa la propietaria—. Las chicas suelen comportarse así al principio. Particularmente Isa. Cada vez que llega una nueva, se pone así. Es competencia para ella, ¿comprendes? No es mala chica. Ya se acostumbrará a ti. —Y añade—: Bueno, volvamos a lo nuestro. ¿Qué horario quieres hacer?

—Veinticuatro horas, Cristina —contesto sin vacilar.

—Bien. Así ganarás más dinero —me dice, sin mirarme y apuntando en su cuaderno.

—Y ahora, ¿qué hago? —pregunto.

—Puedes quedarte o volver a casa. Pero las chicas que se quedan aquí tienen preferencia. Si viene un cliente, las presentamos para que elija. Si no le gusta ninguna, es cuando llamamos a las que hacen veinticuatro horas. Tenemos un *book* de fotos, que le mostramos al cliente para que elija a las chicas. ¿Tienes alguna foto que podamos poner en el *book*?

—Ahora mismo no. Pero voy a mirar. ¿Qué tipo de fotos necesitáis?

—Artísticas. De cara, de cuerpo, elegantes, eso sí. Nada de vulgaridad. Somos una agencia de alto nivel, ¿comprendes?

—Si, claro. Pero no creo que tenga ese tipo de fotos.

—Entonces, si quieres trabajar con nosotros y para no perder clientes, te

recomiendo que hagas un *book* con un fotógrafo profesional.

—OK!

—¿Tienes uno?

—¿Uno qué?

—Que si tienes o conoces a un fotógrafo profesional —responde Cristina.

—No. Pero puedo encontrarlo.

—Vale. Pero que sepas que nosotros trabajamos con un chico muy profesional, que también se encarga de nuestra página web, si te interesa.

—¿Ah, sí?

Estoy sorprendida de ver lo bien organizada que está esta gente.

—Sí. Cuando llegan chicas nuevas, él se encarga del *book*, durante un día entero, fuera de Barcelona. Yo iría con vosotros para supervisar.

—Bueno, pues me interesa. ¿Cuánto me puede costar un *book* y cuántas fotos se hacen?

—Un buen *book* cuesta unas ciento veinte mil pesetas, pero para ti serían unas noventa mil. Son unas veinte fotos.

¡Como si fuera a comprar pescado!

—Es caro, ¿no te parece? —recalco yo, alucinada por el precio.

—Por unas fotos artísticas, no es nada caro —me responde una Cristina contundente.

—Es que no estoy muy al tanto del valor de estas cosas.

—Que sepas que los *books* son carísimos. Pero es una buena herramienta de trabajo. Es imprescindible.

—De acuerdo. Lo haremos, pero déjame algo de tiempo trabajando para conseguir un poco de dinero y luego organizamos lo de las fotos —le digo, con cara pensativa.

Me parece realmente muy caro, y sólo acabo de empezar.

—Por supuesto. Entonces, ¿también quieres hacer turno? ¿Por la mañana o por la noche?

—Por la noche, pero estaré conectada las veinticuatro horas del día, así que me podréis llamar a cualquier hora cuando esté fuera, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Cuento contigo entonces?

—Sí, sí, pero hoy vuelvo a mi casa. Estaré conectada de todas formas. Me podéis llamar.

—Bien. ¡Por cierto!, de noche hay otra encargada que ya conocerás. Se llama

Angelika. Es una chica extranjera, pero habla perfectamente español. Le daré tus datos. Y, una advertencia: no les digas nunca ni a los clientes ni a las demás chicas que es la primera vez que haces esto. Nadie te creería, ¿sabes? Y otra cosa, hoy no lo has hecho, porque no sabías, pero para las demás veces, que sepas que después de estar con un cliente en una habitación, tienes que cambiar las sábanas inmediatamente. El resto lo hace Susana. Ven, te voy a enseñar dónde se encuentran las sábanas. Y también las toallas.

Salimos de la cocina mientras entra Susana con las sábanas de la cama en la que estuve con Alberto, en los brazos.

Nos dirigimos hacia la entrada y Cristina abre un armario de madera en el que veo una tonelada de sábanas apiladas en un rincón. En el otro rincón hay toallas limpias que cada chica va cogiendo cada vez que las necesita. Noto la presencia de Susana detrás de mí. Nos ha seguido, con el eterno cigarro encendido entre los dedos. Hay otro armario en el pasillo de donde sobresale el tirante de *strass* de una camiseta de noche que seguramente pertenece a una de las chicas. Cristina ve lo que estoy observando.

—Si traes ropa, la puedes colocar aquí. ¡Y ten cuidado! Parece mentira, pero las chicas se roban entre ellas.

—¿De verdad? —exclamo sorprendidísima.

Susana afirma con la cabeza. Volvemos a la cocina, donde me enseña cómo funciona la máquina de café.

—Puedes tomar café, té o chocolate. Se lo pides a Susana. Son ciento cincuenta pesetas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Desde luego, ¡aquí todo se paga! Y además, ¡tengo que cambiar yo las sábanas! Me despido de Cristina y de Susana y salgo a la calle. Estoy feliz por haber ganado 50.000 pesetas en dos horas, y me prometo que voy a trabajar como una loca en esta casa. Y a pesar de los nervios pasados antes de encontrarme con el primer cliente, tengo la sensación de haber hecho esto toda la vida.

Miss Sarajevo

1 de septiembre de 1999 por la noche

Tres de la madrugada.

Pasa un tiempo antes de que reaccione; mi móvil está sonando desde hace una eternidad.

—Sí, ¿dígame? —respondo con voz de ultratumba.

—Hola, Val, soy Angelika, la encargada de noche de, la casa —me dice una voz muy amable, al otro lado del teléfono—. ¿Estabas durmiendo? Llevo intentando hablar contigo desde hace unos diez minutos.

—¡Ah, hola! Sí, pero no importa —digo, levantándome de golpe.

Al oír la palabra «casa», me despierto enseguida. No quiero perder ni un trabajo.

—Mira, tengo un servicio para ti. Es un muy buen cliente de Barcelona. Australiano. Te espera en su casa en veinte minutos. Paga cincuenta mil pesetas más el taxi y, si le gustas, repetirá cada semana contigo.

—Estupendo, ¿dónde vive? —pregunto, buscando rápidamente un bolígrafo para apuntar.

—Toma nota.

Mientras Angelika me va dictando la dirección, estoy pensando en lo que me voy a poner.

—Cuando estés con él y que te haya pagado, me llamas. Y también al salir de su casa. Luego, te vienes directamente para traerme el dinero, ¿entendido?

—Sí, ningún problema —contesto—. ¿Cómo se llama el cliente?

Esta información me parece de vital importancia.

—David. —Y me cuelga.

Angelika me ha parecido muy simpática y profesional. Me gusta, y estoy ansiosa por conocerla.

Me ducho rápidamente, llamo a un taxi y, en quince minutos, ya estoy de camino a

la casa de David.

El edificio está situado en la zona alta de Barcelona. Es una casa regia.

—¡Sube! —me ordena una voz, mientras resuena en la calle vacía el portero electrónico.

Me encuentro cara a cara con un hombre muy joven, pequeño de estatura y con gafas redondas que le dan un aire muy intelectual. No es muy guapo pero parece amable y sensible. Me sonríe y me deja pasar inmediatamente. Su piso es bonito, pero no tiene muchos muebles, lo que me hace pensar que seguramente es soltero y no tiene tiempo ni ganas de decorar su casa.

—¿Eres nueva? —me pregunta después de invitarme a sentarme a su lado en su sofá azul.

—Sí —le contesto, respondiendo a su sonrisa—. Se me nota, ¿verdad?

—No, no es eso. Simplemente que llamo a esta agencia todas las semanas y nunca te había visto antes. Así que deduzco que eres nueva. ¿Desde cuándo estás trabajando?

—Desde esta misma tarde —le digo, observando la biblioteca llena de libros y CD.

—Angelika me ha dicho que eres francesa. Eso sí que se te nota —comenta riéndose.

—Sí. Y tú australiano, ¿verdad? Hablas muy bien castellano —recalco, mientras se levanta para ir a buscar algo.

—Podemos hablar francés si quieres, lo estuve estudiando unos cuantos años aunque, a veces, me falta vocabulario —y suelta otra vez una risita.

Me río yo también de buena gana. Parece supersimpático. Pero demasiado pequeño para mi gusto.

Me pone las cincuenta mil pesetas encima de la mesa del salón y me invita a contar los billetes.

—Y ahora, llama a tu agencia para decirles que todo está bien. Si no, te van a reñir.

—Veo que sabes cómo funciona —le digo, mientras voy marcando en mi móvil los números de la casa.

Angelika responde enseguida.

—¿Todo bien? —me pregunta, como si sólo estuviera esperando mi voz al otro lado del auricular.

—Sí. Todo bien.

—Perfecto. Tienes una hora. Cuando salgas, llámame para decirme que has acabado.

David me enseña el dormitorio y, desde ese momento, deja de hablarme. La verdad es que lo prefiero, porque tampoco tengo demasiado que decirle. Empieza a desnudarme, y me sorprende lo bien que me está tocando. Yo siempre he pensado que los hombres que pagan para estar con una chica, nunca hacen bien el amor, y son patosos a la hora de acariciar. Pues me he equivocado porque no es su caso para nada, y decido dejarme llevar y olvidarme del porqué estoy aquí.

Me da besitos por todo el cuerpo, las nalgas, los pies, sube de repente para morderme la nuca, y vuelve a bajar.

Descubro un cuerpo diminuto, y unos genitales en proporción con su tamaño. Pero no importa. Me lo está haciendo pasar muy bien.

En su mesita de noche, hay aceite de masaje y viendo que lo estoy mirando, sin decir nada, lo coge y me hace dar la vuelta, boca abajo, para masajearme la espalda. Es fantástico. Sabe masajear como un verdadero profesional. Esta sensación es tan divina que no me molestaría estar despierta cada noche a las tres para estar aquí con él.

Recupero el sentido una hora más tarde, con rojeces por todo el cuerpo y un besito suave en los labios. Cuando bajo por el ascensor de su casa, me siento ligera y, además, he ganado dinero. ¡No me lo puedo creer!

Llamo a Angelika tal como me ha pedido y cojo un taxi. En quince minutos estoy ya en la casa. Es un verdadero placer desplazarse por las calles de Barcelona a estas horas. La ciudad está completamente vacía. Al llegar, baja Angelika a abrirme la puerta de entrada del edificio, que se queda siempre cerrada durante la noche, por medidas de seguridad.

Después de saludarme con un susurro, para no despertar al vecindario, me invita a subir.

Es una mujer impresionante. Altísima, el pelo de color rojo, unos ojos azules grandísimos y la cara lechosa. No parece para nada una encargada. Lo único que falla en ella es su aspecto demasiado varonil, para mi gusto.

Llegamos al piso y me hace pasar directamente a la cocina.

—En la suite hay un servicio, y en la otra habitación están durmiendo las chicas —me explica.

Y sin esperármelo, me da dos besos en las mejillas.

—Soy Angelika. ¡Bienvenida a la casa!

El trato me parece un poco extraño, más bien exagerado, al fin y al cabo es la primera vez que nos vemos.

—¿Tienes el dinero? —me pregunta, abriendo un cuaderno donde aparecen los nombres de las chicas, las horas de trabajo y los importes.

—Sí. Toma, las cincuenta mil pesetas.

—Muy bien. Te corresponden veinticinco mil.

Y hace una cruz al lado de mi nombre.

—¿Qué tal con David? —pregunta, observando divertida las rojeces que tengo en la cara.

—Como ves, muy bien. Es un amor, y necesita mucho cariño.

—Sí. Todas las chicas están encantadas cuando saben que tienen que verle. Si todos fueran como él… ¿Quieres tomar algo?, te invito yo.

—Necesitaría un café. Ahora, me muero de sueño —contesto con un bostezo.

Angelika comienza a prepararlo en la máquina y luego se hace un chocolate.

—Gracias —le digo, soplando el café para que se enfríe.

—Me ha dicho Cristina que vas a hacer el horario de veinticuatro horas. Ganarás mucho dinero. ¿Y cuándo vas a venir a hacer turno?

—Por la noche, creo. No sé, me imagino que dependerá del trabajo que haya, ¿no?

—Depende de los días. A veces se trabaja más de día, otras veces más de noche. Pero si estás conectada siempre, trabajarás mucho, ya verás.

—¿Y cuántas chicas hay aquí? —pregunto, curiosa.

—Muchas, aunque no vienen todas. Algunas sólo trabajan con el *book* de fotos, y las llamamos si no hay nadie disponible. Para que te hagas una idea, esta noche han venido seis a hacer turno.

Es entonces cuando comprendo que me ha privilegiado, porque podía haber mandado a cualquier chica de las que se encontraban aquí. Es curioso porque la casa parece vacía, ni un ruido, ni un rumor. Todas deben de estar durmiendo en la otra habitación.

—¿No se molestarán las demás porque he ido yo a ver a David?

—No te preocupes. Siempre quiere chicas nuevas. Y de las que están hoy, todas han estado ya con él. ¡Tampoco tienen por qué enterarse!

—Entonces, no me preocupo.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quedarte aquí o volver a tu casa y empezar el turno de noche mañana?

—Prefiero volver a mi casa. Necesito acostumbrarme a este nuevo ritmo.

—Como quieras.

—Gracias, Angelika.

Tras despedirme de ella y subir en un taxi, me doy cuenta de que empieza a amanecer, me encanta la luz que comienza a iluminar la ciudad. El aire está limpio, y me siento muy feliz de poder volver a percibir estas pequeñas cosas. Hacía ya mucho tiempo que no había disfrutado de un momento de serenidad así. Además, he ganado en poco menos de veinticuatro horas setenta y cinco mil pesetas y me lo he pasado muy bien con David. ¡Ojalá las cosas sigan así!

¡Ojo, que nos vigilan!

2 de septiembre de 1999

Hoy he dormido gran parte de la mañana. Cuando me he despertado, ya tenía ganas de ir a la casa, para saber si había trabajo. Pero no se ha producido ninguna llamada durante todo el día.

Me acerco sobre las once y media, tal como me había recomendado Cristina, con una bolsa llena de ropa de noche. Está todavía abierta la puerta de entrada del portal, así que subo directamente al piso y me abre Susana.

—¡Hola, cariño! ¡Qué pronto llegas esta noche! La mayoría de las chicas del turno de noche llegan casi a las doce, cinco minutos antes de cerrar el turno. Tú harás lo mismo cuando empieces a hartarte —me dice Susana con sus ojos redondos.

—Me dijo Cristina que si no llegaba antes de las doce, no podría entrar.

—Sí, ése es el reglamento. —Y añade, cambiando de tema—: Todavía hay chicas del turno de día. Se van a ir pronto y yo también. Ven, te voy a presentar.

¡El reglamento! ¡Suena a convento de monjas!

Nos dirigimos al salón (signo de que no hay ningún cliente, si no estaría cerrada la puerta, pues comunica directamente con la suite) de donde salen unas voces y, de vez en cuando, alguna carcajada.

Hay tres chicas sentadas en el sofá y una en el suelo. Sorprendentemente, todas tienen un físico diferente. Reconozco a Isa, la mulata que ayer no me saludó. Tiene media melena, unos labios muy carnosos y una nariz pequeñita, operadísima. Viste un conjunto de ante beis claro que recalca el color canela de su piel. El escote deja entrever unos pechos grandísimos, ciento diez por lo menos, y operados por supuesto, me informaría más adelante, con mala leche, otra chica. He conseguido «domesticar» a Isa con el tiempo. Llegamos a tener conversaciones surrealistas sobre la locura de la gente.

—Todo el mundo está loco, ¿sabes? Están todos locos. ¡Y los hombres! ¡Ni te

digo! Están chiflados. ¡Hay que estar loco para pagar a una mujer para follar! —me diría sin cesar.

De hecho, era lo único que sabía decir. Nunca tuvo otro tipo de conversación. Y me hacía reír muchísimo, a la vez que me daba pena.

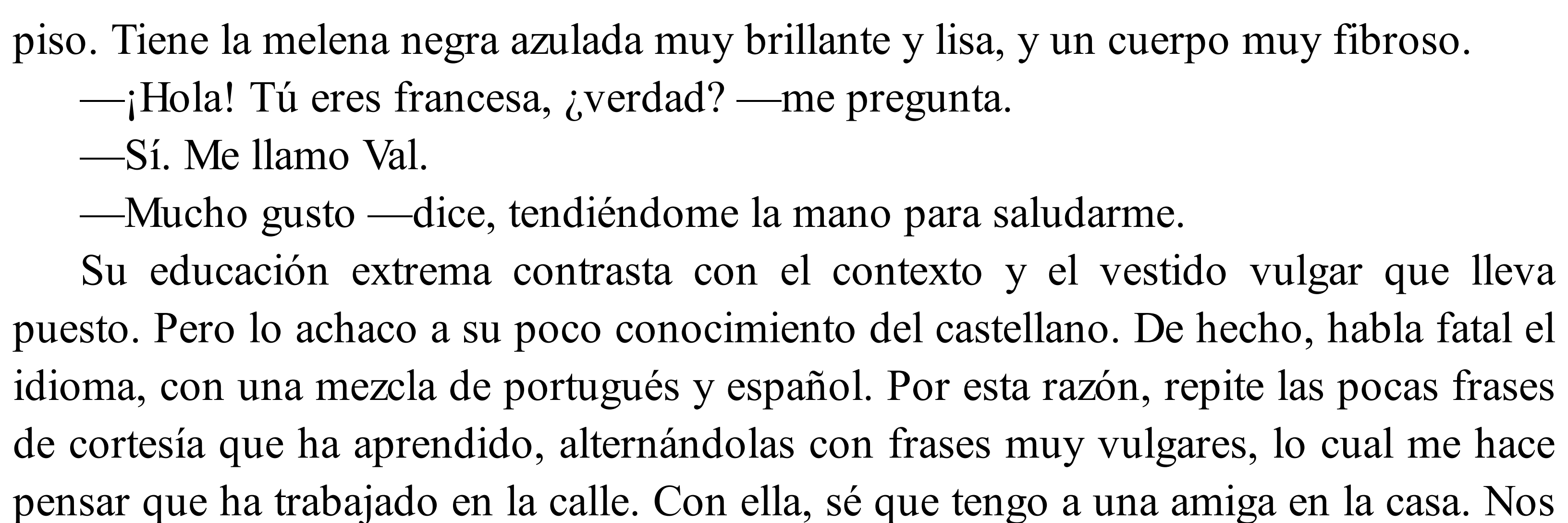
Cuando gana dinero, se lo gasta en ropa. Un día de mucho trabajo, llegó a gastarse ciento cincuenta mil pesetas en trapos. Dice a todo el mundo que tiene veintinueve años aunque, en realidad, ha cumplido ya las cuarenta y dos primaveras, eso sí, bien llevadas, porque se ha operado de todo. Es la más antigua de todas nosotras y eso le hace creer que tiene más derechos, por lo que pone mala cara a cada chica nueva que aparece.

Hoy soy yo la nueva, y apenas me mira. Pero ya me lo esperaba después del episodio de la víspera.

Después me fijo en una pelirroja impresionante, altísima, de pelo largo liso, que le llega hasta las caderas. Al principio pienso que Estefanía es sueca. Luego me dicen que es española y encima, ¡de Valladolid! No me hace ningún comentario esta noche acerca del vestido rojo que le he cogido para presentarme al primer cliente. Seguro que Cristina ha arreglado el asunto a su manera. Tiene un rostro angelical, con ojos azules llenos de dulzura. Hace este trabajo para mantener a un hombre mucho mayor que ella, que no trabaja porque no le da la gana. No sé más de ella, porque es muy discreta y se guarda mucho de hablar de su vida. Me saluda con una sonrisa. Con el tiempo resultará ser la más lista de todas; sólo hablará en contadas ocasiones y se limitará a sonreír todo el tiempo. Con ella aprenderé que hablar en este tipo de lugar es lo peor que se puede hacer.

Mae también es española, de Asturias; rubia, de cabello corto y largas piernas. Tiene muy buen tipo pero desprende antipatía por todos los poros de su piel y siento enseguida que tendré que cuidarme de ella, porque parece una verdadera víbora. Se enorgullece siempre de haber sido modelo. Se ve que no debía de ganar mucho dinero en la profesión… Tiene muchos pretendientes y vive claramente de los hombres, incluso fuera de la casa. Desaparece por temporadas, porque se va liando con señores que la mantienen. Cuando el dinero se le acaba, y la relación también, vuelve a la casa como un perro abandonado. Se da aires de pija pero es, en mi opinión, la más vulgar de todas.

Cindy, una portuguesa de ojos negros, es la única que me dirige la palabra cuando me presento. Se trata de la bruja del limón y las cerillas que yacen en la entrada del



piso. Tiene la melena negra azulada muy brillante y lisa, y un cuerpo muy fibroso.

—¡Hola! Tú eres francesa, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí. Me llamo Val.

—Mucho gusto —dice, tendiéndome la mano para saludarme.

Su educación extrema contrasta con el contexto y el vestido vulgar que lleva puesto. Pero lo achaco a su poco conocimiento del castellano. De hecho, habla fatal el idioma, con una mezcla de portugués y español. Por esta razón, repite las pocas frases de cortesía que ha aprendido, alternándolas con frases muy vulgares, lo cual me hace pensar que ha trabajado en la calle. Con ella, sé que tengo a una amiga en la casa. Nos hemos llevado muy bien siempre. Cindy hace turno de día y de noche porque tiene grandes problemas económicos.

—Tengo a *filha* que alimentar, hostia puta —me irá repitiendo sin parar.

Y yo me río a carcajadas cada vez, porque se da aires de Gran Dama, con este toque final de vulgaridad. Es totalmente surrealista.

Enfrente de mí están las cuatro chicas con más antigüedad de la casa. Susana me hace una señal para que la acompañe otra vez a la cocina.

—Mira, cariño, tú no tienes que pelearte con ninguna chica, ¿de acuerdo? Entre ellas siempre hay problemas, así que te aconsejo que no te metas en sus historias. Te lo digo por tu bien —insiste Susana, como si le hubiese refutado algo—, me lo agradecerás un día, ¡ya verás! Si pasa cualquier cosa, háblalo conmigo o con Cristina. Que ella es la jefa.

—De acuerdo —digo sin parpadear.

De repente, oímos chillidos que vienen del salón.

Es Isa.

—¡Seguro que alguna puta de vosotras me ha robado mi americana de Versace! —grita histérica.

—¿Nosotras? —dice Mae—. ¡Puta tú!, estás loca. Yo me puedo comprar todas las americanas de Versace que quiero, ¡imbécil!

—¿Ah, sí? Pues mi americana ha desaparecido desde que habéis llegado —insiste Isa.

Susana sale corriendo de la cocina.

—¿Qué está pasado aquí? —pregunta, con el eterno cigarro en la mano.

—Me han robado mi americana de Versace —le explica Isa—. Seguro que ha sido una de ellas.

Yo observo, con mi bolsa de plástico bien agarrada entre las manos, por miedo a que salga de repente un ladrón de un rincón.

—¿Y qué te hace pensar que te la han robado? —vuelve a preguntar Susana.

En ese momento suena el timbre del interfono.

—¡Un cliente! Id a la habitación y preparaos. ¡Y basta de peleas! —anuncia Susana. Y mirándome añade—: ¡Tú también!

Entramos en la habitación pequeña para cambiarnos. Sacamos de nuestras bolsas la ropa que nos va a servir para trabajar, hasta que Isa se pone a mirar fijamente la mía, y adivino enseguida su pensamiento.

—¿A ver tu bolsa? —me dice con tono seco.

—¿Mi bolsa? —repito indignada—. ¿Por qué quieres ver mi bolsa? ¿No pensarás que yo…?

Me arranca la bolsa de las manos y vacía el contenido encima de la cama.

—¡No te permito…! —le digo enfadada.

—Si no son ellas, ¿quién va a ser? —pregunta, convencida de encontrar allí su americana.

Pero la americana no aparece.

—¡Ves como no tengo nada!

—¡Pero bueno! —exclama Cindy—. ¿Cómo puedes pensar que esta pobre chica, que acaba de llegar, te ha robado la americana?

—¡No he pedido tu opinión! —estalla Isa, y me lanza la bolsa de plástico casi a la cara—. Además, no acaba de llegar. Ayer por la tarde me robó un cliente.

Pienso sinceramente que estoy soñando. Quiero intervenir para defenderme pero Cindy no me deja hablar.

—¿Pero qué te crees? —chilla Cindy—. ¿Que *os* clientes son tuyos? ¡Por el amor de Dios! *Os* clientes son de la casa, Isa, ¡de la casa!, ¿te enteras?

Empiezo a sentirme muy mal en este ambiente.

—Aquí —añade Isa— hay demasiadas gallinas en el gallinero. ¡Como siempre!

—¡Hombre, claro! —interviene Mae, con tono de mala leche—. Te gustaría estar sola para trabajar. IMPOSIBLE, ¿entiendes?, tetas de silicona. También nosotras tenemos derecho a trabajar.

—Prefiero tener tetas de silicona que el pecho caldo como lo tienes tú. ¡Vete a la mierda! —suelta Isa, para concluir con la discusión.

Cuando estoy convencida de que terminarán peleándose como locas, llega Susana

para poner orden.

—¡Pero bueno! Os estamos escuchando hasta en la calle. Venga, preparaos que hay un cliente y os quiere ver ya a todas.

He decidido ponerme para trabajar esta noche un conjunto chino negro, pantalón con top, monísimo. No es vulgar ni demasiado sofisticado. Es perfecto. Pero todavía no tengo ni idea de como presentarme y, además, estoy muy alterada por lo que acaba de suceder.

—¡Tranquila! —me dice Cindy, repuesta de tantas emociones—, o cliente no te va a comer.

Isa acude la primera, como una diva. Entra en el salón y sale enseguida. Yo soy la segunda. Cuando entro, me encuentro con un chico joven, la cara llena de granos, un poco incomodo y le sonrío.

—¡Hola!, me llamo Val y soy francesa —le digo, tendiéndole la mano como una estúpida.

El chico ni siquiera me mira y entiendo que no me va a elegir.

Cuando todas van acabado de presentarse, y después de enterarnos que es Estefanía la elegida, Cindy me pregunta como me he presentado.

—Hombre, no me extraña que no te haya elegido, ¡joder! —exclama—. A *o* cliente hay que seducirle. Dale dos besos, pero no *a* mano.

—¿Sí?

—¡Claro! Si no se acojona, ¿comprendes? Tienes que venderte. Y evita los pantalones. Ponte falda, y si es corta, mejor.

Es curioso. Cada vez que he querido estar con un chico que se me ha cruzado por la calle, o en algún otro lugar, nunca he tenido problemas para llevármelo a la cama. Aquí, todo es diferente. Primero, hay varias chicas, por lo tanto una evidente competencia. Pero además, me siento como cortada. No me atrevo.

—Si quieres hacer este trabajo y ganar dinero, tienes que ser la mas p… de todas —me explica Cindy. Y me extraña que no quiera pronunciar la palabra.

—¿Por que le das consejos? —pregunta Mae mientras se desmaquilla—. ¡Que se espabile ella solita! Bastante difícil se esta haciendo este trabajo para que, encima, le des trucos a las nuevas para que nos roben a los clientes.

Cindy se hace la tonta y se vuelve a dirigir a mí.

—¿Comprendes? —me repite.

—Si, Cindy. Gracias por el consejo.

—¡De nada, mujer!

Y se estira en la cama, mientras Mae recoge sus cosas y se va sin decirnos adiós. Volvemos a encontrarnos solo las tres, Cindy, Isa y yo. Nos desmaquillamos y decido dormir un rato. No he hecho nada, sin embargo me siento agotada.

Estamos durmiendo las tres, incomodas, en la habitación pequeña, cuando Angelika abre la puerta. Me levanto asustada. Estaba dormidísima.

—Isa, ¡levántate!, tienes un servicio en un hotel en veinte minutos. Ya te he llamado un taxi, así que ¡date prisa!

Y vuelve a cerrar la puerta, mientras Isa empieza a prepararse. Es terrible estar despierta en plena noche. Peor aun si tienes que levantarte, maquillarte y vestirte. Pero Isa se levanta sin protestar. Miro mi reloj. Son las tres de la mañana. ¡Dios mío! ¿A quien se le ocurre llamar a esta hora para pedir a una chica? Miro a mi alrededor y veo a Cindy, que no ha movido ni una pestaña y esta roncando a pleno pulmón. Ninguna huella de Estefanía. Debe de seguir seguramente con el mismo cliente en la suite. Mientras Isa acaba de prepararse, decido levantarme porque no consigo volver a dormirme. Me voy en pijama a la cocina para charlar con Angelika.

—¡Hola, Angelika! —le digo con voz ronca.

Se esta arreglando las uñas.

—¡Hola! ¿Que pasa? ¿No duermes? ¿Que tal te ha ido hoy? —pregunta, levantando la cabeza por unos segundos para luego concentrarse de nuevo en sus uñas.

—Pues de momento nada —le comento—. ¡Nada de nada!

—No te preocupes, cuando te vuelvas a meter en la cama, sonará otra vez el teléfono. Siempre es así. El trabajo llega cuando menos te lo esperas. Es una actividad imprevisible —dice con una mueca de disgusto.

Aparece Isa arregladísima en el rincón de la puerta, mientras el taxista llama al interfono.

—Toma la dirección. Hotel Princesa Sofía. Habitación doscientas treinta y siete. Míster Peter. Me llamas cuando llegues.

Isa coge el papelito que le tiende Angelika y se va sin hacer ningún comentario.

—Extraña esta chica, ¿no te parece? —me pregunta Angelika.

—Sí. Ya ha habido movida con ella hoy.

—Sí, me ha contado Susana. ¡En fin! Es una pobre chica. Tiene dos hijos en Ecuador, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —digo con cara de estupor.

—Sí. Pero no los ve. No lo entiendo. Es la chica que más trabaja en la casa, gana un montón de dinero y no quiere traer a sus hijos a España. Como madre, ¿qué quieres que te diga?, ¡no la entiendo!

—¿Tú también tienes hijos?

Su rostro se ilumina de repente.

—Un hijo precioso —me responde—. ¿Y tú?

—No, todavía no.

—Así que ¿no haces este trabajo porque tienes a un niño a tu cargo? ¡Mejor!

Para mi gran sorpresa, no me pregunta el porqué me he metido en esto. Me siento casi obligada a darle alguna justificación, cuando aparece Estefanía, el rímel corrido y cara de sueño.

—Paga otra hora. Toma, el dinero —le dice a Angelika.

—¡Qué bien! ¡Vaya noche llevas, mi niña!

—Sí. Pero empiezo a estar harta.

Y se va sin decir nada más.

—¡Pues sí que trabaja esta chica! —exclamo.

—Con Isa, es la que más. Viene de martes a viernes, y vive aquí en la casa veinticuatro horas. Terrible, ¿no? —me explica Angelika, visiblemente apenada por la situación. Y pregunta de repente—: ¿Sabes qué es lo peor de todo?

—No.

—Hace esto para mantener a un tío que se pasa todo el día ganduleando, ¿te das cuenta?

—No lo comprendo. ¿Es su chulo entonces?

—Si ella trabaja en esto y él vive de ella, se puede decir que es su chulo —me contesta Angelika, indignada.

—Bueno, todas hemos mantenido a un hombre en algún momento de nuestras vidas —añado, rememorando mi drama personal.

—¡Yo no, desde luego! Cuando veo a estas pobres chicas que trabajan como locas y venden su cuerpo, al menos, que el dinero que ganen sea para ellas solas. ¿No te parece? —y se sorprende levantando la voz—. Tengo que hablar más bajo, que aquí las paredes oyen.

—¿Qué quieres te diga? —pregunto muy sorprendida.

—Los dueños —me dice Angelika, casi susurrando esta vez.

—¿Los dueños? ¿Que pasa? ¿Tienen micrófonos y nos graban o qué? —le digo, casi riéndome.

Estoy convencida de que me está gastando una broma.

Angelika se asusta de repente y me pone un dedo encima de la boca.

—¡Chisss! Te podrían escuchar. Pues sí —sigue susurrando—, hay micrófonos en todas las habitaciones, menos aquí en la cocina, y también registran todas las llamadas telefónicas.

—¿Qué? —salto yo, aterrada.

—Sí. ¿No te lo han dicho todavía las chicas? Es para controlarlas para que no den sus teléfonos a los clientes. Y el teléfono está pinchado, para ver si las encargadas hacemos bien nuestro trabajo. Parece de película, ¿verdad?

—¡Peor! —recalco—. ¡Me parece una barbaridad y una violación de la intimidad de las personas! ¿Cómo se puede controlar de esta manera? Además, si la chica quiere dar su teléfono a un cliente, ¿quién se lo puede impedir?

—¡Está claro! —afirma Angelika—. Si tienes un servicio en un hotel, puedes hacer lo que te dé la gana. Pero hay que ir con mucho cuidado con el dueño, Manolo. Su mujer Cristina es un encanto, pero él…

—Todavía no lo conozco.

—¡Es horrible! Tiene una pinta de camionero que no puede con ella. Yo le llamo un tío «básico», ¿sabes lo que te quiero decir? Es vulgar y superagresivo. Ya lo conocerás. Practican un doble juego: él pega las broncas y ella consuela. Pero controlan a todas las chicas, como si fueran sus propios padres.

¡Por fin! ¡Ha aparecido mi famoso chulo camionero, con el cual he soñado! Y encima, ¡«básico»! El asunto promete.

—Ya tendrás tiempo de confirmar que todo lo que te digo es verdad. Pero, por favor, no le digas a nadie que te he dicho esto, ¿vale? —me pide Angelika, con voz preocupada—. No quiero perder este trabajo. Estoy mal de dinero y hago algunas cosas de día. Pero este empleo me da de comer, ¿comprendes?

—Sí, claro. No te preocupes. Me voy a la cama, empiezo a estar cansadísima.

—¡Ah!, y otra cosa. —El rostro de Angelika se pone más serio de lo normal—. No te fíes de Susana, la encargada de día. Es una loca.

—Vale. Gracias por decírmelo —contesto bostezando y sin darle demasiada importancia al comentario.

Y salgo para acostarme otra vez, preguntándome por qué Angelika me acaba de

hacer tantas confesiones sin conocerme. Me parece muy rara la situación, pero una cosa es cierta: aquí pasan cosas y tengo que andar con cuidado. Manolo, los micrófonos, Susana… Me parece todo de culebrón. Tampoco puedo pedir demasiado. Estoy en un prostíbulo, al fin y al cabo. Y en el fondo, eso mismo me hace subir la adrenalina. Por una vez después de mucho tiempo está pasando algo en mi vida que he elegido yo. Y eso es lo más bonito de todo.

Abro la puerta de la habitación con sumo cuidado para no despertar a Cindy. Pero ella sigue en la misma posición, de costado, roncando como un bebé. Creo que nada la puede sacar de su sueño. Me acuesto nuevamente y logro dormir, hasta que Angelika entra de nuevo en la habitación. Enciende la luz, como ha hecho la primera vez, y me despierta.

—¡Oye! ¿Hablas bien inglés? —me pregunta, sacudiéndome el hombro.

—Sí, muy bien.

—Pues levántate. Tengo a un cliente en el Juan Carlos que quiere a una europea que hable inglés.

¡Otra vez levantarse! ¡Me muero! Pero lo peor de todo es prepararse. ¿Cómo me lo voy a montar para borrar estos signos de sueño debajo de los ojos? Esto ya no me parece divertido. Y es la primera noche que estoy durmiendo en la casa.

—Te llamo un taxi, venga, ¡date prisa! —insiste Angelika—. ¡Toma! Son los datos del cliente. Sam, habitación trescientos quince. Paga sesenta mil pesetas por una hora.

Cindy levanta ligeramente la cabeza al oír el precio, y cuando ve que me estoy preparando, me suelta un «¡Buena suerte!» y se vuelve a dormir. Ya he descubierto lo que saca a Cindy de su letargo. El dinero. A su lado está acostada Estefanía. Ni siquiera la he oído entrar en la habitación. Está dormida ya y ni se inmuta. ¿Cuántas cabemos en esta cama? Más adelante, llegamos a dormir cinco chicas en esta misma cama, ¡cinco chicas!, ¡un récord!

Son las cinco de la mañana y pienso que el cliente que me ha tocado esta noche debe de estar realmente hambriento para llamar a estas horas.

Bajo las escaleras sin hacer ruido, y constato con rabia que el taxista todavía no ha llegado. Abajo del edificio, algunos clientes de un local de *striptease* salen borrachos. Hacen un intento para captar mi atención pero no les hago caso. Entre ellos y yo hay un mundo de distancia. Me siento importante. Voy a tener sexo con un señor que paga 60.000 pesetas, y en un hotel de lujo. Un cinco estrellas. Y, con un poco de suerte, me lo voy a pasar bien. Cuando me sorprendo pensando eso, me siento ridícula. Es sólo

una cuestión de precio.

El taxista llega por fin, y cuando le doy la dirección, entiende enseguida a qué me dedico. Le veo observarme por el retrovisor del coche, e intenta darme conversación. Pero me limito a sonreírle y estar callada.

Cuando llego al hotel, me voy directamente hacia los ascensores, con mucha seguridad, sin mirar a los recepcionistas, para evitar que me pidan cualquier cosa. Actuando de este modo, parezco una huésped. Nadie me pide nada y subo enseguida al tercer piso.

Cuando el cliente me abre la puerta, descubro a un hombre altísimo, moreno de piel. Parece hindú, y las facciones asiáticas de su cara me seducen enseguida. La bata blanca que lleva puesta le da un aire enternecedor y simpático.

—*Hello, are you Sam?* (Hola, ¿eres Sam?) —pregunto respondiendo a su sonrisa.

—*Yes, you must be the girl from the agency*. (Si. Debes de ser la chica de la agencia).

—*Yes. My name is Val. A pleasure*. (Sí. Mi nombre es Val. Encantada).

Me hace pasar y en la mesita de noche está ya preparado el dinero.

—*You can take it*. (Puedes cogerlo.) —dice—. *It's yours* (Es tuyo).

—*Ok. Thank you* —le agradezco—. *Can I call my agency to say that everything is ok?* (¿Puedo llamar a mi agencia para decir que todo está bien?).

—*Yes of course*. (Sí, claro) —y desaparece en el baño.

Llamo a Angelika y luego empiezo a quitarme la ropa. Sam reaparece y me dice que puedo ir al baño si quiero. Cosa que también le agradezco, mientras Sam me va sirviendo un poco de vino tinto sacado del minibar.

Paso un rato muy agradable con él. Es muy dulce, y aunque no tengo ningún orgasmo, disfruto. Acaricia muy bien. Al final, me da una propina de veinte mil pesetas y su tarjeta de visita por si necesito cualquier cosa, y me promete volver a contratar mis servicios cada vez que vuelva a Barcelona. Tengo que salir casi corriendo, porque me llama Angelika para avisarme que ya ha pasado la hora. Me he olvidado por completo del tiempo.

—Conmigo no pasa nada —me dice Angelika— pero si haces eso con Susana, te va a poner un montón de problemas. Así que procura vigilar el tiempo. Si no, piensan que te quedas con el cliente, que éste te paga y que tú vuelves con el dinero de una sola hora, ¿comprendes?

Vuelvo a la agencia sobre las siete de la mañana, le pago a Angelika, pero no le


comento nada de la propina, ni de la tarjeta del cliente. Y me voy otra vez a la cama.

Manolo, el camionero

3 de septiembre de 1999

Nueve de la mañana.

Me han despertado unos ruidos espantosos y los gritos de un loco furioso. En la cama no hay nadie más que yo y un montón de sábanas arrugadas, puestas en un rincón. Me levanto y voy directamente a la cocina para prepararme un café. Allí hay un hombre moreno, fuerte de espalda, en pantalones cortos y con una riñonera alrededor de su cintura, que está a punto de explotar de lo llena que está. Lleva unos mocasines que forman una combinación extraña con los pantalones cortos. En su camiseta verde safari se puede leer en grandes letras negras: «I love Nicaragua». Parece furioso, y Susana está roja como un tomate. El hombre me mira fijamente durante unos segundos, como si fuera una intrusa. De hecho, no nos conocemos, pero adivino por esta manera tan cutre de vestir y la violencia que hay en sus rasgos, que es Manolo, el propietario. Es tal como me lo ha descrito Angelika. Al parecer, soy la única chica que se ha quedado en la casa y este hecho hace que, de repente, me sienta en peligro ante ese hombre. Todas se han volatilizado como por arte de magia.

—Y tú, ¿quién eres? —Manolo rompe primero el hielo.

—Hola, soy Val. Soy nueva. Hace sólo dos días que he empezado a trabajar.

—¡Ah, sí! Me ha contado mi mujer que había una chica nueva. ¡Hola!, soy Manolo —me dice, sacudiéndome torpemente la mano como signo de bienvenida.

No me mira a los ojos cuando le doy la mano. Parece tener otras cosas en la cabeza. Y de hecho, me comenta:

—Le estaba diciendo a esta estúpida de Susana que no quiero más follón entre las chicas. Ella es la encargada y la responsable de vigilar que todo vaya bien, ¿no te parece?

¿Cómo me puede pedir mi opinión, a mí, delante de Susana? No me parece correcto. ¿Pero cómo le voy a decir a este hombre tan «básico» lo que es correcto o

no? Me limito a seguir mirándole. En las pocas horas que han transcurrido, me he dado cuenta de que tienes trabajo si le caes bien a la encargada. Si ahora me pongo a mal con Susana, seguro que nunca me va a llamar de día para hacer un servicio.

—¿Has entendido?, ¡estúpida! Estoy hasta los cojones de que me llamen a casa las chicas para quejarse. ¡O haces bien tu trabajo o vas a la puta calle!

Así de vulgar es Manolo. Y no lo entiendo. ¿Por qué siempre esta gente ha de encajar tan bien con el modelo de chulo agresivo y vulgar que tengo en mente? Si Susana está loca, como me ha comentado Angelika, no me extraña. Con un jefe así, cualquiera acabaría mal de las neuronas.

A partir de este día, opto por tener una actitud completamente aséptica cuando esté con Manolo, para que no me contagie también su manera de ser.

Me preparo un café, pago las ciento cincuenta pesetas a Susana y me voy al salón para estar sola. Unos ruidos espantosos de martillazos vienen del piso de abajo y Manolo sale furioso de la cocina. La verdad es que el ruido es tal que le puede sacar de quicio a cualquiera.

—¡Van a derrumbar el puto edificio si siguen así! —grita Manolo.

Susana le sigue como un perro, con su cigarro en la mano, olvidándose de los malos tratos psicológicos de su jefe. Imita cada uno de sus movimientos.

—Es así todos los días —explica ella.

—Quiero que acaben ya estas putas obras. Bajo un momento a ver para cuánto rato tienen todavía.

—Vale.

Manolo se vuelve hacia Susana y apuntándole un dedo a la cara, le dice:

—Que sea la última vez que hay estas movidas aquí. Si no, a la puta calle, ¿entendido? A la puta calle…

—Sí, Manolo —contesta Susana con voz tímida.

Luego él me mira, haciendo un signo con la mano para despedirse.

—Nada cómodo, ¿verdad? —le comento a Susana, con voz cómplice.

—Siempre hay problemas. Pero él tiene razón. No puedo dejar que las chicas le llamen por la noche para explicar sus miserias.

Y me mira de una forma rara, desde el rincón de los ojos, como sospechando de mí. Susana no está enfadada con Manolo, curiosamente. Parece tener una actitud extrañamente masoquista.

Llaman a la puerta. Es un cliente y Susana lo hace pasar rápidamente al salón,

mientras yo corro a esconderme en la habitación pequeña, con el café en las manos. Después de un rato, viene a verme y me dice que me prepare, ya que soy la única chica que se ha quedado en la casa.

—No puedo presentarme así, Susana. ¿Has visto mi cara? Tengo ojeras, y me muero de sueño. Necesito ir a mi casa a descansar.

—¡Ah, cariño mío! ¿Qué me estás diciendo? Pensaba que querías trabajar.

—Sí, claro que quiero trabajar. Pero cuando esté bien.

—Ahora mismo te preparas, te maquillas y te presentas al cliente. Es él quien decidirá si tienes mala cara o no.

No me atrevo a decirle nada, no por cobardía —le hubiese dicho cuatro cosas a esta mujer— sino porque no quiero provocar follones. Quiero trabajar, es cierto. Así que me preparo.

Tal como he pronosticado, mi mala cara no le gusta al cliente. Me saluda y pide luego ver el *book* de fotos, porque yo no le he convencido.

—Ves, ya te lo había dicho —le recalco a Susana, mientras me pongo unos vaqueros.

—Ya puedes irte a casa. Ahora va a volver Estefanía. La acabo de llamar y estaba desayunando fuera. Seguro que ella se queda con el cliente. No sé lo que has hecho para tener esa cara tan marcada —me dice, mirándome de reojo.

Después de escuchar esa frase, entiendo por qué las chicas son tan vanidosas y no paran de comprarse cosas y pasarse todo el día delante del espejo. Con comentarios así, una pobre chica puede coger una depresión, pasarse la vida en un quirófano y acabar con la autoestima por el suelo. Pero como la mía está ya en lo más bajo, no le hago caso, cojo mis cosas y me voy a casa.

Esponja de mar

4 de septiembre de 1999

Ayer por la noche no fui a trabajar porque me vino la regla. Estaba fatal, y me quedé en la cama todo el día.

A eso de las once de la mañana, recibí una llamada de Cristina, la dueña, que quería saber cómo me encontraba y también organizar la salida con el fotógrafo para hacer mi *book*.

—Mareada, Cristina. No muy bien, la verdad. Voy a estar así unos seis días.

—¿Unos seis días? —exclamó—. ¿Tanto te dura la regla?

—Sí, desgraciadamente. Pero creo que dentro de unos tres días, podremos hacer las fotos.

—Bueno. Hablé con el fotógrafo. Quería ir a la Costa Brava. Esa zona es muy bonita y podríamos hacer unas fotos muy elegantes, ¿qué tal?

—Fantástico.

—Hay que salir temprano, sobre las seis, para aprovechar la luz.

—Entiendo. Las seis es un poco pronto, pero me parece bien de todas formas. Quiero hacer ya esas fotos.

—¿Por qué no te pasas esta tarde, organizamos el día de la salida y hablamos del vestuario que tendrías que llevarte? Yo estaré en la casa sobre las cuatro de la tarde.

—OK! Nos vemos esta tarde, entonces.

Cuando llego por la tarde, hay más chicas de lo habitual. Todas están en el salón, como de costumbre, mirando un culebrón por televisión. Allí está Cindy, la chica portuguesa, con un palito de incienso de canela girando por toda la habitación.

—A canela atrae *o* dinero —me dice cuando ve que la miro atónita—. Luego, iré a cocina y pasaré *a* canela alrededor *do* teléfono. Para que os clientes llamen.

Parece seria cuando me va dando todas estas explicaciones. Me pongo a reír, sin darle más importancia, y me paro en seco, cuando veo a una chica rubia salir del

cuarto de baño. Parece una muñeca Barbie, con la misma melena rubia larga, una camiseta ceñida que aprieta su pecho enorme de silicona, que hace juego con una boca del mismo material, extremadamente carnosa. Aquella mujer parece que se va a ahogar de tanto pecho. Sus ojos no tienen expresión, están estiradísimos, y hasta llego a pensar que su cirujano se ha pasado un poco. Es pequeñísima, pero toda redondeces, muy bien puestas en su sitio. ¿Cómo puede existir tal barbaridad? Me mira, pero no me saluda. Se va a sentar directamente al lado de Isa, quien está probando un lápiz de labios delante de un pequeño espejo de bolsillo. Entiendo enseguida que son amigas y por eso la Barbie me tiene rencor, incluso antes de conocerme personalmente. Isa se ha encargado seguramente ya de ponerla en contra mía.

Cristina sale de la cocina y me llama.

—Ven, aquí estaremos mejor para hablar —me dice, alegre.

Tiene grandes dificultades para moverse. Ya está embarazada de unos ocho meses. Pero cada vez que la veo, siempre parece de buen humor.

—La chica rubia que has visto es Sara. No la conocías todavía, ¿verdad?

—No, es la primera vez que la veo —le contesto.

—Pues lleva trabajando con nosotros muchísimos años, ¿sabes? A los hombres les encanta.

—¿Ah, sí?

Pienso con asco que los hombres, desde luego, no tienen ningún tipo de gusto.

—Es un poco rara, al principio, pero no te preocupes, acabará por hablarte.

La verdad, no me preocupa demasiado quién me hable y quién no. Lo que sí creía es que existía más complicidad y solidaridad entre las chicas de este ambiente. Pero veo que no es así. Y eso me decepciona profundamente.

—Cada día que pasa, pienso que voy a explotar —me comenta Cristina—. No aguanto más este embarazo. ¡Tengo unas ganas de que venga el bebé…!

—Bueno, ya me imagino —le contesto—. Y con este calor espantoso, debes de sufrir mucho, ¿no?

—Sí. Y además, no me ayuda nadie. Estoy aquí, allá, en casa. Manolo es muy bueno, pero sólo entiende de lo suyo. No me facilita las tareas. Me han comentado que ya conociste a mi marido.

—Sí. Ayer por la mañana. Yo tenía muy mala cara, porque me iba a venir la regla, y así me vio.

—Chilla mucho, ¿verdad? —me dice riendo—. Ya se lo he dicho, Manolo, no te pongas nervioso. Pero no me hace caso. ¡Ay! —suspira, una mano en su barriguita—, yo soy todo lo contrario, ¡menos mal! En este trabajo, no hay que perder los nervios nunca. Siempre hay problemas, entonces hay que tomárselo con mucha calma, ¿verdad?

—Bueno, supongo que sí.

—Tenemos una tienda de ropa también. La llevamos Manolo y yo. Pásate un día. Hay cosas muy bonitas. A lo mejor necesitas renovar tu guardarropa. Te haré un precio especial.

—¿Por qué no?

—Para volver a nuestro tema, si te parece bien, vamos pasado mañana a hacer las fotos. Tendrías que traer ropa elegante, vestidos de noche, y tu propio maquillaje. Te tendremos que retocar seguramente, porque vas a sudar mucho —explica, dándome la impresión de que lo sabe todo. Y añade—: En lo que se refiere a la regla, ¿sabes que puedes perder mucho dinero si no trabajas esos días?

—Sí, lo sé, ¿pero qué puedo hacer? —digo resignada.

—Existe un truco para trabajar con la regla sin que el cliente lo note.

—¿Cómo?

Eso sí que es una sorpresa. Cada día que paso en esta casa, me asombro más y más. Y Cristina prosigue detenidamente con su explicación.

—Trucos del oficio, cariño. Cuando te salga un servicio, en lugar de ponerte un tampax utiliza una esponja de mar, de esas gordas con agujeritos. Recortas un trocito con unas tijeras porque entera sería demasiado. Durante el tiempo que dure la relación, el cliente no notará nada.

—¿De verdad funciona? —pregunto, sin acabar de creérmelo.

—¡Claro que funciona! Pruébalo y ya verás.

Esta mujer tiene la firme intención de rentabilizarme al máximo.

—Te digo eso, porque hay un servicio para esta noche, con Cindy, con dos políticos de Madrid, y creo que tú eres la persona adecuada para ello. Quieren chicas que no sean vulgares para ir a tomar una copa. De momento, han pagado para estar una hora charlando, pero nada más. Luego, si les gustáis, podréis seguramente ir a su hotel.

Me lo pienso un instante, y me parece interesante el encuentro. Así que acepto.

—De acuerdo. ¿A qué hora es la cita?

—A las doce de la noche. Sólo uno de los dos sabe que sois chicas de pago. Tiene que parecer un encuentro casual, como si tú fueras una amiga suya. En ningún momento su amigo tiene que enterarse de que os han pagado para eso, ¿entendido?

—Sí, ¿pero cómo? —pregunto.

Me parece una historia sin pies ni cabeza.

—Manuel, nuestro cómplice, por decirlo de alguna manera, llegará al bar acompañado por su amigo sobre las doce. Llevará un traje gris, y una corbata roja de Loewe. Cuando le veas, le interpelas diciendo que eres la chica que conoció en no sé qué sitio. Tú misma. Entonces, él te propone invitaros a una copa, y os sentáis con ellos. ¡Y ya está!

—Bueno, ya me las ingeniaré para que todo salga bien.

—Así me gusta. Manuel ya ha visto a Cindy en foto, y le he hablado de ti. Como tú hablas mejor castellano que Cindy, serás la encargada de provocar el encuentro. La amiga que te acompaña acaba de llegar de Lisboa. —Después hace una pausa y apunta una dirección en un papel—. A las doce en este bar. Pasa primero por aquí para recoger a Cindy y luego, vais las dos.

—Entendido.

—Y pasado mañana, nos vemos a las seis, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Políticamente incorrecto…

4 de septiembre de 1999 por la noche

Después de la reunión con Cristina, me voy a casa a buscar ropa para esta noche y para la sesión de fotografías de pasado mañana. Vuelvo luego a la casa, con una sensación rara en el cuerpo. Me gusta este tipo de encuentros. Es muy excitante, me pone la adrenalina a tope, y tengo las sienes a punto de explotar de tanto bombeo sanguíneo.

Cuando llego, Cindy ya está lista y cogemos un taxi para ir al bar donde tenemos la cita. Me estoy imaginando a esos políticos, muy serios, en sus trajes Ermenegildo Zegna, con los bolsillos llenos de papeles y tarjetas de visita, y carteras de cuero que encierran discursos impronunciables escritos por otros mejor dotados para la dialéctica. Nunca he hablado con un político. ¿Qué tipo de lenguaje va a utilizar ese Manuel conmigo? Tenemos que hablar durante una hora. ¿Qué nos vamos a contar?

—¿Tú sabes cómo es *o* Manuel? —me pregunta de repente Cindy, cortando mi diálogo interior.

—¡No tengo ni idea! —exclamo—. Sólo sé que lleva un traje gris y una corbata roja de Loewe.

—¿Y cómo se supone que es una corbata de Loewe? —dice Cindy, estirando los bordes de su falda que se ha levantado cuando ha subido al taxi. Se iza con pequeñas sacudidas para intentar recuperar los trocitos de tela prisionera debajo de su trasero. Entreveo, entonces, unas medias muy bonitas con elásticos bordados que se adhieren a la piel. Se ha puesto muy sexy esta noche.

—No lo sé. Pero ya les encontraremos.

El bar se encuentra en el Tibidabo, y tiene una vista fantástica de Barcelona. Está bastante oscuro y la música no puede sonar más alta. En este contexto, tenemos que encontrar a dos políticos de Madrid. ¡Dios mío! ¡Vamos a tener que chillar para comprendernos!

Dejo a Cindy un momento sola y me voy al lavabo porque llevo mi esponja en el bolsillo. Estoy esperando hasta el último minuto para colocármela. Ya me he tomado la molestia en casa de cortarla en tres trozos porque entera es demasiado grande. Una vez encerrada en el baño, cojo un trozo de esponja que me coloco cuidadosamente. Me da algo ponerme eso, pero no tengo otro remedio. Me toma cierto tiempo esta operación porque no estoy acostumbrada y me cuesta ponerla así, seca. Me reúno otra vez con Cindy que está observando detenidamente a cada hombre que va entrando en el bar. Con la luz oscura del local, todos los trajes parecen grises, como los gatos, y me parece que la tarea de encontrar a dos individuos que no conocemos va a ser un tanto ardua.

—¿Ves algo? —me pregunta Cindy.

—No, nada. Todavía no son las doce. No creo que lleguen puntuales tampoco. Esperemos un poco más.

Nos pedimos una copa, Cindy un gin-tonic y yo un whisky con Coca-Cola, y empezamos a charlar. Esta chica me parece muy agradable, con las ideas muy claras y un disgusto tremendo por los hombres, que no intenta esconder.

—De hombres, no quiero saber nada. Sólo por trabajo. Si no, nada de nada —dice mientras levanta la copa para brindar conmigo.

—Pero, ¿ni siquiera tienes novio?

—¿Un novio? —dice casi gritando—, ¡estás loca! ¡Para que me controle y descubra lo que estoy haciendo, y luego me monte escándalos! ¡No, no, no! Ya tuve bastante con *o* padre de *mía filha*.

—¿Qué pasó con él?

—A los dos años de nacer la niña, me dejó para irse con otra. Eso es lo que pasó, ¡sí señora! Desde entonces, casi no viene a ver a *sua filha* y apenas me ayuda con dinero. ¡Será cabrón! ¡Y tiene pasta ese imbécil! Por eso no tengo novio. Además, ya no sabría estar con un hombre sin que me diera dinero.

—¡Qué fuerte! —no sé qué decirle—. Y en la casa, ¿qué tal va?

—Bien. Hay momentos de *muito* trabajo y luego nada. ¡Pero siempre pico algo!

—¿Picas algo? —Cindy es muy simpática, pero me cuesta horrores entenderla entre el ruido de la gente, la música, sus expresiones y la mezcla de portugués en cada frase.

—*Sim*. Siempre consigo algún trabajo, ¿comprendes? Antes había trabajado en New York y London. Hace tiempo que estoy haciendo esto. ¿Y tú? ¿Por qué estás

aquí?

No quiero entrar en detalles de mi vida, aunque ella me inspira bastante confianza.

—Por culpa de un hombre que me robó mi dinero. Tengo deudas.

—Muy bien. Ahora eres tú la que va a coger dinero os hombres. ¿Es una revancha?

—No lo sé. No creo que sea sólo por eso.

Mientras intento explicarle a Cindy los motivos de mi llegada a la casa, siento que alguien me está acariciando con la mirada. Levanto los ojos instintivamente, y veo a un hombre que cuchichea al oído de su amigo. Dos hombres solos. ¡Seguro que son ellos! No consigo distinguir el color de la corbata. Parece un color vivo, pero no pondría la mano en el fuego de que sea roja. Es la única pareja masculina que hay, así que, sin dudarlo más tiempo, y dejando a Cindy con la palabra en la boca, decido acercarme al hombre que me está mirando. Pero, al levantarme, noto que algo me molesta entre las piernas. Es la maldita esponja, que se ha desplazado y me hace un daño tremendo en las entrañas. Además, tengo la terrible sensación de andar con las piernas entre paréntesis.

Cindy, que nota que algo va mal, me coge súbitamente del brazo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta con visible aire preocupado.

—Sí, sí. No es nada. Es la maldita esponja… Espera, que creo que son ellos. Allí en el rincón de la barra. Ahora vuelvo.

Noto sudor en la frente, pero ya que me he levantado y estoy mirando hacia ellos, tengo que acercarme. Lo hago como puedo.

—¿Manuel? ¿Eres tú? —pregunto, con una media sonrisa entre los labios.

—No, yo soy Antonio y mi amigo es Carlos. ¿Cómo te llamas tú, preciosa? —me contesta el individuo del supuesto traje gris y corbata viva.

Mi cara cambia en el mismo momento que va pronunciando su nombre.

—Perdona, te confundí con alguien. Lo siento, estaba convencida.

Y me voy rápidamente antes de que me llene por completo el sentimiento de vergüenza. Me he acercado para nada, ridícula con mi manera de andar, con esta sensación horrible de tener un dodotis puesto. Vuelvo a la mesa, donde sigue Cindy, hablando acaloradamente con unos tipos sentados en la mesa de al lado.

—Son de Kuwait —me explica—. Hablan inglés, ni una palabra de español. Yo *falou* un *poquinho* de inglés, pero me cuesta, ¿y tú?

—Pero Cindy, ¿qué haces? Estamos esperando a dos hombres. ¡No puedes

empezar a hablar con estos tíos!

Los kuwaities me están mirando con unas sonrisas que dicen mucho sobre sus intenciones.

—Mira, si estos tipos no vienen, me levanto a uno de estos kuwaities. Tienen dinero y seguro que pagan muy bien. Todo para mí. No diremos nada en la casa.

—¿Estás loca o qué? Susana está esperando mi llamada todavía, y esos políticos no han aparecido. Si no vienen, tendremos que volver a la casa.

—Bueno, la hacemos esperar un poco, además, se va a ir y la reemplazará Angelika, que es muy maja. Volvemos diciendo que hemos esperado y no han venido. Mientras tanto, nos hacemos *os* kuwaities.

Para ella, es así de fácil.

—*Do you want to drink something?* (¿Quiere tomar algo?) —me propone uno de ellos.

—*No thanks. I am sorry but we are waiting for some friends*. (No, gracias. Lo siento pero estamos esperando a unos amigos). —Le contesto con toda la educación del mundo.

Me preocupa la situación.

—Voy a darles *meu* teléfono —dice Cindy. Y se pone a rebuscar en su bolso un bolígrafo para apuntar su número en un papel.

—*Don't hesitate to call me*. (No dude en llamarme). —Le dice a uno de ellos, entregándole el papelito.

—¿Ya estás contenta? —le digo, casi enfadada—. Todo el mundo nos está mirando. Ahora sí que parecemos unas busconas.

—No te enfades. Con el tiempo, harás lo mismo que yo, ¡ya verás! Un hombre que te mira es dinero en el banco, casi seguro.

Y se echa a reír.

Quizá tiene razón, pero todavía no sé hacerlo.

—¿Val?

Me vuelvo para ver quién me está llamando, y me encuentro frente a frente con un hombre de unos treinta y siete años, traje gris y corbata roja. Es atractivo, y me quedo impresionada de la clase que tiene. Sin pensar demasiado, le digo:

—¿Manuel? ¡No me lo puedo creer! ¿Qué haces tú por aquí? ¿No vivías en Madrid?

Me da dos besos en las mejillas como si nos conociéramos de toda la vida.

—Déjame que te vea. ¡No has cambiado nada!

Yo sigo el juego. Es muy divertido. Veo que Cindy está conteniendo la risa.

—¡Y tú tampoco! —digo con una amplia sonrisa—. Déjame que te presente a mi amiga. Cindy, Manuel, un amigo de hace mucho tiempo.

Manuel saluda a Cindy besándole la mano. Luego, ella se acerca a mí y me susurra:

—¡Enternecedora escena!

Sin hacerle caso, vuelvo hacia Manuel, quien está ahora al lado de otra persona.

—Te presento a un amigo y compañero, Rodolfo. Teníamos una conferencia en Barcelona, y esta noche es su cumpleaños. Así que decidimos celebrarlo aquí.

—Mucho gusto, Rodolfo, y felicidades —le digo, tendiéndole la mano.

—Mucho gusto y felicidades —me imita Cindy.

Rodolfo es también un hombre bastante atractivo y muy simpático. Pero me gusta más Manuel.

—¿Estáis esperando a alguien? —me pregunta Manuel, con la firme intención de sentarse a nuestro lado.

El problema va a ser ahora el cómo repartirnos entre los dos. Si he entendido bien, tiene prioridad Rodolfo, ya que es su noche. Manuel se quedará con la chica que no haya elegido su amigo.

—No, por favor, acompañadnos si queréis —les propongo, muy amablemente.

Hay un momento de vacilación y, finalmente, Rodolfo se sienta al lado de Cindy. Parece haber hecho su elección ya. Manuel se acomoda en la silla que queda y me siento aliviada.

—¿Sigues en la política? —le pregunto.

—Sí. De algo hay que vivir.

Realmente parecemos haber aprendido nuestro papel a la perfección. Se acerca un poquito más a mí y me dice susurrando:

—Sabe tu amiga que Rodolfo no tiene que enterarse de nada, ¿verdad?

—Sí. No te preocupes.

—Bien. ¿Sabes? ¡No estás nada mal! —me dice, sin que me lo esperara.

—¡Ah!, pues tú tampoco. Y me alegro que tu amigo haya elegido a Cindy.

—¡Y yo! ¡Tenía un miedo! —me dice, sin parar de mirarme a los ojos.

No le contesto. Me intimida un poco.

—¡Eres increíble! Parecemos verdaderamente amigos de toda la vida.

Me gusta este político. Y me lo quiero llevar a la cama.

Después de charlar un poquito con nuestras respectivas parejas, me acuerdo de que tengo que avisar a Susana. Con la excusa de ir al baño, desaparezco de la mesa.

Hago mí llamada, y me contesta Angelika, que ya está echando humo por el auricular del teléfono. Aprovecho también para volver a colocarme la esponja, que ya no aguanto más. ¡Vaya idea que ha tenido Cristina! ¡Es la primera y última vez que me pongo esa porquería!

Cuando vuelvo a la mesa, Rodolfo se está sintiendo muy mal, y amenaza con vomitar porque ha bebido muchísimo durante toda la noche. Manuel está desolado, pero me hace entender que es mejor para ellos volver al hotel. Intento convencerle de que podríamos vernos luego, en su habitación, pero no quiere. Me explica que no puede correr riesgos con su amigo en ese estado.

Cindy y yo nos volvemos a encontrar como dos tontas, con la palabra en la boca, y más que frustradas, porque a las dos nos han gustado estos hombres. A nuestro lado siguen los kuwaitíes, que hacen varios intentos para entablar de nuevo conversación. Disuado a Cindy de hacerles caso y, al poco rato, subimos en un taxi camino de la casa.

El vals del marqués de Sade

5 de septiembre de 1999

Cuatro de la tarde.

El edificio está situado enfrente de la playa de la Barceloneta, un barrio conocido por todos por dejar mucho que desear.

He aceptado ir, entre otras cosas, porque es la primera vez que Susana me llama de día, y me siento una privilegiada. Quiero demostrarle que siempre puede contar conmigo. Susana me ha dado indicaciones precisas sobre este cliente tan particular y me voy acercando hasta su piso, segura de mí, con vaqueros y camiseta blanca.

—No vayas sofisticada para nada —me ha aconsejado Susana—. Vaqueros y nada de maquillaje. Quiere a una niña y tú no eres precisamente una quinceañera.

Ese comentario inútil me ha hecho rabiar un instante pero, pronto, me ha excitado esta pequeña puesta en escena de adolescente púber. ¡Por fin, algo diferente! Empezaba a estar harta de los hombres que pagan por tener una relación sexual convencional. Después de los dos políticos, me ha gustado salir de la rutina y este encuentro se anuncia interesante.

Cuando entro en el edificio, me doy cuenta de que no tiene ascensor. Es muy antiguo y la planta baja sirve de cuartel general a pequeños delincuentes, los sábados por la noche, porque las paredes están llenas de graffitis y el rincón debajo de las escaleras tiene marcas de incendios provocados. Unas latas de Coca-Cola yacen tiradas en el suelo, y unos mocosos comienzan a jugar con ellas al fútbol cuando me ven llegar, apuntándome para jactarse.

El cliente vive en el último piso. Me armo de valor y empiezo a subir las escaleras de dos en dos hasta el quinto. Estoy un poco nerviosa porque me pregunto qué tipo de persona me voy a encontrar en un sitio tan cutre como éste.

Casi al llegar a la puerta del piso, suena mi teléfono móvil.

—¿Sí?

Tengo que gritar un poco porque los niños de abajo están armando un ruido tremendo que se oye hasta aquí.

—¿Ya has llegado? —me pregunta Susana, impaciente—. Llevas media hora en un taxi. ¿Qué estás haciendo? ¡El cliente te está esperando!

—Te iba a llamar. Casi estoy llamando a la puerta —le digo, sin aliento, y siento de repente que alguien en las escaleras me está observando.

Un hombre moreno, de complexión fuerte, me está mirando malévolamente, en el marco de la puerta adonde me dirijo, teléfono en mano.

—Te tengo que dejar —anuncio a Susana, mientras observo al hombre haciéndome señales de apagar inmediatamente el móvil. Parece furioso.

Y cuelgo.

Me hace pasar rápidamente, sin una palabra, y antes de cerrar la puerta, mira a lo largo del pasillo para ver si alguien ha podido presenciar la escena.

En la casa, me lleva, siempre en silencio, hasta el salón y, después de un tiempo, me suelta, con rabia:

—¡No eres para nada un ejemplo de discreción!

Pensaba hasta ahora que este señor era mudo. Pero su voz grave me sorprende y me hace sentirme mal.

—¡Lo siento! Tienes razón. Tenía que haber apagado el móvil.

—Ya se lo había dicho a tu jefa. ¡Nada de móviles! No quiero que mis vecinos se enteren de que pago a una puta.

La palabra me sienta fatal. Pero vista la cara del tipo, no pienso llevarle la contraria.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—He pedido a una chica más joven.

Y se enciende un cigarro. No digo nada. Ya me he quitado ocho años de encima, por toda la cara. En la casa el ambiente está cargado. La habitación huele a muebles viejos y a polvo, y este olor me hace sentir incómoda e intento relajarme.

—¡Qué suerte tener un piso enfrente del mar! —digo, dirigiéndome hacia la terraza del salón.

—¿Qué dices? ¿No ves que es un piso de mierda?

Tiene toda la razón. Es un piso viejo, decorado con muebles viejos, un sofá que se cae a trozos, y el suelo, gris sucio, es de baldosas baratas, llenas de huellas negras, de

patas de muebles movidos, año tras año. Las paredes están recubiertas de un amarillo tímido, con costras blancas que se están deshaciendo por algunos lados y que evidencian el poco cuidado que los inquilinos han prestado.

—Bueno, pero tienes el mar enfrente —insisto.

—¡Me la trae floja el mar! ¡Vivo en un piso de mierda!

Desde luego, se ha empeñado en discutir todo comentario mío. Se deja caer en el sofá, que está recubierto de una vieja manta de cuadros, cuya única función, aparte de proteger lo poco que queda del miserable sofá, es la de hacer bolitas. Para mí, el trabajo se anuncia bastante mal. El hombre es un resentido amargado y, desde luego, yo no parezco gustarle mucho.

—Acércate un poco que te vea mejor.

Está completamente tirado en el sofá. Me acerco y, llegada a su altura, me hace girar para mirarme por delante y por detrás. Luego, se baja los pantalones y me pide que le imite. Se levanta otra vez, en calzoncillos, decorados con las bolitas de la manta que se han ido adhiriendo generosamente, y camina hacia el aparato de música. Pone un CD.

—¿Bailas? —me pregunta.

—Bueno —digo, pensando que un poco de música puede suavizarle.

Al cabo de cinco minutos, harto de la música y de bailar, me ordena:

—Y ahora, quiero que te pongas a cuatro patas.

Y saca de los bolsillos de sus pantalones el dinero que me tiene que pagar y me lo tira al suelo.

Después de observarle un momento, para intentar comprender lo que pretende, obedezco y me agacho.

Mientras, él aprovecha mi despiste para sentarse encima mío, como un jinete sobre un caballo. No cabe duda, he ido a topar con un loco furioso que tiene la firme intención de humillarme. ¡Lo que me faltaba! Empieza a cabalgarme y me coge de los pelos bruscamente, como un hombre prehistórico. Su cuerpo pesa muchísimo y me está clavando los huesos del coxis en las lumbares.

—¿Qué haces? —le grito, levantándome rápidamente.

—¿No te gusta?

—¡Cómo me va a gustar! Me estás haciendo mucho daño.

—Si pago yo, ¡hago lo que me da la gana!

—Perdona —digo, roja como un tomate—, pero estás muy equivocado. No vengo

de una agencia sadomaso. Si quieres humillar, ¡hay chicas especializadas para eso! Pero yo no soy de ésas.

Me empieza a entrar una desagradable sensación de miedo en el cuerpo, porque no sé cómo puede reaccionar este loco.

—Pues sí, quería humillar y pensaba que con una puta cualquiera se puede hacer. Pero veo que no quieres colaborar —dice, con tono de desprecio.

El corazón me está latiendo a mil por hora.

—Perdona, pero no soy una puta cualquiera, como dices tú. Y si quieres, me puedo ir. Me pagas el taxi y ya está. —Le anuncio, deseando con todas mis fuerzas que me conteste que sí.

El ambiente está cargadísimo.

—¡No, no! Está bien. Llama a tu agencia y diles que te quedas la hora.

Ya no entiendo nada.

—Pero sin violencia física, ¿de acuerdo?

—No te preocupes —dice, con una mirada asesina—. Sin violencia física.

Llamo a Susana poco convencida, porque no me hace ninguna gracia quedarme con este tío que me parece rarísimo. Espero que ella note el miedo en mi voz y me diga que regrese inmediatamente a la casa, sin correr más riesgos. Este cambio repentino en él, además, no me augura nada bueno.

—Y ahora, vamos a la habitación —dice, apenas he colgado el teléfono.

Me enseña el camino a una habitación que es muy pequeña y sucia. En su interior hay una cama para una sola persona, llena de manchas. Me quita la lencería, me observa y me tira literalmente encima de la cama.

Luego, desaparece en el cuarto de baño. Aprovecho este momento de soledad para mirar a mi alrededor, tratando de comprender qué tipo de persona es el hombre con quien tengo que acostarme. Hay libros de todo tipo, colocados en una estantería, con títulos escalofriantes y la colección completa de las obras de Sade, traducidas al español. Y objetos fetichistas. Contra la pared, están colgados un látigo larguísimo, y una máscara de cuero. He ido a parar a la casa de Hannibal Lecter en persona, pienso.

Sale del baño con un minitanga y se pone a pasearse delante de mí como un exhibicionista.

—Mírame y no digas nada —me dice, mirándome con sus ojos desorbitados y terroríficos.

El tanga le está estrangulando los genitales de tal forma que se lo tiene que quitar

rápidamente, se pone un preservativo y, sin preliminares, empieza a buscar la entrada de mi sexo con los dedos. ¡Menos mal que unos laboratorios farmacéuticos han inventado la glicerina!

Mientras me penetra sin suavidad, me grita cosas inmundas. Yo sólo tengo una cosa en la cabeza: acabar cuanto antes y largarme de aquí. El peso de su cuerpo asqueroso encima del mío se parece a una roca de cien toneladas, y a cada movimiento que va dando, me llega al olfato un olor corporal de animal salvaje. En el momento de correrse, esta masa se transforma en una serie de temblores y convulsiones, difíciles de aguantar. Cuando todo ha acabado por fin, cojo mi ropa y sin decirle ni una palabra, empiezo a vestirme mientras me voy dirigiendo a toda prisa hacia la puerta. Desciendo las escaleras corriendo y una vez en la calle, paso delante de los mocosos, que siguen allí, curiosamente callados, y hago un *sprint* digno de una carrera de atletismo. Quiero escapar de ese impresentable y dejar atrás todas las palabras vulgares que me ha farfullado. Pretendo, al correr, que estas palabras horribles desaparezcan con el viento. Una vez sin aliento, me paro, y sin tratar de contenerme, me pongo a llorar todas las lágrimas acumuladas, toda la rabia contenida.

En el ojo del objetivo

6 de septiembre de 1999

Seis de la madrugada.

—Me lo ha contado todo Susana —me dice Cristina, sin compasión, cuando aparece en el marco de la puerta—. Hay de todo en este mundo y tendrás que acostumbrarte, porque te vas a encontrar a más de uno de aquí en adelante.

—No me ha hecho daño por poco —le recalco.

Mi voz es grave, pues casi no he dormido y estoy de muy mal humor. No me apetece nada tener que poner buena cara para las fotos, pero he de hacerlo. De eso depende mi trabajo.

En la calle nos está esperando un coche. Al volante está Ignacio, el fotógrafo, y a su lado un ayudante, que va a resultar de gran utilidad para retocar el maquillaje.

—También te quería decir que es importante que, en cuanto llegues al domicilio del cliente, llames a Susana. De lo contrario pensaremos que has llegado antes y le has sacado un extra al cliente. Ya ha pasado otras veces con algunas chicas y, por eso, Susana no confía en nadie. Lo mismo cuando sales. Queremos saber las horas exactas, y si el cliente quiere estar más tiempo, vuelves a llamar a Susana y se lo dices.

—Iba a llamar a Susana, pero ella se adelantó. El cliente vivía muy lejos y con el taxi y el tráfico que había, llegué tarde. ¡Pero no he estado más tiempo con él, Cristina!

—Susana está convencida de que sí.

Ante una nueva protesta por mi parte, Cristina quiere poner un punto final a la discusión.

—No pasa nada por esta vez —dice—. Pero ¡que sea la última!

La miro escandalizada, pero no digo nada. La mañana se anuncia tensa.

Durante el recorrido, apenas hablamos. Todo el mundo está cansado. Yo, particularmente, aunque empiezo a acostumbrarme a estos despertares de madrugada.

Estoy también enfadada con Susana. No entiendo cómo puede pensar y decir cosas así de mí. Soy lo que soy, pero no una choriza.

Antes de empezar con las fotos, paramos en el bar de un pueblo para desayunar.

—Cristina me ha dicho que estás trabajando muy bien en la casa —me dice Ignacio, rompiendo el silencio.

—Bueno, sí, de momento va todo bien.

—Ya verás, con tus fotos trabajarás el doble —me dice, convencido de que el *book* va a ser la mejor inversión de mi vida.

—¡Eso espero!

Después de varios cafés con leche, empiezo a sentirme mucho mejor, e impaciente por empezar.

9 de septiembre de 1999

Hoy no ha pasado nada relevante excepto un problema con Isa, para variar. Otra vez le han robado. En esta ocasión, una supuesta pulsera de oro y sus anillos de Cartier, que le ha regalado el viejo que la ha mantenido durante estos tres últimos meses.

Yo estoy en el salón cuando oigo sus gritos histéricos, y unas cuantas palabras que intercambia con Sara, la Barbie.

—Seguro que es la francesa —le está diciendo a Sara.

Prefiero no reaccionar, si no, soy capaz de saltarle encima. Y sé además que es lo que está buscando para que me echen.

Isa y Sara se van a la cocina a ver a Susana. Intento prestar atención a lo que se dice allí, pero farfullan palabras incomprensibles desde donde me encuentro. Susana sale de repente de su cuartel general, un cigarro en la mano, y viene a verme.

—¿Puedo hablar un momento contigo, cariño? —me pregunta, como quien no quiere la cosa.

Ya sé de qué quiere hablar. Le digo que sí con la cabeza.

—Mira, ¡no sé qué está pasando contigo! El otro día, desaparece la chaqueta de Versace de Isa. Luego, te mando a un cliente y tardas un tiempo increíble en llegar. Ahora, Isa dice que le han robado una pulsera y unos anillos de oro. Perdona, pero son muchas cosas las que ocurren desde que tú estás aquí.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, cansada de que me acusen sin pruebas.

—No, nada. Pero me parece muy raro todo eso, cariño.

—¿Estás insinuando que yo le he robado a Isa la chaqueta y las joyas? —ya me ha sacado de quicio.

—Bueno, no digo que seas tú, pero me parece muy raro.

—¿Y no crees que Isa dice todo eso porque soy nueva, y no me puede ver ni en pintura? ¿Pero es que no ves que quiere que todo el mundo esté en contra mía? No me traga, Susana, lo sabes, y empiezo a pensar que tú tampoco me tragas.

—¿Qué dices, cariño? Para nada. Yo sólo estoy haciendo mi trabajo. ¡Nada más! Cuando hay problemas entre chicas, tengo que resolverlos. No quiero que pase como la última vez y que Isa llame a Manolo. Luego, tengo yo los problemas.

Y, hablando del lobo, la puerta de entrada se abre y aparece Manolo, con sus pantalones cortos y los mismos mocasines. La eterna riñonera parece vacía esta vez.

—No le digas nada —me dice Susana—. Yo me encargo de hablar con él.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta chillando—. ¡Nada de reuniones secretas!

—No pasa nada, Manolo. Sólo estábamos charlando.

Susana tiene la voz temblorosa y miente tan mal que se le nota enseguida. Está claro que teme a Manolo.

—Entonces, si no pasa nada, vuelve a la cocina, ¡estúpida!

Esta vez, me siento muy mal por Susana. La está tratando como a un animal.

Ella se va corriendo a la cocina, y salen Isa y Sara.

—Y vosotras, ¿qué estáis haciendo en la cocina? —pregunta Manolo a las chicas.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Manolo? —le pide de repente Isa.

Me echa una mirada malévola, y entiendo que le va a mencionar lo sucedido. Opto por callarme la boca y esperar la continuación de los acontecimientos, mientras Isa se encierra con Manolo en la habitación pequeña. Están un largo rato, hasta que Manolo hace su reaparición con Isa.

—No hay problema. ¡Así me gusta!, que me avisen con tiempo. Tómate dos semanas en Navidad —le dice Manolo a Isa, mientras se despide de nosotras.

Isa no le ha dicho nada, solamente le ha avisado de que se va a ver a su familia a Ecuador en diciembre. Pero también sé que ha hecho todo eso a propósito para asustarme. Cuando se va Manolo, Isa me hace entender con la mirada: «la próxima vez, te meteré en problemas».

El plástico es fantástico

15 de septiembre de 1999

La Barbie no habla, no opina, no sonríe, no mira. La Barbie sólo se toca el pelo. Pasa horas y horas tocándose el pelo. Aparece David, el cliente australiano, con quien estuve la primera noche que conocí a Angelika. Ha venido a la casa porque ha salido de marcha con sus amigos y, luego, tras el cierre de todas las discotecas de la ciudad y sin ganas de volver solo a su casa, ha decidido darse un poco de alegría al cuerpo.

Nunca ha estado con la Barbie, porque cada vez que ha llamado, ella nunca estaba disponible. Pero esta noche, sí. Y la Barbie se presenta ante David, con el pelo alisadísimo de tantas horas acariciándoselo delante del espejo. Él la elige enseguida.

—Me da morbo —le confiesa a Angelika—. ¡Tiene un pecho gordísimo!

Y la Barbie desaparece con él en la suite, toda orgullosa.

Al cabo de unos diez minutos, sale ella corriendo, en pelota picada, llena de lágrimas. Al verla aparecer así, sin esperárnoslo, nos quedamos todas boquiabiertas. Como la curiosidad por lo que les pasa a cada una de las chicas es lo que da vida a la casa, todas le preguntamos acerca de lo que ha sucedido. ¿Le ha hecho daño el cliente? Lo dudo sinceramente, porque David ha demostrado ser siempre una persona cariñosa, al menos cuando yo he estado con él. ¿Ha cambiado de idea y ha tenido miedo de ahogarse entre sus dos tetas? ¿Le ha hecho la Barbie una cubana y le ha aplastado sin querer su miembro de tanta silicona? Tantos misterios por descubrir… El ambiente en la casa esta noche es desde luego animadísimo.

A los pocos segundos de salir la Barbie de la suite, aparece el cliente gritando que le devuelvan el dinero.

—¡Esa mujer no es una mujer! —grita David—. ¡Es un travestí, un travestí!

Está furioso.

—¿Pero qué dices, David? —refuta Angelika—. No es un travestí. Es una mujer de verdad. Te lo aseguro.

—Te digo que es un travestí operado. Además tiene las tetas durísimas, ¡como piedras! ¡Qué asco! Seguro que se ha cambiado de sexo.

—¡Hombre!, operada sí que está. Pero del pecho, nada más. Te aseguro, David, que Sara es una mujer.

—Es un travestí. ¡Devuélveme el dinero ahora mismo!

—Pero…

Angelika está intentando convencerle pero no hay manera. David no quiere ceder y la Barbie se pone a insultarle y, luego, a llorar como una loca.

—¿Cómo puede decir que tengo las tetas durísimas? Me operó el mejor cirujano de España. ¡Con lo que me costó la operación!

Y es la primera y seguramente la única vez que puedo oír el timbre de voz de Sara.

20 de septiembre de 1999

Empiezo a sentirme cada vez mejor en la casa. Las chicas me han aceptado ya casi todas, a excepción de Isa, que sigue poniendo mala cara a cualquiera. Además del ambiente cada vez más tranquilo entre nosotras, yo empiezo a tener unos cuantos clientes regulares. Estoy contenta y ya ha desaparecido el nerviosismo de los primeros días.

Me siento a gusto con mi cuerpo y, sobre todo, con mi cabeza. No es un trabajo más difícil que otro, la verdad. Es distinto, nada más. Ahora, pasadas las tempestades del principio, se está instalando una rutina que me permite disfrutar de cada encuentro y vivir mi sexualidad liberada lo mejor que puedo.

Desde el episodio de la Barbie, David sólo quiere verme a mí. Bueno, eso es lo que dice. Pero sé que llama a otras agencias y ve a otras chicas. Porque le gusta el sexo, y yo conozco las reglas del juego. Dos veces a la semana conmigo, no pueden bastarle. Disfruto mucho con él, aunque no es mi tipo de hombre.

También he conseguido a otro cliente. Al principio, yo no era quien debía verle, sino otra chica. Se llama Pedro.

21 de septiembre de 1999

Estoy con un americano en el hotel Princesa Sofía, cuando me llama Angelika para decirme que, una vez acabado el servicio, tengo que coger un taxi para ir a un hotel situado a las afueras de Barcelona. Antes que a mi ha mandado a Gina, una rubia que trabaja de vez en cuando para la casa para pagarse el Mercedes que se acaba de comprar pero, al llegar allí, el cliente en cuestión resultó ser… ¡su jefe! Toda una historia… Gina se ha ido corriendo, se ha subido al flamante Mercedes y, a ciento ochenta kilómetros por hora, ha vuelto a la casa traumatizada. Por suerte, el cliente no la ha reconocido porque no había luz en el pasillo cuando le abrió la puerta, y no se ha dado cuenta. Pero el pobre hombre ahora está frustrado y espera impaciente a otra chica.

Cuando encuentro a Pedro, me parece de entrada un tipo muy nervioso, casi neurótico y con el pelo caído. Me he mostrado muy tranquila y le he gustado enseguida. Dicen que los polos opuestos siempre se atraen. Es verdad para él, pero no para mí. Vive en un hotel cinco días a la semana, cerca de la empresa que dirige. El fin de semana vuelve a su casa a hacer su papel de buen padre y marido.

Esta noche, mientras estamos en la cama, insiste mucho en que le haga una felación sin preservativo, porque lleva cuatro años sin tocar a su mujer. Ante mi negativa de no hacer nada sin protección, se me pone a llorar como un niño y después, cuando me penetra, se corre en cinco minutos. A mí no me hace gozar nada. Es muy amable pero un verdadero desastre como amante. Me resigno, pensando que, de todas formas, hoy me he ganado bien el día.

23 de septiembre de 1999

Pedro se está volviendo obsesivo conmigo. Ha llamado para saber si estaba libre, y aparece al inicio de la noche para pasarla entera conmigo. Primero, paga unas horas y nos vamos a la suite. En realidad, me dice que no le interesa mucho el sexo. Pretende encontrar en mí, sobre todo, una especie de consejera-psicóloga. Pero si además está siempre abierta de piernas, ¡mejor!

Siento un cariño especial por él. Está claro que prefiero estar con él, porque me trata bien, que con un degenerado que puede llegar a pedirme cosas asquerosas. Dice que siente que está haciendo una buena acción porque así yo no tengo que ir con otros hombres. Luego, decide salir y llevarme a bailar, avisándome previamente de que no aguanta el alcohol. Yo, en cambio, aguanto todo lo que me echen. Al fin y al cabo, acabo de renacer y tengo una fuerza interior que me hace soportarlo todo. Esta noche, decido aprovecharme de esta ventaja. Me invita a tomar una copa en un bar del centro, y entonces me dice que está contemplando la posibilidad de ser mi novio. Hasta me quiere regalar un anillo de oro blanco. Yo rechazo esta propuesta categóricamente.

—No quiero que seas mi novio. No quiero a ningún novio. Además, ahora soy incapaz de amar. Quiero ganar dinero, pagar mis deudas y ¡basta!

—Haré todo para que te enamores de mí, te lo prometo.

—No quiero enamorarme, ¡no lo entiendes! Además, no eres mi tipo para nada. ¡Lo siento!

Con cada rechazo parece motivarse más. Es como un desafío, el primer gran desafío que se le presenta en la vida. Cuanto más violenta me pongo, más se aferra a mí, porque me confiesa que necesita a una mujer autoritaria a su lado. Creo que, en el fondo, le encanta jugar el papel de buen samaritano y salvador de una chica que se encuentra en la miseria más absoluta. Complace así su orgullo y esto le da, por primera vez, un sentido a su aburrida vida. Pero Pedro me da asco físicamente, y esta noche quiero arreglármelas para no tener relaciones sexuales. Su sexo es como un espagueti fino cuya única función verdadera es la de colgar entre las piernas. Nada más.

Nos ponemos a bailar, y sólo de verle contorsionándose en la pista me da pena. Se mueve peor que un trozo de madera. Yo no dejo de pedir whiskies, y verter el contenido de mi vaso en el suyo, para que beba. No parece darse cuenta. He decidido no darle mi cuerpo. Bastante estoy haciendo con aguantar sus lloriqueos.

De repente, me anuncia:

—Me voy a divorciar.

—Pero, ¿tan mal te encuentras en tu casa? —le pregunto.

No creo que me esté diciendo eso en serio. Además, está completamente borracho.

—¡Como un verdadero gilipollas! Desde que te conozco, me doy cuenta hasta qué punto me he engañado a mí mismo todos estos años. No aguanto más a mi mujer y este matrimonio es una verdadera farsa.

—Pues si es así, cambia de vida sin dudarlo. Pero por ti, no por mí. No pretendas que te ayude más de lo que estoy haciendo. No quiero ser tu amante en exclusiva.

—No quiero que seas mi amante, ¡quiero que seas mi novia!

—Te estás engañando otra vez, Pedro. Te has enamorado de una persona que encontraste en un ambiente muy particular. Te sientes libre de venir e irte cuando te da la gana. Sólo es cuestión de dinero. En la vida real sería diferente, no me soportarías.

—Pero ¿qué dices? ¡No sabes hasta qué punto te quiero! ¡Te quiero más que a mi propio hijo!

Me parece fuerte y gravísima esta afirmación y decido hacerle beber un poco más. No aguanto este tipo de discurso, y a este hombre que siente no sé qué amor por su hijo. Desde luego, no está en su pleno juicio. ¡No pienso escuchar una palabra más acerca de eso!

—Además, no sé qué hace una mujer como tú en un sitio como ése. No es tu lugar. ¿Por qué haces este trabajo, con los estudios que tienes? —añade.

—¡Hago eso porque existes tú! —le explico enfadada.

¿Qué pasa? ¿Acaso es incompatible tener estudios universitarios, haber sido ejecutiva y hacer lo que yo hago? ¿Acaso soy una delincuente o una mala persona por haber decidido trabajar en esto? Pedro me está mirando pero parece no entender nada.

Al cabo de un rato, empieza a encontrarse muy mal y, a duras penas, le saco del local ante la mirada sorprendida de la gente. Casi lo estoy llevando en mis brazos. Pedro no pesa mucho más que yo, pero la escena es cómica.

Una vez en la calle, me encuentro con el dilema de convencer a un taxista para llevarnos a su hotel. Es una tarea difícil porque, visto el estado de mi compañero, nadie se atreve a llevarnos por miedo a que vomite en el asiento de atrás. Un señor mayor, regordete y buenazo, acepta al final, porque no se ha percatado muy bien del estado de Pedro, a quien he sentado en un banco mientras busco un taxi. A medio camino, sin embargo, tenemos que pararnos en la banda de emergencia de la carretera,

porque mi acompañante amenaza con devolver todo lo ingerido durante la noche encima del asiento. Afortunadamente no pasa nada de eso. Mientras, el taxista me va insultando y me dice que le he engañado. Yo, avergonzada, no paro de disculparme.

Una vez en el hotel, tomo la resolución militar de hacerle vomitar como sea, porque si no voy a tener que pasar la noche en vela, vigilándole, ya que ahora amenaza con tirarse por la ventana, alegando que está enamorado de una mujer que no le ama. Esta actitud tan melodramática acaba definitivamente con mi paciencia y le cojo por detrás en el baño, le arropo delante del inodoro con los dos brazos en torno al estómago y le voy presionando la barriga para que devuelva de una vez. Se pone a vomitar larga y dolorosamente, y luego se va a la cama. Al final, concilio yo también el sueño.

A la mañana siguiente, Pedro se levanta con una resaca sin precedentes, y se pone a fumar compulsivamente cigarro tras cigarro hasta que me despierta. Me he librado de aquel momento sexual que no puedo soportar más, y estoy muy orgullosa de mi pequeña jugada. Hoy, vuelvo feliz y fresca a la casa.

—Este cliente te gusta mucho, ¿verdad? —me pregunta Susana al verme llegar.

Más que preguntarme, lo está afirmando. Claro que yo no le voy a decir que soy feliz porque he ganado dinero sin hacer nada. Conociéndola, sería capaz de contárselo a Manolo y Cristina y eso generaría problemas, sin duda. Además de curiosa, Susana ha demostrado ser chivata.

—Seguro que siempre lo pasas muy bien con él en la cama.

Me limito a sonreírle, recojo mi dinero y me voy para casa.

Hoy invito yo…

25 de septiembre de 1999

Estoy en el gimnasio cuando me llama Susana. Afortunadamente, llevo el móvil conmigo, y el timbre resuena contra las paredes de la inmensa sala donde suelo acudir unas cuantas veces a la semana. Tengo que responder en voz baja para no llamar la atención de los curiosos, que ya empiezan a poner mala cara por ser molestados en pleno ejercicio.

—Tienes que venir ya. No tengo a ninguna chica en la casa y el cliente te ha elegido por la foto.

—Susana, estoy en el gimnasio. Me preparo, pero voy a tardar un poco.

—¡Date prisa!

Siempre llevo ropa por si ocurre algo así, y me alegro de haber sido previsora. Me evita desviarme para ir a cambiarme a casa. Me preparo en el vestuario de mujeres, cojo un taxi y me voy directamente para allá.

El día es gris, ha llovido un poco por la mañana y yo no estoy con mucho humor pero, ante todo, el trabajo es el trabajo.

Susana me espera impaciente. Siempre se pone así, su sentido de la profesionalidad no podría aceptar jamás que un cliente se le fuera de las manos porque la chica está tardando demasiado en llegar. Así que siempre se pone de los nervios y, a consecuencia de ello, le aparece psoriasis por todo el cuerpo. Vive con el temor permanente de que la echen, y por ello mismo, nunca nos hace sentir cómodas. Esta actitud suya ha contribuido de alguna forma a estrechar los lazos con Angelika, quien ha demostrado ser mucho más flexible que ella.

—Venga, preséntate de una vez, si no se va a ir…

—Ya lo sé, Susana. Pero estaba en la otra punta de Barcelona. No podía ir más rápido.

Me arreglo el pelo delante del espejo, y entro en el salón. El cliente está mirando la

televisión, con un cubalibre en las manos. Da la sensación de haberse bebido unos cuantos mientras me estaba esperando. Cuando me ve, sonríe pero no me dice nada y tengo que iniciar yo la conversación. Resulta ser un ingeniero aeronáutico, padre de familia (como todos) que se siente solo. No es nada guapo. Para ser sincera, físicamente es bastante repulsivo, pero tiene un no sé qué que le hace carismático. Cuando me siento a su lado, me quedo pasmada del efecto que le produzco. Se pone literalmente a temblar. Me confiesa que tiene mucho miedo y eso me enternece, así que intento tranquilizarle y pasamos a la suite, donde se quita la ropa furtivamente, se mete en la cama y se tapa completamente para que no pueda ver su desnudez. ¡Empezamos bien! Pienso que, actuando así, va a ser otro fracaso sexual, pero… Resulta ser maravilloso. Me corro sin tener que fingir. Me gustan sus caricias en todo el cuerpo. Es un verdadero experto de la anatomía femenina, hasta dudo de que el hombre que se encuentra en la cama conmigo sea el mismo al que he visto minutos antes en el salón.

Cuando acabamos, y mientras se está duchando, cojo mi bolso, saco mi monedero y después de contar los billetes, le tiendo 50.000 pesetas.

—¿Qué es eso? —me pregunta, incrédulo, friccionándose enérgicamente la espalda con la toalla.

—El reembolso de lo que le has pagado a Susana para estar conmigo —le susurro, para que no me oigan los micrófonos.

—¿Qué…?

—¡Lo que oyes! Por favor, ¡cógelo!

—Pero ¿por qué?

—Para agradecerte este momento. Hoy invito yo. ¡Pero no te acostumbres… y ni una palabra a Susana! —y le sonrío.

Tengo que insistir para que coja el dinero, porque no hay forma de que lo acepte.

—Desde luego, cada vez entiendo menos a las mujeres.

Al irse con el dinero, le murmuro:

—No hay nada que entender.

Más bien me lo estoy diciendo a mí misma porque, además, ni siquiera es mi tipo.

Estado de sitio

30 de septiembre de 1999

Esta mañana, Manolo ha tenido una discusión muy fuerte con Angelika. Estoy durmiendo en la habitación pequeña y los gritos del camionero me despiertan de repente. He oído a Angelika, que también está levantando el tono y, asustada, he acudido para ver lo que está pasando. Estoy en una casa de locos, por lo tanto, cualquier cosa puede suceder.

Las demás chicas no se han inmutado. Cuando interviene «El Jefe», es una cuestión de Estado, me han dicho. Ocúpate de tus asuntos, añadió Mae un día. Pero es superior a mis fuerzas. Parece que Manolo está a punto de pegar a Angelika y yo tengo que intervenir.

Manolo le está haciendo una serie de reproches, entre otros, que la noche anterior no ha cumplido con su trabajo y que se ha dormido. La prueba está en que, cuando sonó el teléfono a las cuatro de la madrugada, la que contestó fui yo.

—Te habías olvidado de que lo grabamos todo, ¡tonta! —le está echando en cara Manolo—. Tenemos la voz de Val grabada. ¿Qué hacía ella contestando en tu lugar? Tú eres la encargada, ¿o no?

Quiero intervenir porque Angelika se está poniendo muy nerviosa.

—Ella estaba en el baño —explico, intentando darle una buena coartada a Angelika.

—¿Tú también quieres acabar en la calle? —Manolo está levantando cada vez más la voz—. ¿Por qué la defiendes mintiendo? Sabemos que estaba durmiendo. Se lo dijiste tú misma a Isa. La conversación está grabada.

Me pongo a recapacitar y me doy cuenta de que he dicho efectivamente eso. He metido la pata esta vez, y hasta el fondo. Angelika y yo nos miramos, luego, ella recoge sus cosas y dice que no piensa quedarse ni un minuto más en esa casa de locos, donde la están vigilando más que en la casa de Gran Hermano.

—Eso es, coge tus cosas y ¡ya sabes dónde está la puerta! —le dice Manolo.

Angelika sale dando un portazo, que se debió oír en todo el vecindario.

—No te preocupes —me dice Manolo, a modo de consuelo—. Esta noche, habrá una nueva persona aquí. Esta vez, ¡una verdadera profesional!

Yo estoy desamparada, y no lo puedo disimular porque Angelika es en definitiva la única persona con quien puedo hablar con sinceridad en esta casa. Y, de alguna forma, me siento culpable de que la hayan despedido repentinamente. Lo único que me queda de Angelika es su número de teléfono. Me prometo llamarla para no perder el contacto.

Todo mi día transcurre con tristeza por lo de Angelika y, por la noche, vuelvo a la casa para hacer turno. Hay efectivamente una nueva encargada, una tal Dolores, aunque se parece más a una chica de pago como nosotras. Es delgaducha, con un tipo bastante bonito, el pelo largo azabache y unos ojazos color miel impresionantes. Una verdadera muñequita. Nos presentamos rápidamente y percibo con claridad que ella se está esforzando por ser amable. Es normal. ¡Tantas mujeres en la casa asustan a cualquiera! Tiene que hacerse aceptar.

Cuando entro en el salón para dejar mis cosas, ocurre algo inesperado. Todas las chicas están reunidas allí, en silencio, y me miran preocupadas. Es la primera vez que siento realmente una unión entre nosotras.

Todas están fumando y llevan haciéndolo desde hace rato, porque el cenicero está lleno de colillas. Deduzco que algo va mal y que el nerviosismo se ha apoderado de ellas. Cindy es la primera en tomar la palabra.

—Siéntate, y cierra la puerta, por favor.

Hago lo que me está pidiendo. Algo malo está ocurriendo.

—¿Qué os pasa a todas? ¿Por qué estáis así? —empiezo realmente a preocuparme.

—¿Qué nos pasa? —dice Isa.

—¿No lo ves? —añade Mae.

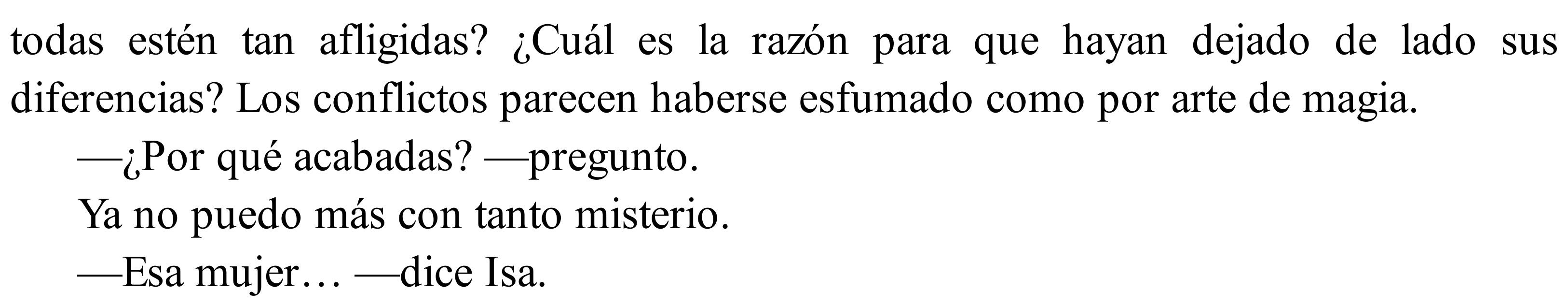
—¡Es un desastre! —opina Estefanía.

—¡Puedo decir adiós a mi Mercedes! —piensa Gina en voz alta, los ojos en el vacío.

La única que no dice nada es la Barbie, para variar. Pero yo estoy casi convencida de que debe de estar pensando en su próxima operación de cirugía estética.

—¡Estamos acabadas! —vuelve a exclamar Cindy.

Yo no entiendo nada. ¿Qué cosa tan grave ha podido pasar para que, de repente,



todas estén tan afligidas? ¿Cuál es la razón para que hayan dejado de lado sus diferencias? Los conflictos parecen haberse esfumado como por arte de magia.

—¿Por qué acabadas? —pregunto.

Ya no puedo más con tanto misterio.

—Esa mujer… —dice Isa.

—¡Seguro que nos va a robar a todos los clientes! —acaba Mae.

—Pero ¿qué estáis diciendo? Es la nueva encargada de noche. Han echado a Angelika esta mañana, y Manolo me dijo que contratarla a una verdadera profesional —explico, con afán de calmar los ánimos—. ¿Por qué nos robaría a los clientes?

—Porque es mona —continúa Estefanía—. Y en cuanto se dé cuenta de que lo que van a pagarle es una miseria comparado con lo que ganamos nosotras, nos va a robar a los clientes. ¡Ya verás! Ya pasó una vez hace mucho tiempo.

—¡Hombre, sería muy fuerte!

—Nunca hay que contratar a una encargada demasiada guapa. Es siempre arriesgado. ¡No entiendo a Manolo! —opina Gina.

La Barbie aprueba con la cabeza mientras se está alisando el pelo con la mano.

—Bueno, si vosotras lo decís… ¿Y qué hay que hacer entonces?

—Tenemos que hacer un frente común —apunta Cindy—, ¡y contamos contigo!

—Sí. Hay que vigilarla y escuchar todo lo que le dice a los clientes. A la mínima, se lo decirnos a Manolo —opina Isa, convencida.

—De acuerdo. Podéis contar conmigo, pero no creo que sea para tanto, ¡de verdad, chicas!

—¡Ya verás! —exclama Gina—. Y ahora, como si nada.

La dolorosa pérdida de Angelika nos ha unido más. Así que empezamos a hacer «guardias». Hemos decidido que si no coincidimos todas, las que estamos en la casa con Dolores debemos vigilarla muy de cerca. Esta noche, Dolores parece cumplir su trabajo a rajatabla, se comporta bien con todas nosotras y no hay nada que reprocharle. ¡Ni un fallo! Hasta yo estoy a punto de desistir de nuestro estado de alerta máxima.

4 de octubre de 1999

Hoy han llamado muchos clientes extranjeros que no hablaban ni una palabra de castellano. Y han empezado los problemas con Dolores. Como soy la única que habla varios idiomas, Dolores me viene a despertar en plena noche para pedirme que atienda las llamadas. Me parece muy fuerte por su parte, pero accedo a ello porque las chicas y yo sabemos que Manolo lo va a descubrir tarde o temprano. Es la excusa perfecta para deshacernos de ella. El teléfono está pinchado y, algún día, Manolo o Cristina escucharán mi voz. Dolores ha asegurado que habla perfectamente inglés y francés, por lo que ha quedado claro ahora que les ha tomado el pelo. De hecho, a la mañana siguiente, Manolo aparece en la casa para hablar con Dolores, mejor dicho, para echarle la bronca. Le dice que se lo monte como quiera, pero ella es la encargada y debe atender a los clientes, no nosotras.

Oliendo que, tarde o temprano, va a perder su empleo, Dolores se pone a coquetear con los clientes durante todo el día, después de mantener esta conversación conmigo.

—Dime, ¿cuánto puedes ganar a la semana?

—Depende, Dolores. No todas las semanas son iguales, ¿sabes?

—Bueno, ya, pero, más o menos…

—Entre seiscientas mil y setecientas mil pesetas.

He exagerado un poco las cantidades, a propósito.

—¿Qué? ¡Qué barbaridad! ¡Y pensar que a mí me pagan doscientas mil pesetas al mes! ¡Es escandaloso!

—Sí. Pero yo me abro de piernas, y tú no. Es la justa proporción, ¿no crees?

Se queda pensando. Creo que ya está maquinando la posibilidad de quedarse con unos clientes y hacer el máximo de dinero antes de que la echen. Las chicas tenían razón.

6 de octubre de 1999

Hoy pillamos a Dolores dándole su número de teléfono a un cliente que viene a visitarnos cada semana. Llamamos a Manolo y, a pesar de negarlo todo, por la tarde, Dolores está de patitas en la calle.

—Coge tus cosas, y ¡a la puta calle…! —le grita Manolo.

Rotación de personal

7 de octubre de 1999

Después del episodio protagonizado por Dolores, las chicas ya no me miran como la supuesta ladrona de ropa de Isa. Extrañamente, no ha vuelto a haber más robos en la casa.

Cuando hoy llega Sofía, es como una inyección de oxígeno en una caja de cartón con pequeños agujeros. Tiene unos cincuenta años, y un aspecto hippy muy divertido, que consiste en llevar faldas largas de franjas multicolores, pendientes grandísimos y un sombrero de terciopelo. Presentimos enseguida que con esta nueva encargada de noche nos vamos a llevar muy bien. Es culta, dulce y, además, tiene un algo que me recuerda a mi abuela paterna. Su verdadera vocación es cuidar a los animales; los adora y se dedica a recoger en la calle a cualquier ser viviente que tenga cuatro patas.

Siempre he pensado que la gente que ama a los animales lleva bondad en el corazón y es incapaz de hacer daño. Con Sofía, no me he equivocado. Es un amor de persona y de una generosidad desbordante.

Sofía tiene un perrito al que ha llamado Jordi para reafirmar sus raíces catalanas. De catalán, el perrito no tiene nada, la verdad. Es un bastardo encontrado en las calles de París, donde Sofía pasó largas estancias con un amante, unos diez años atrás. Para ella, Jordi lo es todo, y ha pedido permiso a Manolo para llevárselo de vez en cuando a la casa, porque el animal, según ella, tiene depresiones cuando está solo. El propietario ha accedido con la condición de que el perrito no ladre en plena noche. Empiezo a creer que Manolo sí tiene corazón.

He pasado toda la noche con Pedro y, al volver, le propongo a Sofía ir a pasear a Jordi. Mientras me entrega el dinero de la noche y al perrito, me comenta:

—No seas tonta. Cuando hayas acabado de pagar tus deudas, ahorra algo. No hagas como todas las demás chicas, que se gastan el dinero en trapos. ¡Ahorra todo lo que puedas! ¡Y no te enamores!



Pero el amor, cuando llega y es de verdad, pega fuerte. Y me ocurrió en el sitio menos indicado, y con la persona menos esperada. Fue el 10 de octubre de 1999.

Primer encuentro con Giovanni

10 de octubre de 1999

Ha pasado poco más de un mes, y practicar sexo con desconocidos ya no tiene ningún tipo de interés para mí. Se ha convertido en pura «gimnástica». Ya he conseguido casi dos millones de pesetas en tan sólo un mes de trabajo y a este ritmo, habré reembolsado mis deudas más rápido de lo que me había imaginado. Si las cosas van bien, en cinco meses habré acabado de pagar; pienso en seguir trabajando en la casa un poquito más para terminar de sanearme económicamente, y cambiar luego de vida.

Esta tarde estoy en casa, haciendo limpieza, cuando me llama Susana.

—Ven corriendo, tengo a dos clientes italianos que te están esperando. Tienes que darte prisa porque han de coger un avión. ¿Vale, cariño?

—Vale. Me preparo, pero tú ya sabes que no puedo volar. Voy a intentar ir a toda prisa. Diles que se esperen.

Me pongo inmediatamente en marcha. Sólo falta maquillarme y al poco rato salgo corriendo a la calle a buscar un taxi. Ironía del destino… Imposible coger uno libre. Está pasando el tiempo, más de media hora desde la llamada de Susana, cuando vuelve a sonar mi móvil.

—¿Qué estás haciendo, cariño? Si no te das prisa, voy a tener que llamar a otra chica.

—Lo sé, Susana. Estoy intentando encontrar un taxi libre, pero es la hora punta de salida del trabajo y no encuentro ni uno. Por favor, diles a los clientes que estoy en camino y que hay mucho tráfico. ¡Por favor, Susana!

Otro día, me hubiese enfadado con ella, pero esta vez, algo me dice que he de conservar la calma. Llego finalmente a la casa con una hora de retraso, el rímel corrido de tanto sudor, Susana enfadada, y los dos clientes italianos a punto de marcharse.

Me presento enseguida. Son dos hombres muy elegantes, como saben ser los

italianos, uno pequeño, gordo y calvo, llamado Alessandro y otro alto, delgado, y con una picardía en los ojos que me hace quererle enseguida. Giovanni no es un hombre guapo, pero su rostro proyecta serenidad y simpatía. Desgraciadamente, está claro, una vez más, que yo no puedo elegir. Vuelvo a la habitación pequeña donde se encuentran Estefanía y Mae. Las dos ya se han presentado, pero sólo Estefanía le ha gustado a Alessandro. Interiormente, me siento aliviada al saber que me ha tocado el que más me atrae.

Mae se ha quedado colgada, está fumando sentada encima de la cama, pero no me pone demasiada mala cara ahora porque ya se ha establecido una especie de código de honor entre nosotras: «el cliente me ha elegido, entonces ¡no jodas!».

Giovanni y yo pasamos a la suite y se da una ducha rápida. Yo me quito la ropa y, cuando sale de la bañera, empieza a cogerme fuertemente en sus brazos, cosa que me sorprende, ya que los hombres nunca suelen hacer eso. Todos prefieren ir directo al grano. Nos entrelazamos unos instantes y luego me mira con ternura y nos fundimos en un beso tierno. Los dos tenemos ganas de besarnos, hay como una especie de energía entre nosotros que nos atrae y nos hace pegarnos como dos imanes. De hecho, estamos muy sorprendidos de esa atracción, tanto él como yo, y empezamos a intercambiar palabras sobre Italia y las razones de su viaje a España. Mientras tanto, en la habitación de al lado, oímos los gritos de Estefanía que se funden con los de Alessandro. Nuestra actividad sexual está muy lejos de alcanzar ese nivel. El encuentro se acaba después de que masturbe a Giovanni, que está demasiado cansado para tener una relación completa. Yo me he conformado con el beso que me ha dado y no me siento para nada frustrada. Lo que ha sucedido entre nosotros es más que gratificante para mí. Tengo la extraña sensación de conocer a este hombre de toda la vida, su olor, su sonrisa, sus manos. Al despedirse de mí, me dice que regresará dos días más tarde, y que espera volver a verme. También me pregunta cuál es mi nombre verdadero.

—El que te he dicho. Es mi verdadero nombre, te lo aseguro.

—*Dai! Non é vero. So che il tuo nome é diferente*. (¡Venga! No es verdad. Sé que tu nombre es diferente).

—No, no. Te lo aseguro. Yo no tengo nombre de guerra, si a eso te refieres.

Y se va riendo, y asegurándome que la próxima vez le acabaré dando mi verdadero nombre y mi número de teléfono. Yo no sé nada de él, ni sé si lo volveré a ver. Los hombres prometen muchas cosas que luego no cumplen. Pero algo en mi interior me dice que pronto volveré a cruzarme en su camino.

El hombre de cristal

2 de octubre de 1999

Este encuentro con Giovanni me ha hecho reflexionar mucho sobre el camino que he recorrido hasta ahora. Creo que el destino está siempre jugando con las personas y que tiene muchos caminos. Yo elegí uno y, escarmentada, me ha conducido hasta Giovanni, a través de una casa de citas. Si no hubiese tomado la decisión de meterme en esto, seguramente nunca le hubiese conocido. Parecemos tener muy poco en común y las probabilidades de encontrarnos fuera son tan escasas… En el fondo, lo único que yo estoy buscando es amor. Quizá porque nunca me he sentido querida. Cualquier cosa que he hecho hasta ahora ha sido por un único objetivo: el amor. Citas a ciegas, aventuras de una noche, la casa, tantos medios para encontrar lo que siempre he buscado. Hoy me siento muy feliz por este descubrimiento, y pienso transmitirlo a todo el mundo.

Y con este buen humor en el cuerpo, me voy a trabajar como de costumbre, decidida a hacer el bien a mi alrededor, sin saber que mi «víctima» de esta noche va a ser la persona que más lo necesita desde que estoy en la casa.

A eso de las dos de la madrugada, Sofía me despierta, con Jordi en los brazos, para darme un trabajo. Un cliente nuevo, joven, ha llamado y ha pedido a una chica europea particularmente cariñosa.

—Ya entenderá el porqué luego —le explicó el cliente a Sofía.

Esta noche, Isa y yo somos las únicas chicas que hemos venido a trabajar. Pero Sofía tiene claro que no la puede mandar a ella.

Así que me encamino hacia el domicilio del cliente. Vive en la parte alta de la ciudad, en un edificio muy bonito que tiene vigilancia las veinticuatro horas del día.

Al abrirme la puerta, creo que no puedo disimular la sorpresa y el susto en mi cara, aunque mi intención es la de parecer lo más natural posible. Iñigo está sonriendo delante de mí, bien acomodado en su silla de ruedas. Me hace pasar enseguida al

salón, porque, «no sirve de nada llevarte a mi dormitorio», me va explicando, riéndose de buena gana. El piso es grande y moderno, pero hay un olor a rancio que es difícil de soportar. Todas las puertas están adaptadas al paso de una silla de ruedas y empiezo a sentirme muy mal por la desgracia de este chico, que no debe de tener más de veintiséis años.

—Soy tetrapléjico, casi al ciento por ciento —me dice, de la manera más natural del mundo.

Ante esta afirmación, me siento en un rincón del sofá —casi me dejo caer— y le pido permiso para encender un cigarro.

—Yo también fumo —me dice—. ¿Me puedes encender uno, por favor, y ponérmelo en la boca?

Es lo que hago enseguida, ansiosa de poder satisfacerle, y se lo pongo entre los labios. Da unas cuantas caladas y me pide acto seguido con la mirada que se lo quite. Ha tenido bastante con eso.

—¡Gracias! —me dice—. Ahora, ¿te molesta cogerme en tus brazos y acostarme en el sofá? Yo lo podría hacer pero me supone grandes esfuerzos.

Este chico me da mucho respeto y estoy dudando unos segundos antes de cogerle porque, como si fuera una figura de cristal, no me atrevo a tocarle por miedo a romperle algo o hacerle daño.

—¡Sin miedo!, no te preocupes, no siento absolutamente nada. El único sitio donde tengo algo de sensibilidad es el cuello, y un poco las manos.

Parece haber leído mi pensamiento.

Cuando está incorporado, me pide quitarle la ropa. Es flacucho, tiene todos los miembros atrofiados y sus piernas no son más gordas que mis brazos. Me siento muy incómoda. Su pequeño sexo, diminuto, la verdad, está, para mi gran sorpresa, erecto.

—Desde que tuve el accidente, está siempre así. No es por excitación —me explica —, no siento nada aquí abajo.

Y se vuelve a reír a carcajadas. Me siento como una estúpida, y me doy mentalmente bofetadas por haber querido morir más de una vez. ¿Qué derecho tenía a sentirme miserable cuando la verdadera desgracia está frente a mí, encarnada en este chico, lleno de vitalidad y buen humor?

No ocurre evidentemente nada entre él y yo, sólo me paso una hora dándole besitos en el cuello, los cuales va agradeciendo con pequeños gemidos.

Vuelvo a la casa decidida a no quejarme nunca más y no quiero contar nada acerca

de Iñigo a ninguna chica ni a las encargadas. Este episodio es algo que el destino me ha enviado para hacerme reaccionar, vivir el presente y para que tome las oportunidades cuando se presentan, sin pensarlo dos veces.

¿Y como es él?
¿En qué lugar se enamoró de ti?

12 de octubre de 1999

Giovanni ha vuelto a llamar. Sí. ¡Ha vuelto a llamar! Ha cumplido con lo dicho. Y me está esperando, junto con Alessandro, a las cuatro de la tarde en la casa. Susana me ha avisado esta mañana, y yo he saltado de alegría.

—¿Qué te pasa, cariño? ¡Como si fueras a casarte con él!

Obviamente, he tenido que controlarme un poco delante de Susana. Si no, puede sospechar cualquier cosa. No tengo intención de darle mi número de teléfono a Giovanni al segundo encuentro. Primero, porque quiero conocerle un poco más. Luego, porque corro el riesgo de tener problemas en la casa. Estoy muy controlada, y tengo miedo de los propietarios.

En esta ocasión, Alessandro ha decidido pasar una hora con Mae. Se ve que ahora le gusta. Al entrar veo a Giovanni solo, esperándome, porque una vez más yo he llegado tarde pero su sonrisa cuando aparezco en el salón me hace entender que sus ganas de verme han podido más que su impaciencia.

Esta vez nos toca estar en la habitación pequeña, ya que la suite está ocupada por Alessandro. No estamos de lo más cómodos pero no nos importa. Hacemos el amor como jamás hubiera sospechado que podía pasar en un sitio como éste. Nos dejamos llevar con todo tipo de juegos y cuando el tiempo ha llegado a su fin, Susana nos llama a la puerta para recordarnos que ya es hora de salir.

—Dame tu teléfono —me pide de repente.

—No, lo siento, no puedo —le contesto, sin dar ninguna explicación.

—¿Pero por qué? ¿No quieres volver a verme? Podrías viajar conmigo de vez en cuando. Te pagaría igual, si es lo que te preocupa.

—¡Claro que quiero volver a verte! Pero no fuera de la casa.

Y le apunto el techo con un dedo, para hacerle entender que nos están grabando.

—¿Qué te pasa?

No parece comprender nada, y me coge las manos como para suplicarme que le explique lo que está pasando.

Entonces, me pongo a buscar en mi bolso un papel y un bolígrafo, y le escribo «Hay micrófonos en la habitación».

Me coge el boli y me escribe a su vez «Dame tu teléfono, *per piacere*».

No se lo doy. Me muero de ganas por hacerlo, pero no sé lo que me ocurre. No se lo doy en esta ocasión. Giovanni se va, un poco triste, pero prometiéndome que volverá el 25 de noviembre para pasar una noche entera conmigo, fuera de la casa. Hasta esa fecha, queda mucho tiempo todavía, y no sé cómo voy a hacer para soportar esta ausencia. Este segundo encuentro con Giovanni me ha impactado y afectará seguramente a mi trabajo en la casa. Estoy luchando contra mi misma, porque pienso que puede ser el gran amor de mi vida, pero no sé lo que siente él. Sin duda le he gustado mucho, pero nada más. No quiero volver a jugarme la piel con un hombre. Estoy muy lejos de pensar que él se ha enamorado perdidamente de mí.

Accidente laboral

22 de octubre de 1999

Sigo en una nube después de diez días desde mi encuentro con Giovanni. No tengo forma de establecer contacto con él. Solamente él puede hacerlo a través de Susana o de Sofía. Estoy pensando en él las veinticuatro horas del día y voy cada vez menos a trabajar. Físicamente, no me encuentro con fuerzas. Psicológicamente, tengo en la cabeza a una única persona: él. Veo a pocos clientes, aunque sigo ganando bastante dinero. Pero me limito a ver a los habituales. El tema de la infidelidad nunca me ha generado problemas de conciencia. De hecho, siempre he pensado que la infidelidad no existe. Pensaba que se puede ser fiel, aun teniendo relaciones sexuales con otras personas. El cuerpo se puede compartir, pero el alma, definitivamente no. Desde Giovanni, cada vez que he estado con un cliente nuevo, me he sentido mal, y no consigo explicarme el porqué.

Hoy viene Pedro a buscarme para pasar la noche conmigo. Me voy de mala gana, un poco irritable, porque sé que voy a tener que escuchar sus lloriqueos una vez más. ¡Ya me tiene harta! Pienso que, para no tener que hacer de mamá una vez más, en esta ocasión debo practicar el sexo con él. Así se calmará, y quizá me dejará tranquila. Cuando me propone ir a cenar le digo que no, y le invito a ir directamente a su hotel. En sus ojos, veo que la idea le encanta. Es la primera vez que yo tengo este tipo de iniciativa. Y no acaba de creérselo. Pero no se hace de rogar dos veces. Y sucede lo que tenía que haber sucedido mucho antes.

Estamos desnudos encima del cubrecama, el cual, hoy, tiene una función bien definida: secar mis lágrimas que fluyen sin parar. Estoy llorando como una loca.

—Por favor, no te pongas así. No ha pasado nada, ya verás como tengo razón —me susurra Pedro para intentar tranquilizarme.

Yo tengo un nudo en la garganta, que me impide respirar y hace más dolorosas las lágrimas que van corriendo como ríos en mi cara.

—¿Tú qué sabes? Si me dijiste que nunca habías hecho el test. —Hablo con palabras entrecortadas—. Eres un cobarde. ¡Eso es lo que eres! Yo siempre lo he hecho. ¡Siempre, siempre, siempre!

Pedro está aterrorizado al verme en este estado, e intenta convencerme de algo que no puede evitar.

—¡Venga, por favor! No he hecho el test porque no tenía ninguna razón para hacerlo. Ya te he dicho que llevo cuatro años sin hacer el amor con mi mujer. Aparte de ti no he tenido ninguna relación extramatrimonial.

—¡Yo no soy ninguna relación extramatrimonial! —he pronunciado la frase de un tirón.

El aire empieza a volver a circular dentro de mi garganta.

Pero ante la visión del preservativo roto entre sus manos, vuelvo a tener un ataque de pánico. Me levanto y me encierro en el baño.

—Mira. Haremos una cosa. Mañana mismo me haré un test de VIH y, como no lo tengo y tú tampoco, así te quedarás más tranquila. ¿Te parece bien?

Sus palabras resbalan contra la puerta del baño. No consigo responderle y le odio con todas mis fuerzas, por haber vertido su semen en mí, sin mi permiso, por no haber sabido ponerse bien el preservativo, por querer darme demasiado amor sin yo haberle pedido nada. Le odio con toda mi alma, y me da asco lo que acaba de suceder.

Es un castigo de Dios, pienso. Y me meto en la ducha para eliminar todo rastro del pecado.

Salida del armario

30 de octubre de 1999

Desde hace una semana, estoy muy atormentada por lo de Pedro. Y ha repercutido en mi trabajo en la casa. Rechazo muchas veces algunos servicios que se me ofrecen y vuelvo a tener el estado anímico bajo. Le he pedido a Pedro que no vuelva a verme hasta tener los resultados de las pruebas.

Con las chicas, sigo en buenos términos y hasta le he confesado hoy a Cindy lo sucedido. Ella ha adoptado un aire grave y me ha intentado consolar, diciendo que hay muy pocas probabilidades de que coja una enfermedad así con una persona como Pedro. También me ha explicado que a ella le ha sucedido lo mismo en dos ocasiones, y que es el riesgo de este trabajo.

—Nunca estás a salvo de un preservativo defectuoso —me explica—. Cuantas más relaciones tengas, más posibilidades hay de que te pase algo así.

Curiosamente, hasta ahora, no había pensado en eso, y me odio aún más por ello. En el fondo, ese chico no tiene ninguna culpa. A cualquiera le puede ocurrir. Pero le hago responsable de todos mis males presentes, y de la ausencia de una persona: Giovanni.

Pedro ha desaparecido literalmente del mapa, y eso me hace temer lo peor. Volver a pasar una noche entera con él, aunque no me guste, significaría el fin de mi «paranoia sidosa». Pero, hay un problema. Pedro no ha vuelto a pisar la casa.

A esta angustia, se suman las sospechas de los propietarios quienes piensan que veo a Pedro fuera de la casa, y cobro mis servicios sin darles la mitad del dinero. No es cierto, evidentemente. ¡Si supieran!

Esta noche acepto ir a un servicio en la casa de una mujer. La «cliente» es una chica pija de veinte años que me ha abierto la puerta en camisón blanco transparente, con ganchillo en las mangas y en el escote. Es muy bonita pero me sorprende ver a alguien tan joven.

El piso parece grandísimo, con techos altos y un pasillo que no se acaba nunca. Me lleva a una pequeña habitación que sirve de salón para invitados, donde me ofrece una copa.

—Me llamo Beth —me anuncia mientras me tiende la copa de whisky que le he pedido.

—¿Estás sola esta noche?

—Sí. Mis padres están de viaje y me aburría mucho, así que telefoneé para tener compañía. ¿Te sorprende encontrarte a una mujer?

—No, para nada —digo, con toda naturalidad—. Lo que me sorprende es encontrarme a una mujer tan joven con las ideas tan claras. ¡Eso es lo que me sorprende!

—Ya me lo han dicho muchas veces. Pero ¿qué quieres que te diga? Me gustan tanto los hombres como las mujeres. Y esta noche, quiero estar con una mujer. Además, mi novio me ha dejado, y quiero intentar olvidarle.

Mientras charlamos tranquilamente, oigo un ruido extraño que proviene de otra habitación. No estamos solas en la casa. Debo de estar poniendo cara de preocupación, porque Beth intenta tranquilizarme enseguida.

—Es Paki, mi perro. ¡No te preocupes!

Aparece en el salón un pastor alemán precioso, con la lengua fuera y jadeando.

—¡Hola, amor mío! Ven aquí, mi amor, ¡ven!

El perro se acerca, me huele un poco y luego pone su nariz debajo del camisón de Beth. Ella, que no parece incómoda por la insolencia del animal, se pone a acariciarle los flancos.

—Es una amiga, ¿ves? Somos amigas —le está diciendo al perro, por si tiene la mínima intención de atacarme y arrancarme parte de la cara.

Esta frase de Beth no me tranquiliza nada. Al contrario.

—¿Qué pasa? ¿Es agresivo tu perro? —le pregunto, medio en broma. La verdad, estoy acojonada.

—No, ¡tranquila! Es sólo que no le gustan los intrusos. Pero es un buen chico —ahora Beth le está rascando la espalda.

Hay algo sensual en Beth que me hace estremecer. Tiene la dulzura de una adolescente y, a la vez, mucha malicia sexual en los ojos. Mientras la estoy observando, vuelvo a oír un ruido que proviene de otra parte del piso.

—Beth, hay otra persona aquí, ¿verdad?

—¡Que no! No te preocupes. Debe de ser algo que se ha caído. Voy a ver un momento. Tú, ¡quédate aquí!

—Beth, por favor. No pasa nada. Prefiero que me digas la verdad.

Ignorando mis palabras, sale del salón.

—Ahora vuelvo —dice, dándome la espalda.

Estoy convencida de que hay otra persona en el piso. Además, el perro no se ha movido. Es seguramente alguien que conoce y Beth me ha mentido.

Pasan unos cinco minutos, durante los cuales yo no me atrevo a moverme. Paki se pone a olerme nuevamente, da un bostezo y se acuesta.

—Veo que ya os habéis hecho amigos —dice Beth al volver y observar al perro tirado a mis pies.

—Sí, más o menos. Me gustan mucho los perros y creo que Paki se ha dado cuenta. Entonces, ¿qué era eso?

—Nada. La madera en la chimenea que tengo en mi habitación. ¿Quieres verla?

Es una clara invitación a ir a su dormitorio y la sigo, con nuestras copas en una mano, el bolso en la otra y el perro detrás. El dormitorio es muy amplio y bonito, con muebles rústicos a modo de decoración y una cama en forma de barco. Las sábanas, blancas, inmaculadas, están muy arrugadas, de un extremo al otro de la cama y, enfrente, hay una chimenea con un principio de fuego.

La mesita de noche está llena de vasos con restos de alguna bebida alcohólica, y en los lados, hay manchas blancas.

—Mi novio vino esta tarde. Estuvimos en la cama y luego cortamos. ¿Raro, no? —dice Beth, metiéndose una raya por la nariz—. ¿Quieres?

Se acaba de confeccionar una raya con los restos del polvo blanco de la mesita de noche. Con un dedo, recoge lo que queda y se lo chupa.

—No, te lo agradezco. No me gustan esas cosas.

Me imagino por un instante a Beth, abierta de piernas debajo de un chico moreno y musculoso, dando sus últimos gemidos de placer. Habrán estado consumiendo cocaína toda la tarde y luego ella, muy colocada, le habrá ordenado que se largue, con lágrimas en los ojos, y que desaparezca de su vida para siempre. Esta noche, después de recobrar la lucidez, ha llamado a la casa para hacer venir a una chica, y vengarse de todos los hombres de la tierra, y particularmente de su novio. Yo la entiendo.

Entrelaza sus brazos alrededor de mi cuello y me da un beso en los labios. Tiene la lengua caliente y muy amarga por la coca que acaba de consumir y, al poco rato,

empiezo a tener la lengua entumecida. Con esta desagradable sensación, nos acostamos, hasta que oigo otra vez un ruido. De la chimenea no viene, pondría la mano en el fuego, ¡nunca mejor dicho! Proviene de un inmenso armario que hay al lado de la ventana. Alarmada, me levanto, a pesar de que Beth intenta retenerme.

—¡No es nada! Vuelve aquí, no me puedes dejar así, ¡a medias!

No le hago caso y abro la puerta del armario.

—¡Como que era la madera en la chimenea! —exclamo, mientras entreveo una silueta en el fondo del armario. Meto la mano y saco al hombre por la manga.

—¡Tú, sal de ahí! ¡Ya está bien de jugar al escondite!

El tipo sale tan bruscamente que amenaza con caerse por el tirón que le acabo de dar. ¡No puedo creer que me haya hecho esto! Tengo delante de mí a Pedro, avergonzado por su jugada fallida y por haber sido descubierto.

—¿Eras tú? —grito, olvidando por completo mi buena educación—. ¿Qué coño estás haciendo aquí? ¿Me lo puedes explicar?

Pedro intenta recomponerse y se sienta al lado de Beth, que parece haber caído en una crisis de histeria. Sus risotadas están resonando en todo el dormitorio y Paki se pone a ladrar.

—Lo siento, cariño —decide soltar por fin Pedro—. Quería hacerte un regalo especial y contraté a esta mujer para que te lo pasaras bien. Luego pensaba seguirte hasta la casa y anunciarte que las pruebas del test son negativas.

Baja la cabeza y su barbilla se pega al cuello, como un niño que acaba de hacer una de sus travesuras.

—¡Pues tu regalo es de muy mal gusto! Y seguramente querías participar. Haberme recibido tú al abrir la puerta, tonto. Me acabas de dar un susto de muerte. Como eres incapaz de tener una erección en condiciones, encargas el trabajo a otros. Y contratas a una mujer. No vaya a ser que me lo pase mejor con otro hombre, ¡egoísta!

Me he quedado a gusto, aunque ya me estoy arrepintiendo de la mitad de mis palabras.

—¿Y tú, quién eres? —le pregunto a Beth que, por fin, se ha calmado y sigue buscando restos del polvo blanco en la mesita.

—¿Yo? —pregunta como si hubiera otra persona en la habitación—. Yo soy como tú. Hago el mismo trabajo que tú, pero recibo en mi domicilio.

Y se pone nuevamente a reír. Los intentos de Pedro por calmarla son un fracaso.

Cojo mi bolso y salgo dando un portazo en las narices del pobre Paki, que me ha acompañado hasta la puerta.

Pedro decide seguirme y, una vez en la calle, se pone a correr para intentar reducir los cien metros de distancia que nos separan.

—¡Espera! Espera, por favor —me grita sin aliento.

Hago una señal al primer taxi libre que está bajando la calle.

—¡Cásate conmigo, por favor! ¡Te lo suplico!

—Vete a la mierda —susurro.

Y vuelvo directamente a la casa.

Intercambios

25 de noviembre de 1999

Siete de la tarde.

Hoy, ni huella de Giovanni. Me prometió que vendría y que pasaríamos toda la noche juntos. Pero Susana no me ha llamado para avisarme de que tengo la noche reservada. He estado muy nerviosa todo el día, y he tenido el sentimiento familiar de haber sido engañada por segunda vez en mi vida. He intentado dormir un poco, para olvidar, pero no he podido pegar ojo. Así que me he ido al gimnasio para desahogarme. Evidentemente, me he llevado el móvil, por si llama en el último minuto. En lo más profundo de mí, no pierdo la esperanza de volver a ver al italiano que ha robado mi corazón.

Nueve y cuarto de la noche.

Ya llevo una hora levantando pesas e insultando mentalmente a todos los hombres de la tierra, cuando tiene lugar la tan esperada llamada de este mes de noviembre.

—Te recuerdo que, a las once, tienes que estar en el hotel Hilton.

—¿Cómo que «te recuerdo»? ¡Susana, ni siquiera lo sabía hasta ahora!

—Bueno, pues ya lo sabes —me dice, un poco perpleja—. Mae y tú vais con los italianos a pasar toda la noche. ¡Alégrate!, cariño, es más dinero para ti.

Ya es tarde y tengo poco tiempo. Corro hasta mi casa, todavía con el chándal puesto y me meto rápidamente en la ducha. La rabia que he sentido todo el día ha dejado sitio a la alegría, así que he optado por no pelearme más con Susana por su aviso tardío. Desgraciadamente, no dispongo de mucho tiempo para ponerme coqueta y probar varios modelitos así que tengo que escoger lo primero que me cae encima, a saber, un conjunto de noche negro y un abrigo de cachemira. Tengo que pasar primero a recoger a Mae y le pido al taxista que nos espere. Subo las escaleras de cuatro en cuatro. Mae está divina de la muerte y deduzco que ha sido avisada mucho antes que yo, porque hasta ha tenido tiempo de ir a la peluquería.

Susana me está esperando con el papelito donde están indicadas las habitaciones del hotel y descubro con horror lo siguiente:

Val y Alessandro, habitación 624.
Mae y Giovanni, habitación 620.

No puedo dar crédito a lo que estoy leyendo.

—¡Creo que hay un error! —le advierto inmediatamente a Susana.

—¿Un error? ¿Dónde?

—¡En los nombres! Has repartido mal. Es al revés, ¿no?

Mae me está mirando desafiante y suelta, irónica:

—Pues se ve que quieren cambiar. A mí ya me tocó Alessandro la última vez. Ahora es todo tuyo. Además, no me gustaba. El otro parece mejor en la cama. ¡Ya te contaré cómo ha ido la noche!

Tengo que contenerme para no saltarle encima y arrancarle el pelo. No me lo puedo creer. ¿Cómo se puede ser tan cruel, cómo ha podido ese hombre hacerme creer que le gustaba? Y encima, ¡me hace ir igualmente para estar con su amigo! Empiezo a sentir mareos y casi me desmayo. No sé si irme corriendo o pasar la noche con Alessandro, y ser la mejor amante que él ha tenido jamás, para que, al día siguiente, le cuente a Giovanni lo maravillosa que ha sido la noche conmigo. Quiero hacerle sufrir y morirse de celos. Al final, decido no desvanecer y vamos en taxi hasta el hotel. Llegamos con diez minutos de adelanto y le sugiero a Mae tomar algo en el bar. Necesito algo fuerte para aguantar la humillación que me están haciendo pasar, y la poca vergüenza de ese hombre. ¿Me mirará a los ojos? Pero, ante todo, ¿vamos a vernos?

Pido un whisky puro, sin hielo, y mientras lo estoy tomando de un trago, observo que Mae está radiante de felicidad, tomándose su fanta naranja con su pajita roja. Todos se están burlando de mi y no entiendo por qué me ha tocado este papel improvisado de payaso.

Depositamos los vasos vacíos, a velocidad récord, encima de la barra, y nos apresuramos a subir al sexto piso. Yo estoy roja de rabia, y cuando llegamos a la habitación 620, Mae se quiere despedir de mí de forma expeditiva.

—Bueno, aquí me paro yo. Tu habitación está un poquito más al fondo del pasillo.

Y se pone a llamar a la puerta.

Yo sigo allí, plantada como un clavo, con la firme intención de entrever a

Giovanni.

—¡Ya te he dicho que tu habitación está más adelante! —me repite Mae exacerbada.

Giovanni abre la puerta, y Alessandro aparece inmediatamente detrás de él. Se han reunido en la 620 y nos hacen pasar a las dos, para gran decepción de Mae que, tratando de esconder su rabia, empieza a bromear con ellos acerca de la posibilidad de hacer una orgía. Yo pongo evidentemente una cara de entierro, y Giovanni se da cuenta de ello enseguida.

—¿Te pasa algo?

—¡No, no! Todo bien… —miento—. ¿Se puede fumar aquí?

—Sí, ¡claro! Fuma. Fuma todo lo que quieras. Pero déjame quitarte eso.

Y se acerca a mí para ayudarme con el abrigo. Mae se sienta en la cama y saca un cigarro, mientras Alessandro se incorpora a su lado y empiezan a charlar. Yo no tengo nada que decir, quiero irme ya y no entiendo por qué he decidido venir. Después de un poco, al ver la cara de autosuficiencia que pone Mae, no puedo más y empiezo a hervir por dentro.

—Bueno. Vayamos al grano. Como yo paso la noche con Alessandro y Mae con Giovanni, creo que tendríamos que irnos ya —comento, dirigiéndome a Alessandro, quien se está deleitando descaradamente con el escote de la que es ahora mi peor enemiga.

Giovanni se queda petrificado como una estatua, y Alessandro se pone a reír contagiando a Giovanni, que estalla en carcajadas mientras Mae me mira reprochándome mi insolencia y yo tengo ganas de partirles la cara a todos.

—Tú te quedas aquí conmigo, ¡tonta! —me dice Giovanni cuando termina de llorar de risa.

—¿Ah? ¿Entonces no te vas con Mae?

—¿Con Mae? ¡Alessandro sí que quiere estar con Mae! Pero yo te he elegido a ti. ¿Qué son estas historias? —se ha puesto serio.

—¡No sé! ¡Explícamelo tú! A mí me dijeron que tenía que ir a la 624, con Alessandro.

—*Ma* no, ¡tonta! —le vuelve a salir el italiano.

Habla bien castellano, pero de vez en cuando no puede evitar intercalar una palabra en su idioma. ¡Qué sexy es!, pienso.

—Es justamente al revés. ¡Se habrán equivocado! —dice.

¿Qué broma era ésta? Tengo ganas de llorar de alegría y, a la vez, de vergüenza por mi actitud, y pido permiso para ir al baño. Me encierro allí unos cinco minutos, después de lo cual, Giovanni viene a buscarme.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado.

—Ahora sí. Estoy mejor. ¿Es verdad que no querías estar con Mae?

—¡Claro que no! Te había prometido que iba a pasar una noche entera contigo y aquí me tienes.

—¿Ni siquiera has deseado estar con ella?

Se le ve desolado por el desafortunado acontecimiento y, a modo de respuesta, me coge en sus brazos. Los demás se han ido ya, y nos encontramos por fin los dos solos.

—¿Ni siquiera por un segundo?

Hacemos el amor toda la noche y descubro, para mi gran sorpresa, que puedo ser multiorgásmica. No le importa quién soy yo, no le importa si ha pagado, no le importa el tiempo ni mi verdadera identidad, sólo que esté disfrutando. No le importa nada más.

Al día siguiente, después de un copioso desayuno en la habitación, que Giovanni ha pedido especialmente para mí, le dejo mi teléfono, rogándole que no le diga nada a nadie sobre lo ocurrido.

Este hecho será como firmar mi propia sentencia de muerte en la casa. Mis días de trabajo están contados y todavía no lo sospecho.

Mi ángel de la guarda

En mi descenso hacia el infierno, he encontrado un trozo de paraíso

Cuando Giovanni y yo nos conocimos, supe que jamás iba a pertenecer a nadie más. Fue como si calmara en un instante el retortijón que me había ido consumiendo en el bajo vientre todos estos años, y respondiera de una vez por todas a mis preguntas sobre el amor, el sexo, la fidelidad y las aventuras de una noche.

Porque, en mi descenso hacia el infierno, me encontré un pequeño paraíso. Mi Dios particular tenía el aspecto de un hombre maduro, alto, el pelo moreno y un poco canoso, la cara en forma de pera bien madura, los ojos verdes intensos, las manos fuertes, con las uñas un poco cortadas desigualmente. No se las comía, sólo las pielecitas que las rodean. Dos o tres pelos sobresalían de su nariz potente. Dios tenía un poco de barriga, que me encantaba. Le daba un aire tierno, sobre todo cuando ponía mi cabeza encima y le acariciaba suavemente. De vez en cuando introducía mi dedo en su ombliguito. Siempre me ha despertado curiosidad, pero sé que no le gustaba. Dios olía a brisa y a almendras troceadas, a gotitas de rosa del jardín por la mañana, y a leña recién cortada, y a paja de granja, y a hierba bien verde después de un diluvio. Por la tarde, a las páginas de un libro recién publicado; a yogur natural de leche entera; a león ardiente cuando cae la noche. Y a melocotón blanco, tierno, sin esa sensación desagradable en los dientes cuando lo muerdes con fuerza. Dios tenía un pelito rebelde encima de la ceja derecha, que yo siempre saludaba cuando nos encontrábamos. Un día desapareció, así que nos pusimos a buscarlo con desesperación entre las sábanas. El pelito rebelde se había ido sin más. Al mes, apareció otro. Es cuando me convencí de que la inmortalidad existe. ¡Dios siempre me sorprendía!

Dios tenía los dientes curiosos. Blancos sí, pero cabalgaban unos encima de los otros. Y cuando se reía, le daban un aire de niño pequeño, con sus dientes de leche, que nunca se caen. Dios nunca se peleaba conmigo. Cuando me enfadaba, me observaba con sus grandes ojos y me daba besitos en la frente para tranquilizarme. Dios tenía el instinto de las madres cuando lloran los bebés. Cuando tenía miedo, me cogía en sus brazos y mecía mi cuna invisible.

La boca de Dios era finita, de un rosa pastel, como si llevara carmín, y me trastornaba cuando decía que pensaba en mí en cada fracción de segundo. Dios me enseñó a entregar el más bonito de los regalos: los besos. Él devoraba mi boca. Y yo, la verdad, es que no lo hacía muy bien. Pero eso, pocas veces me lo ha dicho.

También lloraba Dios noches enteras, escondido debajo de la almohada, al oír la sinfonía del Nuevo Mundo de Dvorak, cuando me sabía en brazos de otro. Y fue

cuando descubrí por primera vez que las lágrimas de un hombre son el mejor regalo para una mujer enamorada.

Dios tenía un pequeño defecto: no sabía pronunciar la *c*. Intenté enseñarle, pero podíamos pasar noches enteras escupiendo sin éxito. ¡Qué divertido era Dios! Pero lo que más me gustaba de él, era recibir su bendición. Dios era generoso, y bendecía cada vez que se lo pedía.

8 de diciembre de 1999

Desde el día en que le dejé mi teléfono a Giovanni, hemos empezado a comunicarnos. Al principio, él comenzó a llamarme una vez a la semana, pero luego no hemos podido pasar un solo día sin escuchar la voz del otro. Yo sigo en la casa, trabajando, y cuando Giovanni me llama y estoy desconectada, entiende enseguida lo que estoy haciendo. Hasta ahora no me ha dicho nada ni me ha hecho reproches. Pero sé que no le gusta. Una vez, le oí reprimir unas lágrimas.

No le he contado mi vida, tampoco me ha preguntado nada al respecto. Por respeto, tampoco le he hecho preguntas sobre su situación.

Hoy, Giovanni me ha llamado para saber si, a mitad de mes, puedo tomarme unos días para irme de viaje con él. Tiene que cerrar un contrato, y quiere que le acompañe. Encontrar una excusa para ausentarme varios días seguidos de la casa no va a ser fácil. Sobre todo, porque Mae ya ha dejado caer a Cristina que entre el italiano y yo ha notado mucha química. Y sospecha que le he dado mi teléfono. Está claramente celosa, y creo que se ha puesto a contar más historias sobre mí que no son ciertas. El ambiente está cada día más tenso y Manolo ha comenzado a controlarme de una forma exagerada. Incluso, cuando mis clientes habituales llaman, intenta colocar a otra chica explicando que yo no estoy. Con eso pretende que las chicas vayan sonsacándoles información. Yo, la verdad, no siento que haya hecho algo malo.

Así que tengo que inventarme una excusa para poder irme tranquilamente de viaje con Giovanni. Voy a fingir una gripe intestinal de caballo para conseguir salir de la casa.

12 de diciembre de 1999

Odesa es una ciudad de Ucrania que se encuentra al borde del mar Negro. Giovanni y yo hemos llegado aquí acompañados por un traductor oficial, amigo íntimo de Giovanni, quien nos ha encontrado alojamiento en una de las dachas dentro de un antiguo centro de vacaciones soviético.

La tarde está siendo muy fría. Una gaviota se acerca a la ventana. Nunca jamás he visto a una gaviota de cerca. Se pone sobre el balcón y nos mira, prepotente, mientras hacemos el amor contra la cómoda de la habitación. Yo también la estoy observando. De vez en cuando, se come con los ojos el pan tostado que nos ha preparado Boris, con un poco de caviar al lado. Pero sigue inmóvil, respetuosa ante lo que está viendo. En estos momentos, intento imaginarme cómo hacen el amor las gaviotas y si el pico les sirve para algún ritual previo.

Luego, Giovanni me pregunta por qué me estoy quedando tan quieta y si sigue allí la gaviota.

—Nos está observando.

Giovanni se pone a chillar.

—*Porca putana! Fuori!*

La gaviota permanece impasible, gorda como un peluche redondo. Sigue ahí… Me la imagino inmortalizada por un taxidermista, en mi mesita de noche. ¡No! No va a caber. Ésta es gigantesca. Giovanni continúa penetrándome, gimiendo como le es propio. Sentirlo así, mientras me observa ese pájaro, me hace entrar en otra dimensión. Sólo es placer y naturaleza. Giovanni para de repente la cadencia. No se puede concentrar hoy.

Después del amor, Giovanni se ha ido a duchar. Yo aprovecho este pequeño momento de soledad para coger su camisa y observar las iniciales que están cosidas sobre ella. Todas sus camisas las tienen. Me gusta pasar el dedo por encima, sentir el relieve del hilo. Lo voy pasando una y otra vez, cerrando los ojos, imaginándome que soy ciega y que leo en braille. Es un momento único para mí, y no quiero que Giovanni me sorprenda así. En cuanto le oigo que está a punto de salir del baño, vuelvo a poner la camisa en su sitio.

14 de diciembre de 1999

Ha llegado en una limusina negra, de ventanas teñidas. Giovanni y yo estamos fuera de la dacha, mirando el mar y comprendiendo por qué se le llama así. Es tan oscuro que parece una enorme bolsa de plástico. Sólo el susurro de las olas que se aplastan en la orilla nos recuerda que hay agua. La luna se está reflejando tímidamente a lo lejos, y enormes nubes cargadas de amargura la bordean de par en par.

El chófer sale del coche y abre la puerta de atrás. Giovanni y yo contenemos el aliento. Y sale Ella, preciosa, con un vestido negro de noche y zapatos de tacón plateados. Tiene el pelo muy corto con el dibujo de una pequeña V en el cuello. Éste es tan fino, que mi mano podría rodearlo. Las clavículas sobresalen y le dan el aire de una modelo de pasarela, tesoro no descubierto todavía, de un cuerpo apenas formado, con dos chinchetas en lugar de pechos que le pinchan el vestido y van dibujando una forma graciosísima. Es guapísima. Giovanni le tiende la mano y sin decir nada, la escolta hasta la casa. Allí está Boris, nuestro traductor oficial, con su botella de vodka llenando su vaso compulsivamente como si estuviera a punto de pasar un examen. Giovanni le quiere hacer un regalo y ha hecho venir a una princesa.

La Princesa entre las princesas se sienta en la mesa con Boris y, sin pedir permiso, empieza a beber vodka de su vaso. Giovanni y yo la observamos divertidos. Estoy alucinada de lo joven que parece, así que le pregunto su edad para quitarme un peso de encima dando por hecho que tiene al menos la mayoría de edad. Boris nos traduce.

—Tiene dieciséis años —me dice él con una sonrisa infantil.

Casi me caigo para atrás. Giovanni se queda perplejo. Me siento de repente cómplice de un crimen, de algo terrible que va a suceder y no soporto esta idea. Le pido a Giovanni que por favor la mande para su casa, que yo no puedo consentir que le pase algo a esa niña. Le ruego, le suplico, le pido de rodillas. Giovanni está de acuerdo, pero también me explica que quizá ella se siente bien. Es mejor para ella estar con nosotros que la vamos a tratar muy bien, que con un desgraciado sádico dispuesto a cualquier cosa. Con o sin nosotros, ella va a seguir haciendo eso. Se la ve a gusto. Así que, después de preguntarle si quiere irse pagándola igualmente, la princesa decide quedarse y yo me paso un rato observándola, viéndome reflejada en esta niña. Miro cómo se mueve, cómo se ríe. Lleva en el tobillo derecho una pequeña pulsera con campanillas que se agitan cada vez que se mueve, y que emiten pequeños ruidos exóticos en toda la sala de estar de la dacha.

El radiocasete está haciendo un ruido tremendo, pero ella se sigue moviendo

suavemente, lánguida, encima de la mesa. Boris tiene el vaso en la mano y se ha colocado a unos dos metros de ella, mirándola fijamente. Giovanni y yo estamos observando el espectáculo, acostados en un sofá demasiado viejo, lleno de manchas sospechosas y pequeños agujeros de quemaduras de cigarro, pruebas de bacanales nocturnas anteriores. Yana empieza a desabrocharse el vestido, y siento que me ruborizo. Es su sonrisa limpia, sincera, lo que en este contexto me produce malestar. Parece feliz y a gusto con este baile provocador para un público de tres personas. Se acerca un poco a Boris y le susurra algo al oído.

—¿Qué dice? —pregunto espontáneamente.

—Dice que eres muy bonita y que le encantan tus pendientes —me explica Boris, tomándose un trago.

Me siento aún peor y agacho la cabeza, como si eso me ayudase a desaparecer. Cuando me digno a mirar de nuevo la escena, Yana ya está sentada encima de Boris y le está provocando con el movimiento de su pecho desnudo y redondo en plena cara. Sólo lleva un tanga verde fluorescente. Giovanni se levanta y apaga las luces de la dacha. Yo sólo miro los movimientos desenfrenados de esta pequeña V verde que parpadea, y me siento mareada. Cojo a mi amante por la mano y le llevo hasta la escalera que conduce a la habitación. Allí hacemos el amor al son de los gritos de Yana y, a la mañana siguiente, bajo con mucho pudor y me encuentro a la princesa completamente desnuda y dormida sobre el sofá del salón. Vuelvo a subir la escalera, casi corriendo, pero con sumo cuidado para no hacer ruido, y una vez en la habitación, sin aliento, empiezo a buscarlos ansiosa. ¿Dónde los he dejado? Debajo de la cama, al lado de los zapatos, están tirados. Los cojo, asegurándome de que Giovanni sigue profundamente dormido, bajo otra vez la escalera y busco el bolso de Yana. Ni me atrevo a tocarlo. Sólo abro la cremallera y en un bolsillo interior, deposito mis pendientes.

15 de diciembre de 1999

El esmalte blanco ha saltado en muchos rincones de la bañera, y el mango de la ducha está completamente oxidado. No hay agua caliente, o sólo a ratos, pero nunca a la hora a la cual Giovanni y yo nos duchamos. No queda más remedio que apañarnos así. Pongo una mueca de desagrado cuando, esta mañana, el chorro de agua helada toca mi piel. Giovanni me está mirando, divertido, con el cepillo de dientes en la boca, y la espuma de la pasta blanquísima a punto de recubrir sus labios rosados. Me fricciono rápidamente con el jabón que hemos comprado en Europa (el jabón ucraniano tiene un color sospechoso, huele mal y es como una piedra, hasta tal punto que, al verlo, he exclamado: «Mira, ¡pero si es una piedra pómez!») y salto de la ducha, con restos de jabón, buscando un rincón del suelo que parezca más o menos limpio. Giovanni tiene que retenerme para que no me caiga con el pompis directamente contra el suelo frío. Y acabamos riéndonos a carcajadas. Es nuestra lujosa vida. Boris se asea abajo, en un pequeño cuarto de baño que sólo tiene un lavabo, pero que le conviene perfectamente, según él. Me da un poco de asco, pero ¿quién tiene ganas de meterse debajo de una ducha antártica? En las habitaciones, aparecen vestigios del antiguo régimen comunista, viejos micros colocados en todas las paredes, y sensores contra las ventanas. Desde luego, los micrófonos me siguen a todas partes. La terraza, supuestamente frente al mar, tiene columnas de cemento que impiden ver el exterior. Allí deposito yo mis zapatillas de deporte, que huelen a perro salvaje al final del día. Hasta Giovanni, que lo acepta todo de mi, me ha dicho:

—O las zapatillas o yo.

Así que obedezco porque, la verdad, ni yo aguanto mi propio olor.

Giovanni y yo hacemos el amor tres o cuatro veces al día. Me siento bien con él. Aprendo a hacer la ranita loca (yo sentada en el borde de la cama con las piernas abiertas y masturbándome delante de él, con una botella de agua mineral sin gas que derramo de vez en cuando sobre mi vientre), el submarino francés (pequeña boca en forma de corazón perfectamente identificada que va bajando debajo de las sábanas y con un movimiento rotativo de los labios absorbe completamente el pene allí presente), y la «levretiña» (etimológicamente, del francés *levrette*, a cuatro patas para ser más exactos, con un toque italiano). Giovanni y yo hacemos un montón de cosas en esta cama coja. Pero nunca me ha compartido con nadie, aunque mañana habrá una excepción y se llama Kateryna.

16 de diciembre de 1999

Boris quiere volver a ver a la Princesa, pero, como buen discípulo que es, desea compartir. Está absolutamente descartada la posibilidad de hacer el amor los tres con Yana (así lo he decidido yo y Giovanni está de acuerdo conmigo). Entonces, se le ha ocurrido la idea de hacer venir a una amiga de ella, mayor de edad, especialista en tríos, nos ha asegurado el tipo de la agencia. Y es así como conocimos a Kateryna. Llegan las dos en la misma limusina que había traído a Yana la primera noche. Para nuestra gran sorpresa, la Princesa aparece vestida como una adolescente, con *shorts* negros minúsculos, un *t-shirt* blanco y unos zapatos de plataformas dignos de un espectáculo de Drag Queens. Lo único que la protege del frío es un abrigo de piel larguísimo que lleva encima de los hombros y que no hace juego con el resto de la ropa. Creo que nos ha cogido confianza y ya no necesita disfrazarse de «mujer fatal». Parece aún más desinhibida que la otra noche, y nos da dos besos a cada uno como si nos conociera de toda la vida. Estamos todos fuera de la dacha, yo sentada encima de la balaustrada de la playa. Se me queda mirando con una sonrisa amplia, y entiendo que quiere darme las gracias por los pendientes que lleva puestos. Se da de repente la vuelta y, en su idioma, la llama. Kateryna es una chica rubia, con el pelo largo rizado, muy bajita, y lleva un vestido azul salpicado de pequeñas flores rojas, y un ancho cinturón de cuero azul que pretende aprisionar sus caderas, que sospecho demasiado redondas. Tiene unos ojos turquesa gigantescos, y la nariz pequeñita, digna de una japonesa. No sonríe demasiado, parece un cachorro asustado. Nos saludamos con un apretón de manos, muy frío, y otra vez empiezo a sentirme culpable. Yana la está animando a su manera y yo busco desesperadamente la mirada de Boris para entender lo que está pasando. Yana se pone a hablar y hablar, y Kateryna le contesta con frases muy cortas. A mí me suena todo eso a chino, pero entiendo que la situación no parece gustarle mucho. Cuando Yana coge a Kateryna de la mano y entra con ella, casi corriendo, en la dacha por la terraza del salón, las seguimos en fila india, obedeciendo a esta pequeña princesa que se ha convertido de repente en el jefe de nuestra tribu. Yana empieza a volver la cabeza hacia todos los lados. Parece claro que está buscando algo. Boris está completamente hipnotizado por Yana y no reacciona. En cuanto a Kateryna, se encuentra incómoda y no sabe dónde meterse, hasta que traigo la botella de vodka adivinando qué es lo que estaba buscando Yana. Ella y yo hemos establecido una especie de comunicación a través de los ojos. Kateryna salta literalmente encima de la botella, y bebe directamente de ella. Esta ingestión de alcohol parece tener unos

efectos inmediatos ya que empieza a bailar y Yana le sigue hablando, aprobando su actitud.

—¿Qué le está diciendo? —le pregunto a Boris.

Boris se sobresalta. Parece haber salido de un profundo sueño y, después de pensar un poco, me responde:

—Le está diciendo: «Te quiero, me quieres, y es lo único que importa. Piensa que te quiero, que nos queremos. Y todo saldrá bien».

Esta noche hemos llenado el salón de velas y Giovanni empieza a encenderlas, una por una, para crear un ambiente más íntimo. Es perfecto. El vestido de Kateryna, a la luz de las velas, se transparenta y deja entrever un cuerpo generoso de curvas. Yana empieza a desabrochar los botones del vestido de Kateryna, sin dejar de balancearse suavemente. Giovanni, como de costumbre, está sentado en el viejo sofá, mirando con atención la escena y echándome de vez en cuando miradas para observar mi reacción. Me acerco y me siento a su lado. Me coge en sus brazos y me va dando un beso sobre la frente. Yana y Kateryna, mientras, se han fundido en un profundo beso, dejando entrever de vez en cuando dos lenguas que buscan como locas todos los rincones de máxima sensibilidad. Giovanni y yo hacemos lo mismo. Me quita dulcemente el jersey de lana que llevo. Y yo estoy yaciendo así, prisionera de mi curiosidad por ese beso lésbico, y de los brazos de Giovanni. Hasta que siento las manos frías de Kateryna acariciándome la espalda y jugando con el cierre de mi sostén.

17 de diciembre de 1999

No he podido con Kateryna. Y durante todo nuestro trayecto de vuelta a Europa, le he explicado a Giovanni que me siento muy mal por lo sucedido en Odesa. Cuando nos separamos en el aeropuerto de Frankfurt, no acepto el dinero que Giovanni me ofrece por haberle acompañado. No quiero nada. Dejo a Giovanni con cara de sorpresa y cojo un avión para Barcelona.

Cuando estoy en el taxi que he tomado en el aeropuerto de Barcelona, me vienen a la mente imágenes de nuestra estancia: la gaviota, nuestras risas en el cuarto de baño, las playas de piedras negras, que mortificaban nuestros pies, la pequeña Yana, que es una niña pero sabe mejor que yo chuparla sin babear. Y todo ese contexto, ridículo, grotesco, de cemento comunista, totalmente surrealista. El espectáculo lésbico que montaron en la dacha la noche anterior Yana y su amiga Kateryna, y luego el momento en que Kateryna se acercó a mí para acariciarme la espalda y quitarme el sujetador. Todavía lo tengo grabado delante de mis ojos. Y tengo clara una cosa: me he enamorado de Giovanni.

Cambio de siglo, cambio de piel

19 de diciembre de 1999

He vuelto a la casa con un poco de temor. Hoy están todas las chicas. De pronto Isa, que está preparando su viaje a Ecuador para ir a pasar las navidades, me coge del brazo al verme y le dice a Susana que bajamos un momento a tomar un café. Quiere hablar conmigo.

—Tú sabes que toda la gente está loca, ¿verdad? Los hombres que pagan a las mujeres para acostarse con ellas están locos, pero las mujeres que aceptamos acostarnos con un hombre por dinero estamos peor.

—SI, ya. Pero ¿qué me quieres decir, Isa?

—Hay ciertas cosas que estas locas han estado diciendo por ahí sobre ti, porque están celosas.

—¿Como qué?

—Pues que estás robándoles a todos los clientes de la casa, que les ves fuera. El Pedro ese que siempre venía cada semana, y que ha vuelto a reaparecer cuando tú estabas enferma, el italiano y muchos más.

—¿Y qué pasa con Pedro?

—Pues que vino y se fue con Mae, que es una víbora. Dijo que estaba enamoradísimo de ti y que tú no le hacías ni caso. Ella lo transformó y dijo que lo veías fuera de la casa. Mae está intentando hacerte la cama.

Estas confesiones me parecen extrañas precisamente viniendo de Isa.

—Ya me imaginaba que tarde o temprano iba a pasar eso.

—También dice Mae que le has dado tu teléfono al italiano.

Era cierto pero Mae se basaba en suposiciones, no en pruebas reales porque, entre otras cosas, no las tenía.

—Está claro que puede decir lo que quiera sobre mí.

—Sí, pero Mae lleva más tiempo que tú aquí, y Manolo la va a creer a ella,

¿comprendes? Vas a tener problemas.

Manolo ya había demostrado que era un tipo violento y lo que más temo es que me vaya a hacer daño.

—También se rumorea que tienes sida.

—¡Eso sí que no!

Ya se están pasando conmigo. Seguro que Pedro, durante sus lloriqueos con Mae a propósito de su amor por mí, ha hablado del episodio del condón roto. Y ella ha adornado la historia a su antojo.

—¿Quién ha dicho eso?

—Pues, ¿quién va a ser? Siempre la misma rubia loca. Pretende espantar a los clientes para que no vayan más contigo.

Se me ocurren un montón de insultos apropiados para Mae o tengo que contener los nervios para no meterme en líos.

—Y a mí me tratarán de chivata, si cuentas lo que te acabo de decir. Por favor, ni una palabra —me ruega suplicante.

—No te preocupes. ¡Gracias por decírmelo todo!

Volvemos a la casa y Mae, que está vistiéndose para una salida con un señor que podría ser su padre, nos echa unas miradas cínicas desde el espejo. Yo finjo no saber nada. Luego aparece Manolo, seguido de Sofía, que viene a hacer su turno de noche.

—¿Puedo hablar contigo? —me pide Manolo, con un aire tan grave que parece que acaba de cometer un asesinato.

—Sí, claro —le respondo, pensando ya en negar todo lo que me va a reprochar.

Veo la cara de satisfacción de Mae cuando observa que Manolo está echando humo, y ella se despide con ironía.

—Se va a armar una gorda —suelta antes de coger la puerta.

Manolo empieza a hablar.

—¿Es cierto que te ves con Pedro fuera de aquí?

—No, no es cierto —no miento—. ¿Quién te ha dicho eso?

—El propio cliente.

Me quedo de piedra.

—Pues te ha mentido. Ha intentado quedar conmigo varias veces, pero nunca he querido.

—¿Y con el italiano?

—He visto al italiano tres veces en total. Nada más. Además no vive aquí, y no


veo cómo iba a quedar con él fuera —esta vez me sorprende lo bien que miento.

—Pues hay rumores que dicen que no es así.

—Eso lo habrá inventado Mae para perjudicarme, me imagino.

—¿Y por qué quiere perjudicarte?

—¿Yo qué sé? Porque está celosa, supongo.

—Pues que sepas que aquí no nos gusta que nos engañen. Tienes suerte, no tengo ninguna prueba de todo eso. Pero te voy a vigilar, y a la mínima, a la puta calle, ¿entendido?

Ya me está amenazando, levantando los brazos. Sofía me está mirando desde la puerta de la cocina, haciendo movimientos con las manos como para decirme que me calle porque si no las cosas se van a poner muy feas.

No siento haber infringido el reglamento de la casa, porque a Pedro nunca le he visto fuera, y a Giovanni no le he cobrado nada. Así que no tengo la sensación de haber cogido algo que no era mío.

Prefiero no responderle a Manolo, porque quiero seguir trabajando en la casa para el final del año, aunque, desde el episodio de Odesa y de la pequeña Yana, me está dando un poco de asco todo esto.

31 de diciembre de 1999

El cambio de siglo ha despertado la libido a todo el mundo. Quizá porque se ha dicho tanto al respecto, que si iba a ser el fin del mundo, que si iba a estallar una guerra, que si todos los ordenadores se iban a detener. La gente tiene miedo y quiere vivir las últimas horas de su vida desmadrándose.

Esta noche, hasta han venido mujeres con parejas para realizar un sueño que nunca se han atrevido a cumplir. Y yo he trabajado mucho, con Cindy.

Mi móvil ha estado apagado gran parte de la noche. Cuando lo vuelvo a encender, veo que tengo varios mensajes y me pongo a repasarlos.

Giovanni ha intentado localizarme varias veces y ha dejado mensajes en el contestador felicitándome por el Año Nuevo. Luego, me ha enviado un mensaje escrito que es la gran sorpresa de la noche:

«Hablar de amor es muy bonito pero también muy difícil. Y creo que te quiero». En realidad, lo ha escrito en inglés: *«I think I love you»*, porque no sabe escribir en castellano. No me esperaba un mensaje así.

El rescate

4 de enero de 2000

Le he contado todo a Giovanni. Los comentarios de Mae sobre mí, las sospechas y las amenazas de Manolo, mi situación personal y la sensación de que también me he enamorado de él.

—¡Sal de allí inmediatamente! —me grita Giovanni al teléfono, preocupadísimo.

—¿Y cómo lo hago? Además, aún me quedan cosas en la casa que tengo que ir a buscar.

—Olvídate de tus cosas y coge el primer avión. Quizá sepan dónde vives y vayan a darte una paliza. Te vienes a pasar una temporada a Italia. Cuando vuelvas, te cambiarás de piso. ¿Has entendido?

Creo que Giovanni está exagerando un poco. Pero le noto tan nervioso que acepto todo lo que me va diciendo.

23 de enero de 2000

Hoy he soñado con Mami. Ella estaba corriendo a través de un bosque denso, empujando a la vez un carrito de niño con ruedas oxidadas. Debía de ser otoño, muchas hojas multicolores yacían en el suelo. Mami se había recogido el pelo en un moño complicado pero perfecto, para estar más cómoda seguramente. Se había camuflado con un largo abrigo negro con botones de arriba abajo, como los que llevan los militares. Sus gestos, pese a tropezar con el montón de hojas que le entorpecían los pies y obstaculizaban su paso, eran ligeros y armoniosos. Se paró de repente, sin aliento, y se puso a acariciar el rostro del bebé que estaba en el carrito.

Sus caricias me dan calor al corazón y su rostro dulce me reconforta. Siento que siempre ha estado, que nunca se ha separado de mí. Va enrollando sus dedos entre las mechas de mi cabello. La sensación de un amor infinito me invade y cuando vuelvo mi cabeza hacia su rostro, tiene los ojos cerrados pero esboza una sonrisa porque sabe que la estoy mirando. Sus labios parecen llevar un carmín rosado suave y no paran de moverse, intentando decirme algo.

—Descansa, mi niña.

Y para dar énfasis a sus palabras, Giovanni me aprieta más contra su cuerpo. Nos volvemos a dormir así, en la pequeña habitación de hotel donde me he instalado para una temporada.

Y ahora ¿qué?

Hassan me ha vuelto a llamar. No ha desistido en su intento de hacerme ir a Marruecos para trabajar con él. Le he dicho que no. Ya no quiero saber nada, entre otras cosas, porque deseo volver a disfrutar del sabor amargo de farmacia que tiene la Coca-Cola.

No he vuelto a tener novedades de Felipe. Pero sé que su empresa ha cerrado. Se ve que la historia de los trozos de vida no ha funcionado. La gente es, desde luego, muy aburrida.

Desde la ruptura de su relación con el violinista, Sonia sigue soltera.

Angelika y yo continuamos en contacto. De hecho, hemos establecido una gran amistad. El tiempo que pasamos sin vernos no importa. Cada vez que nos volvemos a ver, es como si nos hubiésemos dejado ayer. En cuanto a Susana y Sofía, no he vuelto a oír hablar de ellas.

Sé que las chicas de la casa se han ido. Manolo se estaba haciendo insoportable y han decidido trasladarse a otro sitio. Que yo sepa, todas siguen ejerciendo la misma actividad.

Carolina ha cortado definitivamente el contacto conmigo y me temo que haya vuelto a caer en los brazos de Jaime, a quien, por cierto, he puesto una querella criminal que no ha dado sus frutos hasta ahora.

En cuanto a Pedro, vive separado de su mujer, y, a la larga, nos hemos hecho amigos. De vez en cuando, salimos a tomar algo, para charlar.

Giovanni y yo ya no estamos juntos. Pero seguimos en contacto. He intentado varias veces explicarle todo mi proceso interior, reflejado en este diario. Me apoya y me dice que sí a todo, para que me sienta bien, creyéndose quizá parte de un particular psicoanálisis. Sé que lo hace con toda la buena intención del mundo. Me ha dicho que siempre podré contar con él. Pero nunca será lo mismo.

Sigo teniendo una relación privilegiada con el cuarto de baño, ese lugar donde consigo evacuar psicológicamente lo que me pesa todavía y, hasta en el mejor de los casos, lo logro físicamente. Todo fluye, todo se va, es solamente cuestión de tirar de la cadena.

No me arrepiento absolutamente de nada. Es más, si tuviera que volver a vivir las mismas circunstancias, actuaría igual, sin lugar a dudas. Quizá cueste decirlo y resultará extraño para muchos, pero los momentos que viví dentro de la casa fueron unos de los mejores de mi vida, por el simple hecho de haber conocido a Giovanni y haber encontrado a esta mujer nueva que soy yo ahora. Siento que cada día voy

cambiando de piel, como las serpientes en algunas épocas del año. La mía es ahora más ligera de llevar, sutil, suave al tacto, y más impermeable a lo que me rodea.

¡Y que no se equivoque el lector! Este libro no es ni un *mea culpa*, ni el retrato de una víctima de un destino demasiado injusto y castigador. No pretendo nada. He escrito este libro para mí. Sólo se trata de un gesto egoísta.

He sido una mujer promiscua, si. Porque pretendía, en definitiva, utilizar el sexo como medio para encontrar lo que todo el mundo busca: reconocimiento, placer, autoestima y, en definitiva, amor y cariño. ¿Qué hay de patológico en eso?